Una mujer valiente y decidida en busca de su destino

La Capitana

Graciela Ramos



Graciela Ramos

La capitana

Una mujer valiente y decidida en busca de su destino

Suma de letras

Al sagrado corazón de Jesús,
por iluminar cada día mi camino. ¡Gracias!

Invictus

En la noche que me envuelve,
negra, como un pozo insondable,
doy gracias al Dios que fuere
por mi alma inconquistable.

En las garras de las circunstancias
no he gemido, ni llorado.

Ante las puñaladas del azar,
si bien he sangrado, jamás me he postrado.

Más allá de este lugar de ira y llantos
acecha la oscuridad con su horror.
No obstante, la amenaza de los años me halla,
y me hallará, sin temor.

Ya no importa cuán recto haya sido el camino,
ni cuantos castigos lleve a la espalda:
Soy el amo de mi destino, soy el capitán de mi alma.

William Ernest Henley

PRIMERA PARTE

En algún lugar, Juana

El viento anunciaba que en un rato más llegaría la lluvia. Se sentía húmedo y fresco. Juana comenzó a bajar del árbol, tomando entre sus brazos el libro que estaba leyendo. Cuando estuvo a tiro del piso, saltó. Cayó y quedó en cuclillas. Cuando abrió los ojos, allí estaban los pies metidos en las sandalias de cuero gastado, las uñas sucias y encarnadas. Levantó la vista despacio.

—Juana, Juana… ¿Cuántas veces tengo que repetirte que leer arriba del árbol no es buena idea? —le dijo el padre Bartolomé, al tiempo que le tendía una mano para ayudarla a ponerse de pie.

Juana le devolvió una sonrisa.

—¿Qué estás leyendo?

La niña ocultó con sus brazos el libro y se puso a correr.

El padre Bartolomé la siguió con la mirada, un poco preocupado. Le había enseñado a leer y a escribir, también latín y algo de inglés. Era pequeña, tenía trece años. Se preguntaba si sabría manejar ese conocimiento en el futuro, y siendo una mujer.

Siguió su camino hacia el asentamiento, recordando el día que él mismo la había encontrado. Regresaban de entregar una partida de mulas, cuando escucharon los gritos y llanto de un bebé. Allí estaba, en el medio de la espesura, entre los cadáveres de cuatro mujeres, dos blancas y dos negras. No había pertenencias, tal vez se las habían robado. Tomó a la criatura en brazos, la puso sobre el carro y siguieron su camino. No tenía facciones de india, tampoco era negra. ¿Quién era esta niña? Tal vez nunca lo sabrían.

El padre Bartolomé pertenecía a un grupo reducido de curas evangelizadores, que luego de la expulsión de los Jesuitas habían logrado regresar para continuar con su trabajo.

Llevaron a la niña al asentamiento. Allí la bautizaron y le pusieron de nombre Juana. No tenía apellido ni fecha de nacimiento. El padre Bartolomé se la entregó a Teresa, una negra muy joven y soltera, para que la criara bajo su supervisión.

Allí pasó Juana la primera parte de su vida, correteando libre entre los curas que luchaban por sobrevivir y evangelizar, los negros que solo trabajaban y no sabían para qué y los indios que veían cómo sus historias iban cambiando a través de los días.

Juana era feliz. Participaba activamente de la vida del lugar y aprendía las tareas que más le gustaban: la huerta, la cocina y el cultivo de plantas medicinales.

Día a día iba creciendo bajo los cuidados y la dedicación de Teresa, quien al hacerse cargo de la niña, había encontrado un sentido a su vida. Muchas veces, Teresa se quejaba con el padre Bartolomé ya que Juana tenía un carácter que no era fácil de controlar, era dominante y rebelde, y al mismo tiempo, cariñosa y seductora.

Le gustaba espantar a las gallinas e inventar trampas para atrapar animales. Con el tiempo, Teresa aprendió a responder a los improperios de Juana; la quería como si ella misma la hubiese parido. La niña le había recordado que en ella aún había amor, y mucho.

El cotilleo comenzó en el asentamiento desde el momento que Juana había aparecido sin explicaciones de los curas. Algunos llegaron a decir que era hija de una india con algún cimarrón; se trataba de una niña muy particular, de tez blanca, cabellera negra y espesa y ojos verdes, felinos y transparentes.

Juana fue creciendo entre las dudas que la seguirían durante toda su vida: "¿Quién soy, quiénes fueron mis padres, habré tenido hermanos?". Todas preguntas y ninguna respuesta.

El asentamiento tenía una gran parte dedicada a la siembra y otra, no menos importante, a la crianza de animales. Dos veces al año los curas salían con los carros llenos con las cosechas y las mulas. Los llevaban hasta la capital del Virreinato, Buenos Aires, allí lo canjeaban por comida y otros menesteres que ellos necesitaban para continuar con su misión.

Durante mucho tiempo se repitió la rutina en sus días. Juana se levantaba al amanecer, sin que Teresa tuviera que interferir. Prendían

el fuego, y antes de preparar la primera comida del día, se juntaban todos a rezar en la precaria capilla que habían construido los curas. Luego, cada uno iba a ocuparse de sus tareas. Juana corría a ver la huerta, si había algo para cosechar, lo hacía. Luego de armar grandes aspavientos correteando a las gallinas, juntaba los huevos frescos. Regresaba más tarde y se iba al cubículo que tenía el padre Bartolomé: la planta de manzanilla, orégano, azafrán, romero, mostaza, menta… tantas variedades. Todas tenían propiedades salutíferas. El padre Bartolomé dedicaba tiempo a enseñarle a Juana las propiedades de cada una. Cómo prepararlas, cómo hacer infusiones o secarlas para su conservación, cómo mezclarlas con productos químicos y lograr ungüentos para curar heridas. Juana estaba apasionada, el conocimiento le cambiaba la vida cada día. Extendía su mundo a lugares y tiempos indómitos.

Poco a poco se fue convirtiendo en una personita muy especial. Era la discípula preferida del padre Bartolomé quien, por supuesto, ya tenía planes para ella.

Siempre fue solitaria, cuando terminaba sus tareas se recluía en los árboles a leer, o recorría el campo buscando y oliendo plantas diversas. Así fue como varias veces regresó con la nariz roja de urticaria; ella misma se preparaba los ungüentos para curarse. También le gustaba investigar en los nidos, en los árboles y en la tierra. Solía meter palos en las cuevas para comprobar la profundidad y disfrutar del vértigo, esperando que algún bicho saliera disparado. Eso sí, le tenía terror a las víboras y le apasionaba espiar a las lechuzas.

Tenía un perro cimarrón que la seguía a todos lados. Nunca supieron de dónde había salido. Cuando Juana lo encontró, supo que estarían juntos para siempre. Lo bautizó con todos los rituales y le puso de nombre León. Disfrutaba de las caras de respeto cuando pasaba, orgullosa, con su perro detrás.

Los años pasaron sin descanso, y Juana comenzó a florecer en su pubertad. Fue Teresa quien la ayudó a ablandar un cuero seco, y con sus hábiles manos, trenzó unos tientos por fuera para que Juana pudiera tapar las vergüenzas que estaban apareciendo. El padre Bartolomé agradeció el detalle, y puso más énfasis en la educación

cristiana. Comenzó a proveerle libros de San Agustín y a obligarla a leer la Biblia una vez por día con la excusa de que le servía para practicar su latín. “El libro de Dios”, le decía Juana.

Teresa le había contado en secreto que había escuchado que tenían planificado mandarla al convento. Le explicó que en los conventos se hacían curas mujeres. A Juana no le gustó para nada la idea, pero se quedó callada. Teresa le agregó al chimento que tendría que limpiar y cocinar a cambio de la educación. También le dijo que las monjas eran bien malas y que se les había espesado el carácter por estar tanto tiempo encerradas.

Juana trataba de hacer sus propias averiguaciones sobre el convento. Todos sabían que Teresa era bien fabuladora, pero claro, allí nadie le contaba nada. Los negros trabajaban hasta morir, los indios eran evangelizados y luego mandados en encomiendas, y los curas eran herméticos con la información. El resto eran criollos que trabajaban por encargo y luego se iban.

Un año más tarde se incorporó al grupo de religiosos un jovencito de veinte años, que usaba sotana negra y era muy devoto de San Benito. Los curas se lo permitían, allí las reglas católicas estaban adaptadas a la supervivencia de todos. Su nombre era Andrés Julián Ortiz.

Era un joven muy agradable. Había llegado al campamento haciendo un favor al padre Bartolomé, trayendo diez negros maltrechos para trabajar. A cambio, lo dejaba estar una temporada con ellos. Andrés quería hacer una experiencia en el asentamiento, y ese había sido el trato, siempre bajo las condiciones y supervisión de su mentor.

En cuanto llegaron los negros, se pusieron en campaña por mejorar la salud y ponerlos a trabajar enseguida. Juana los observaba y le llamaba mucho la atención las marcas que llevaban. Teresa le contó de los carimbos, que era el nombre del instrumento que calentaban con las brasas y usaban para realizar esas marcas. La niña quedó muy afligida por la historia y el destino de los negros. Entonces, se dedicó a ayudar al padre Bartolomé a curarlos con las infusiones y los ungüentos, bajo la mirada de admiración del recién llegado padre Andrés.

“¿Cómo se podía ser cura tan joven?”, pensaba Juana. A ella le

incomodaba la mirada de Andrés, sentía que recorría su cuerpo con un brillo especial en los ojos. Teresa le había contado que los hombres, más allá de los colores o religiones, lo único que querían de las mujeres era desgraciarlas y usarlas para satisfacer sus instintos diabólicos. A partir de ese día, Juana reforzó sus oraciones y pedidos de protección a Dios.

Desde que llegó el joven, el padre Bartolomé sintió mucho aprecio por él. Andrés llevaba siempre un libro debajo del brazo; como a Juana, también le gustaba mucho leer. La niña, que durante las misas del padre Bartolomé se dormía casi todo el tiempo, cuando las empezó a oficiar el padre Andrés, ya no se durmió más. Juana sentía que eran muy estimulantes y que brindaban una mirada más alegre hacia Dios.

En sus misas, el padre Andrés leía algunas partes de la Biblia o de algunos libros que él mismo llevaba. Explicaba el sentido de la vida, de la solidaridad, de la felicidad, usando palabras fáciles y entendibles para todos. A Juana la seguía intrigando el nuevo curita Andrés. Si bien era agradable, se mostraba simpático y solidario con todos, algo la inquietaba de él. Tal vez fuera su juventud...

Todo cambió para Juana cuando una noche, mientras se deleitaba con el cielo invadido de estrellas, acostada sobre el pasto detrás de la huerta, y disfrutaba de los aromas que llenaban su cuerpo y hacían perfecto el momento, sintió una mano que le tapaba la boca. Fue el primer indicio del derrotero que tomaría su vida. Luchó con todas sus fuerzas, pero no pudo. Se sumaron más manos que manipulaban su cuerpo como si fuera una pluma. La levantaron y la llevaron detrás del gallinero. Allí, tirada en el piso, bajo la luz de las estrellas, sintió cómo invadían su vergüenza. Mientras uno la manoseaba con las manos ásperas y callosas, el otro buscaba impacientemente abrir sus piernas para introducir su enloquecido miembro. Sintió la puntada en la ingle como si un cuchillo hincara su vagina. Ahogó el grito en la mano de uno de los desconocidos. La cabalgaron salvajemente. Después de un rato de resistencia y dolor, Juana entregó su cuerpo, así dolía menos. En su mente solo imploraba por su Dios, que la salvara de esos salvajes. Nadie la escuchó. Cuando terminaron de saciar sus vicios la dejaron tirada en el piso, desnuda, lastimada, totalmente vejada. Allí quedó, en posición fetal, llorando su desgracia, deseando la muerte.

Decepcionada de su Dios.

Así la encontró Teresa a la mañana siguiente.

—Todavía no estaba *avivada* y estos salvajes la han *desgraciao* —le dijo desesperada al padre Bartolomé. A los gritos y entre llantos le contó los detalles de cómo la había encontrado tirada detrás del corral de las aves.

Teresa limpió cuidadosamente a Juana y luego le hizo lavajes internos con perejil para sacar los restos de los insurrectos, salvajes. La muchacha quedó tirada en la cuja un día entero, sin hablar.

—Que Dios me le saque todos los diablos —repetía la negra entre cada oración, mezclada con cánticos africanos.

El padre Bartolomé estaba muy afligido con lo sucedido. No podía mirar a Juana a los ojos. Le habían arrancado su pureza y eso la transformaba en una persona diferente. La situación le quitaba el sueño, él quería mucho a esa niña, pero lo que había pasado cambiaba definitivamente el rumbo de las cosas.

Cuando el padre Andrés se enteró sintió una profunda impotencia y el impulso de hacer justicia. Al principio, la miraba en silencio detrás de la cortina, la veía enrollada en la cuja y se le estrujaba el corazón. Luego de largas conversaciones con Teresa la llevaron hasta el fogón, allí Andrés buscó un tronco y se sentó delante de la niña.

—Juana, lo que te pasó es horrible, es lo peor que le puede pasar a una mujer. Quiero que sepas que te entiendo y que no todos los hombres son así, también hay hombres buenos. Y, además, quiero que sepas que los voy a buscar y les voy a hacer pagar lo que te hicieron —terminó con vehemencia.

Las últimas palabras llamaron la atención de Juana quien levantó la vista y pudo ver el enojo y la impotencia en los ojos del padre Andrés. Entonces le regaló una débil sonrisa.

No habló esa noche, solo escuchó a Andrés y a Teresa, bebió la tisana, y no alejó un solo minuto la mirada de las llamas.

Juana fue diferente a partir de ese día. Su mirada había perdido el brillo, se la veía mansa. Ya no corría suelta por el campo como lo hacía siempre. Tanta desconfianza que ella le tenía al padre Andrés y al final había resultado ser bueno. Se quedaba con ella, haciéndole compañía, todo el tiempo necesario.

A partir de la tragedia, a pesar de las protestas del padre Bartolomé, Andrés nunca más la dejó sola. Leían juntos, experimentaban con las hierbas medicinales buscando nuevas especies para curar a las personas. Cuando encontraban alguna que les llamaba la atención, la analizaban y observaban cómo se comportaba, cuál era su evolución y luego la probaban como remedio. Se entretenían mucho con ese juego que terminó siendo toda una ciencia para ellos, siempre bajo la mirada atenta del padre Bartolomé.

Un día, Andrés le contó a Juana que después de lo acontecido con ella, el padre Bartolomé había acelerado los trámites para llevarla al convento. Le aclaró que su gestión había sido insistente, ya que no era fácil ingresar al noviciado. Se trataba de un derecho reservado, y educación exclusiva, para determinadas personas, pero que como ella era tan habilidosa, sabía leer, escribir y tenía un determinado grado de cultura, eso había ayudado. También recalcó que allí podía pensar en una vida tranquila entregada a Dios.

A Juana nunca le había entusiasmado la idea, pero jamás lo hizo saber. Había tanta esperanza puesta en ella dentro del convento, que no quiso desilusionar a nadie, luego vería…

Indefectiblemente el día de la partida llegó. Tenía que irse, dejar ese lugar que había sido su casa.

Lloró junto a Teresa desde el momento que se enteró. El padre Bartolomé le preparó una bolsa con libros; entre ellos iba una Biblia.

Andrés no podía ocultar su tristeza, se había encariñado con la niña. Le prometió viajar a visitarla muy pronto y ayudarla a adaptarse a su nueva vida.

—No tengas miedo, Juana, la vida con Dios es muy tranquila —le dijo, tratando de sonar animado.

Juana lo miró en silencio. Estaba devastada, esa fue la primera vez que sentía su soledad, la falta de familia y la desazón. La incertidumbre de tener que enfrentar una vida sola, sin saber qué hacer. Lo único que tenía muy claro, en el recodo más profundo de su corazón, era que no iba a ir al convento. Pero no se lo dijo a nadie, ni siquiera a Teresa, la mujer que había oficiado de madre todos esos años, a quien siempre iba a estar agradecida y que era la persona que hubiera querido llevarse con ella.

Subió a la carreta destartalada. No sabía el nombre del lugar al que iría, no le importaba. Guardó con desgano la carta que debía entregar a alguna madre superiora de la que ni siquiera había retenido el nombre. Su mirada, húmeda de lágrimas, se fijó en los ojos de Teresa y luego en los del padre Andrés. Su perro, León, subió a la carreta, le lamió el rostro, como secándole las lágrimas, y luego regresó a apostarse al costado del padre Andrés.

Juana sintió una puntada en el pecho que le cortaba la respiración. Una sensación de impotencia que la invadía al tiempo que estaba paralizada, expuesta allí, sentada en la carreta que comenzó a moverse. Viajaban siete personas, cuatro indios que iban en encomienda, dos criollos que llevaban algunos bultos para negociar y Juana.

El traqueteo comenzó a bambolear el carro para todos lados, Juana se tomó del parante de madera gastada y filosa, mientras observaba cómo las figuras de Teresa, el padre Andrés y León se iban achicando a medida que avanzaban, hasta que a la vuelta de una lomada, ya no los vio más. El dolor en el pecho era cada vez más fuerte, sentía que no podía respirar, quería vomitar. Quería saltar de allí y correr. ¿Por qué no lo hacía? ¿Por qué seguía allí, sentada, yendo a quién sabe dónde? ¿El miedo la había paralizado o simplemente estaba aceptando caminar su propio destino?

Otro mundo la esperaba. Allí iba, sola, sin futuro ni historia. No sabía quién era, ni de dónde venía. Tampoco sabía hacia dónde iba. Se sacó el crucifijo que le había puesto el padre Bartolomé en el cuello, lo tomó con ambas manos, lo besó varias veces y se puso a rezar.

Al segundo día de viaje comenzó a sangrar por la vagina. "Dios tomó su revancha", pensó. ¿No podía esperar un poco más a que terminara el viaje? Juana había aprendido que su vida estaba escrita por Dios. Lo bueno y lo malo. Ya no le gustaba tanto cómo lo hacía. Los acompañantes de la carreta la habían puesto en una esquina, apartada, por el mosquerío que atraía. El alivio llegó cuando, luego de varios días, pararon a la vera de un río. Juana se metió en el agua y se refregó minuciosamente; quería sacarse tanto la angustia que la acechaba como la sangre seca. Luego siguieron viaje. ¿Hacia dónde? No quería ir al convento. Aunque no lo conocía, sabía que no era eso

lo que quería para su vida. No quería casarse con Dios, quería su libertad, pero, ¿a qué precio la conseguiría?

LAS DECISIONES TOMADAS HOY SON LA COSECHA DEL MAÑANA

Pocas palabras, muchas emociones. Los siete pasajeros tenían en común no saber qué sería de sus vidas de ahora en adelante.

Los primeros indicios de poblados comenzaron a aparecer. Juana se incorporó, se acomodó en su rincón, abrazó las barandas gastadas de la carreta y apoyó el mentón sobre los brazos. Sus ojos redondos miraban todo con atención. La humedad sugería la existencia de un río cerca.

Luego de un rato comenzaron a transitar una calle pequeña y rota. Parecía que con cada salto que daba, el carro se desarmaría completamente. Lo novedoso del lugar atrapó la atención de Juana, a quien no le alcanzaba el giro de los ojos para mirar todo. Las casas eran blancas, estaban una pegada a la otra, con tejas rojas y flores en las ventanas. Las personas se vestían raro y caminaban de a dos o tres. Había pregoneros con largos palos cruzados en la espalda y cargados de plumeros. Mulas con alforjas por todos lados, algunas llevando agua, otras, leche.

Llegaron a una iglesia. Era muy grande comparada con aquella en la que rezaban todos los días. Cada uno bajó con su bolsa en la mano mientras miraban expectantes para todos lados.

Un cura, con el ceño fruncido, y sin sonrisas ni preámbulos, salió a recibirlos. Les indicó que ingresaran por la parte trasera de la capilla. Cuando ya estaban con el cura en la sacristía, aparecieron por otra puerta varios religiosos más. A los indios que viajaban con Juana les ataron las manos por detrás y se los llevaron. Los comerciantes criollos siguieron con la carreta. Juana quedó allí, sentada, esperando. Allí se sentía todo frío y distante, no era lo mismo que estar en la capilla del

asentamiento.

Momentos después, el mismo cura se acercó a Juana, se presentó como el padre Javier y la condujo hasta un cuarto.

—Póngase decente. La voy a venir a buscar y yo mismo, a pedido del padre Bartolomé, la acompañaré hasta el convento. Tenga la carta lista en la mano para entregarle a la madre superiora —le dijo secamente.

Un frío helado corrió por la espalda de Juana. Se quedó parada, inmóvil. Su mente no podía procesar, necesitaba razonar con claridad. Recorrió el lugar con la mirada, "el convento debe ser algo parecido", pensó.

Se puso el vestido gris que le había hecho Teresa, descalza, con un trozo de tiento de cuero, sujetó su cabello que caía sobre la espalda. Acomodó la bolsa con sus pertenencias y comenzó a recorrer sin rumbo el lugar… buscando una salida. Ese sitio se sentía cada vez más lúgubre y misterioso. Le dio escalofríos al ver la imagen de Jesús tan grande. Por suerte la imagen de la virgen María le transmitió un poco de tranquilidad. Rezó. Siguió recorriendo ese lugar inmenso, lleno de muebles de madera oscura, lujoso. La última puerta que abrió la llevó a una galería que terminaba en un patio lleno de hermosas plantas. Tuvo ganas de quedarse un rato en ese lugar mágico, pero enseguida recordó que su misión era escaparse antes de que el padre Javier la viniera a buscar para llevarla al convento.

Sin dudarlo, regresó sobre sus pasos, dio un par de vueltas hasta que encontró la vía de salida a la calle. Respiró profundo, levantó el mentón y salió. Descalza, llevando la bolsa con sus pocas pertenencias, caminó derecho. Cruzó una calle y luego otra y allí estaba: la plaza de la Victoria. La curiosidad pudo más. Poco a poco comenzó a relajarse y a disfrutar de todo lo que veía.

No iría al convento.

"Perdóname, Dios, pero no voy a ir a ese lugar. Voy a construir una vida libre y en tu honor, ayudame y guiame para logarlo. Amén", repetía Juana, para sus adentros, mientras seguía caminando.

En la plaza se veían personas de diferentes rasgos y colores. Las vestimentas, extrañas para ella, le llamaban la atención y algunas hasta le producían gracia. Las mujeres todas apretadas arriba y

disparadas en la parte de abajo. Los hombres, algunos con medias, y otros con pantalones cortos y pelucas.

Con mucha habilidad, robó una fruta de un canasto y fue comiéndosela mientras seguía recorriendo ese lugar nuevo. La tarde empezaba a caer y tenía que ver adónde pasaría la noche. Esa incertidumbre la puso nerviosa.

Vio un pregonero que llevaba un palo en su espalda con un montón de escobas colgando. Se paró delante de él, frenando su paso, y le preguntó:

—¿Dónde puedo pasar la noche?

El joven la miró. Le hizo un gesto con la cabeza y siguió su rumbo. Juana no lo entendió y se quedó allí, parada. Luego de unos pocos minutos, siguió su marcha. Este mundo nuevo tenía todos sus sentidos atrapados, no se daba cuenta del paso del tiempo. Cuando el atardecer, imponiendo su oscuridad, comenzó a tranquilizar el lugar, Juana decidió seguir a los comerciantes, eran los últimos en irse. Levantaban sus bártulos y la mayoría, algunos en carros y otros con los bultos sobre la espalda, se dirigían al mismo lugar: los suburbios orilleros.

Estaban apostados en el bajo, a la vera del río. Vivían en las carretas. Algunos habían montado unos palos a pique con telas arriba. Cada uno luchaba por su propia supervivencia. Nadie se percató de su presencia.

En ese lugar húmedo y maloliente pasó la primera noche, durmiendo a la intemperie, con la bolsa de sus pertenencias debajo de su cabeza. Con un ojo dormía y con el otro espiaba. Apenas el sol despuntó, se levantó, estiró sus brazos con una sonrisa y regresó a la plaza. Mientras todos acomodaban su mercadería para comenzar el día, Juana fue robando su desayuno. Mientras comía una manzana con una mano, y con la otra reservaba un pastelito con dulce, seguía paseando y observando todo.

Allí empezó otra aventura. Luego de recorrer hasta el cansancio el lugar, comenzó a caminar internándose cada vez más en las calles.

Donde había una puerta abierta entraba, espiaba, y si algo le gustaba y entraba en su mano, se lo llevaba. La primera vez lo hizo con miedo, pero le gustó hacerlo… se llevó un cuchillo pequeño.

La bolsa de sus pertenencias iba creciendo con las nuevas

adquisiciones, así que decidió buscar un lugar para esconderla durante el día. La ocultó donde arreglaban las carretas, en el bajo.

Una tarde como otras, cuando las vio, se produjo el hechizo. El maldito hechizo.

Se trataba de un grupo de tres niñas de la misma edad que Juana. Alrededor de los catorce años, eran jóvenes y risueñas. Las vio y comenzó a caminar detrás de ellas. Sus vestidos, con faldas largas y elegantes; arriba, los corsés ajustados dejaban su juventud a la vista. Los cabellos peinados con trenzas y cintas en colores pastel. Lo que más le llamó la atención a Juana fue el parasol de encaje que llevaba una de las niñas; la más hermosa, a su parecer.

Las observaba de atrás, con una sonrisa, se imaginaba junto a ellas, conversando, riendo. Justo como las niñas lo hacían en ese momento. Los vestidos le parecieron sencillamente gloriosos. Juana sentía cómo su pecho se inflaba cuando se imaginaba allí, siendo la cuarta niña en ese grupo.

Las siguió sin disimulo hasta que las vio entrar a una casa no tan lejos de la plaza. Se quedó parada al lado de la puerta, pensando… Deseaba ser como ellas, quería vestirse como ellas, quería ser una de ellas. ¿Cómo podría?

Inmersa en esos pensamientos, regresó a la plaza y dio un par de vueltas más. No podía sacar la imagen de las niñas de su cabeza.

En un impulso, fue hasta el escondite, buscó su bolsa, regresó a la misma casa donde las había visto entrar y descubrió que la puerta estaba abierta. Apoyó la bolsa con sus pertenencias en el piso y aplaudió fuerte. No estaba muy segura de lo que haría… luego vería.

Desde el interior de la casa apareció una negra caderona con un pañuelo en la cabeza. La miró raro, frunciendo el ceño mientras se rascaba el cachete con el dedo índice.

—¿Qué *querís?,* no tenemos nada *pa* darte —le dijo sin sacar la mano de la puerta.

—Querés, se dice —soltó Juana, casi sin pensarlo, movida por el instinto que siempre le ganaba, y que algunas veces la ponía en apuros.

La negra la volvió a mirar, y en ese momento se escuchó la voz desde atrás.

—Eva, ¿quién está en la puerta?

Se hizo un silencio. La negra volvió a mirar a la niña parada en la puerta con una sonrisa, el bulto a los pies, los ojos brillantes, esperando algo.

—Doña Emilia, es la niña que pedí para que me ayude en la cocina. ¿Usted la puede ver ahora? —dijo Eva un poco confundida por lo que estaba haciendo. Esa mirada le había pinchado el corazón.

—Después hablo con ella —agregó la patrona provocando una amplia sonrisa en Eva.

Observó a Juana, no tenía aspecto de criada, ni de india y negra no era…

—Ya *tenís* donde quedarte —le dijo, como si supiera quién era, como si supiera que no tenía adónde ir. Y como si supiera que estaba ahí para quedarse.

Juana sonrió y enseguida quedó prendida de su cuello. La abrazó tan fuerte que casi la ahoga.

—Muchas gracias, señora Eva —le dijo, tratando de ser lo más correcta posible.

—Vení, vamos —le dijo guiando el camino de la niña. La llevó al fondo, y luego de cruzar dos patios, ingresaron a un cuarto que tenía dos catres y una mesita al medio, un palo que cruzaba los extremos, y allí arriba, ropa colgada.

—Contame quién sos y qué hacés, antes de que me arrepienta de lo que hice. En realidad no sé qué me pasó, me embrujaste y enseguida supe que no tenías adónde ir.

Juana la miraba sonriendo, recorría todo con sus ojitos viajeros.

—Me llamo Juana, y… vengo del campo, no tengo adonde ir. El padre Bartolomé me quiere enviar al convento y no voy a ir. Sé cocinar muy bien, te puedo ayudar, pero no me gusta sacudir la mugre.

Eva sonrió, cuando vio a la niña supo que tenía que ayudarla, sabía que necesitaba un lugar y la vida para una mujer en la calle era muy dura. Seguro que no se arrepentiría de lo que había hecho y de la mentira que le acababa de decir a doña Emilia.

Se quedaron conversando durante bastante tiempo. Eva escuchaba espabilada todo lo que le contaba Juana sobre su vida en el

asentamiento, sobre Teresa y el padre Andrés. Y luego Juana se enteró de que estaba en la casa de la familia Leguizamo, muy reconocida en el lugar. Doña Emilia, la patrona, era viuda y mujer de carácter.

—Puede hacer sentar a cualquier hombre —aseguró Eva.

Juana preguntó por la niña que había visto entrar en la casa.

—Se llama Rosaura —contestó la negra.

—Vamos a ser amigas… Rosaura y yo.

Eva la miró y no le dijo nada. Había algo que esta niña no entendía. Ella era la criada y Rosaura, la señorita. Amigas no podrían ser. Nunca.

Luego de la larga charla, Eva tuvo en claro que ella se haría cargo de la niña, y en su intimidad más profunda asumió la responsabilidad del cuidado de Juana.

La familia Leguizamo era muy respetada. Doña Emilia y su fallecido marido eran grandes comerciantes de la zona del Virreinato del Río de la Plata, mientras que el hermano menor de doña Emilia manejaba los negocios en el norte. Allí tenían los campos con siembra, animales y algunas manufacturas. Eran los mayores proveedores de la corona española.

Al rato, apareció doña Emilia pero no habló con Juana. Se limitó a inspeccionarla sin tocarla y le ordenó a Eva que la bañara con lejía para sacarle todos los bichos de afuera y le preparara una tisana fuerte de yuyos para matarle los bichos de adentro, seguro tenía la lombriz solitaria o alguna otra peste que le podía pudrir las tripas.

A Juana le llamó la atención la forma en la que la trataba doña Emilia, sintió la frialdad de la mujer. Se contuvo de ir a abrazarla y no podía dejar de admirar su porte.

La tuvieron que sostener entre cuatro criadas para meterla en la tina, no quería saber nada. Luego tuvieron que hacer lo mismo para sacarla, no quería salir más. Disfrutó del baño.

Eva interfirió para que no le cortaran el cabello, ella se hizo cargo de lavarlo y luego ponerle aceite de almendras para poder dominarlo y peinarlo.

En ese momento Juana tuvo la certeza de que su Dios había puesto a Eva en su camino y decidió amarla desde ese mismo instante. Disfrutó cuando la negra le hizo una trenza. “Es muy parecida a Teresa”, pensó.

La sensación de su cuerpo perfumado le gustó mucho. Se sentía bien, complacida, fresca, relajada, y sobre todo, limpia. Le trajeron vestidos viejos, grises pero limpios.

Cuando estuvo lista la pusieron frente de un espejo. Juana se miró. Nunca se había visto en un espejo. Se sonrió. El sol había ajado su piel dejando un bronceado más intenso en los cachetes, eso resaltaba sus ojos claros. Los labios lucían ajetreados pero pulposos, la nariz respingada disponía el corte de su cara perfecta. Siguió observándose, debajo de los harapos imaginó sus curvas recortadas, era delgada y alta…

—Sos muy hermosa, niña —dijo Eva con la boca abierta mirando a la mujercita que acababa de florecer luego del baño—. Vamos que te *vuá* presentar al resto de los criados.

Juana la miró con cariño y la corrigió nuevamente.

—“Voy”, se dice, “voy” no “vuá”. A cambio de tu generosidad yo te *vuá* a enseñar a leer y escribir —le dijo entre risas.

Eva se quedó quieta. Nunca, ni siquiera en su imaginación, se atrevió a soñar que podía aprender a leer y a escribir. Eso era realmente un regalo divino. En pocos minutos esa niña le había producido varias emociones. Con los ojos medio lagrimosos le indicó el camino, mientras le decía:

—Y yo *vuá* estar agradecida mi niña —rieron juntas ahora.

Eva le presentó a todos los criados y le explicó qué hacía cada uno. No era muy diferente a como estaban organizados en el asentamiento, pero Juana se quedó pensando y cuando terminaron el recorrido le preguntó:

—Eva, acá hay negros, indios y mezclados también.

—Sí, mi niña, mulatos, mestizos. Cada uno con derechos diferentes.

—Eso no lo entiendo. ¿Los están preparando para vivir con Dios y en una vida mejor? —agregó la niña.

—No, no es como el lugar de donde vos venís. Aquí *mesmo* las cosas son bien distintas, mi niña. Yo soy negra como tu Teresa. Venimos del mismo lugar y nuestro destino es el mismo, trabajar hasta morir.

—¿Trabajar hasta morir?

—Sí, mi niña, los criados son como vos. Vos sos una criada. Doña Emilia te da cobijo en su casa y vos, a cambio, trabajás *pa* ella,

siempre, a toda hora y *hacis* todo lo que te pide. Sin dar la contra, ¿*entiende*? Y si tenés suerte, con el pasar de las lunas, te mantenga en la casa.

Eva vio como la luz de la mirada felina de Juana se iba apagando. Entonces agregó:

—No *si* preocupe mi niña, los esclavos la pasan *pior*.

Juana la miró a los ojos y le dijo:

—Entonces, yo… ¿soy una criada?

—Sí, vos sos una criada. *Tené* que *pensá*, *hacé*, y *viví* a la orden de la ama que es doña Emilia y de la niña Rosaura.

Juana acaba de comprender la organización definida por las diferentes razas humanas, y los deberes sin derechos que se desprendían de ellas. Un sabor amargo corrió por su garganta. Frunció el ceño, mirando a su alrededor con desconfianza. No le gustó mucho lo que le había dicho Eva y tampoco lo terminaba de entender muy bien.

Poco a poco se fue adaptando a su nueva vida. Compartía su cuarto con Eva. Su día empezaba muy temprano. Antes de que saliera el sol, prendían el fogón, ponían agua a calentar y todo comenzaba.

Eva no la dejaba servir la mesa de la sala. Es que Juana estaba muy entusiasmada con ser amiga de Rosaura, quería conversar con ella a cada momento, y la negra sabía que eso nunca ocurriría. Conocía bien a la niña Leguizamo.

Esa decisión de Eva influyó en que Juana desarrollara una nueva actividad: espiar. Cuando no estaba haciendo las tareas que le encargaba la negra, espiaba a Rosaura. Y apenas Rosaura salía, se escabullía en su cuarto. Tocaba los vestidos, se probaba los tocados, las joyas. Y siempre se llevaba un recuerdo.

Eva ya la había retado varias veces, pero Juana no entendía. Estaba desesperada por conversar con Rosaura, por conocerla, por ser su amiga y pedirle que le prestara sus vestidos. Quería compartir todo con la niña.

—Podemos hablar de libros, puedo dialogar en latín —le decía a Eva implorando que la dejara conversar con Rosaura.

—Es mejor que nadie sepa que *usté*, mi niña, es tan *sulta*.

—“Culta” —la interrumpió Juana—. ¿Por qué? ¿Por qué los criados

no saben leer ni escribir? El padre Bartolomé les enseña a todos.

—Es distinto, mi niña. Acá todo es muy diferente. Solo unos pocos tienen el permiso de la educación.

Juana salió del cuarto, caminó hasta el último patio, donde estaban los gallineros, la huerta y la tahona. Pateó las gallinas que salieron empolvoradas. Se quedó allí, pensando. No le gustaba escuchar eso que le decía a cada rato Eva. Ya lo sentía como algo inevitable que no podía cambiar.

Le costaba entender por qué Rosaura no quería ser su amiga, las dos eran mujeres y ella se había visto al espejo, era bien linda, sabía leer y escribir. “Tal vez es cuestión de tiempo”, pensó.

Juana estaba tan pendiente de Rosaura que la niña empezó a molestarse. Además, se dio cuenta de que revisaba sus cosas; no le gustaba nada la nueva ayudante de cocina de la cual ni siquiera recordaba su nombre.

—¡Eva, sacá esa criada tuya! No quiero que entre más a mi cuarto, y revisá sus cosas porque seguro me robó algo —gritaba Rosaura en el quicio de la puerta de la cocina. Estaba tan ofuscada que no vio a Juana que estaba parada justo a su lado.

—No sabemos de dónde viene esa. ¿Cómo se llama? ¡No la quiero cerca! —agregó la muchacha y salió sin más palabras.

Juana quedó inmóvil mientras sus ojos se inundaban de lágrimas. Sintió vergüenza. No quería estar allí. Tampoco quería ser ella. Salió corriendo hacia su cuarto. Había quedado muy claro que Rosaura nunca iba a tenerla en cuenta. Le dolía mucho lo que había escuchado. Ella estaba convencida de que cuando Rosaura la conociera iba a querer ser su amiga. Pero no. Ni siquiera la veía como una niña.

Tirada boca abajo en su catre lloró y lloró hasta que la puerta se abrió bruscamente y entró Eva, también enojada, lejos de querer consolarla.

—No debés meterte más en el cuarto de la niña; solo para sacar la bacinilla y sacudir la cama, pero no podés tocar nada. Ya no *te vuá* poder defender más, la niña Rosaura es muy difícil, y vos no le caes *in* gracia, así que, por favor, no me hagas penar, si no te van a echar a la calle. ¿Me *entendis*? —Eva la miraba con el corazón destrozado, pero sabía muy bien lo brava que era la señorita Rosaura, mejor no

enojarla… No iba a tener piedad por Juana.

Eva la dejó en su cuarto, y no la llamó ni le exigió nada más por ese día. Era mejor que pensara y entendiera lo que había sucedido. Debía comprender cuál era su lugar. Eva sabía la catarata de problemas que eso le traería en su vida si no lo aceptaba enseguida.

Mientras tanto, Juana no podía dejar de jugar en su mente con ser Rosaura. Se imaginaba envuelta en sus vestidos, casi podía sentir la presión en su pecho producida por el corsé. Sin darse cuenta y dejando libre sus impulsos, comenzó a vivir la vida de Rosaura a escondidas, espiando. Soñando ser ella. Se había convertido en una sombra de la niña Leguizamo.

De a poco habían ido cambiando sus prioridades, ya no le rezaba a cada hora a su Dios, solo lo hacía de noche y obligada. No quería darse cuenta de que estaba actuando mal, ella debía aceptar su destino y listo. Pero no… No le gustaba la vida aplanada y sacrificada de los criados, añoraba la libertad con la que siempre había vivido. La libertad no era negociable. ¿Qué precio debería pagar por ella? No lo sabía y no lo quería saber.

Cada vez que venían las amigas de Rosaura, Juana se escondía y escuchaba sus conversaciones. Se reía y se emocionaba con ellas. Siempre colgada de una ventana, o subida en la copa de algún árbol cuando estaban en el jardín, o detrás de la puerta con la oreja pegada a la madera.

Juana no participaba en el servicio durante las tertulias. Eva no quería arriesgarse ya que la niña Rosaura estaba bien fastidiada con la joven revoloteando por la casa.

Pasaba el tiempo y Juana seguía siendo la sombra de Rosaura en silencio. Eva no se había dado cuenta, Juana, muy hábilmente, la dejaba satisfecha con todos los quehaceres, y le decía que de a poco se iba acomodando a ser una criada. Mentiras. Sabía que solo era cuestión de tiempo para que ella también se convirtiera en una señorita.

Mientras los festejos de los carnavales se retiraban, llegaba la austeridad de la cuaresma. Había que prepararse para la Pascua. A pesar de eso y luego del miércoles de ceniza, doña Emilia había organizado una tertulia en la casa para recibir y agasajar a algunos

mercaderes que habían llegado recientemente. No eran justamente los comerciantes de la corona. Doña Emilia había recibido el legado de su esposo, y con su hermano ocupado en los negocios del norte tenían bien claro que debían negociar con todos los que tuvieran a su alcance. Con la anuencia del Alcalde, la Real Audiencia, el obispo y hasta del Virrey anunció la fecha de la tertulia.

Rosaura también estaba alborotada y había agregado a la lista de invitados a todas sus amigas, ya que mientras su madre hacía negocios, ellas escogían esposos.

Llegó el ansiado día y la casa de los Leguizamo lucía esplendorosa. Estaba iluminada y ya prevista para la caída del sol: los candelabros, candiles y farolas esperaban la antorcha para ser encendidos.

Las criadas negras resaltaban en sus atuendos claritos. Sobre los manteles blancos bordados desfilaban las exquisiteces que durante días había preparado Eva con la ayuda de Juana y otras criadas. Para beber, vinos de Mendoza y licores.

Juana estaba obnubilada, ese día le habían permitido cebar mates a los invitados, era todo lo que tenía que hacer.

Eva le había arreglado un vestido viejo de color humo para la ocasión, estaba hermosa. Llevaba el cabello trenzado y coronado sobre su espalda, no dejó que le pusieran nada más en la cabeza ni en los pies, seguía descalza.

Comenzaron a llegar los invitados, doña Emilia ya estaba conversando con algunos matrimonios amigos. Las amigas de Rosaura ya se habían concentrado en un montoncito, husmeando por todos lados y contemplando los especímenes masculinos que ingresaban a la casa.

Cuando doña Emilia consideró que estaban todos, le pidió a su hija que acompañara al maestro italiano Enrico en el pianoforte. Rosaura, con una sonrisa, se alejó de su grupo. Se paró al lado del instrumento, puso una mano sobre él y la otra sobre su pecho y comenzó a cantar. Una suave melodía invadió el lugar dejando a todos mudos y atentos.

Juana quedó paralizada cuando escuchó su voz… Era cristalina, sonaba como si fuera la de un ángel. No solo quería ser como ella, quería ser ella. No podía odiarla y no podía aceptar su rechazo. ¿Qué le pasaba?

Luego de una ronda de canciones, Rosaura se disculpó y se arrepolló con sus amigas nuevamente, buscando un motivo de diversión que obviamente era Juana.

Juana se acercó al grupo de las señoritas. Esperaba ansiosa que la invitaran; ella les cebaría mates a cambio de compartir un ratito de conversación.

—¡Miren, no tiene zapatos! —exclamó una de las amigas de Rosaura señalando a Juana con el dedo.

Enseguida Rosaura la miró y le hizo una seña para que se acercara.

—Vení, nunca me acuerdo cómo se llama… Cebá mates para nosotras, pero no te acerques mucho —le dijo sin mirarla.

—Me llamo Juana —le contestó con voz firme y mirándola a los ojos.

—¡No me mires a la cara, sucia! —agregó Rosaura, enojada.

Juana la miró nuevamente, angustiada y sorprendida le dijo:

—Seré pobre y criada pero seguro que más limpia que vos.

Rosaura no podía salir del asombro de la insolencia de la nueva criada, las amigas aprovecharon para emitir todo tipo de risitas.

—Lo lamento, criada. Nunca vas a tener nada, ni ropa, ni estudios, ni marido. No vas a conocer el amor. No vas a conocer el placer que te da la riqueza. ¿Entonces?, decime, ¿para qué te sirve estar limpia? Ah, sí, sí te sirve para no ensuciar mi cuarto cuando entras a espiarme y robarme.

Rieron todas juntas. Juana no aguantó más. O se le lanzaba encima y la tiraba al piso y la pateaba hasta ver brotar la sangre de su cuerpo o se iba corriendo de ese lugar. Sentía cómo la sangre empezaba a alborotarse en sus venas. Visualizó la puerta y comenzó a correr con todas sus fuerzas, entonces tropezó con algo, no pudo ver de qué se trataba, una silla, tal vez. Salió volando por el aire, pero antes de caer, sintió unos brazos fuertes, grandes y rudos que la sostenían. Y gracias a eso no corrió la misma suerte que el mate, el cual se estampó contra el piso escupiendo yerba mojada para todos lados.

Estaba al borde del llanto, pero contuvo las lágrimas como pudo. Se incorporó despacio y se propuso ver quién la había ayudado. Cuando lo miró, la furia desapareció de su mente, quedó atrapada en esa mirada. El tiempo se detuvo allí, justo.

—¿Está bien? —preguntó el desconocido mientras la ayudaba a ponerse en pie.

Rosaura apareció enseguida e interrumpió la escena a los gritos.

—¡Eva, sacá a esta india de aquí, no sirve ni para cebar mates!

Pasaba todo tan rápido: Eva ya estaba parada al costado de Juana tironeándola para afuera, Juana estaba perdida en la mirada del desconocido y Rosaura, enloquecida, pedía que la sacaran de allí.

Rosaura dirigió su mirada al desconocido, esperando su reverencia y el beso en sus nudillos, mientras de reojo miraba a sus amigas. Enseguida interceptó la escena doña Emilia y lo presentó oficialmente a su hija y a todas las señoritas que estaban obnubiladas mirando al caballero y dando por terminado el bochorno ocasionado por Juana.

—Edward acaba de llegar de un largo viaje. Su fallecido padre era muy amigo de mi recordado esposo. Por eso tenemos negocios juntos, así que chicas, en un ratito se los robo —agregó doña Emilia dejando libre el ataque de las mujeres.

Rosaura se quedó pensativa. ¿Era Edward? Pero qué bien se veía… No lo había reconocido.

Edward sabía de sus bienes, no solo los materiales, sino los personales. También sabía de mujeres, y con una simple recorrida, solo había quedado atraído por el carácter de Rosaura. “El resto, nada de importancia”, pensó.

Doña Emilia pidió otra ronda de música para sus invitados. La música que salía del pianoforte ocupó el lugar y cada uno continuó con su charla. Enseguida, Rosaura apoyó una mano sobre el piano, y la otra la extendió hacia los invitados, y bajo la mirada inesperada de todos comenzó a cantar. Su voz se filtró en todos los rincones, erizando todas las pieles.

Mientras, detrás de los muros, los ojos felinos de Juana no perdían de vista los acontecimientos. Pero, principalmente, no perdían de vista a Edward, el desconocido con el que se acababa de cruzar. Lo que no sabía Juana era que ese hombre le podía cambiar el color a su destino. Para siempre.

El hombre del virreinato

Edward Roy Cajal observó la calle desde su ventana, por fin había llegado. Había sido un largo viaje desde Inglaterra. Luego de terminar sus estudios en Europa, visitó a sus parientes por parte paterna. También había aprovechado para entrevistarse con algunos comerciantes que solían comprar a productores del Virreinato del Río de la Plata.

Caían los últimos rayos de luz, la música estaba a cargo de los caballos que piafaban, los chirridos de las ruedas de los carros y algún pregonero que todavía no había terminado de vender toda su mercancía.

Esos viajes largos realmente lo ponían de mal humor. “El humor de tu abuelo”, como le solía decir su madre. Edward llevaba el nombre de su abuelo paterno, un inglés influyente, intelectual, hombre de letras, que nunca había conocido este nuevo mundo que hoy era su hogar. Todo eso lo completaba quien había sido su padre, un aventurero en busca de nuevos continentes.

En uno de sus viajes quedó atrapado en las redes de una española que lo dejó sin aliento y lo ancló a este lugar. A Edward se le humedecían los ojos cuando recordaba a sus padres, dos personas tan diferentes que se amaron con todo su corazón. Murieron juntos, atormentados por la fiebre, cuando él todavía era un adolescente. Siendo hijo único, había quedado completamente solo rodeado de una gran fortuna.

Se recostó sobre el sillón de terciopelo con los brazos cruzados sobre su cabeza, cerró los ojos un momento y luego con envión se levantó, buscó un puro y se sirvió una suculenta copa de brandy. Se relajó, se entregó al placer momentáneo que le brindaba el licor con el tabaco.

En la sombría Buenos Aires, la pequeña comunidad se estaba armando en manos del Virrey; pocas casas, muchos ranchos. Mandaba la humedad y poco a poco empezaban a querer empedrar las calles. El agua era escasa; la leche, privilegio de algunos, al igual que el pan, ya que la harina que se usaba se lograba con molienda a mano en las tahonas, menesteres que no molestaban en absoluto a Edward, ya que su casa estaba a metros de la Iglesia y de la Plaza de la Victoria.

La residencia Roy Cajal tenía dos pisos, tejas rojas bien conservadas en el techo, las paredes blanqueadas, los cortinados de finos brocados de colores. Candelabros de veinte velas colgaban de los techos sobre las grandes mesas de roble. Candiles en los pasillos, pisos cubiertos de gruesas alfombras que había seleccionado ciudadosamente su madre. Cuadros de pintores españoles, vajilla de porcelana, cristal y plata, algunas con ribetes de oro.

Se sentía a gusto en su casa, pero desde que había crecido, y se había hecho cargo de los negocios de sus padres, no le simpatizaba mucho el exclusivo uso comercial que hacía la corona española, prohibiendo el comercio con otros países. Se revelaba ante ese monopolio.

La rebeldía que corría por sus venas era otra parte de la herencia que le había dejado su padre, y no el intelectual de su abuelo, además de la sangre caliente de su madre, intensa española de pura cepa.

Se quedó allí hasta que Tomasa abrió la puerta y los aromas invadieron el lugar. La cena estaba lista. Asado de cordero con papas dulces aplastadas con azúcar negra. En la mesa lo esperaba una botella de vino que se había traído especialmente del viaje.

Tomasa era su criada, siempre la recordaba igual. Desde el día en que abrió los ojos a esta vida, la negra se había hecho cargo de él. Cuando fallecieron sus padres, Tomasa se convirtió en responsable de quien siempre había sido su niño mimado.

—Vamos niño, que la comida está esperando.

Tomasa era la única persona a quien Edward consideraba como su verdadera familia, adoraba a esa mujer. El resto de sus parientes estaban distribuidos entre las Islas Británicas y España. Nunca se había acercado a ellos más que lo necesario. Durante sus estadías en Londres, se alojaba en la casa que había heredado de su abuelo

paterno. Él era el hijo del "pirata", así le decían a su padre, la oveja negra de la familia. "Mejor dejarlo así. Mejor dejarlos lejos", pensaba.

No llegó al postre, se sentía cansado. Tomasa le preparó una infusión de hierbas digestivas y luego se retiró a su cuarto que era el que ocupaban sus padres cuando estaban vivos.

La cama con dosel le recordaba las tardes que se arrullaba con su madre, leyendo. Una sonrisa se dibujó en su rostro. Inspiró, aún podía sentir su aroma. Fue su madre quien le había inculcado el amor por la lectura.

Al día siguiente, apenas se levantó, fue a buscar el desayuno que ya lo esperaba. Tomasa siempre estaba pendiente de él, en todo, al igual que Manuel, su mano derecha y hombre de confianza de toda la vida, quien también lo estaba esperando en el escritorio.

Poco a poco Edward se iba poniendo a tono con todo. Las invitaciones a los distintos eventos sociales circulaban en su escritorio. Solo iba a las reuniones que involucraban sus negocios, ya estaba cansado de llegar a las tertulias y estar rodeados de chicas bobas, como él las llamaba. Era el blanco perfecto, buenmozo y con una gran fortuna. Lo sabía. De todas maneras tendría que ir pensando en una mujer en su vida.

Tomasa le decía que se estaba convirtiendo en un soltero gruñón. Ya había pasado los veinte años…

Había aceptado una invitación a la tertulia en la casa de los Leguizamo. No podía decir que no, habían sido amigos de sus padres desde siempre, y eran socios en algunos embarques.

Recordó a su hija regordeta con trenzas y pecas en los pómulos. No se animó a ensayar una imagen de la niña crecida en su mente.

Terminó el desayuno y se reunió con Manuel casi todo el día. Tenía que ponerse al día con los negocios. A la tarde siguiente sería la tertulia de los Leguizamo y seguro estarían todos allí, tenía que saber qué había pasado en el último tiempo para que nada lo tomara por sorpresa.

Vestido para la ocasión, las medias de seda rematadas en calzas de tafetán, el calzón de raso y la chupa de damasco con faldilla. Los puños y las solapas bordadas, los zapatos de tacón con hebilla y la

peluca. La capa era de terciopelo color uva y el sombrero de Castilla. Subió al coche guiado por su criado Fermín y partieron a la casa de los Leguizamo.

Era cerca, pero había que asistir en coche.

Cuando llegó, el criado de los Leguizamo, vestido con levita, estaba en la puerta dando la bienvenida a los invitados. Con destacada amabilidad y una graciosa reverencia, le retuvo la capa y el sombrero y lo acompañó hasta el ingreso de la casa.

Enseguida Edward avistó al Virrey y toda su comitiva. Estaban todos emperifollados en sus trajes reales, las mujeres con sus vestidos más armados que nunca, por supuesto, todas de pie; era muy gracioso para la vista observar delicadamente a una mujer con miriñaque lograr sentarse y no hacer el ridículo.

El pianoforte sonaba de fondo. Edward pasaba la vista por todo el salón, hasta que lo vio el Alcalde y lo invitó a beber con ellos. La conversación versaba sobre las últimas novedades comerciales, las posibles invasiones, los transgresores y contrabandistas. "Lo de siempre", pensó. Manuel lo había puesto a tono.

Una voz femenina, muy dulce, comenzó a acompañar el compás del piano. Por un instante, Edward se desconcentró de la conversación. Se excusó con el grupo que seguía entretenido tejiendo posibles conjeturas y se fue a ver quién era la portadora de esa voz. Cuando la vio, sintió una extraña atracción por esa joven. ¿Quién era? Toda su atención quedó atrapada en esa voz y esa mirada. El llamado de un asistente del Virrey que lo reclamaba, lo despertó de ese idilio.

La voz de la pequeña siguió endulzando sus oídos, mientras él conversaba de los nuevos emprendimientos para el Virreinato. El Virrey anticipaba solucionar el problema de las calles. El Alcalde se congraciaba con el Virrey alardeando de las últimas detenciones y el Obispo buscaba excusas para irse.

Salvado por su gran amigo Benicio, y excusándose, se alejó del grupo por segunda vez. Luego de agradecerle y sin dejar que dijera una sola palabra, le preguntó a su amigo por la jovencita de bucles rubios y dueña de la voz más hermosa que él hubiera escuchado.

—Tranquilo, mi amigo, es la hija de Leguizamo, ¿te acordás? La niña creció y es bien brava, que esos rizos no te confundan.

Edward esbozó una sonrisa interior recordando a la gordita caprichosa, y feliz de pensar que a determinada edad el paso del tiempo hace maravillas con las personas. El lobo escondido en sus entrañas comenzaba a bramar, esas últimas palabras habían sentenciado el destino de Rosaura.

La casa rebosaba de gente por todos lados. Siguió en la charla con una copa de brandy en la mano. No había pasado mucho tiempo desde que se había sumado a la tertulia, cuando sintió que la música cesaba, entonces se excusó del grupo y se fue en busca de Rosaura.

Enseguida la vio conversando con sus amigas. Con disimulo, salió caminando hacia ella cuando casi cae ante sus pies una joven criada. No tuvo más opción que ayudarla a ponerse de pie, a pesar de la pesada mirada de todos por tocar a un criado.

Edward no le dio mayor importancia al suceso, aunque sí le llamó la atención el color de los ojos de la joven; por lo general, no había criados que tuvieran esas facciones y esa mirada… Cuando la criada estuvo en pie, comenzó el griterío. Fue en ese momento que pudo ver el carácter de Rosaura que lo dejó impactado.

Ya los habían rodeado todas las amigas de Rosaura, había quedado atrapado por las pequeñas mujeres. Fastidiado, Edward se tranquilizó y se entregó al lorerío de las señoritas que se lo estaban disputando. Tomó la mano de Rosaura, que estaba lista para que la rozara con sus labios cuando, por milagro de Dios, apareció doña Emilia.

La mujer, soberbia aún a su edad, llevaba un vestido azul y sostenía su cabello con una redecilla plateada. Edward le sonrió totalmente agradecido.

Con una sonrisa se despidió y cuando pasó al lado de Rosaura, se detuvo y le dijo al oído:

—Voy a solicitar permiso para visitarte —no esperó respuesta, ni observó su cara. Siguió caminando detrás de doña Emilia que se abría paso entre las visitas.

Rosaura quedó admirando su espalda robusta. “¿Cómo será sin peluca?”, pensó y luego, con una sonrisa radiante de éxito, volvió a regodearse con sus amigas que ya la miraban con cierto resentimiento.

—Es mío —dijo.

Los primeros ramalazos de sol ingresaban por la ventana que ya había

despejado Tomasa.

—Hola negrita linda, ¿hay leche asada para mí? —preguntó Edward abriendo los ojos y viendo cómo Tomasa disponía todo para que se levantara.

—Lo *va a engordá*, mi niño. Qué grande y distinto se me ha venido *usté* —decía la negra invocando en sus pensamientos los momentos en los que lo había tenido en sus brazos cuando era chiquito... Ese grandote, era su niño querido.

Edward se levantó, recorrió la casa, saludó a los criados que se cruzaron en su camino y se sentó con ganas a disfrutar de las exquisiteces que Tomasa le preparaba atendiendo sus gustos.

—¿Te acordás de la hija de los Leguizamo?

—Cómo no me *vuá acordá,* esa chiquita caprichosa. Siempre le dije a su madre que esa mocosa necesitaba un hermano... Andaba dando *dolore* de cabeza todo el día.

—Anoche la vi, se ha convertido en una mujer muy hermosa —dijo Edward, esperando la aprobación de Tomasa.

—Ni se le ocurra, mi niño, no me lo merece esa mujer.

—Estás celosa —le dijo con una sonrisa, mientras se retiraba en busca de Fermín para que le preparara su potro.

Ya mismo iba a gestionar un permiso con doña Emilia para visitar a Rosaura. Estaba feliz, los padres de ella habían sido amigos de los suyos durante toda la vida. ¿Qué mejor que unir los apellidos y las fortunas? Esa niña le producía aroma de desafío.

Luego regresaría por el carruaje y se iría a Luján a visitar a su amigo Benicio, en eso habían quedado, tenían que cerrar un embarque en los próximos meses. Se quedó pensando en Rosaura, en lo que se había convertido esa gordita insoportable. Sonrió. “Las vueltas de la vida”, pensó.

Los colores del amor

Las campanas de la iglesia San Ignacio comenzaron a anunciar la primera misa del día. En la casa de los Leguizamo había actividad desde muy temprano.

El aroma del pan calentito y ahumado ya se extendía por toda la casa. Luego de dejar todo dispuesto para que el resto de los criados comenzaran a servir la mesa de la sala, Eva preparó a Juana para que la acompañara. Pasarían a escuchar un poco de misa y luego de allí irían a hacer las compras.

Salieron ambas mujeres, Juana llevaba su vestido gris. Abrazaba su pecho con una mantilla tejida por las mismas manos de Eva y cubría su abundante cabellera con un pañuelo clarito. Cuando llegaron a la iglesia, Eva la tomó por el brazo y la detuvo antes de ingresar, ellas dos tenían que escuchar la misa desde afuera. Juana quería entrar a toda costa, Eva la tironeaba para detenerla, hasta que tuvo que amenazarla con entregarla al convento para que se amansara. Con la mirada perdida se quedó apostada al lado de Eva sin escuchar nada… esperando que pasara el tiempo. Eva trató de explicarle que para ingresar al menos debían venir con doña Emilia. Juana pensó que si el padre Bartolomé y el padre Andrés se enteraran de una cosa así se pondrían furiosos. La casa de Dios era para todos, sin importar el color, o lo que fuera.

Luego de allí, fueron a hacer las compras. A Juana se la veía divertida, más animada, había dejado atrás el percance de la iglesia y observaba todos los puestos que vendían mercadería. Los colores de las verduras frescas, los pescados. Pasaron también por un lugar en donde vendían todo tipo de esencias y yuyos. Allí Juana se detuvo y le rogó a Eva que le comprara algunas hierbas y semillas y luego le pidió pasar

por la botica por algunas gotas. Eva le compró todo lo que le solicitó Juana pero le hizo prometer que no diría nada a nadie. Luego de varias vueltas alrededor de la plaza retomaron la marcha a la casa, cargadas con todas las adquisiciones.

Por lo general, las compras las hacían las mujeres con las criadas por detrás. Pero doña Emilia era una mujer de negocios así que había delegado toda su confianza en Eva que hasta el momento jamás la había defraudado.

Acomodaron todas las compras y Eva comenzó a programar las comidas. Juana la observaba divertida.

—Niña, te *vuá enseñá* a preparar el mejor guiso.

—No, Eva, no se dice así, se dice: “voy” no “vuá”.

A Eva ya le estaba cansando y le fastidiaba la corrección constante de Juana, pero había decidido que iba a aprender, ella iba a hablar como los amos, así que repetía cada palabra que Juana le enseñaba a pronunciar correctamente.

Poco a poco Eva se fue diferenciando del resto de los criados: su léxico era cada vez mejor. Por supuesto que no había de qué preocuparse, ya que nadie se había dado cuenta. Pero ella se sentía grandiosa, estaba ansiosa por aprender a leer, era el paso que seguía, Juana se lo había prometido. A cambio, le dejaba participar en la cocina, inventar platos nuevos y encargarse de la huerta.

Todas esas actividades tranquilizaron un poco a Juana, pero seguía espiando a Rosaura y no se perdía ningún comentario en el cual estuviera involucrado Edward.

Por las noches, y a la luz de la vela, le leía a Eva; muchas veces acababan dos velas y al otro día andaban las dos como almas perdidas por la casa, muertas de sueño.

A Juana le seguía costando entender su categoría de criada. Tampoco podía aceptarla y muchas veces se enojaba porque no entendía las razones por las cuales Eva y todos los criados aceptaban su condición sin discusión. ¿Cómo podían obedecer los destinos escritos por los demás, si ellos podían escribirlos?

Esa tarde, la casa de los Leguizamo estaba completamente revolucionada, Rosaura se había probado varios vestidos y ahora estaba con el tocado; tres criadas estaban a su merced. Mientras Juana,

fiel a sus costumbres, espiaba toda la situación. Sabía que venía el señorito, todos sabían. La casa lucía limpia, los candelabros con velas nuevas, las farolas listas para el fuego. A pedido de Rosaura habían puesto un pebetero de plata con aromas especiales para enamorar. A último momento, sin que nadie se diera cuenta, Juana las cambió por incienso.

Doña Emilia le había aclarado muy bien a Eva qué era lo que se iba a servir, en qué orden, en cuánto tiempo, qué vajilla se usaría; estaba todo previsto para una tarde perfecta.

Juana, con su particularidad de escabullirse sin que nadie la viera, estuvo espiando todo el tiempo viendo cómo se cambiaba Rosaura. Toda la admiración y amor que sentía por la niña, ahora se estaba transformando en otras emociones. Todas eran nuevas para la pequeña, ella solo las sentía pero no podía manejarlas. Sentía una gran envidia y resentimiento, ella quería estar allí, tomar su lugar, estar toda emperifollada para Edward, esperarlo, compartir el té con él… No estar espiando por la ventana con toda la atención puesta en no ser descubierta. Eva le había prohibido aparecer en la sala donde estarían los señores y ante sus ojos Juana se veía resignada, ya no discutía tanto las órdenes que le daba, solo se quedaba en silencio con la mirada perdida, como si no estuviera escuchando un ápice de lo que decía.

—Juana, no ocasiones problemas. Ya no puedo defenderte, otro lío y *te va pal* convento, o *pior, pa* la calle, ¿entendido?

—Sí, Eva —contestó la niña con resignación.

—No andes espiando, no te metas, andate *pal* cuarto y quedate leyendo, te doy permiso.

—Sí, Eva.

A pesar de las advertencias, Juana estaba expectante esperando la llegada del invitado. Miles de ideas maléficas se le cruzaban por la cabeza. Solo quería ser Rosaura y estar con Edward.

Lo vio cuando ingresaba. Estaba tan concentrada en sus pensamientos que por un instante la tomó por sorpresa. Sintió cómo se le aceleraba el corazón, se le cortaba la respiración… Supo que ese sería su gran amor. Ella lo sabía, y estaba segura de eso. A pesar de la realidad del entorno, su corazón latía el nombre de Edward. No

llevaba peluca. Su cabello estaba recogido en una coleta a la altura de los hombros. "Qué buenmozo que es", repetía en su mente. Un suspiro salió del pecho de Juana. No lo conocía, pero lo amaba, ¿podía ser?

Doña Emilia fue a su encuentro y lo acompañó a la sala donde ya estaba Rosaura, esperando.

—Evidentemente la belleza es un don familiar —dijo Edward, obsequioso, haciendo honores a la elegancia de las mujeres que lo esperaban.

Doña Emilia sonrió, era una mujer muy hermosa, rígida y de pocas y justas palabras. Por su lado, Rosaura estaba impaciente por hablar y agradarle a Edward.

—Cuéntenos de su viaje, ¿cómo están sus parientes de Londres?

Edward se acomodó en el sillón, cruzó una pierna sobre su rodilla y comenzó a hablar. Rosaura miraba arrobada, mientras que doña Emilia disimulaba su aburrimiento.

Al rato pasaron a otra sala donde estaba todo dispuesto para tomar el té. Edward se sentía atraído por Rosaura, era una joven muy bella. Hablaba mucho, pero pensó que con el tiempo se calmaría. Tal vez era la edad, pero se veía una mujer de carácter y hermosa.

Eva estaba por ingresar a la sala a retirar la última vajilla cuando la vio allí, colgada de la ventana, espiando. Se detuvo unos segundos a mirarla. Pudo ver la desazón en su rostro, ¿por qué esa niña no aceptaba su condición y ya? Dios la había bendecido en ponerla en la puerta de esa familia, ¿que más quería? Cuando vio una lágrima rodar por la mejilla de Juana, sintió cómo su corazón se estrujaba. Dio una pequeña patadita en el piso para hacer notar su presencia y apenas Juana la vio salió corriendo y se perdió en el último patio junto a los animales de transporte. Se sentó apoyando la espalda en un viejo árbol, apoyó los brazos sobre las rodillas y envolvió su rostro con ellos y lloró. Sentía una puntada en el pecho. Su corazón dolía. El hecho de sentirse descubierta por Eva no hizo más que poner en evidencia lo que ella era en realidad, una criada más de la casa. ¿Por qué Edward se fijaría en ella?

Luego de un rato largo, cuando ya no quedaban lágrimas, se levantó despacio y giró para ir a la cocina. Tomaría una tisana para calmar esos dolores que no se sentían al tacto, pero que ardían en lo más

profundo.

Cuando estaba por entrar, se llevó por delante a alguien, giró para gritarle que se corriera y para su asombro, era Edward. “¿Qué hace aquí?”, pensó al tiempo que trataba de cubrirse los ojos, deberían estar hinchados como sapo al segundo día de su muerte.

—Buenas, usted es… —dijo Edward al reconocer a la criada que había ayudado en la tertulia.

—Sí —contestó Juana, aturdida.

—Mucho gusto en volver a verla —le dijo Edward, sin poder despegar la vista de esos ojos cautivantes.

Ella bajó la mirada y trató de seguir caminando.

—¿Se siente bien? —insistió Edward.

—Sí, sí —dijo Juana con timidez. Volvió a levantar su mirada y se encontró frente a la de él. Tuvo que levantar el rostro para poder verlo, era alto.

—¿Estaba llorando?

—No, bueno, sí, es que… recién me entero de que se murió mi mamá —mintió.

“¿Murió su mama y está sola?, pobrecita”, pensó Edward.

—Cuánto lo siento. ¿Puedo serle útil en algo? —preguntó tratando de seguir la conversación. No quería que se fuera. Miró hacia atrás para confirmar que nadie lo viera conversando con la criada. Sin darse cuenta se había quedado atrapado en el brillo especial de los ojos transparentes de esa mujercita. Su rostro era distinto, debajo de ese vestido gris podían sospecharse unas curvas voluptuosas.

—¿Me dice su nombre?

—Juana.

—Encantado, señorita Juana —le dijo.

—Puede visitarme cuando quiera, señor, sin avisarme. O mejor, puede invitarme a caminar, señor, así podemos conversar —agregó ella y comenzó a alejarse de él.

Edward estaba sorprendido, para ser una criada, su pronunciación era perfecta. Y lo estaba invitando a que… ¿la visitara, o a caminar? Algo parecía estar muy fuera de lugar. Tal vez le estaba ofreciendo… no, no. ¿O sí? Era una joven muy hermosa. Tal vez podría visitarla para intimar. ¿Sería eso? Verdaderamente esa invitación lo había

dejado totalmente desconcertado.

Juana seguía caminando, iba girando la cabeza para seguir mirando al joven, hasta que se metió en un cuarto, se volvió, lo miró y cerró la puerta.

Cuando estuvo sola, se quedó parada del otro lado, su corazón palpitaba tan fuerte que tuvo que sostenerlo con su mano, tenía la sensación que se iba a salir de su cuerpo. Esperó un momento mientras su respiración tomaba el ritmo normal, luego se asomó a espiar. Ya no estaba, se había ido.

Juana volvió corriendo a la cocina. Necesitaba compartir lo que le acababa de suceder, si no, iba a explotar adentro de ella. Ingresó y allí estaban Eva y otras criadas rodeadas de vajilla sucia.

—Acabo de conversar con el señorito Edward, y todo.

—¿Qué pasa? Tranquila, muchacha, te estaba esperando. Mirá todo el lío que tengo aquí —le dijo Eva notando la excitación de la niña.

—El señorito, me lo crucé, me pregunto cómo me llamaba, y me miró… mucho. Le gusto, Eva. ¿Te das cuenta? Le gusto al señorito —decía atolondrada Juana.

Cuando Eva se dio cuenta de lo sucedido, sintió en sus tripas un augurio de la mala pata. Enseguida sacó a todas las criadas de la cocina y se quedó sola con Juana.

—Ay, mi niña inquieta, ese hombre debe salir ya *mesmo* de sus pensamientos.

—Mismo —interrumpió Juana.

—Bueno, *mesmo*, mismo, como sea… ¿Estamos?

—¿Por qué, y si el señorito se enamora de mí? ¿Por qué no puede enamorarse de mí? Yo estoy muy segura de que cuando me conozca, aunque sea solo un momento, va a caer rendido de amor a mis pies.

—Mi querida, otra vez te lo voy a decir, porque no sos nada más que una criada que encontraron algún día en un lugar, ni siquiera tenés apellido, no tenés fecha de nacimiento, esos señoritos no se enamoran de niñas como vos, solo las quieren para desgraciar sus instintos diabólicos, ¿ahora me entendés?

El rostro de Juana se enrojeció de bronca y las lágrimas empezaron a brotar una detrás de la otra. En ese momento volvió a su mente el recuerdo de los intrusos que la asaltaron aquella noche en el

asentamiento, el dolor y la frustración. No podía ser que el señorito la quisiera solo para eso. Eva corrió enseguida a rodearla con sus brazos, mientras con una mano tomaba su espalda, con la otra acariciaba el cabello suavizado. Sabía que la había herido mucho, pero tenía que frenarla de alguna manera.

—Vamos a buscarte un apellido, y un día en el año para marcar tu nacimiento —decía Eva tratando de contener el desconsuelo de la niña —. Pero sí o sí tenés que borrar de cuajo ese hombre de tu cabeza. No atraigas al Satanás, mi niña, que anda siempre dispuesto *pa* entrar en la vida de una.

Juana lloró y mucho, pero el llanto no la empobrecía, al contrario, la fortalecía. Cada lágrima la regaba de valor, de orgullo, de amor y de fortaleza. "¿Quién escribe el destino?, pensaba mientras lloraba. No podía aceptar la respuesta que le daban, o no quería. Lloró y lloró, hasta que sus ojos quedaron secos.

Sentimientos maléficos

Edward salió de la casa de los Leguizamo un poco confundido. Algo de esa criada le había llamado la atención. Pero, ¿qué era? ¿Sería su especial belleza? ¿Se trataba del ofrecimiento de visitarla que le había hecho? Por otro lado, hacía rato que no estaba con una mujer, ¿sería eso? Ya no pensaba en Rosaura, pensaba en Juana.

Doña Emilia estaba convencida de que tenía un yerno. El matrimonio entre Rosaura y Edward era un hecho, aun sin haberlo conversado en detalles. Eso la tranquilizaba. Su hija era una muchacha muy inquieta y eso no era bueno. Tenía que cerrar ese asunto, poner una fecha de casamiento y listo. Los Roy Cajal eran como familia para ella. Sonrió pensando en la felicidad que los padres de Edward sentirían si vieran que sus hijos formarían una familia que los uniría para siempre. Ella confiaba en Edward, siempre había sido un chico responsable y de bien.

La casa de los Leguizamo siguió con sus rutinas. Doña Emilia en su escritorio, Rosaura discutiendo con las criadas y organizando salidas con sus amigas. Esa tarde irían a misa de las siete y luego a tocar el piano a la casa de la niña Carmencita.

Juana andaba como alma en pena por la casa. Parecía como si hubiera perdido el entusiasmo por la vida, se le había ido la sonrisa. Eva sabía cuál era el mal de la niña, pero no sabía con qué combatirlo.

La mayor parte del tiempo se refugiaba en la cocina inventando recetas nuevas y estudiando las mezclas de distintas hierbas con algunos otros compuestos químicos que habían comprado en la botica. Había perfeccionado un ungüento para secar las heridas y gotas con extractos de toronjil y valeriana para relajarse.

Ese día se sentía como el resto de los días, sin emoción, sin ganas.

Solo estar en la cocina le regalaba un rato de tranquilidad dentro de su corazón. Preparó una masa con harina de trigo, huevos y luego la endulzó con azúcar negra, agregó agua y unas gotas de brandy. Dejó que la masa descansara un rato. "Si se pudiera amasar la vida así… si se pudieran amasar los sentimientos", pensaba. Luego le introdujo con los dedos frutas secas, nueces y almendras. La estiró con las manos sobre el mesón de madera y la cortó en pequeños cuadraditos. Los puso a cocinar en el horno de barro junto con los panes que ya estaban leudados. Apenas pasaron unos minutos, sacó los cuadraditos de masa y los embadurnó con miel y semillas de mostaza mezcladas con semillas de sésamo apenas rotas. Los puso nuevamente al horno y luego los sacó. Los dejó enfriar, y sentada como custodia al lado de los panecillos esperando que se terminaran de cocinar, los empezó a comer…

—Le faltan unos retoques y listo —le dijo Eva con una sonrisa cuando los probó. Eran realmente exquisitos, los aromas agrios jugaban con los dulces. Juana comió tantos que solo le quedaron fuerzas para llegar hasta el catre.

Pero los panes dulces no habían calmado su enojo. La rabia ahora estaba toda focalizada en Rosaura. Nada la entretenía, solo tenía una idea en la cabeza: que Rosaura sufriera, que se pusiera gorda y fea. Toda la admiración que había sentido por ella, se había transformado en lo contrario. No le gustaba ese sentir, pero no podía sacarlo de su mente ni de su cuerpo. Todo el tiempo deseaba que le pasaran cosas feas… Fue en ese momento cuando la idea le iluminó el rostro. Sin pedir permiso, y a escondidas de Eva, salió corriendo en dirección a la botica y luego al almacén donde solía conseguir los yuyos medicinales. Volvió con un paquete debajo del brazo y la sonrisa radiante.

Se fue directamente a la cocina, confirmó que no hubiese nadie y puso manos a la obra. En un recipiente de madera colocó las hojas de laurel rosa secas y las aplastó hasta que quedaron bien molidas. Luego las mezcló con un poco de perejil, las puso en un recipiente pequeño y luego las regó apenas con unas gotas. Lo guardó fuera de la vista.

A partir de ese día, comenzó la diversión. En todas las comidas, y exclusivamente en el plato de Rosaura, Juana decoraba con el supuesto perejil. Durante la noche la pobre niña se la pasaba

vomitando y con una diarrea que recién se le calmaba cuando el sol estaba arriba al día siguiente. Andaba demacrada y ojerosa por toda la casa. Eva le preparaba todo tipo de dietas y tisanas, pero nada curaba el malestar de Rosaura.

Lo que sí se curaba era el ego de Juana que disfrutaba muchísimo de ver a Rosaura deambular por la casa pidiendo a las criadas que le cambiaran la bacinilla y le llenaran la jofaina con agua limpia a cada rato.

Juana seguía con sus planes perversos… Ahora, la segunda parte del plan, la curaría del mal y luego la haría engordar. Porque con ese malestar todo el mundo estaba sobre ella ayudándola para que se mejorara, inclusive Edward, a quien se veía muy preocupado por la salud de Rosaura. El plan ya no estaba funcionando.

Dejó de poner el perejil en las comidas de Rosaura y fingió, haciéndole creer a todos, que ella había creado una infusión nueva para la señorita y su mal, poniendo énfasis en ser la protagonista de curarla. Rosaura enseguida comenzó a sentirse mejor. Ahora, como parte del tratamiento, las comidas que le preparaba Juana: sopas y todo tipo de manjares con harina, azúcar y alimentos que inflaran sus partes.

Las cosas estaban cambiando, ahora Rosaura se sentía agradecida con Juana, quien trataba de evitarla todo el tiempo; le preparaba las tisanas, los abundantes platos de comida pero eran las otras criadas las que se los llevaban. En las tisanas Juana agregaba hierbas que servían para abrir el apetito. Rosaura se repuso enseguida y, tal cual, comenzó a engordar. Tenía hambre todo el día. La perseguía a Juana para que le preparara los panecitos agridulces y los pastelitos con dulce casero.

A pedido de Rosaura, Edward no había venido de visitas oficialmente, la joven no quería que la viera en ese estado, demacrada y ojerosa. Apenas se sintió mejor, gracias a las recetas de Juana, organizó un té en su casa y lo invitó.

Eva le indicó a Juana que preparara los panecillos dulces y algunos pastelitos. A Juana no le había caído en gracia la visita de Edward, pero se le había ocurrido otra de sus grandes ideas…

Llegaba la hora del té, las criadas ya habían dejado lista a la niña Rosaura, que ahora protestaba porque apenas podía respirar, todo le

ajustaba mucho. Casi le saca un ojo a la criada cuando trató de ponerse a la fuerza los chapines con punta de plata, cuando entró el talón saltó la puntera. Se sentía muy incómoda, su madre le decía que era propio de su malestar. Doña Emilia estaba preocupada por su hija, el médico de la familia no había encontrado nada fuera de lugar en Rosaura. “Trastornos de la edad” era el diagnóstico repetido.

Esa tarde, Juana lucía su vestido gris de criada, con su tocado dejando la larga trenza al descubierto y el brillo de sus ojos a la espera de las visitas. Había cocinado toda la mañana. El aroma perfumó la casa de los Leguizamo y la de algunos vecinos también.

Edward había llegado pero Juana aun no lo había visto. Estaba ocupada en la cocina con Eva y no podía escabullirse a espiar. Cuando ya estaban todos conversando desde hacía un rato, doña Emilia dio la orden de que se sirviera el té. Eva entró con las bandejas con los panecillos y detrás, erguida, seria, caminando a paso firme, Juana con la tetera en las manos. La dejó sobre la mesa y pasó al frente de Edward casi rozándolo. Se retiró altiva, majestuosa en su humilde vestido gris y con sus pies descalzos. Edward la observaba, sus ojos la siguieron hasta que desapareció detrás de la puerta.

—Te felicito, mi niña preciosa —le decía Eva llenando sus cachetes de besos—. ¡Sabía que podías lograrlo! —La verdad es que era la primera vez que Juana se comportaba como correspondía.

Lo que Eva no sabía, ni siquiera sospechaba, eran los ingredientes secretos que había puesto Juana en el té que estaban bebiendo tranquilamente en la sala…

La niña sonrió, ahora era ella la que se iba a reír. Salió por la parte de atrás de la casa, se fue derecho adonde los criados habían atado al caballo de Edward y, junto a las crines del animal, dejó la notita enredada. Estaba completamente convencida de que Edward era para ella, no para Rosaura. “Que se busque otro”, pensaba.

Milagrosamente Edward no bebió su té. Lo cambió por una copa de un licor español que doña Emilia acababa de recibir y decidió ofrecer a su futuro yerno. Doña Emilia bebió apenas unos sorbos del té y también hizo honor a la bebida espirituosa. Rosaura, por su lado, se bebió dos tazas de té. Como estaba muy ansiosa y no quería comer tanto delante de Edward, entonces decidió llenar su estómago de

líquido.

Luego de un rato, Edward se retiró de la casa de los Leguizamo y al buscar su caballo encontró la nota que le había dejado Juana. Se preguntó quién se la habría escrito ya que los criados no sabían escribir. Con un tono sencillo, la carta simplemente decía: “Señorito Edward, con el solo motivo de conversar con usted lo espero en la iglesia San Ignacio. Esta noche. Cuando se prendan las farolas de la calle. Juana.”

Edward sonrió y salió al galope por la calle. Esa criada, linda por cierto, ¿lo estaba citando? “Qué atrevimiento”, pensó y sintió un tirón en la entrepierna. De solo pensar en ella, se excitaba.

Con los últimos rayos de sol, y mientras estaban terminando de limpiar todo, empezaron los correteos de las criadas llevando y trayendo los orinales de Rosaura que estaba muy descompuesta del estómago. Enseguida apareció Eva, con las indicaciones para preparar una infusión para la pobre niña. Doña Emilia también se sentía indispuesta e hizo poner en cuarentena a su hija ya que pensó que estaría portando alguna enfermedad rara. Estaba segura de que la había contagiado. Se sentía morir… Hizo llamar al médico de la familia para que las revisara con urgencia. Juana, aprovechando la confusión del momento, se escabulló con excusas aquejando el mismo mal que Rosaura.

Tenía que ir a la cita que había concertado con Edward. En realidad, a la cita que ella había propuesto. Se preguntaba si él iría al encuentro. Pero no se dio tiempo a responder, fue directamente a ponerse su vestido verde, y salió. Claro que iría.

El joven llegó a la cita unos minutos después. La vio salir de la oscuridad. Tenía el pelo suelto, un vestido verde que ajustaba su cintura y enaltecía sus senos. Descalza, los ojos parecían dos botones brillosos. Se quedó sin aliento, comenzó a sentir el calor adentro de su cuerpo. Lo invadió una novedosa sensación de no poder dominarlo, jamás en su vida le había pasado algo así, con nadie, y esta criada…

Ella lo miró, se sentía muy nerviosa. Comenzó a hablar:

—Yo estoy muy enamorada de usted. Y estoy dispuesta a convertirme en una señorita para usted —Juana no podía detener su boca, las palabras fluían sin ser decididas con anterioridad, la

ruborizaba la situación. Más nerviosa se ponía, más palabras salían de su boca.

Edward pensó que estaba en un cuento de hadas pero no sabía qué decirle, era tan preciosa, tan inocente… y al mismo tiempo tan fuerte. Se acercó más, sus ojos se encontraron, sintió el aliento caliente de ella y no pudo dejar de mirar los pechos redondos que se asomaban desde la humildad de su vestido. Tuvo una erección instantánea, con disimulo se cubrió con la capa. No podía explicar lo que veía en esa criada.

—Su destino soy yo. Ninguna otra mujer le va a poder dar el amor que yo tengo para usted, cuando lo vi supe que éramos el uno para el otro —el silencio de Edward obligaba a Juana a ocuparlo con palabras.

El joven la seguía mirando. No sabía qué decirle. Por lo general eran los hombres los que declaraban su amor, y una criada jamás se atrevería a algo así. Era muy extraño lo que estaba pasando, pero quería seguir allí.

Juana se arrepentía luego de emitir cada palabra. Todo había salido de acuerdo a su plan, Edward, como solía suceder, jamás tomaba su té. De esa manera, habían quedado todos enfermos menos él, y había podido acudir a la cita. Ahora él estaba allí con ella y Juana no sabía qué hacer ni cómo seguir. Se quedó parada con la mirada fija en el piso y las manos tomadas por adelante. Había dicho tantas pavadas juntas que se sentía muy avergonzada. Tenía que salir de esa situación urgente. ¿Pero, cómo?

—Juana, es muy amable de su parte regalarme su amor y yo, yo le agradezco tanto —decía Edward sin saber para dónde ir con las palabras. No podía entender qué quería Juana de él. ¿Querría intimar?

—Mire, señor, cuando usted sepa qué decir, me invita a caminar y así podremos conversar.

Y así Juana, pellizcándose las manos de los nervios, esperó unos pocos segundos y se fue caminando, sin mirar atrás.

Edward, confundido, la miraba mientras se iba y se preguntaba de dónde habría salido esa mujercita.

Pasaron varios días de ese suceso extraño y Edward seguía sintiendo que las palabras de la criada daban vueltas en su mente como una maldición. ¿Una criada que le declaraba su amor? No lo podía creer.

Decidió no compartir ni conversar el asunto con nadie.

Doña Emilia ya le había solicitado a Edward que se decidiera a poner una fecha para el casamiento, tenía miedo de que alguna otra niña le sacara el candidato; había muchas al pie del cañón esperando un descuido de Rosaura para sacárselo. Y, además, con las últimas enfermedades de su hija, no quería dejar pasar más tiempo.

Edward estuvo de acuerdo, no había nada que discutir, esperarían a que se mejorara y pondrían la fecha de la boda. Mientras tanto iban a organizar una linda fiesta de compromiso. Rosaura se sentía contenta, pero su cuerpo seguía descontrolado.

Edward disfrutaba de las visitas a la casa de los Leguizamo, y las últimas veces, luego del encuentro furtivo, se dio cuenta de que había estado muy atento para ver a Juana. Se sentaba en la sala y disfrutaba de verla pasar con los pies descalzos y su figura impetuosa. Definitivamente se sentía muy atraído por ella. Nadie se daba cuenta de la mirada lujuriosa del joven hacia Juana, sería algo impensable…

Una tarde y sin aviso, Edward pasó por la casa de su prometida y resultó que Rosaura no estaba. Mientras esperaba en la sala, decidió dar un paseo por el patio de la servidumbre; aunque no lo aceptara internamente, estaba buscando a Juana. Sabía dónde buscarla, fue hasta la cocina y la vio. Tenía puesto un vestido azul gastado, su cabello caía sobre la espalda en una trenza desgreñada. Cocinaba y cantaba música sacra en latín. ¿Latín? Edward se paró bajo el quicio de la puerta a disfrutar de esa escena, no podía ser otra cosa más que un ensueño. Sonreía… Juana se dio vuelta y lo vio. Quedó paralizada, enseguida hizo el intento de taparse el atuendo con las manos, pero no pudo. Se puso roja como los tomates que estaban sobre la mesa y se escondió detrás de una pared.

—Disculpe, solo quería un vaso con agua —dijo Edward excusándose y se retiró.

En cuanto pudo, Juana corrió al cuarto y se cambió rápidamente, se puso la ropa más elegante que encontró entre sus pertenencias: una falda de brocado, un jubón y encima una camisa de satín que le había robado a Rosaura y descalza como siempre, salió por el patio de atrás. Esta vez lo esperaría. Estuvo un largo rato a la vuelta de la esquina, sobre la acera húmeda, complicando el paso de los transeúntes.

Lo vio venir, y sin pensarlo, se le cruzó delante del caballo. Edward tampoco lo pensó mucho, la cargó en su grupa y salieron al galope.

Entró por la parte trasera de su casa. La bajó con cuidado del caballo. Le causó ternura ver sus pies descalzos. Enseguida se acercó uno de los criados para ayudarlo. Edward la tomó de la mano, ella temblaba entera, pero sonreía. La guió hasta su escritorio y cerró la puerta con llave.

"¿Qué demonios estoy haciendo, llevándome una criada de la casa de mi prometida y trayéndola a la mía?", pensó.

¿Acaso habría perdido el juicio? No se detuvo en ese pensamiento y decidió seguir adelante con esa locura.

La miró con atención, ¿qué veía? Una mujercita pequeña, diferente… parecía culta, pero era una criada, así le habían dicho. Sus ojos verdes eran afrodisíacos, su cuerpo se adivinaba perfecto. ¿Qué le pasaba? Tenía a disposición las mejores chicas de la sociedad, por qué mezclarse o meterse en problemas con la familia de su próxima prometida por una criada. ¿Qué estaba haciendo?

Juana, con los ojos despiertos, miraba todo en el más absoluto silencio. Cada tanto se detenía a observar el rostro de Edward.

—¿Por qué está siempre descalza? ¿Acaso sus amos no le dan zapatos? —preguntó Edward ya con una copa de brandy hasta el tope. Necesitaba valor para seguir adelante con la locura que él mismo estaba escribiendo en su vida.

—Sí me dan, pero a mis pies les gusta la libertad, como a mí. Si no siento el contacto con la tierra, siento que me caigo. ¿Y usted porque anda tan apretado con esa ropa, acaso no le molesta?

Edward sonrió. ¿Todas las criadas a esa edad serían así? Nunca había prestado atención.

—¿De dónde salió? ¿Qué quiere de mí? —preguntó Edward en un arrebato totalmente sincero, contando con que no había nadie presente.

—Su amor —dijo Juana con la más absoluta certeza y tranquilidad. Siguió mirando los libros de la biblioteca.

Edward se quedó en silencio, ella caminó hacia él, se puso en puntas de pie, inclinó su rostro hacia arriba, cerró los ojos y esperó.

Él no lo pensó mucho, le tomó el mentón con la mano y lo acercó a

su boca, sus labios apenas se rozaron. Sintió su aroma fresco, su aliento perfumado, y el descontrol se activó entre sus piernas... Puso las manos en la cintura de Juana, era pequeña. La apretó contra su cuerpo, no podía controlar las oleadas de voluptuosidad.

Juana sonrió, y se entregó a ese beso que ahora era húmedo, intenso, largo, hasta que unos toques en la puerta de madera los trajo de vuelta a la realidad.

—La señorita Rosaura lo espera en la sala —dijo una voz detrás de la puerta trancada.

—En un momento voy —contestó Edward. No podía ser, acababa de venir de su casa. Seguro le estaba devolviendo la visita. En ese instante tomó conciencia de que estaba encerrado en su escritorio con la criada de su prometida. Algo no estaba bien.

—Tiene que irse, luego yo la busco —le dijo a Juana.

—¿Me ama, señorito? —preguntó la joven serenamente.

Él la miró con una sonrisa, le empezaba a gustar todo de esa criada, hasta cuando lo llamaba señorito… Abrió la ventana y le indicó que saliera. Sintió vergüenza, un caballero jamás sacaría a una mujer de la condición que fuera por la ventana. No le gustó, pero no tenía otra opción.

—¿Podrá? —le preguntó con gesto culposo.

Pero a Juana esas cosas no le molestaban en absoluto, la mayor parte del tiempo en la casa de los Leguizamo se la había pasado colgada de las ventanas. Levantó su falda y en un instante desapareció, no sin antes darse vuelta y devolverle una sonrisa que quedó marcada a fuego en la mente de Edward.

Juana llegó muy feliz a la casa. Pasó derechito al cuarto a cambiarse, se puso sus harapos y salió con una sonrisa para retomar sus tareas. Eva debía estar protestando por ahí por su ausencia.

Entró en la cocina. Estaba radiante. Se sintió una con las verduras seleccionadas sobre la mesa, con el trigo recién molido, con la grasa y las carnes…

No podía pensar en otra cosa, se sentía en una emoción plena, que le gustaba mucho. Hasta le pidió perdón a Dios por haber puesto los yuyitos especiales que le produjeron la diarrea a Rosaura. Le dijo que esa había sido la última vez.

Estaba segura de que Edward era para ella, de que la amaba; solo faltaba que él se diera cuenta. Ella había visto el brillo en sus ojos cuando la miraba, no le importaría que ella fuera una criada, porque al casarse con él pasaría a ser la señora Roy Cajal. Pero, ¿y el casamiento con Rosaura? No, a eso no le daría importancia, ya se iba a solucionar, no pensaría en eso ahora, solo pensaría en ellos dos, juntos, para siempre.

Mientras pensaba en todo eso y se hacía ilusiones con ese amor, buscó la cajita de madera donde guardaba todas las hierbas y yuyos que había ido juntando, acomodó el contenido, sacó el crucifijo que le había regalado el padre Bartolomé, lo besó y se lo colgó en el cuello. Esa noche le agradeció a Dios y se durmió con una sonrisa en los labios y mariposas en la panza.

La condición social del amor

El invierno hacía notar su llegada. Juana no había vuelto a ver a Edward, y Rosaura había vuelto a ser la insoportable de siempre.

Le pidió a Eva que la acompañase a la iglesia, habían conseguido un misal viejo para seguir el oficio. Le había prendido velas a su Dios que lo tenía descuidado. Siempre con el mismo pedido, que Edward la viniera a buscar y que fuera solo para ella. Había retomado la lectura de la Biblia, y algunas veces le traducía del latín al castellano algunos pasajes a Eva.

A la negra le intrigaba mucho la virgen llorona y el Jesús sufriente. Y no entendía bien, a pesar de las explicaciones de Juana, las diferencias entre Dios y Jesús cuando apareció José en la historia. Juana se divertía con las caras de Eva, mientras que la mujer iba conociendo poco a poco la religión de los blancos.

No sabía qué había sucedido ni por qué Edward no había pasado más por la casa de los Leguizamo. No había intentado ningún acercamiento hacia ella, la situación la inquietaba cada vez más.

Envuelta en una camisa de lino gastado y entretenida en sus tareas, Juana no se dio cuenta cuando Rosaura entró a la cocina, como siempre, a los gritos:

—¡Me voy a comprometer, y allí vamos a anunciar mi casamiento con Edward! —gritaba muy feliz—. ¡Así que ya se van preparando!

Entró y salió de la cocina y siguió gritando por todos lados. Estaba feliz y quería que todo el mundo se enterara. Impartía órdenes para la tertulia que ya se aproximaba. Al fin se había concretado la fiesta de compromiso, Edward le había dado la fecha a doña Emilia.

El brillo de los ojos de Juana se empañó de golpe. Cerró ambos puños con todas sus fuerzas y los apoyó sobre la gruesa mesa de

madera, quedando de frente a la puerta abierta de la cocina. Cerró los ojos y bajó la cabeza. Sintió una brisa gélida que le corría por la espalda. Levantó bruscamente la cara y el grito se abrió en su boca saliendo por la puerta. El cielo se oscureció bruscamente. Las ráfagas de un viento huracanado hacían que las puertas y las ventanas comenzaran a golpearse. Juana seguía en la misma posición, quieta, dura… Sus ojos verdes estaban fijos mirando hacia arriba y más transparentes que nunca.

—¡Está poseída, está poseída! —comenzó a los gritos una criada que justo entraba a la cocina intentando cubrirse del evento meteorológico y vio a Juana parada como si estuviera en trance.

Comenzaron a caer gotas gruesas de agua impulsadas por el viento que animaba a los árboles a besar la tierra…

Eva entró a la cocina y la sacudió, Juana sintió como si hubiera vuelto en sí. Miró a la criada que seguía gritando:

—¡Tiene el demonio adentro!

—¡Basta, dejá de gritar *pavá*! Estás haciendo un escándalo —le dijo Juana a la criada mirándola fuerte para que se tranquilizara.

—Juana, *is* que *usté* estaba poseída, tenía *tuitos* los ojitos redonditos y del color de la baba. *Mi* asusté mucho —se excusaba la criada, aún temblando.

—Estoy bien. ¡Basta!, no me pasa nada. Yo también me asusté. Vamos a cerrar las ventanas, cómo se pudrió el día —dijo, cambiando de tema.

—Sí, niña, se volvió endemoniado —agregó Eva también aminorando la situación.

—Vamos, pongamos las trancas en las puertas hasta que pase la tormenta. ¿Es verdad que se compromete la señorita Rosaura? — preguntó, como al descuido, mientras comenzaban a cerrar los postigos. Su corazón latía fuerte y tenía ganas de llorar.

–Sí, y está más loca que nunca, ya le dijo a todos, anda a los gritos por todos lados.

Juana comenzó a percibir un gusto amargo que le subía desde el estómago hasta la boca. ¡Qué feo se sentía! No podía asimilar semejante noticia. ¿Cómo podía ser cierta si hacía tan poco que ella había estado con el señorito y le había dicho que lo amaba? ¿Qué le

había pasado al muy cobarde que ahora se casaba con Rosaura? En ese mismo instante recordó la cara de Eva y las palabras que tantas veces le había repetido: “no pertenecés a ese mundo, solo sos una criada”.

Se sintió desfallecer, pero tenía que disimular, si Eva la veía se iba a dar cuenta de que algo no estaba bien. Cerraron la casa completa y Juana le pidió a la criada que le avisara a Eva que ella se iba recostar un rato porque le había dado una puntada muy fea en el estómago. Bajo el cielo oscuro y enojado, se fue al cuarto, se tiró en el catre y allí quedó, ni siquiera cerró la puerta. Si el viento la llevaba, mejor. ¿Cómo no se dio cuenta de que Edward jamás se casaría con ella? ¿Y ahora, que iba a hacer con todo ese amor y esa ilusión? ¿Qué le había pasado en la cocina?, ese grito la había dejado exhausta, sin fuerzas, sin energías. Se sentía rara, triste y con ganas de no despertarse más.

LOS PREPARATIVOS

Doña Emilia había reunido a todo su personal, estaba empezando a organizar la tertulia del compromiso. No quería sorpresas ese día, así que enseguida repartió las tareas de limpieza, lavado, cocina, lugar para los caballos y criados que acompañarían a sus amos a la reunión.

Todos estaban revolucionados con el evento, excepto Juana. Otra vez tenía ganas de ver sufrir a Rosaura, y ahora también a Edward, había sido un gran mentiroso. No podía aceptar simplemente que ese no era su destino.

A pesar de la tristeza que le comía las vísceras, Juana no se iba a quedar de brazos cruzados. Tal vez por orgullo, tal vez por amor, no lo sabía, pero sí estaba segura de que iba a pelear por lo que amaba, no se iba a quedar impasible como todas las criadas a aceptar sus duros y crueles destinos. Ella no.

Eva conocía cada mirada de Juana, hasta podía adivinar lo que pensaba, así que luego de la reunión con doña Emilia se la llevó a Juana al último patio a juntar los huevos de las gallinas ponedoras.

—Juana, mi niña, *usté me* está triste hasta el alma…

—"Está triste", dijo con un hilo de voz, sin perder la costumbre de corregir a Eva cada vez que hablaba incorrectamente.

—No me corrija, mi niña, tenemos que poner todas las energías *pa* curarle el corazón. Ya se enteró que la Rosaurita se va *a casoriá* con el Edward ese, que desde que apareció, no ha traído más que maldiciones a esta familia. ¿Por qué no se habrá quedado en la *Inglesa*?

—Inglaterra… Ya sé, Eva, ya entendí cómo es todo esto, por eso me duele tanto acá —llevó su mano abierta y abrazó su pecho.

—Venga, vamos a preparar un tecito *pal* dolor del alma. Ya se va a

pasar, se tiene que olvidar de ese mocito, enseguida. No se me ponga caprichosa con eso. Ese hombre trae la mala suerte con él. Miré, mi niña, todo lo que le pasó a la Rosaurita desde que lo conoció, ojalá no le haga nada malo a la niña Rosaurita, yo le vi la mirada, no es de confiar.

—Eva, dejá de decir pavadas, es un buen hombre, y está enamorado de mí —insistía Juana, sabiendo que esas palabras eran más una expresión de deseo que otra cosa.

—Ay, mi niña, él no está *enamorao* de *usté*, solo la quiere ya sabe *pa* qué. Después la va a *dejá olvidá* con un incordio en la panza. Lo he visto un montón de veces. Por favor, mi niña, ponga su atención en otro lado.

—Sí, Eva —dijo para dejar contenta a esa pobre mujer cuyo corazón últimamente latía al ritmo de las locuras de Juana.

Se encerró en su cuarto, arrancó el crucifijo de su cuello, lo miró fijamente muy seria.

—Me mentiste, como siempre. Yo te doy, te rezo y vos nunca me das nada. Solo querés para vos. Te pongo a oscuras para que pienses lo que me estás haciendo. Yo solo quiero ser feliz. Me trajiste a este mundo sola, sin nadie y cuando estoy a punto de disfrutar del amor, vos me lo arrancás, de raíz. Estoy tan, pero tan enojada y tan triste…

Se puso a llorar con la cruz en la mano, tirada en la cama. Su cuerpo le dolía completo. Pero no podía tocar el dolor.

Puso el crucifijo al fondo de su caja de madera, y el resto de las cosas arriba. La cerró y siguió llorando.

Juana no sabía por qué, de un día para el otro, Edward la había olvidado para siempre. Solo un beso. El beso que para ella había sellado su amor eterno, en cambio parecía que para él había sido todo lo contrario. No lo había visto más. Tal vez era como le decía Eva, solo la quería para "sacarse las ganas" y nada más. El resto era una gran ilusión en su cabeza. Pero, ¿y lo que ella había visto en los ojos de Edward? No podía equivocarse tanto.

Llegó a pensar en envenenar a todos el día de la tertulia del compromiso y dejar solo con vida a Edward, ella sabía cómo hacerlo… Pero no, Dios la iba a castigar más de lo que la estaba castigando ahora. Le pidió al ángel de la guarda que la guiara para no hacer

locuras. Estaba muy enojada y era entonces cuando no podía controlar sus impulsos y pasaban las cosas raras, que luego no podía explicar. ¿Se estaría volviendo loca?

Eva le había dado la responsabilidad de ser su segunda en la cocina para la tertulia. Le había dejado la oportunidad para envenenarlos a todos en bandeja de plata. No podía sacarse esa idea de la cabeza. Pensar cómo caerían todos intoxicados y muertos alrededor de la mesa, le provocaba un alivio y una sonrisa. ¿Pero qué le pasaba? ¿Por qué se sentía tan diabólica? Ella era una buena persona, pero esos sentimientos… No le gustaban para nada, pero allí estaban, bien presentes.

Le pidió muchas veces a Dios que la ayudara con esos malos pensamientos. Seguramente Edward se iba a presentar ante ella para explicar todo.

Pero los días pasaban y nada, ni noticias del señorito. El fuego que le subía del pecho ardía de rabia y bronca. Las pruebas de vestidos, los géneros de sedas especiales que encargaban a España para la boda. Cada evento sumaba más resentimiento en el ajetreado corazón de Juana, que se seguía torturando espiando todo el tiempo y a cada instante a Rosaura.

Esa noche no pudo dormir, al día siguiente era la tertulia. Toda la casa estaba revolucionada. Habían trabajado hasta altas horas de la madrugada. Por suerte para Eva, que no tenía tiempo de ocuparse de otras cosas, en esos días Juana se comportó como una criada más.

Era el gran día para Rosaura y el peor día en la vida de Juana. El primer gran golpe al orgullo de la niña fue que todas las criadas estaban vestidas iguales. Doña Emilia entró a la cocina y las vio a todas en hilera, los criados detrás. Asintió con la cabeza y se fue. Una lágrima rodó por la mejilla de Juana.

Estaba ciega de odio y de dolor. También estaba decidida: en la cena donde los tortolitos anunciarían su matrimonio, ella, Juana sin apellido (jamás llevaría el apellido Leguizamo), los envenenaría… a todos. Estaba decidido, a todos. Empezó a imaginar cómo morirían, algunos caerían al piso, otros quedarían con la cabeza adentro del plato, embardunados con la comida.

Tenían todo listo, habían trabajado muchísimo, los criados estaban

tan cansados que ni siquiera hablaban entre ellos. Juana había evitado ver a Rosaura en el correteo de su preparativo, su atención estaba totalmente puesta en la cocina.

Comenzaron a llegar los invitados, un criado los recibía en la puerta. Eran muchos… La casa empezó a llenarse de personas vestidas de gala: los hombres todos con levita y la mayoría llevaba calzas con zapatos de hebilla grandes y pelucas; las mujeres vestían hermosos atuendos de telas traídas de Europa, finos tocados, basquiñas, y todas andaban pellizcándose los cachetes para mantenerlos rosaditos.

Rosaura estaba muy hermosa; cuando Juana la vio, no pudo ocultar su resentimiento, era preciosa. ¿Cómo Edward no iba a preferirla a ella? Tenía el pelo recogido con una peineta incrustada con pequeños brillantes, el vestido color verde agua la distinguía. Juana se quedó envidiándola un rato, hasta que el grito de Rosaura la ubicó en la realidad.

—¡Movete que la gente ya está sedienta y con hambre! —le gritó, acompañando las palabras con un empujón en la espalda de la muchacha.

Con mucha tristeza y con mucha bronca salió del lugar. Empezó a sentir cómo su sangre pasaba quemando por sus venas. Enseguida trató de tranquilizarse, cada vez que tenía ese sentimiento, algo feo pasaba. Se fue a la cocina, era el momento justo para comenzar a poner el veneno en las infusiones y la comida; lo pondría uno por uno, no quería matar a los inocentes. Se entretuvo con su pensamiento maléfico, mataría a todos los Leguizamo, ¿y a Edward? ¿Lo mataría también, o mejor se lo guardaba para ella? No podía elegir, tendría que poner el veneno y rezar que justo esos bocadillos los comieran los malos. Pero corría el riesgo de que murieran todos. Mientras su perversa mente se alimentaba de sus ideas mortuorias, decidió que era tiempo de ir al cuarto por su cajita de madera.

Mientras caminaba hacia su cuarto ya lo había decidido, que se mueran todos, incluso Edward. Si no era para ella, no sería de nadie.

¿BODA O FUNERAL?

Caminaba rápido, convencida de lo que estaba a punto de hacer cuando vio venir a Edward:

—Juana —la llamó.

—Salga de acá, señorito, no quiero más problemas con usted —dijo apresurada y nerviosa.

—Perdón, Juana —le dijo angustiado, abatido.

La joven pasó por el costado de Edward rozando su cuerpo y comenzó a correr hacia el patio. Se fue a su cuarto y se tiró sobre el catre de Eva boca abajo. Qué dolor tan feo en el centro de su pecho, otra vez, qué fea era la vida en ese lugar. Qué lejos estaba su sueño de verse envuelta en los vestidos de Rosaura, sus tocados, sus chapines… lejos, lejos.

Sintió una mano en la espalda, y quedó sentada del susto: Edward se estaba sentando a su lado en el catre.

—¿Qué hace aquí? Salga, lo van a matar, y a mí también —dijo con congoja.

Sin escuchar las palabras de Juana, Edward tomó su cara y la acercó a la suya, rozó sus labios. Sintió que su cuerpo hervía, sabía que no le respondería a sus mandatos sociales. La besó suavemente. Juana, sin pensarlo mucho, se entregó a esa hermosa sensación que tapaba la angustia del último tiempo. La siguió besando, con la otra mano comenzó a acariciar su cuello, luego comenzó a acariciar sus senos. Se imaginó los pezones oscuros, florecidos, duros. Bajó su boca y comenzó a besarlos con fruición. Las oleadas de voluptuosidad comenzaron a irrumpir en el cuerpo de Juana, se trataba de sensaciones desconocidas hasta el momento. Edward se puso de pie bruscamente. Juana veía su silueta en la penumbra. “Ahora se va”,

pensó. Caminó hacia la puerta, se detuvo. Tomó con ambas manos la tranca y la cruzó, asegurándose de que nadie interrumpiera ese momento. Comenzó a desvestirse dejando todo estirado en el catre de Juana.

—Edward, ¿qué está haciendo? Se volvió loco, lo van a matar si lo descubren.

Desnudo, cayó sobre ella. Juana abrió su cuerpo para recibirlo. Sintió como Edward, ansioso, la penetraba suavemente sobre el catre de Eva. Fue un momento mágico en el que su cuerpo tomó vida propia, sintió cómo sus brazos lo abrazaban, sus pezones se hinchaban y su boca buscaba la de él.

Edward no podía controlar la excitación que sentía ante esa pequeña que lo volvía loco, completamente loco. Quería seguir amándola, besándola. Terminó gimiendo sobre ella, adentro de ella, no quería salir, la seguía besando en la boca, en su cuello. La seguía penetrando, mientras acariciaba sus pechos, quería eternizar ese momento.

—Juana, sos mía, de nadie más. Yo te vengo a buscar, esperame —le decía al oído mientras frenaba sus embates en la exquisita vagina de Juana, quería permanecer eternamente dentro de ella.

Juana lo miraba, incrédula.

—Te prometo que voy a volver por vos. Sé que esto es una locura, pero esperame. Guardame tu amor, yo voy a volver —se quedó unos momentos sobre ella. No quería irse. No quería pensar, estaba completamente loco, sí, loco por ella.

Al fin no lo soportó más y, con un espasmo de placer, la inundó con su tibio líquido, al tiempo que Juana, por primera vez, sintió cómo su columna se curvaba y sus músculos se tensaban. El placer los hizo uno.

Juana, sin palabras, pero con lágrimas, vio cómo el hombre de sus sueños se vestía rápidamente para ir a entregarse a la mujer que él había elegido para compartir su vida… Rosaura.

Sintió el beso que le estampó en la frente y lo vio salir. Se acababa de cumplir la profecía de Eva.

Se quedó en el catre, semidesnuda, inspirando el aroma de Edward, sintiendo los latidos en su vagina. Había sido todo tan rápido, tan intenso, tan exquisito, tan raro. ¿Qué había pasado? Aún no podía creerlo. ¿Y ahora? Ahora, más que nunca, lucharía por Edward, claro

que sí. Él le acababa de declarar su amor.

Se quedó sentada unos minutos. Tenía que tomar su cajita de madera y terminar lo que en su mente había fantaseado tantas veces. Pero, es que ahora no estaba tan segura.

Respiró hondo, acomodó un poco el catre de Eva, y salió.

—¿Dónde estabas? Pensé que te habías arrepentido y te habías ido —dijo Rosaura bromeando, cuando al fin se encontró con Edward que se le había perdido de vista por un rato.

Edward aún saboreaba en su boca el sabor de Juana. Se sentía sucio, cobarde, mentiroso. Su corazón le gritaba que volviera a buscar a Juana y saliera de ese lugar. Regresó a su realidad, y allí estaba Rosaura, preciosa, esperando todo de él, al fin y al cabo ella no tenía la culpa, el único culpable era él.

—Sí, Rosaura, aquí estoy, solo para vos —dijo.

Juana también aun saboreaba el gusto de Edward, no quería perderse un solo aroma de ese hombre que le había hecho conocer un mandato nuevo de su cuerpo y de su corazón.

—Sabía que estabas aquí, vamos mi niña, ¡vamos que *tenimos* un montón de trabajo, no *me sea* vaga!

Juana se sobresaltó ante la entrada abrupta de Eva, la miró detenidamente sintiendo el impulso de contarle todo, pero enseguida se dio cuenta de que ni soñando se creería que hacía unos segundos había estado con Edward en su catre, entregando su cuerpo y disfrutando de su amor.

Salió a los saltos detrás de Eva que estaba totalmente alterada con el evento. “Todo tiene que salir perfecto”, repetía constantemente.

—Encargate del mate, hay varios que ya se me pasaron de copas, a esos ofrécele, si no no van a llegar *ni pa* los *erutos* —le dijo Eva y desapareció.

Juana salió a la sala con el mate en la mano para comenzar a ofrecerlo. Apenas caminó unos pasos buscando a los más pasados de copas, lo vio. Edward estaba apostado junto a Rosaura.

En ese preciso instante se dio cuenta, desde su corazón, que ella jamás, jamás, iba a poder ocupar ese lugar, el de Rosaura, el que había soñado tantas veces desde el día que la conoció.

Doña Emilia tocó con una cucharita su copa de cristal para llamar la

atención de los invitados. Todo el mundo sabía el motivo, pero era la costumbre hacer el anuncio.

—¡Un minuto de atención! Como todos ustedes saben el motivo de esta fiesta, yo con mucha felicidad, les comunico que mi hija Rosaura se está comprometiendo con el distinguido señor Edward Roy Cajal. Ojalá estuviera mi esposo aquí conmigo para disfrutar de este hermoso momento. Y ojalá estuvieran los padres de Edward, nuestros entrañables amigos. Los echo mucho de menos, pero sé que desde el cielo están con nosotros regalando bendiciones a esta flamante pareja que comienza su vida en común. Brindo por el compromiso hasta el día de la boda. ¡Vivan los novios!

—¡Vivan los novios! —retumbó en el lugar, y luego siguieron los aplausos y los saludos y enseguida, la música.

Doña Emilia se había emocionado con el recuerdo de su esposo, así que enseguida salió al cruce Edward. Esperó a que la euforia de la gente se calmara y con otros golpecitos en su copa, agregó:

—Muchas gracias, doña Emilia. Para mí es un honor anunciarles mi compromiso con la hermosa Rosaura —dijo, solemne.

En ese mismo instante, su mirada se cruzó con los ojos cristalinos de Juana, con su vestido deslucido y el mate en la mano. La mirada de la joven pinchó literalmente el corazón de Edward, quien hizo un ademán de dolor posando la mano sobre el pecho. Cuando levantó la vista para volver a encontrarla, ya no estaba.

Rosaura lo tomó del brazo y a paso firme y con la frente en alto, se paseaba por los salones mostrándole a todos su trofeo. Edward buscaba con la mirada a Juana por todos lados, pero no la encontraba. La siguió buscando el resto de la noche. Él buscaba a Juana y Rosaura lo buscaba a él. Así estuvieron toda la noche.

La fiesta siguió su curso natural, baile, comida, chismes. Se sirvieron generosas copas de brandy, licores y vinos. El Virrey estuvo un buen rato conversando con Edward y otros comerciantes de la zona; luego se retiró temprano, no le gustaba beber en las tertulias, prefería hacerlo en la soledad de su casa. El resto de los invitados comió y bebió de lo lindo, la casa de los Leguizamo estaba de fiesta.

Juana, tratando de conservar sus emociones y olores, espiaba colgada de distintas ventanas sin ser vista.

La fiesta se iba apagando, Eva quería echar a los últimos, los más pesados. Doña Emilia ya estaba cansada, Rosaura estaba acaramelada con Edward, que quería despegársela, pero no podía. Doña Emilia sugirió que la niña Rosaura se retirara a descansar, el sol ya despuntaba.

Al fin, Edward salió de la casa. Llevaba marcado en su cuerpo el reciente recuerdo de la criada en sus brazos. Sentía, en lo más profundo de su corazón, que eso era algo más que un buen momento de sexo, algo más que un capricho.

Terminaron de limpiar la casa casi a la media mañana, los resabios de la fiesta eran muchos. Cuando terminaron, se juntaron todos en la cocina a tomar un té de cascarilla antes de irse a dormir. En un rato nada más tendrían que levantarse para continuar con las tareas.

Apenas Juana terminó con sus responsabilidades, se fue. Se sentía mal… y sucia. Caminó hacia el segundo patio, lo pasó, saltó el gallinero y salió por la parte trasera, aun llevaba su delantal. Era un alma olvidada. Caminó por las aceras, pasó la plaza de la Victoria y se fue a la vera del río. Buscó un lugar que no estuviera tan poblado, se sentó y sintió el calor del sol entibiar su piel. No sabía qué pensar, cómo reaccionar. Le parecía un sueño todo lo que le acaba de pasar. Edward le había dicho palabras muy intensas y había tomado su cuerpo con tanto amor, sí era amor, y momentos después se estaba comprometiendo con Rosaura. ¿Sería verdad que volvería? Juana entendía que Edward no podía salir del cuarto de los criados y decirles a todos que estaba enamorado de ella. Pero le costaba creerle. Tenía que decidir si confiar o no confiar.

Se levantó y caminó sin rumbo. Cuando se dio cuenta, estaba frente a la casa de Edward. Sentía el impulso de entrar, de estar con él y cambiar el destino de ambos, pero, ¡no!

Comenzó a caminar despacio de regreso a la casa. Cuando llegó, entró de la misma forma en que había salido. Llegó a su cuarto. Eva estaba dormida. Se tiró en su catre, se enrolló como un feto en la panza de su madre y pensó en su destino que, lamentablemente, estaba escrito con tinta negra.

Tregua

La vida en el Virreinato seguía tranquila para algunos, el monopolio de la corona molestaba a otros. Edward participaba de todas las reuniones con el Alcalde, los oidores, los cabildantes.

El respeto que había logrado su padre lo mantenía activo e intocable. A pesar de estar con la cabeza puesta en otro tema últimamente, la vida continuaba. Manuel estaba preocupado por la falta de interés de Edward en todo. En las reuniones lo escuchaba y le contestaba casi por inercia. Se daba cuenta de que algo no estaba bien. Su patrón tenía puesta la atención en otro lado. ¿Pero dónde?

No le gustaba estar comprometido y a punto de casarse con Rosaura. No le gustaba cómo, desde la creación del Virreinato, se manejaba el comercio en el lugar y tampoco le gustaba ver cómo vendían a las personas como mulas. Y principalmente no le gustaba estar tan enamorado de una criada ¿Qué estaba pasando con él? ¿Acaso se estaba transformando? ¿En qué? Todo era igual que siempre, pero él, hoy lo percibía distinto. Tenía ganas de tomarse un tiempo fuera para acomodar un poco el revuelo de ideas que tenía. Necesitaba arrancar a Juana de sus pensamientos. Lo había embrujado con su mirada felina, esos ojos… No podía dejar de pensar en ella, de sonreír cuando recordaba sus ocurrencias, de recordarla caminando descalza y altiva como si fuera una reina, y luego entregada al placer en sus brazos. A pesar de que Rosaura estaba concentrada con el compromiso y su futuro casamiento, no dejaba de sentir la molestia que le causaba esa criada en su casa. Se había recuperado y ya se había olvidado de que las tisanas que la curaron las había hecho Juana. Le molestaba su presencia, si pudiera hacerla desaparecer, sería feliz. Si bien tenían muchas criadas de la edad de Juana, Rosaura no sabía por qué, pero

ella le molestaba especialmente. Es que esa criada se metía en todo, además llamaba la atención lo linda que era… Definitivamente, no la quería. Lo que Rosaura ni se imaginaba es que también lo quería a su Edward.

Rosaura había comenzando a preparar su ajuar, todavía no habían hablado del lugar donde vivirían, pero doña Emilia ya le había adelantado que una mujer debía acompañar a su esposo en todo, comenzando por mudarse a su casa. Rosaura estaba muy emocionada y, al mismo tiempo, nerviosa. Siempre estaba presente la sensación de que algo no estaba del todo bien, pero no podía determinar qué era. "Tal vez son los nervios por el casamiento", pensó.

Edward sabía que era una locura lo que sentía por Juana. Tal vez solo lo confundía la belleza y la frescura de esa mujercita floreciendo; de solo pensarlo, sentía una puntada en la entrepierna. Estaba en un problema y debía tomar alguna decisión.

También tenía en claro que había descuidado sus negocios. Debía concentrarse, este asunto de mujeres lo estaba llevando por un lugar bastante incómodo.

Se encerró en su escritorio junto a Manuel. Estuvieron varias horas tapados de papeles. Su hombre de confianza le había traído buenas noticias, todo estaba saliendo muy bien. El embarque de cueros a Inglaterra ya llevaba varios días en el mar. Revisaron todos los documentos, hasta que Manuel no aguantó más, y sin mucho reparo, le preguntó:

—¿Usted me anda de amores, no? Está más distraído que nunca.

Edward lo miró sonriendo y le contestó:

—No, ¿por qué?

—Niño Edward, yo lo conozco bien y sé que algo pasa por esa cabeza, espero que sea una mujer, no me haga preocupar.

Cuando terminaron, Edward salió a la sala y le pidió a Tomasa que le sirviera algo fuerte para tomar. Desde el balcón de su habitación y saboreando su copa de brandy, contemplaba cómo se retiraba el sol y comenzaba a caer la noche. Los sonidos del lugar eran como una música que le gustaba, lo entretenía. Los carreteros peleando con las mulas que se empacaban en la mitad del camino, las mujeres que caminaban casi corriendo con la mirada hacia abajo cuando iban solas,

mientras que cuando iban varias, era un solo lorerío. Entonces, la vio. Entre todas, era única, era Juana.

Iba cargada de bultos detrás de Eva, casi a los saltitos. Tuvo deseos de bajar, de abrazarla y fugarse, aparecer en otro lugar, lejos y juntos para siempre. La miró hasta que dobló en la esquina y la perdió de vista. Le temblaban las piernas, ¿cómo podía ser?

Después de haberla visto fugazmente, ya eran inminentes las dudas por resolver. Le costaba aceptar que se había enamorado perdidamente de esa criada. No podía explicarlo con palabras, pero sí lo sentía muy claro en su corazón. ¿Y si se trataba de un capricho? ¿Cómo se daría cuenta si era amor y no deseo por algo que no era fácil? Se quedó levantado hasta avanzada la noche. No le encontraba una salida fácil al asunto. La única conclusión a la que pudo llegar es que tenía que posponer unos meses el casamiento, presentando alguna excusa. Con eso ganaría tiempo. Luego, vería.

Al otro día, apenas terminó su desayuno, se fue a la casa de los Leguizamo para conversar con doña Emilia. Iba a comunicarle que necesitaba posponer un tiempo el casamiento.

Cuando llegó, doña Emilia, que ya había sido notificada, lo esperaba en la sala. Estaba un poco nerviosa, no sabía de qué tema venía tan apresurado su futuro yerno a conversar con ella. Es que su hija había estado tanto tiempo enferma, y tal vez no la quería como esposa.

—¿Cómo está, doña Emilia? —dijo tomando su mano entre las suyas.

—Bien, querido, ¿qué te trae por aquí tan temprano? Aunque ya sabes, como siempre, esta es tu casa. Si tu madre estuviera aquí…

—Estaría muy feliz —completó Edward.

—Sí, querido. Ella puede quedarse tranquila, vamos a cuidarte como nuestro propio hijo. Y yo voy a ser doble abuela para mis nietitos.

En ese momento Edward se dio cuenta de la cantidad de compromisos que tenía con esa familia. Imaginó a su madre ante la situación y sintió mucha vergüenza.

—Nada importante, doña Emilia, no se asuste, solamente quería ponerme de acuerdo con usted acerca de la fecha de casamiento, es que me gustaría que puedan venir algunos parientes de Inglaterra. Estoy muy solo aquí y ante este evento tan importante en mi vida… Yo

les avisaría, entonces ellos tendrían tiempo de programar el viaje y llegar para acompañarme. ¿Está de acuerdo?

—Claro que sí, me parece muy buena idea, Edward, si te parece lo organizamos para después del verano, puede ser en marzo o abril.

—Sí, yo me comunico y luego, si le parece, ya ponemos la fecha exacta.

—Claro que sí, querido. Bueno, ahora supongo que vamos a compartir unos mates y de paso me contás cómo viene el asunto del tabaco. Me enteré de que estás poniendo los ojos allí —Edward sonrió, era una mujer brava su futura suegra.

La noticia de posponer el casamiento, aunque fuera unos pocos meses, no le había caído en gracia a Rosaura, no se la veía muy contenta.

En cambio, a Juana, parecía que le habían dado un premio. No paraba de sonreír, se la veía radiante nuevamente, es que claramente tenía un espacio de tiempo para avanzar con sus planes. Era una señal de Edward. Le decía que sí, que la amaba. Estaba tan feliz. A partir de ese día se propuso no entrar más a la habitación de Rosaura. No robarle más ropa, ni tocados, ni perfume. Bueno, ya tenía lo suyo. De todas maneras no tenía ocasión para usar lo que le había robado. Había decidido no provocarla más. Se iba a enojar demasiado cuando se enterara de que se casaría con ella.

Volcó todo sus ansias en la cocina. No en comer, pero sí en cocinar. Creó recetas nuevas, siempre las probaba y cuando eran malas, las descartaba. Eva la ayudaba mucho en eso. También ocupó algo de su tiempo en investigar algunas plantas y raíces nuevas para ampliar su recetario casero. Y cuando no tenía nada que hacer, se robaba algún libro del escritorio de doña Emilia y lo leía.

Todas las noches, antes de dormir, le rezaba a su Dios; otra vez andaba con el crucifico colgado de su cuello. No sabía cuáles eran los planes de Edward, pero sí sabía que ella lo iba a esperar. Había entendido el mensaje: estaba haciendo tiempo para arreglar las cosas. Estaba segura, y feliz… muy feliz.

El acuerdo

Edward estaba esperando ansiosamente a su amigo, Benicio De Luca, que ya tendría que haber llegado. “Son apenas unas horas de viaje”, pensaba, mientras recorría el salón ida y vuelta.

Había ideado un plan, no lo había hablado con nadie, pero le parecía perfecto. Al fin, y luego de regalarle varias noches de sueño, la idea brillante llegó a su mente. Y ese plan involucraba directamente a su amigo.

Sintió el taconeo de los caballos y el chirrido de la rueda del carruaje. Por fin había llegado, se acomodó la ropa y salió personalmente a recibirlo.

Benicio era su amigo de todos los tiempos, habían compartido desde reuniones familiares hasta algunos años de estudio fuera del país. Era hijo de inmigrantes italianos. Oportunamente los padres de Edward los habían ayudado a establecerse en una hacienda, cerca de Luján.

Desde que era un niño, Benicio mostró su gusto por el campo. Con el tiempo, y devolviendo los favores a la familia de Edward, se había convertido en uno de los mejores proveedores de productos agrícolas y ganaderos. Les había ido muy bien y el rancho fue transformándose de a poco en lo que era hoy, una gran colonia productiva. La casa al estilo de las villas italianas.

Allí trabajaban la tierra, los animales y todos los derivados posibles, también tenían algo de siembra, pero era para consumo de la poblada que vivía en el lugar. Benicio vivía con su madre Lucía y sus hermanas María Rosa y Antonella, quiénes en ese momento se encontraban de paseo en Italia.

Edward lo esperaba bajo el quicio de la puerta. Apenas se vieron, los amigos se abrazaron un rato. Luego Benicio dedicó unos minutos a

saludar a la servidumbre y, por supuesto, a soportar los besos y abrazos de Tomasa.

En cuanto pudo, hizo pasar a su amigo al escritorio, cerró la puerta, sirvió una copa de brandy para cada uno y luego lo miró a los ojos.

—Estoy enamorado —soltó Edward sin preámbulos.

—Sí, ya me enteré de que estás enrollado con los Leguizamo. No pude dejar de pensar en la ironía de la vida, ¿te acordás lo que era la regordeta de Rosaura cuando era pequeña? —dijo Benicio al borde de la risa.

—No, ojalá me acordara, pero creo que la vida es más irónica aún —no sabía cómo decirle a su amigo, y que este le creyera, que en realidad estaba enamorado de la criada de su prometida. Sonaba tan feo de solo pensarlo—. Es que estoy enamorado de la criada de los Leguizamo —dijo al final, sin miramientos.

Benicio soltó una carcajada y casi se ahoga con su propia risa.

—Estás loco, ¿qué te pasó, mi amigo querido? ¿Cómo te vas a enredar con una criada?, a esas las tenés gratis. No hagas nada fuera de lugar, tu casamiento con la Leguizamo, que de paso es preciosa, es lo más apropiado ahora. ¿Te das cuenta de que cerramos el círculo? —le dijo tratando de hacer entrar en razones a su amigo y con la esperanza de que el comentario no fuera más que una de las tantas bromas que le gustaba hacer a Edward.

—No entendés, estoy enamorado de verdad… estuve con ella. Es la primera vez en mi vida que siento algo acá —dijo, pegando su mano derecha en el centro de su pecho—. Tenés que ayudarme. Se me ocurrió una idea. Vos te la llevás al campo, me parece que Rosaura ya está sospechando algo y tengo miedo de que la maltrate, es muy brava y no va a tener piedad con Juana. ¿Te dije cómo se llamaba? —Edward hablaba atolondradamente.

Benicio miraba a su amigo incrédulo, era como si lo hubieran cambiado, ese no era Edward.

—¡Un momento! Dejame entender, vos estás completamente loco.

—No, es que si no la saco de allí, no puedo verla, estar con ella, abrazarla, tenerla conmigo. En cambio, si está en tu casa… Además, de esta manera, Rosaura no sospechará nada, va a estar muy feliz de sacarla de su casa.

—La verdad es que no me esperaba esto, amigo mío. Dejame entender —Benicio hizo una pausa para pensar y luego continuó—. Bueno, si te hace bien, estoy dispuesto a ayudarte, de paso, no la ves por un tiempo. Yo me arreglo, ya veré cómo. Me la llevo a trabajar con mi peonada.

—¡No!, fíjate adónde la vas a poner, a ella le gusta cocinar, está todo el día en la cocina. Yo quisiera que tengas un trato especial con ella. Ya la vas a conocer, cuando veas sus ojos… Después de todo, algún día ella va a ser mi esposa. No la podés poner con la peonada. Es muy importante que ella no sospeche nada. Mejor así. Yo después le cuento personalmente.

—La verdad, mi amigo, no te entiendo. Me dejás helado con esto, pero, por supuesto que te voy a ayudar. Tal vez la distancia te limpia un poco los pensamientos. Es mejor esto a que hagas alguna pavada.

Edward no puso mucho empeño en convencer a Benicio de que realmente estaba enamorado, no le creería. También sabía que su amigo no lo dejaría solo. Mientras bebían de sus copas de brandy y degustaban los bocaditos de Tomasa, terminaron de dar los últimos retoques al plan. Edward estaba muy entusiasmado y Benicio totalmente preocupado.

Juana seguía expectante, parecía un puma acechando por su presa. Estaba siempre atenta, cada movimiento, cada comentario en la casa, ella lo sabía.

Ese día escuchó que la habían vendido a la familia De Luca. No entendió mucho, pero supuso enseguida y desde su corazón, que todo había estado orquestado por Rosaura. “Seguro que se dio cuenta de algo y quiere sacarme del medio”, pensaba.

No sabía si la noticia le caía bien o mal, irse de esa casa era muy oportuno porque le permitiría luchar por su amor desde otro lugar, pero, ¿quiénes eran los De Luca? ¿Qué pasaría con ella ahora? Nadie le dio demasiadas explicaciones. Eva se había enterado al mismo tiempo que ella y estaba muy preocupada: ¿quién iba a contener a Juana cuando le agarraran los arranques? ¿Quién le iba a recordar que ella era una criada? Tal vez era lo mejor, de esa manera, no le quedaba otra opción que aceptar y comportarse como una criada. Todo eso pensaba Eva que, además de preocupada, estaba triste hasta

las lágrimas porque realmente se había encariñado con esa niña.

Juana no sabía cómo hacer para avisarle a Edward que se la llevaban de ahí. ¿Y si no la encontraba más? Pensó que le dejaría dicho con Eva, que le avisaría de lo sucedido.

Eva no dejaba de darle indicaciones y Juana no paraba de encargarle que cuando lo viera a Edward, lejos de Rosaura, le dijera que la buscara con la familia nueva. Y le hacía repetir a la negra el apellido De Luca una y mil veces.

—Mi niña, por más que se le suban por las entrañas las ganas de arañar, no conteste. Me la van a tirar a la calle si no hace las cosas bien. ¡Ay, mi Dios! —le decía una y otra vez.

—Eva, voy a estar bien. Esto me lo gané solita por molestar a la bruja de Rosaura. ¿Te acordás que yo pensaba que íbamos a ser mejores amigas? Bueno, aprendí. Quedate tranquila, una vez que sepa dónde es la casa de mis nuevos amos, vemos la forma de encontrarnos. Me escapo un rato y te vengo a visitar.

—Mi niña, si le hacen algo malo… todo, si me la quieren *desgraciá*, *usté* me busca un criado y me manda un mensaje, o se me escapa y se me viene *pa* acá. Entre nosotros nos cuidamos, ¿sí, sí? —Eva lloraba, sabía que la vida de Juana se iba a complicar sin ella sobre sus espaldas.

—Sí, Eva, voy a estar bien —la tranquilizaba Juana.

La niña comenzó a preparar sus petates, acompañada por el llanto silencioso de Eva quien tampoco comprendía mucho por qué se tenía que ir, pero compartía el pensamiento con Juana de que se trataba de algo maquinado por Rosaura.

Esa fue la última noche que durmió en la casa de los Leguizamo. Nadie de la familia se acercó a saludarla para despedirse de ella, solo los criados. En ese momento, Juana tomó conciencia nuevamente de que no tenía nada propio, más que su propia alma.

Esa mañana no se levantó corriendo para ir a prender el fogón, se quedó sentada en el catre con su bolsa al costado, esperando que la vinieran a buscar. Eva entró con la respiración agitada y los criados por detrás; parecían una procesión de velorio.

—¡Te vinieron a buscar! —le dijo Eva, llorando, y repetía—: que la virgen tuya te acompañe y el Dios te dé luz.

Juana respiró hondo, otra vez supo que su vida terminaba para dar lugar a otra nueva. ¿Cómo sería esta vida? ¿Qué le tenía su Dios preparado? “Ojalá que la casa donde me llevan quede cerca de aquí”, pensaba. El desconcierto y el miedo comenzaron a invadir todo su cuerpo. Empezó con una fuerte puntada en el centro del pecho y siguió con un temblor en las piernas que casi le impedía moverse.

Cuando se asomó a la puerta vio un carruaje muy lindo, el cochero quedó parado en el pescante al frente de la casa de los Leguizamo. Juana estaba esperando detrás de la puerta, era la hora acordada. Doña Emilia no apareció para despedirse, solo algunos criados y Eva, con el rostro desfigurado por el llanto.

Levantó el mentón, intentó tragarse las lágrimas escurridas por su propio destino y salió con su bolsa en la mano. Erguida, cruzó la puerta con la procesión de criados detrás. Todos la bendecían en silencio y sabían que seguramente no iban a volver a verla. No miró para atrás. Se imaginó a Rosaura festejando su victoria ganada.

Se abrió la puerta del coche y una bota se apoyó en el pescante, luego apareció una mano, y por último, una voz:

—Benicio De Luca para servirle, señorita —dijo el joven, muy educado, invitándola a subir al carruaje.

Juana se detuvo un segundo, giró con todo su cuerpo y sonrió a cada uno de los criados, parados en semicírculo, que la despedían. Luego elevó la mirada y la vio. Entre las cortinas, Rosaura, festejaba su victoria. Se quedó unos instantes mirándola. Se dio vuelta, sonrió al joven y se sentó a su lado. Una nueva y desconocida vida comenzaba para ella.

Cuento de hadas

El viaje comenzó en silencio, y continuó en silencio. Juana estaba desesperada por hacerle preguntas: hacia dónde iban, por qué la había comprado justo a ella si nadie sabía de su existencia. Tal vez tendría que haberse escapado e ido a la iglesia, no sabía. ¿Qué le deparaba el destino, ahora? La desesperación comenzó a invadirla. El caballero, sentado al frente, la observaba en silencio, con un brazo apoyado en la rodilla y los dedos bordeando la barbilla. Se notaba que era un hombre de campo por el color de su rostro. Su porte era importante.

Pasaba el tiempo y el carruaje salió del poblado y comenzó a andar por una zona agreste.

Juana no aguantó más:

—¿Dónde vive usted? —preguntó sin mirarlo a los ojos, siguiendo las órdenes de Eva.

—Falta poco, seguro le va a gustar el lugar.

—¿La Rosaura me vendió o me regaló?

—Yo puse un aviso en el cabildo informando que necesitaba alguien que fuera responsable y trabajador y supiera cocinar muy bien y me dijeron que en la familia Leguizamo había alguien con esas características, así que fui, le hice una propuesta que no pudo rechazar… y bueno, aquí estamos —mintió.

—Gracias —dijo Juana.

—De nada, cuando lleguemos, mis sirvientes le van a explicar todo.

El silencio nuevamente se adueñó del ambiente, Juana se sentía un poco más tranquila pero aun con muchas preguntas. “Entonces, no había sido Rosaura”, pensó, sorprendida.

Al fin Benicio anunció que estaban llegando, definitivamente era en el campo, eso también le gustó, aunque enseguida se dio cuenta que ya

no habría más paseos por la plaza y las compras que tanto le gustaban. ¿Y Edward? ¿Cómo iba a buscarla en el medio del campo? ¿Cómo iba a encontrarla?

Bajó expectante, con cuidado. Cuando estuvo parada al frente de la entrada, giró la cabeza de lado a lado y vio el entorno, entonces se quedó deslumbrada, con la boca abierta. El lugar era hermoso, una casa… ¿cómo describirla? Una casa muy grande, que parecía un castillo y con un campo que la escoltaba por todos lados.

En la puerta había una comitiva de criados que los estaban esperando. Le llamó mucho la atención el cariño con el que lo recibieron a Benicio. Eso era un buen indicio, lo querían. Se arrimó tímida, no sabía qué esperar en ese lugar.

—Soy Ramona —dijo una mujer morena, al estilo de Eva—, y ellos son Lucrecio, Pedro, Epifanía, Ana y Brunilda. Después te presento a los otros que deben estar en sus tareas ahora.

Enseguida Juana se sintió cómoda y pensaba lo simpáticos que eran todos.

Se dirigieron al cuarto que tenían preparado. Era un lugar precioso, con una cama para ella sola, no tendría que compartirlo con nadie. Además, la habitación estaba en el casco principal de la casa y no en la periferia. Sobre un hermoso mueble de estilo estaba apoyado un aguamanil. Cuando Juana preguntó si podía usarlo, todos se rieron tapándose la boca.

—Es *pa usté*, niña —dijo Lucrecio sonriendo. Parecía el más importante, como si fuera el que estaba a cargo de todo.

Luego de que Benicio le dirigiera unas palabras de recibimiento muy cordiales, el joven se retiró a su escritorio y por un rato no lo vio más.

Juana sentía una cosquilla en la panza constante, se instaló en el castillo (así lo bautizó para sus adentros). La verdad es que todo se veía tan fantástico que por un momento pensó que estaba soñando, que despertaría y que luego vendría el golpe.

En ese momento sintió que Dios le había puesto la luz arriba de ella. Benicio era muy amable, pero seguro ya iba a conocer a la señora de la casa. “Ojala sea una buena señora”, pensó con un gesto de amargura.

Tardó muy poco tiempo en acomodarse, solo tenía un par de vestidos viejos, ya que los que le había robado a Rosaura los había

dejado todos en el cuarto de Eva; dos muñecas que había fabricado con paja y algunos hilos; los libros que le había regalado el padre Bartolomé y nada más. Así que, luego de remolonear un rato en la cama (se sentía estupenda), se levantó y asomó la nariz por la puerta para espiar. Salió sigilosamente a investigar ese hermoso lugar y a enterarse de quiénes eran sus nuevos dueños, los De Luca.

Tal vez, ahora sí, aceptara llevar ese apellido. Le gustaba, lo ensayaba… Juana De Luca de Roy Cajal. Se reía de felicidad.

Buscó integrarse con el movimiento del lugar, había personas por todos lados que iban y venían. Los hortelanos atendían la huerta, enseguida hizo amistad con ellos.

Los labriegos eran los encargados de la siembra. Había tahonas con un montón de esclavos trabajando. Estaba maravillada, se quedó durante un buen rato mirando todo, hasta que no aguantó más:

—¿Qué es eso? —preguntó a Lucrecio, señalando una máquina tirada por ganado.

—Se llama noria, sirve *pa* sacar el agua. Los animales tiran y los cangilones salen bien llenitos.

Luego siguieron por el molino aceitero.

Juana estaba impresionada, preguntó y averiguó todo, el nombre de cada cosa que no conocía, el procedimiento de uso. Los animales, la vista del lugar, era como estar en un sueño.

Cuando ya estaban de regreso, la interceptó Ramona, era una mujer muy simpática y musical.

—Venga, niña, don Benicio me encargó que la ubique y que me asegure de que *usté* esté bien.

—¡Gracias! —Juana sonrió y comenzó a seguir a Ramona por ese maravilloso lugar. Después de todo, parecía estar en el paraíso.

—Me dijo el patroncito que *usté* va *se* la nueva cocinera.

—Sí, me gusta mucho cocinar —contestó con una sonrisa que parecía iba a ser eterna en su rostro.

—Bueno, entonces *pa* la cocina, ese va a ser su trabajo, pero ahora le voy a mostrar la casa.

Empezaron el recorrido, de arriba para abajo. Tres habitaciones muy bellas y cerradas, Ramona le contó que eran para las visitas, que por lo general la ocupaban los amigos de Benicio cuando venían a pasar

tiempo en el campo. Las dos habitaciones que seguían tenían grandes camas con dosel. Eran las habitaciones de las hermanas de Benicio. La que seguía era la habitación de los padres de Benicio. Llamó la atención de Juana un gran fogón y una biblioteca llena de libros, se hubiera quedado allí para siempre. Y llegaron a la última habitación, Ramona se la mostró desde la puerta, no sin antes espiar para todos lados; no quería que nadie la viera husmeando por allí. Era la habitación del señor Benicio.

Mientras bajaban la escalera, Ramona la puso al día con las noticias de la casa. Las hermanas de Benicio estaban junto a su madre en la villa que tenían en Italia. Juana suspiró, sin mujeres cerca… era mejor. Bueno, todavía faltaba conocer a la esposa de Benicio. Hasta el momento no se la habían presentado y ella no se animaba a preguntar.

Bajaron y siguieron hacia una sala de estar grande y hermosa. El comedor, todo tan bien arreglado, que Juana caminaba con cuidado y despacio, como si fuera a tocar algo y todo cayera al piso. “Qué tonta”, pensaba. Seguramente ya se acostumbraría a todo eso, se sentía muy bien.

Los sillones de la sala eran de gobelino, otros de terciopelo. En el escritorio de don Benicio había un hermoso bargueño, Juana se desesperaba por abrir todos esos cajoncitos y espiar qué había adentro. Mesas de mármol con finos candeleros de plata, cuadros y grandes vitrinas contenedoras de vajilla de cristal, plata, alpaca y oro. En los pisos, gruesas y costosas alfombras.

La cocina era mucho más grande que la de la casa de los Leguizamo y no estaba tan cerca de la sala donde se comía. Juana pensó que habría que caminar un rato con los trastes en la mano. Luego, detrás de la cocina, el cuarto del lavado y planchado. Para todo había grandes y cómodos espacios disponibles.

Se atrevió a imaginar que su estadía en ese lugar iba a ser muy placentera. Pensó en Edward, qué sorpresa se iba a llevar cuando se enterara de que estaba en el campo. En fin, ya vería la forma de avisarle.

Ramona, como corolario del recorrido, agregó:

—Juana puede *usté usá* la ropa que está en su cuarto, es de la niña María Rosa que tiene como su cuerpito.

—Y, ¿dónde está la esposa del señor Benicio? —preguntó tímidamente.

—*El* don Benicio no tiene doña, y el padre está *enterrao* —contestó Ramona haciendo un escueto resumen familiar.

Juana sonrió. Confirmado que no había señoritas, el lugar estaría liberado para ella. ¡Qué bien! Todo parecía un hermoso sueño.

Juana ya quería empezar a cocinar, quería agradecer a esta gente, quería que la quisieran, que la aceptaran, tenía ganas de disfrutar ese lugar. Estaba ansiosa, nerviosa. Quería hacer todo bien y rápido.

Ramona le presentó al resto de los criados, eran muchos. Algunos trabajaban en la casa, otros con los animales, otros con la siembra. Luego, la mujer separó del grupo a tres criadas jovencitas y les dijo que serían las ayudantes de Juana.

—Hay que *cociná pa* todos, mi niña, y sabe el Dios cómo comen estos cuando terminan de trabajar —agregó, mirando a Juana, y justificando la ayuda que ponía a su disposición.

Enseguida preguntó la cantidad de comensales, los horarios, memorizó el nombre de sus ayudantes y puso manos a la obra. Cocinaría carne asada con papas dulces, chicoca y de postre una torta con frutos secos y azúcar negra. “Ojalá me salga todo bien”, pensó.

Cuando estaba en la cocina, sentía que todo estaba en orden, que no necesitaba nada más. Se concentraba tanto en los ingredientes, los imaginaba conversando, mezclando sus sabores, sus aromas, formaban un todo. El fogón era maravilloso, llegaba hasta el techo. ¡Cuántas cosas cocinaría en ese lugar!

Trabajó muchas horas sin parar y sin hablar más que lo necesario para darles instrucciones a sus ayudantes, que la miraban y acataban sus órdenes en silencio.

Cuando vio la secuencia de sus platos terminados sobre la gruesa mesa de madera de la cocina, sonrió. “Con esto los deslumbro”, pensó.

—Me parta la luz, ¿qué ha hecho *usté*?, ¡qué *ricor*! Dijeron que era *güena pa* la cocina, pero se me quedaron cortos —exclamó Ramona agarrándose la cabeza con las manos al entrar a la cocina.

Juana volvió a sonreír.

Ramona había ido para anunciarle que ese día serían cuatro para comer: don Benicio y tres señores que habían venido a ver parte de la

producción del campo para comprar. Y le aclaró que la comida de los criados sería luego de la de los señores, y se serviría en la cocina.

Las criadas ya habían acomodado la mesa en la sala principal para Benicio y sus clientes. Juana estaba un poco nerviosa. Quería hacer quedar bien a su nuevo amo. “Dejarlos con la panza feliz”, como decía Eva.

La joven quiso servir personalmente el almuerzo, quería mostrar agradecimiento hacia el señor Benicio.

Ya estaban todos en la mesa, el vino servido y esperando anhelantes la comida.

Juana había preparado los platos en la cocina, los llevaría listos. No se hacía de esa forma, pero ella así lo había dispuesto. Tenía miedo de tropezarse con la falda y que ella y sus platos pasaran al piso haciendo un bochorno. Salió con la frente alta, llevando la primera bandeja, con la chicoca colorida y humeante. La papa dulce, entera y de un tamaño pequeño, a un costado. Detrás de ella venían las demás criadas con los otros platos. Cuando estuvieron todas paradas detrás de los comensales, Juana bajó la vista y sirvieron todas al mismo tiempo. Benicio observaba divertido el ritual mientras que los invitados estaban anonadados por las costumbres de la casa. Lo que no sabían era que Juana las estaba implementando en ese mismo momento.

Ya más tranquila, regresó a la cocina para terminar los detalles del postre. Sin haberlo planificado con anterioridad, se puso a preparar una crema para acompañar la torta. “A este postre le falta humedad”, pensó.

Cuando terminaron con las verduras, llevó el segundo plato. La carne brillaba en el centro, rodeada de cebollas y ajos asados y una salsita tenue arriba, que había elaborado ella misma, moliendo las semillas de mostaza con un poco de miel, vinagre y especias.

Y por último, llegó el postre. La torta húmeda chorreada con la crema que acababa de preparar con huevos, vainilla, leche y brandy.

Tanto Benicio como sus invitados conversaron sobre los exquisitos platos de la cocinera de la casa. En ningún momento el joven les comentó que era la primera vez que Juana cocinaba en su residencia. Sonreía satisfecho.

La mayor parte de la comida era para la peonada. Eso la puso en un

lugar muy privilegiado a la vista de todos los criados. Cuando terminó con Benicio y sus invitados, se encargó del resto, que la esperaba expectante en la cocina.

Comieron, rieron y luego cantaron para Juana en agradecimiento por los deliciosos platos que les había preparado.

Ella sonreía, feliz.

Cuando todo terminó convocó a las criadas a limpiar. Epifanía era flaquita y ligera, todo lo contrario de Ana que era una gordita glotona con una sonrisa constante, y Brunilda, vaga, vaga y, por supuesto, malhumorada, siempre tenía bajo la manga un problema para cada solución. Las cuatro, bajo la supervisión de Ramona, estaban a pleno en la limpieza de trastos, cuando ingresó Benicio.

—Quiero felicitar a nuestra nueva cocinera —dijo, buscándola con la mirada entre las mujeres. Por supuesto, Juana sobresalía como una rosa en el desierto. Benicio había notado su belleza, su amigo no estaba tan equivocado.

—Gracias, señor Benicio —dijo Juana mientras lo observaba. Era grandote, rubio y curtido por la vida en el campo.

Cabello largo algo despeinado, con brillos más claros producidos por el desgaste del sol. Llevaba una camisa suelta. Qué lindo era… muy lindo y joven.

—Juana, espero que disfrute su estadía en mi casa —dijo.

Las cuatro mujeres quedaron calladas con la boca abierta observando a Benicio mientras se retiraba.

—¡Es lindo el amo!, ¿no, Juana? —dijo Ana con una sonrisa y los ojos brillosos.

—¡Callate!, quién te va mira a *vo*, gorda come torta —contestó Brunilda.

—Mirá, ¿y *vo*?, con el *carate* que *tené* no te van a *queré* ni *pa metétela* —remató Ana casi llorando.

—¡Basta! ¿Qué *lis* pasa? A trabajar —terminó Ramona.

Juana se reía, la verdad es que don Benicio entretenía con solo mirarlo. Era bien vistoso, armoniosamente distribuido.

Esa noche descansó como una princesa en la cama con dosel, lavó su rostro solo para usar el aguamanil. Se probó todos los vestidos, ensayó pasos de baile. Giró y giró sobre la cama. No quería dormirse, tenía

miedo de despertarse y no estar allí. Pensó en Benicio, en Edward, en su vida. La mejor noche de su vida seguía transcurriendo. Se desplomó sobre la cama rendida. Una fantasía se presentó en su cabeza: Benicio abría la puerta, llegaba hasta ella y la miraba, se sacaba la camisa, luego los pantalones y se metía a la cama con ella. Se moría de risa repitiendo ese obsceno pensamiento. Se lo imaginaba con el pelo suelto, con el pelo atado, desnudo… Se quedó dormida jugando con la imagen de su nuevo amo en su mente.

Al día siguiente la tuvo que despertar Ramona. Se levantó feliz, muerta de sueño, pero eso no importaba. Enseguida se metió en la cocina.

A media mañana, ya con todo organizado mientras Epifanía y Brunilda pelaban papas, ella se fue detrás de Lucrecio a ver la huerta. En realidad se trataba de un campo sembrado. Estaba fascinada. El sol y la caricia de la brisa en la cara le daban la bienvenida a una nueva vida.

Fueron a ver los animales. A pesar de las recomendaciones de Lucrecio, se acercó para acariciarles el lomo. Cuando levantó la vista, lo vio, arriba de su potro, con el sombrero corcoveando en su espalda, confundiéndose con su cabello. Se quedó mirándolo como una tonta hasta que desapareció de la vista.

—Es don Benicio —dijo Lucrecio, como para apaciguar el papelón.

—Ah, me parecía, es que no veo muy bien —terminó Juana poniéndose colorada como un tomate.

LA SIESTA DEL AMOR

Cuando volvió a la casa, se dirigió a la cocina y comenzó a aplastar las papas que las criadas ya habían hervido en la olla. Les ponía condimento y pensaba en Benicio… ¡Qué lindo era! Pero ¿qué le estaba pasando? ¿Y lo que sentía por Edward? Lo cierto es que Benicio se hacía presente en su mente. Lo había visto cabalgar, caminar, conversar con la peonada. ¡Era tan esbelto!, su cuerpo invitaba a mirarlo. Continuó con la receta, le agregó huevos crudos al puré… le temblaban las manos. Las sensaciones de su cuerpo siempre le jugaba malos ratos. ¿Y ahora? Seguía pensando en Benicio, se lo imaginaba cabalgando hacia ella, su camisa inflada con el viento. Espolvoreó con harina y nuez moscada. No escuchaba las voces de Brunilda, Ana y Epifanía que conversaban a su alrededor. Solo eran ella, Benicio y la masa de papas. Comenzó a hacer las esferas con el puré y a hundirles al medio un pedacito de queso de cabra. Cada vez que metía el dedo para hundir el queso hacia adentro, una cosquilla caminaba su estómago. Luego, otra vez, las tomaba en sus manos y las pasaba por el huevo con pizcas de colores producidas por los condimentos que había seleccionado especialmente y luego, cuando estuvieron listas todas, se arrimó con la bandeja llena a la olla burbujeante de grasa caliente. Las dejó en manos de Brunilda para que terminara de freírlas. Tomó las partes de la gallina y comenzó a frotarlas con la pasta que había hecho con las semillas de mostaza y miel pura. Inspiraba los aromas y un escalofrío recorría su cuerpo. Una llovizna de pimienta bien molida y a pincharlos en los hierros para ponerlos al fuego.

—¡Eh, che!

—¡¿Qué?! —preguntó Juana asustada cuando sintió la cuchara de madera sonar en su espalda.

Las tres criadas empezaron a reír y reír, tanto que las lágrimas y el humo del fogón comenzaron a enrojecer sus ojos.

—¿Qué les pasa? —preguntó Juana, intrigada.

—Es que *istás* en otro mundo, *ti estamo* hablando hace una hora y ni nos *ecuchá.*

—Ah, era eso, sí es que estoy concentrada —mintió. En realidad tenía el cuerpo caliente pensando en Benicio. Ese rostro cuadrado de nariz distinguida y cejas tupidas no le daba descanso a su mente. Menos a su cuerpo. ¿Qué le estaba pasando?

No le dio importancia a las criadas que se divertían a costa de ella y jugaban haciéndole preguntas y respondiéndose ella mismas. Siguió con la preparación del postre y lo que hasta ese momento había negado en su mente, salió como tiro de mosquete para afuera: buscó en su caja una bolsita de lienzo viejo y sacó hojas de huanarpo y algunas de maca. Las trituró bien con el mortero, las mezcló con perejil y ajo picado y luego las espolvoreó sobre los pollos que ya estaban comenzando a chirriar en el fogón y también sobre las bombas de papa. Se guardó un poquito para el postre. ¡Juana estaba tan feliz, tan emocionada y tan pasional! Quiso compartir esos sentimientos con la maravillosa gente que la había cobijado en su casa, en sus costumbres. Con las hierbas que había agregado, solo les iba a dar un poco de emoción extra a todos. Se lo merecían.

La comida estaba lista. Benicio esperaba sentado en el comedor.

A pesar de estar solo en la mesa, salieron las tres juntas, Brunilda con el vino, Juana con el plato principal y Epifanía con la panera.

Cuando Juana cruzó la puerta de la sala, lo vio de espaldas y sintió cómo su cuerpo comenzaba a temblar, no podía controlarlo. ¿Qué le estaba pasando?

Se acercó por atrás y dejó el plato de Benicio frente a él, su rostro quedó a la altura de su pecho, lo miró a los ojos. El cosquilleo fue tal que tuvo miedo de hacer un papelón. Cuando quiso irse, sintió la fuerza en su brazo. Era Benicio que la detenía. Creía que iba a desmayarse, qué extraña sensación. Nunca la había sentido.

—Juana, usted hace magia en la cocina. Gracias —dijo mirándola, sin soltar su brazo.

Juana estaba a punto de desmayarse, contestó con una sonrisa a las

palabras de halago, agradeció y luego se fue con la emoción a flor de piel, dejando a Benicio con el plato servido de pollo crocante y bolas fritas de papas. Salió casi corriendo para no hacer cosas de las que luego pudiera arrepentirse como abrazarlo, besarlo. ¿Pero, qué le pasaba?, ¿acaso se había enamorado de Benicio? ¿Y su amor por Edward?

Más tarde puso ella misma la comida sobre la mesa para los criados. La aplaudieron espontáneamente. Estaban todos muy felices con la llegada de Juana. No imaginaban que hasta postre les había hecho la niña para ellos.

Los dejó comer y se fue a disfrutar del sol de la siesta. Necesitaba calmarse un poco. Se sentía desconocida en esa casa con la sangre bramando en sus venas, con deseos raros dando vueltas por su cabeza. Luego de una hermosa caminata, regresó.

Limpiaron la cocina y se fue a su cuarto. Estaba exhausta, ¡tantas cosas en tan poco tiempo!

Se recostó unos minutos en la cama que, por primera vez en su vida, era de su uso exclusivo, y se quedó dormida al instante. Comenzó a soñar con Benicio. Él aparecía desnudo por la puerta, con el cabello dorado sobre los hombros. Caminaba hacia ella que lo esperaba en el centro de la cama. Entre las piernas sobresalía su pene, era grande. Juana no podía dejar de mirarlo. Caminaba sobre el aire hacia ella, llegaba. Se acostaba a su diestra y le besaba los pechos. Juana sonreía, disfrutaba y observaba. Luego se recostaba sobre ella y cuando con su miembro duro y caliente estaba por penetrarla se despertó, completamente empapada y excitada. “Fue un sueño, qué suerte”, pensó. Se levantó enseguida y se refrescó la cara con agua. Luego decidió ir a buscar un poco de agua para beber. La casa se sentía silenciosa, misteriosa. Bajó la escalera y se fue directo a la cocina, bebió una buena cantidad de agua y salió. Se fue caminando hacia el patio trasero donde estaban todos los cuartos de los criados, el silencio solo era interrumpido por el canto de los pájaros o el sonido de algún animal. Necesitaba caminar un poco, sacarse de encima esos males físicos que la acechaban cada vez que veía a Benicio. Hasta que sintió ruidos raros.

Se arrimó a la primera puerta. Estaba entreabierta. Se asomó

despacio y los vio, en realidad lo vio a Lucrecio, desnudo, fuerte… distinto al Lucrecio que había conocido. Estaba montado sobre alguien de quien solo podía ver los brazos que lo cubrían por la espalda, y las piernas abiertas a los costados. Lucrecio se movía al compás de los gemidos de la mujer, que estaba disfrutando a ese hombre sin miramientos. “¿Será Ramona?”, pensó. Se fue antes de que la descubrieran y comenzó a espiar todas las puertas y ventanas de los criados. Pedro estaba con Epifanía sentada desnuda en su falda. Ella bailaba con movimientos suaves sobre el muchacho que en cualquier momento explotaría de placer. “¿Qué está pasando?”, se preguntó, “¿esto será así todos los días?”.

No quiso seguir recorriendo, los latidos en su entrepierna la estaban dejando inmóvil. Caminó de regreso a la cocina, tomó más agua y subió la escalera para ir a su cuarto.

Cuando estuvo casi al frente de la puerta del cuarto de Benicio, se detuvo y ahí se dio cuenta de la locura que estaba haciendo o por hacer. Se quedó allí parada delante de la puerta cerrada.

Entonces, sintió la respiración en su nuca. No se asustó, solo cerró los ojos, supo que era él, no hacía falta nada más. Dos brazos fuertes le rodearon la cintura por detrás, sintiendo vergüenza. Pero se quedó allí, no atinó a salir corriendo. Quería saciar sus ganas. Él la giró y la levantó en sus brazos, con una patada abrió la puerta de su cuarto.

Benicio estaba desconocido; ella, impávida, no sabía qué hacer. No correspondía que estuviera allí, pero por supuesto que quería estar… con el mismo pie y la misma patada, la cerró. Ella seguía con los ojos cerrados, la depositó suavemente sobre la cama. Juana se dio cuenta de que estaba sucediendo lo que acababa de soñar. Siguió allí, dura como una rama gruesa, esperando, con los ojos cerrados y las manos sobre ellos como si pudieran ver a pesar de todo. Quedó sola por unos instantes, hasta que sintió la humedad, la saliva de Benicio en su cuello. Lentamente abrió los ojos y lo vio, allí estaba, con los cabellos sueltos sobre los hombros, tal como en el sueño. “Ojalá que esto sea real”, pensó. Al menos ahora, luego, ya vería. Lo miró, confiaba en que sus ojos brujos lo atraparían. Lo que no sabía era adónde la iba a llevar ese error.

—Qué hermosa —dijo Benicio con la voz ronca.

Juana le tapó la boca con la mano. Sin palabras, las palabras le daban más vergüenza. Los labios de Benicio comenzaron a recorrer su cuerpo, al tiempo que sus manos la desnudaban. Ella no hacía nada, solo estaba entregada a recibir ese placer urgente. Ya estaban los dos desnudos. Con un movimiento suave pero muy firme, la puso sobre él. Juana quedó acostada sobre Benicio, sola y sin indicaciones buscó su miembro con la mano hambrienta para indicarle cómo entrar en su cuerpo. Tenía desesperación por sentirlo adentro suyo.

Benicio estaba extasiado, pero de repente se detuvo y se retiró bruscamente. Ella lo miró con desconcierto. Se quedó allí parado, indeciso, con su pene hinchado y ansioso por descargarse.

“Es la mujer de mi amigo”, pensó. Y se quedó allí mirándola, como una flor abierta, esperándolo. Quería hacerla suya, ya mismo. La miró un momento más esperando la magia que lo sacara de ese lugar. Estaba a punto de cometer el error más grande de su vida. Estaba a punto de hacer el amor con la mujer que su amigo, su hermano, había puesto a su cuidado. Pero lo que sentía era más fuerte que la lealtad hacia su amigo, necesitaba calmar el deseo de abrazarla, de sentirla.

Despacio, se acostó sobre ella y sin mirar su cara la penetró. La besó suave, con la lengua recorrió su boca entera. Rodeó sus pezones, que se irguieron en halos de carne erizada. No podía mirarla, solo disfrutarla hasta que estaba a punto de explotar. La cabalgó a su gusto, suave, más fuerte, cada entrada de su miembro en el cuerpo de Juana eran punzadas de placer, no quería que ese momento se acabara, pero sentía cómo subía, subía… hasta que sintió el espasmo. Se quedó unos segundos sobre ella. Luego se acostó a su lado.

Juana tampoco lo miraba. No podía. Con la respiración agitada, apenas pudo, se levantó y salió corriendo desnuda con su ropa en las manos. Tuvo la suerte de que nadie la viera. Entró a su cuarto, se tiró sobre la cama mirando el techo. ¿Qué había hecho?, estaba loca. Por supuesto el inoportuno de Edward interrumpió su encanto con Benicio. Apareció en su mente, culpándola. ¿Qué le pasaba? Comenzó a sentir culpa y vergüenza, ¿y si ahora Benicio creía que se lo podía hacer cuando él quisiera? ¿Y si a partir de ahora la agarraba todos los días a la siesta? Empezó a sentirse rara. El goce ya había pasado a segundo plano, ahora había que enfrentar las consecuencias de las elecciones

tomadas. ¿Y si todas las siestas eran así en esa casa? Pero Juana sabía que los cuentos de hadas no existían, que eran pura cursilería. ¿Qué pasaría ahora? Con el cuerpo temblando y la mente cansada, se quedó dormida.

Ya casi caía la noche cuando ingresó a la cocina, no había salido de su cuarto, sentía tanta vergüenza… Pero tenía que ir a hacer su trabajo. Allí estaba Ramona, esperándola.

—Hoy pasó algo muy raro en la casa, ¿qué le pusiste a la comida?

—¿Por qué? —preguntó Juana tímidamente.

—Es que estaban todos como animales en celo, fue *bravio* el asunto, los que estaban *amuchao*, bueno, pero el resto… Estaban todos como lobo *encelao.* ¡Ja! Se va a armar un quilombo…

Juana se quedó pensativa, allí comprendió todo, lo que describía Ramona era lo que ella sentía cuando cocinaba. Fue tan fuerte la pasión que había puesto en su comida que traspasó a los comensales. ¡Qué lío, qué problema! Ella solo había agregado las hierbas para dar más energía. Esas hierbas las usaba generalmente el padre Bartolomé para subir el ánimo, así lo describía. Pero por lo visto, aquí había subido algo más que el ánimo.

De todas maneras, le quedó claro que debía controlar su temperamento, y más aún, a la hora de cocinar.

—Nada, Ramona, será cosa de ustedes nomás. No culpe a mi cocina, si no voy a estar entrando de malas.

—Tiene razón, niña. Pero algo pasó hoy. Yo no soy tonta, ¿eh?

En parte, ese comentario dejaba tranquila a Juana, quien todavía pensaba en la posibilidad de que todas las siestas en esa casa fuesen así.

Se puso a cocinar, más relajada y llena de vergüenza, pensando que no quería verlo a Benicio luego de lo que había pasado. Una criada suelta de piernas, solo eso podía pensar de ella. O una criada dispuesta a satisfacer los bajos instintos de su amo. ¿Qué pensaría? Bueno, ahora lo importante era que se concentrara bien en la comida, y no produjera más cosas raras en las personas.

Dejó la cena lista y se excusó con Ramona para irse, sentía mucho bochorno. Esa noche Benicio estaría solo en la mesa, ni loca se asomaba por ahí. Se fue derechito a su cuarto. Estaba feliz y

agradecida porque nadie la obligaba a hacer otra cosa que no fuera cocinar, no había que sacudir habitaciones, retirar orinales con ese hedor espantoso; ella solo tenía que cocinar.

Deseaba quedarse dormida y despertarse sabiendo que todo había sido un mal sueño y poder regresar todo a su punto de origen. No quería terminar como una criada de casco suelto, desesperada en la habitación del patrón.

Las palabras de Eva llegaron retando a su mente: “El hombre solo te quiere para que abras las piernas y lo dejes hacer”, pensaba y pensaba. Se sentía mal. Se culpaba. Quería volver el tiempo para atrás y volver a comenzar. Pero eso, lamentablemente, no era posible. Había que enfrentar los hechos. Ya pensaría cómo resolverlo.

Visita inesperada

Al otro día, temprano, Juana ya estaba lista al lado del fogón cuando Ramona le avisó que ese mismo día vendría un invitado muy apreciado de don Benicio y le pidió que cocinara algo especial.

Juana no podía quitarse de su mente, y de su cuerpo, la culpa y los recuerdos de lo vivido con Benicio. A pesar de que trató de concentrarse en la comida, no pudo.

Llegó la hora del almuerzo. Juana, totalmente abstraída en sus pensamientos, preparó los platos para servirlos, y escoltada por las otras criadas, ingresó al comedor.

Lo que vio la dejó petrificada. La visita especial de Benicio era, ni más ni menos, Edward.

Ambos caballeros la recibieron con una amplia sonrisa. Ella se quedó estupefacta mirándolos a ambos con los platos en las manos, a tal punto que Edward se levantó de su silla, se acercó a la joven y le preguntó:

—Juana, ¿qué ocurre? ¿Estás bien, te hicieron daño? La niña lo miraba incrédula. No se movía.

—Juana, me estás preocupando —le dijo Edward al ver que no reaccionaba. Tomó los platos de su mano y los apoyó sobre la mesa.

—Estoy bien, estoy bien. ¿Qué estás haciendo acá? —contestó al fin.

—Tranquila, Benicio es mi amigo, es como un hermano para mí.

Esas palabras terminaron de clavar una estaca en su cuerpo. ¿Amigos? Bueno, ahora sí tenía un problema.

—Vení, vamos a caminar y te cuento —le dijo tomándola de los hombros.

Luego miró a Benicio con una sonrisa y la sacó de la sala.

Caminaron un momento.

—¿Y Rosaura? —preguntó Juana con timidez.

—Está en su casa. Pero ¿qué te pasa?

El cuerpo de Juana seguía inmóvil, mientras que su mente aumentaba la velocidad a cada segundo que pasaba. Una sola pregunta se repetía sin respuesta: ¿Edward íntimo amigo de Benicio? No, eso sí que era mala suerte.

Trató de reponerse lo mejor posible, debía enfrentar lo que se venía. Juntó fuerzas para poder disimular sus emociones delante de Edward.

Para peor, en el camino se lo cruzó a Lucrecio y no pudo evitar recordarlo desnudo. ¡En fin!, fue Lucrecio quien amablemente, sin imaginar el grado de lujuria que hervía en la cabeza de Juana, les ofreció prepararles los caballos para que pudieran dar una vuelta por el campo.

Ambos le agradecieron pero decidieron quedarse en la galería.

—Quedate tranquilo, Edward, estoy bien. Es que me sorprendió tu visita, no sabía que venías.

—¿Es eso nada más?

—Sí, sí, son tantas emociones juntas que me paralizo. Soy una tonta —le dijo tomando su brazo.

—Bueno, ahora podés estar tranquila —dijo Edward acariciando su mano e invitándola a entrar nuevamente a la casa.

Juana le pedía a Dios y a la virgen que, por favor, Benicio no le dijera nada.

Llegaron al comedor, y allí estaba el joven De Luca, esperándolos. Enseguida se adelantó cuando los vio ingresar.

—Juana, espero que estemos tratándote bien, si no mi querido amigo Edward me va a matar.

La joven le devolvió una sonrisa, le pidió a Edward que la dejara servir la comida, y le propuso que se encontraran más tarde en la galería.

Mientras se ocupaba de su tarea en la cocina, los pensamientos culposos y la incertidumbre acerca de si Benicio le habría contado o no a Edward lo que había pasado, la torturaba cada segundo.

Cuando terminó el almuerzo, caminó hacia la galería y, a pedido de los caballeros, se sentó en un sillón de mimbre justo al frente de ambos. Pensó que los dos habían sido sus hombres y se sintió terrible.

Solo quería desaparecer.

Edward intentó tomar su mano como si fuera su prometido. ¿Pero qué le pasaba? Juana se sentía muy mal, avergonzada, le sacó la mano con brusquedad, lo miró a los ojos y luego los bajó, rendida.

Edward la miró sorprendido y luego le dijo:

—Juana, yo le pedí a Benicio que te sacara de esa casa, y de esa manera también ganaba tiempo para arreglar las cosas. No puedo deshacer un compromiso de un día para el otro, aquí estarás tranquila mientras yo veo cómo puedo hacer. Benicio es mi amigo, es mi hermano. No podrías estar mejor cuidada que en su casa.

Cada palabra de Edward se clavaba como un puñal oxidado en el corazón de Juana. Se sentía traicionera y traicionada. Se estaba enterando de que todo había sido idea de Edward y con el solo objetivo de protegerla. Al fin y al cabo, Rosaura no había tenido nada que ver.

Luego de las palabras de Edward, Benicio se levantó y les dijo:

—Conversen tranquilos, yo regreso en un momento. Y, Juana, como dijo mi amigo, aquí vas a estar tranquila y segura. Te lo prometo.

Detuvo unos instantes su mirada sobre la joven y salió.

Juana comprendió que, gracias a Dios, Benicio no había dicho nada a Edward. Era lo mejor por ahora.

Se quedaron solos. Tantas veces había soñado con ese momento, y ahora sentía que no lo merecía. Había traicionado a Edward, su querido Edward, allí, frente a ella.

—No sé qué voy a hacer, Juana. Es que no sé qué estoy haciendo con vos. Mis padres fueron amigos de los padres de Rosaura toda la vida. Imaginate —le dijo a título de desahogo.

Juana seguía callada.

—Pero no puedo dejar de pensar en vos. Te metiste en mi sangre y no quiero perderte. Por eso hablé con Benicio, le pedí ayuda, para poder estar aquí, como ahora, tranquilo, pensar y conversar con vos. Necesito que me des tiempo. Por ahora voy a venir a visitarte, si vos querés, por supuesto.

Luego de sus palabras, se levantó y se agachó a su lado. Recorrió su rostro con la mano. Juana sintió un pellizco de realidad. No sabía qué hacer, qué decir.

Edward siguió y le dio un beso muy suave. Juana recordó cuánto lo amaba, él era el hombre de su vida, de sus sueños. Se entregó a ese beso que le hacía vibrar el cuerpo. Pero se sentía avergonzada de disfrutarlo luego de haber estado con Benicio. La culpa y la vergüenza no la dejaban en paz.

Se quedó conversando con Edward, pero en su cabeza bullían la confusión y la incertidumbre. Se preguntaba si era normal que una mujer pudiera enamorarse de dos hombres. Si amaba a Edward, entonces ¿qué sentía por Benicio?

LA VIDA EN EL CAMPO

Los días, luego las semanas, comenzaban a pasar bajo sus pies, la vida allí le gustaba mucho, definitivamente era una mujer de campo, se sentía libre y feliz.

Nunca había vuelto a conversar con Benicio más que cosas cotidianas o sonreírle cuando él agradecía sus comidas.

El joven nunca la presionó para conversar, pero cada vez que la veía se tenía que contener para no abrazarla.

Juana lo evitaba por todos los medios, se sentía sucia y mentirosa. Pero no podía contener la sensación de voluptuosidad que le producía la presencia de Benicio. Se seguía preguntando por qué actuaba como un animalito en celo. ¿Qué pensaría Benicio de ella? ¿Qué le diría a Edward, su amigo de toda la vida? Seguro nada bueno. Por momentos, sentía el impulso de contarle toda la verdad a Edward, y sacarse ese peso tremendo que sentía, pero había decidido no hacerlo por el bien de todos.

Benicio, por su lado y sin haberlo conversado con ella, había tomado la misma decisión. La siesta del amor era un secreto entre ambos jóvenes, que se avivaba en sus fantasías cada vez que cruzaban miradas, en silencio.

Estaba tranquila, hacía mucho tiempo que no se sentía tan bien, querida, resguardada, y sobre todo, cómoda.

Lucrecio había dispuesto un gran pedazo de tierra, detrás de las piezas del lavado, para que Juana pudiera hacer crecer sus plantas, sus hierbas; hasta zapallos, todo tenía allí. Era su rincón preferido, la magia de ver crecer los frutos de la tierra era algo impagable para ella.

Desde esa tarde lujuriosa, cada vez que cocinaba se cuidaba especialmente de no pensar en ningún hombre y, por las dudas, nunca

más agregó ingredientes extras.

Un día se animó y le pidió a Lucrecio que le dejara montar un caballo. Fue entonces cuando conoció a Luz, una yegua preciosa, su nueva amiga entrañable. Al principio no fue tan fácil. Se miraron expectantes, hasta que empezó a montarla a pelo. Despacio, con sus permisos. Se agarraba de las crines y salían al compás del viento. Desde ese momento fueron una.

Siempre que podía, luego de dejar la comida lista, se iba a disfrutar del atardecer. Corría hasta el corral donde Luz la esperaba al costado del alambrado. Juana, desde allí, saltaba quedando pegada a su lomo, luego tomaba distancia y salían, juntas. Luz saltaba la parte más baja y eran libres. La yegua blanca de crines largas y Juana con su cabello al viento. Llegaban hasta la laguna, allí desmontaba y ambas miraban el sol despedirse del día. Cada atardecer, en ese lugar, rodaba una lágrima sobre la mejilla de la niña.

Su día comenzaba muy temprano, ya no le costaba estar arriba al alba, lo disfrutaba. La promesa de verlo cabalgar a Benicio la animaba. Le gustaba observarlo, a veces dejaba vagar su mente y lo imaginaba y recordaba desnudo sobre ella. En ese punto ponía un freno a la fantasía y volvía a la realidad, a continuar con sus labores. Horneaba el pan que había dejado amasado la noche anterior, y luego de preparar el desayuno, se iba a poner en orden su cuarto, estaba tan feliz de estar allí, que se la pasaba cambiando de lugar sus pertenencias. Era como su propio castillo. Luego se iba al rincón con sus plantas y allí comenzaba a organizar las comidas importantes y después, manos a la acción. Luego del almuerzo y a la hora de la siesta, por las dudas, no salía de su cuarto. Se quedaba encerrada, leyendo.

Una vez a la semana venía Edward a visitarla como si fuera su prometido. Ella esperaba ese momento. Le gustaba verlo, conversar con él, sentir sus caricias en las manos o en las rodillas. Allí lo detenía. Ya sabía cómo respondía su cuerpo a esos estímulos. Ya había cometido muchos errores entregando su cuerpo a la pasión, que era como el diablo mismo y la llevaba por lugares que luego se arrepentía. Le había prometido a Dios que si las relaciones que había tenido no le habían plantado una semilla en su vientre, ella no entregaría más su

cuerpo hasta el mismo día en que estuviera casada. ¿Podría cumplir esa promesa?

Disfrutaba cada momento, porque sabía que no iba a durar para siempre. Se sentía feliz, pero muchas veces se preguntaba si estaría viviendo una vida real o prestada. Nunca más volvió a preguntar por Rosaura, tan solo recordar su nombre, le producía dolor de estómago.

Confiaba en Edward, podía ver la verdad de su amor en sus ojos. Eso era suficiente.

Una tarde, luego de la comida, se fue a su cuarto. Nadie entraba allí, solo ella. Hacía mucho frío, ya corría el invierno.

Sintió los pasos, luego la puerta. Quedó sentada en la cama contra el respaldo, allí estaba ella, con los brazos alrededor de las rodillas, acurrucada como si estuviera esperando el ataque. Sabía que era Benicio, algún día tenía que pasar.

—Tranquila, no voy a hacerte nada —dijo cuando ingresó y la vio tan a la defensiva.

Juana lo miraba en silencio.

—Quería dejar pasar el tiempo, pero tengo que hablar con vos, Juana. Tenemos que hablar —le dijo, parado al costado de la cama.

La joven lo miraba por el rabillo del ojo sin emitir palabra.

—Yo quiero saber si lo que pasó aquella vez entre nosotros tuvo algún significado para vos porque yo quedé prendado de tu amor y me está matando. Mi mejor amigo, Edward, que jamás había sentido algo por una mujer, está enamorado de vos como un niño. Y yo también.

Ese comentario provocó una sonrisa en el rostro de Juana, le gustó escuchar eso. Pero sintió pena por Benicio. ¿Y ahora? Claro que lo que había pasado no tuvo significado para ella, pero ¿cómo se lo diría? Si le decía que no, él iba a pensar que ella era una mujer sin honor.

—Sí, claro… claro, en ese momento. Ahora ya pasó —dijo, titubeando.

—Quedate tranquila, no te voy a pedir nada, solo quiero saber qué pasa en tu corazón, porque desde aquel maldito día, no te puedo sacar de mi cabeza.

“Por Dios, ¿qué les pasa a los hombres conmigo?”, pensó.

—Yo agradezco tu hospitalidad, y que permitas que Edward venga a verme. Realmente me parece que ese día actuamos sin querer, sin ser

nosotros mismos. Yo no quería que usted se enamore de mí —no sabía qué decir. De golpe lo estaba tratando de usted.

—Juana, me enamoré de vos, y eso no lo puedo cambiar. Sé que fue un error, y que tal vez esté pagando la culpa por engañar a un amigo. Pero necesito saber qué sentís por Edward y por mí. No me contestes ahora, pensalo por favor, no me digas que no —se recostó a su lado, mirándola—, ¿qué voy a hacer con todo este amor? ¿Por qué apareciste en mi vida?

—Lo siento mucho —dijo Juana y las lágrimas comenzaron a rodar sobre sus mejillas.

Benicio secó sus lágrimas con la mano.

—No es tu culpa —se acercó y la besó suavemente. Juana lo sacó tan bruscamente que casi lo tira al piso.

—¡Perdón, perdón! Es que… no sé. Estoy tan confundida. Es tan extraño todo y lo que siento —le dijo a Benicio intentando justificar su accionar.

El joven se paró, sus ojos estaban enrojecidos y antes de irse le dijo de nuevo:

—Pensalo, por favor. Y lo que decidas, estará bien. Voy a aceptarlo y a respetarlo.

Salió por donde había entrado sin esperar respuesta. Ella quedó allí, su cabeza estaba a punto de explotar. ¿Y ahora, qué?

Su cuerpo definitivamente estaba endemoniado, ¿o era su alma la maldita? Regresó a su mente ese día cuando escuchó lo que decía el padre Bartolomé al resto de los curas: “Vuelve locos a los hombres. Hay que llevarla al convento”. Nunca le dijo a nadie que había escuchado eso, pero esas palabras quedaron grabadas a fuego en su mente.

Había estado íntimamente con dos hombres por elección propia. Con Edward primero, el gran amor de su vida. Eso era indiscutible, se había dado cuenta de que se podía disfrutar del amor. Luego con Benicio, eso había sido puro placer. Le costaba mucho reconocer eso. La hacía sentir una mujer de burdel.

Pero, ¿se podía amar a más de un hombre? En su cabeza se enfrentaban las ideas: el amor era único, así lo había entendido, pero ¿sería así? ¿Quién lo determinaba?

Ahora, entre esos dos hombres, que además eran como hermanos, la cosa se ponía peor para ella. Se sentía terrible, otra vez volvió la angustia.

Los días siguientes se refugió en la huerta y la cocina, mientras Edward la seguía visitando todas las semanas. A pesar de que ella le pedía que siguiera con lo suyo, y le decía que no era necesario que viniera tan seguido, él no escuchaba razones, la amaba. Lo había aceptado y ahora lucharía por ella y por el amor de ambos.

Juana tenía que decirle a Benicio que lo que había pasado entre ellos no había sido nada más que lo que fue y que había terminado ese mismo día. ¿Cómo se lo diría sin producirle más dolor?

El embrujo de Juana

Edward no podía sacar a Juana de su cabeza. Lo volvía loco. Se había convertido en una adicción, estaba siempre presente en sus pensamientos. Pero desde hacía un tiempo la sentía rara. Era como otra persona, no era la niña imprudente y avasalladora que él conoció, estaba más recatada, tranquila. Tal vez era por el cambio, el viaje al campo, había sido tan manipulada... No cesaba de reprocharse haberse enamorado de una criada. No podía terminar de aceptarlo.

—¿Qué me hiciste, Juana? ¡Maldición! —se quejaba en voz alta.

Ese día, Edward estaba esperando a su amigo abogado, el doctor José Manuel Ravaglia. José también era el abogado de confianza del Alcalde. Edward lo había notado preocupado el último tiempo y quería saber qué se venía y en qué andaba su amigo.

José llegó solo y pasaron ambos al escritorio. El abogado fue al grano sin miramientos.

—Dos temas, uno tiene que ver con los comerciantes negreros —no pudo continuar porque Edward lo cortó en seco:

—Nosotros no trabajamos, ni compramos, ni vendemos personas de ningún color, es la regla que no tiene opciones de cambio —dijo con seriedad.

—Edward, hay una propuesta muy interesante. Al menos dejame decir.

—Que quede claro que no acepto nada que tenga que ver con el comercio de humanos y vos me conocés, no tendrías ni que haberme traído la propuesta —dijo, resuelto.

—Bueno, tenés razón, pero es que había mucho oro de por medio. Cambiando de tema, quiero que sepas que hay comentarios de posibles

ataques ingleses.

—Otra vez con eso.

—Sí, pero ahora es diferente, por eso vengo a conversar con vos.

—¿Qué pasó ahora?, después de mi compromiso con Rosaura, yo soy más español que vos y todos tus amigos —dijo, bromeando.

—De eso se trata. Hay algunas personas que vos conoces bien que están considerando la posibilidad de comenzar a reunirnos para desprendernos de la colonia y ser independientes. Algunos saben que tu abuelo llevaba el título de duque. Saben de tus estudios, de tu fortuna y saben también de tus deseos e incomodidades con este lugar… Me quedé sorprendido cuando los escuchaba, era como si estuvieras hablando vos. Te conocen de pies a cabeza y te elijen para que comiences a organizarlos —dijo casi sin respirar. Edward se quedó mirándolo, su amigo se había vuelto loco. Aunque él siempre fue de la idea de tener sus propios dominios, sobre sus propias tierras y con la libertad de comercializar con quienes quisieran, en este momento era como poner realidad a sus palabras. ¿Justo cuando él estaba tan distraído?

—Me dejás sin palabras.

—No lo rechaces, es una gran oportunidad. Pensalo y luego conversamos. Pero si nos organizamos bien, imagínate, en un futuro, poder vender nuestros productos con los precios que decidamos a cualquier mercado del mundo.

Sonaba como un sueño a cumplir.

—La idea que tienen es organizar una reunión en París.

—Pero… ¿vos no sos amigo del Virrey?

—Soy hombre de leyes. Hago mi trabajo amable donde me lo soliciten.

Ambos rieron, se conocían bien. José sabía que su Edward era el hombre justo para empezar las conversaciones.

Mientras el abogado le seguía contando a su amigo los nombres secretos de los primeros integrantes de esa supuesta reunión que estaba a punto de organizarse con el objetivo de cambiar el destino del Virreinato, Edward, que toda la vida había soñado con eso, peleaba con su mente para poder concentrarse y sacar a Juana de sus pensamientos, aunque fuese un rato.

—No necesito pensarlo, cuenten conmigo. Las personas que me nombrás son de mi más absoluta confianza. No sabía que Benicio De Luca también estaba metido, no me dijo nada.

—Sí, de hecho estaba desesperado por comentártelo. Es más, él nos sugirió proponerte como el organizador, pero yo le pedí que me dejara conversar con vos sobre todo esto. Él es tu mejor amigo y la verdad es que queríamos darle la seriedad y respeto que se merece el tema desde el principio. Por eso yo soy el encargado de comunicarte, a pesar de tu relación con los De Luca. La idea es que él desde Italia, vos desde Londres y yo desde París podamos triangular bien. ¿Qué opinás?

—Hay que trabajar mucho…

—Sí, ya lo creo. Doy por inaugurado en ese mismo momento el “Grupo de los ocho”. Jamás debemos repetir ni escribir nuestros nombres juntos. Como está ahora la situación, nadie nos relacionaría.

—¿El Grupo de los ocho? —rió Edward.

—Sí. La próxima reunión la haremos en el campo de los De Luca. Te pido que coordines todo y me informes de la fecha en la que se realizará.

Los amigos se quedaron conversando varias horas más a puerta cerrada. Luego José se retiró.

Esa noche Edward tenía una reunión con el Alcalde, y algunos oidores. La verdad es que no sabía cuál era el tema en cuestión, pero cada vez que lo convocaban, él asistía; con pereza pero iba. Y ahora con más razón, tenía que involucrarse para saber cada movimiento, cada paso, cada pensamiento de los verdaderos representantes de la corona, y así poder organizar con tiempo e inteligencia un plan para liberarse de ellos.

Tomasa interrumpió sus pensamientos.

—Venga mi niño, *qui* le preparé un *ricor pa usté.*

Sonrió. Cómo la quería a esa negra, era todo lo que la familia significa para cualquier humano, eso era Tomasa para él, su única y apreciada familia.

—Preparame mi traje de gala, que esta noche voy a una reunión al cabildo.

—Siempre entre gallos y medianoche, las reuniones ahí, siempre escondidos. Cuídese las espaldas, *m’ijo,* no son de fiar. Yo lo sé. El que

li saca la *libertá* a un hombre no es de fiar cuando se la da al otro, ¿no?

—Qué sabia, mi negrita —le dijo, admirado por el comentario tan lúcido.

Edward se cambió de atuendo y mientras se disponía a recibir su capa para salir a la reunión, seguía pensando en la criada. “No me das descanso. Me hechizaste, Juana…”

En la reunión se trataron los temas de siempre aunque con un poco más de énfasis en el asunto del contrabando y las posibles invasiones.

Lo felicitaron por el compromiso con Rosaura Leguizamo, todos estuvieron de acuerdo en que ese casamiento le hacía bien a la corona. Edward no le dio mayor importancia, solo quería terminar e irse de allí.

Regresó y luego de sacarse la peluca y todas las prendas, se quedó con un pantalón de lino y una camisa larga. Encendió un puro y se puso a fumar con una copa de brandy en el balcón. Sabía que no podía verla, pero allá, en la casa de su amigo, estaba segura. Cerró los ojos. Dejó que la brisa dibujara su imaginación. Estaban juntos, la tenía en sus brazos, le acariciaba el rostro, se sentía tan suave. Luego su sonrisa… sus pechos turgentes, esperando por él. Sintió una puntada urgente entre las piernas. Suspiró hondo y bebió un buen sorbo de brandy, la extrañaba. Mucho. La amaba. No iba a cuestionar más las decisiones que estaba tomando. Juana había prendido una luz en su vida, en su corazón.

LA DECISIÓN

El sol invernal calentaba su cuerpo. El tiempo apremiaba, tenía que tomar una decisión. Y luego atenerse a las consecuencias.

Caminando sin rumbo, llegó hasta el cuarto patio, cruzándose con las caras sonrientes y coloridas de los criados. Siguió y llegó hasta los corrales de las gallinas y otras aves. Le gustaba mirar a los pavos cuando abrían la cola en todo su esplendor. Supervisó las conejeras, avistó las codornices, hasta que el aroma hediondo determinó la llegada al establo. Recordó con nostalgia sus días en el asentamiento. Cómo le gustaba espiar a los animales cuando se apareaban y el juego de sensaciones, que ya desde pequeña, le producían.

Fue por su yegua y ambas salieron al galope, Juana quería que el viento le borrara el pasado, le limpiara su historia.

Sabía que a Benicio tenía que decirle la verdad, que ella amaba a Edward. Era el único acto de decencia que tenía que hacer. No había otra salida, la verdad era el camino y someterse a lo que fuera. Tal vez otra vez la cambiaran de casa, y eso era lo que más la aterraba.

Ya tenía tomada la decisión, pero necesitaba macerarla un poco, como la masa para el pan, más tiempo la dejaba reposando, más exquisita y esponjosa salía.

"¿Cómo pude meter la pata así?", esa frase se repetía en su mente sin descanso.

Esos eran los momentos en los cuales extrañaba algo que no conocía, que nunca había tenido: una familia. Una madre, un padre, tal vez algún hermano, que le dijeran cómo caminar por la vida, cómo esquivar las serpientes. Pensaba cómo Rosaura no aprovechaba tenerla a doña Emilia y se imaginaba cuán diferente sería su vida si ella fuera

su hija.

Sintió el viento en su cara; qué hermosa sensación, como si limpiara y purificara sus pensamientos. Cabalgó lejos y fuerte. Regresó al límite de la hora para ponerse a cocinar.

Ese día preparó un guiso especial con todo tipo de carnes que tuvo a su alcance. Tostó intensamente las verduras con picantes y luego las cocinó con la carne. Olía perfecto. Se imaginó la cara de Benicio cuando le sirviera el plato, él se deleitaba y agradecía sus comidas.

Le daba pena saber que ese joven la amaba de verdad. Había decidido que hablaría con él, le explicaría que todo había sido un gran error, una confusión. Él debía seguir su camino y ella el suyo. Le diría que se confundió, que no estaba acostumbrada a que los hombres fueran amables con ella… Bueno, después de todo, era un poco cierto. También le aclararía que no sabía, ni podía comprender, por qué se había entregado a él de esa manera.

Tal vez se tuviera que ir de la casa, bueno, eso no le gustaba. No quería irse de ese lugar maravilloso. Allí estaba muy a gusto.

No, definitivamente no ofrecería irse, se quedaría, le diría que amaba a Edward, que estaba allí por el… y bueno, esperaría que Benicio se apiadara y no la sacara a patadas de su casa. Como sabía, se lo tenía merecido.

Con el tiempo se olvidaría de ella. Seguro aparecería una mujer que lo amara por lo que es él. Como ella lo amaba a Edward. No eso tampoco se lo diría, era molestarlo. Bueno… Le diría que se quedaba con Edward. Listo.

El viernes era un buen día para conversar. Normalmente Benicio llegaba temprano y le gustaba sentarse en la galería a leer y revisar papeles mientras admiraba el atardecer. Entonces, era su momento, conversaría con él. Sí, ya estaba decidido, le iba a preparar unos pastelitos que le gustaban para acompañar los mates y se iba a sentar para hablar con él… Suspiró. Su cabeza no daba más, pedía descanso.

Edward también había tomado una decisión, le diría a Juana que le diera tiempo, rompería el compromiso con los Leguizamo y se la llevaría a Inglaterra, allí se casaría con ella. El trabajaría, desde allá, con el “Grupo de los ocho”.

Tendría que tener paciencia para organizar todo. Nadie tenía que

darse cuenta. Rosaura nunca se enteraría de que la había dejado por su criada. Mejor así. Esa misma tarde iría a verla y a conversar con ella. Le daría la noticia. Fantaseó con la imagen de Juana recibiendo la propuesta de casamiento y sonrió. Se sentía reconfortado.

Pensaba decirle a Manuel que lo llevara en su carruaje, pero cambió de idea, iría en su potro. Disfrutaría de cabalgar un rato y del hermoso día que estaba transcurriendo. De paso, se quedaría a conversar con Benicio sobre el "Grupo de los ocho". Sonrió nuevamente, todo llegaba al mismo tiempo. Tal vez, esa noche se quedaría en el campo. "Tal vez pueda dormir con Juana", pensó. Cómo la deseaba, cómo la amaba. Qué lindo se sentía el amor.

Disfrutó mucho la cabalgata. Ingresó al campo de la familia De Luca. Realmente era un lugar muy hermoso, se deleitaba con los sembradíos, los animales. La imaginó a Juana caminando por ahí, pensando en él.

Apenas llegó, se dirigió por la parte trasera a los corrales para dejar su caballo: "la voy a sorprender", pensó. Al fin y al cabo esa era como su casa.

Estaba intranquilo, la panza le hacía cosquillas. Se sentía un chiquillo enamorado, sonreía. Estaba por hacer la estupidez más grande de su vida. Declararle su amor a una criada y dejar plantada a una de las familias más importantes del Virreinato. Tenía que hacerlo antes de pensarlo muchas veces.

Caminó alrededor de la casa y al llegar al frente, lo que vio lo dejó estupefacto. Frenó de golpe y regresó sobre sus pasos.

Allí, en la galería principal, estaban Benicio y Juana. El joven la tomaba de la mano y acariciaba su rostro. La niña estaba de espaldas a él, no podía verla. ¿Qué era todo eso? ¿Qué hacía su amigo con Juana? ¿Por qué tenía su mano?

Tuvo el impulso de correr e interrumpir la escena, pero se contuvo y siguió observando. Cuando vio cómo Benicio se acercaba y la besaba, la puntada en su pecho lo obligó a doblarse. Se tomó el pecho con las manos, quería apaciguar el dolor. Volvió a mirar y otra vez, allí, los dos, besándose. ¿Su amigo? ¿Su amor? Cerró los ojos, y con un gesto de desconsuelo y, sin que lo vieran, volvió sobre sus pasos. Buscó su caballo en silencio y se fue al galope.

No entendía nada de lo que acababa de presenciar. Sentía la sangre

subir por sus venas. Quería volver y descargar su furia sobre Benicio. ¿Cómo se atrevía? ¿Cómo podía hacerle eso a él, su amigo, su hermano de la vida? Dolor y odio, bronca, rabia. Por su amigo y por Juana. Tenía el impulso de regresar y matarlo y llevársela a ella. Mientras cabalgaba trataba de pensar, no podía dar crédito a lo que acababa de ver, la furia lo dominaba. Se dijo a sí mismo que tal vez ella no era nada más que una cazafortunas, una mujer de la vida. No debería haberse mezclado con la criada, ella lo había maldecido, con su amor. Y ahora ya estaba en los brazos de otro. Tal vez le gustaba más Benicio y allí se terminaba su interés por él.

Se sentía el hombre más estúpido del lugar. Había creído en el amor de una criada; ni siquiera sabía quién era ni de dónde venía. Lo había engañado de la forma más tonta. Y lo peor de todo era que su amigo también había caído en sus redes. Qué gran desilusión. Lo envolvió una espantosa sensación de soledad y angustia. “Te maldigo, Juana sin apellido, te maldigo de la misma forma que vos lo hiciste conmigo”, pensó.

Siempre gana la verdad del corazón

Fue inmenso el alivio que sintió Juana luego de conversar con Benicio. Todo estaba en orden, a pesar de que no le había gustado mucho la situación, lo había aceptado como todo un caballero. Solo le había pedido que le regalara un beso de despedida. Prometió no molestarla y respetarla, al fin y al cabo le dijo que era la mujer de su mejor amigo.

Ahora faltaba que llegara Edward para decirle que lo esperaría, que resolviera todos sus líos con Rosaura y que luego la viniera a buscar y la llevara con él, para siempre. Otra vez podía permitirse cerrar los ojos y verse vestida como una señora de sociedad, recorriendo la sala de la casa de Edward, ordenando la cena. Pero, si la cena la preparaba ella… Bueno, eso no importaba. Cerró los ojos y sentía el corsé apretando su cintura, su cabello recogido en una fina peineta con muchos brillos y Edward que la miraba sonriendo. Se hacía ilusiones, pensaba y esperaba.

Por su lado, Benicio solo sentía vacío y soledad en su corazón. Desde que Juana había puesto un pie en su casa, su vida fue diferente. Y ahora, trágica.

Se sentía angustiado, vacío, engañado por Juana, inclusive, hasta por su amigo.

Cuando habló con ella y le pidió que eligiera, estaba seguro de que lo escogería a él. Sabía muy bien cuándo una mujer estaba feliz en la cama, y en esa siesta mágica, Juana fue más que feliz, la había sentido. Pero no, lo había dejado. Mejor dicho, no lo había elegido, solo había usado su cuerpo para satisfacerse, nada más. Estaba tan enojado, se sentía tan estúpido. Para peor, Juana seguiría en su hogar, marcando a cada momento la humillación y el dolor del desamor. ¿Por qué había

aceptado el pedido de Edward de traerla a su casa? ¿Por qué se había enamorado de esa forma? Tantas mujeres a su alrededor y justo esa... Algo le había hecho, se sentía confundido. Sus emociones se disparaban para lugares opuestos. De a ratos quería tenerla en su casa, para poder verla. Aunque supiera que su corazón tenía dueño, podía verla. En otros momentos quería que se fuera, lejos, y no verla nunca más. Benicio, siguió el consejo que su madre siempre le repetía: "Nunca tomes decisiones cuando estás enojado, hay que esperar a que las aguas se calmen".

Tenían que ir al poblado. Todo lo hacía de memoria, ya no podía disfrutar de las cosas. Protestaba todo el tiempo. Lucrecio preparó a los criados y dejó lista la galera para cuando el patrón lo indicara.

Salieron en el carruaje tironeado por los caballos. Ya se distinguían las primeras casas. Los pregoneros aún estaban con sus plumeros y con sus mulas cargadas al extremo. Las pelucas en las cabezas masculinas le daban un toque de color al polvoroso lugar.

Ingresaron por el fuerte, no iría a la casa de su amigo, resolvería sus diligencias y regresaría al campo. Aunque por momentos lo asaltaba el impulso de ir a contarle a Edward que su gran amor, Juana, había sido suya, que había estado en sus brazos, gozando de placer. Que había besado su boca, sus pechos. Ese sentimiento de venganza dominaba su cuerpo.

Dejó la galera con los criados que estaban resolviendo las compras y se fue a tomar algo a la pulpería. Allí se enteraba de todo, de cómo venían las cosas con la corona y de los chismes locales. También de las casas fuleras; pensó que tal vez haría alguna visita antes de regresar al campo. También debía pasar por el estudio de José Manuel Ravaglia a buscar unos papeles que tenía que firmar.

No tenía que olvidarse de buscar a Peco, que siempre se metía en líos; pertenecía a su grupo de peones pero siempre que venían a la pulpería por unas copas, el negro se iba de boca y terminaba con el cepo. Benicio sabía con quién hablar para llevárselo. Era valioso Peco, pero tan bocón y tan visceral que siempre andaba en problemas. Ya era un ritual de los viajes al poblado.

"La suerte es pecaminosa", pensó cuando de camino a la pulpería, se lo encontró de frente. Allí estaba su amigo, su hermano y ahora su

mayor enemigo… ¿por una mujer? No lo podía creer.

Edward aceleró el paso para esquivarlo y Benicio se le cruzó al frente.

—Tenemos que hablar —le dijo seriamente.

El silencio se apoderó de la situación.

—Vamos a mi casa —dijo Edward, serio y distante, pero coincidiendo en que ambos se debían una charla.

Caminaron hasta la casa de Roy Cajal, Benicio se olvidó de Peco y todo el resto. Llegaron y se encerraron en el escritorio donde estuvieron cuatro horas conversando. A pesar de que Tomasa utilizó todas las artimañas para escuchar, esa vez no lo pudo lograr. No la dejaron entrar ni siquiera para llevarles el mate o algunos pastelitos.

Entrada la noche, la puerta se abrió y salió Benicio. Se fue sin mucho despilfarro de mimos con nadie, como siempre lo hacía, caminó hacia la puerta principal y desapareció.

Dentro del escritorio, Edward, sentado en un sillón, mirando la ventana, se quedó otro largo rato más. Cuando Benicio llegó a la casa, fue enseguida en busca de Juana. Epifanía le dijo que estaba en su cuarto. Ingresó casi corriendo, sin golpear la puerta. Como no la veía, la llamó.

—¡Juana! Ah, allí estás —apenas pudo verla sentada en el piso, al costado de la cama con las rodillas entre los brazos. Enseguida se levantó, sacudió su ropa y quedó parada frente al muchacho.

—Tenemos que hablar —dijo Benicio al instante—. Vamos a otro lugar, me siento incómodo aquí —salió sin esperar respuesta y, detrás de él, Juana lo seguía expectante.

Ingresaron al escritorio, Juana seguía callada. Benicio no tenía buen semblante, la noticia que traía no era buena. No estaba segura de querer escucharla. Juana sabía que se había ido al poblado con Lucrecio y los otros criados.

—Sentate y tomá esto que lo vas a necesitar —le alcanzó una copa con dos dedos de brandy.

Juana lo recibió solo por inercia, no pensaba beber eso que le quemaba la garganta hasta lo más profundo, ya lo había probado.

Benicio la miró. Se veía tan fuerte y tan indefensa al mismo tiempo. Era una mujer muy especial.

—Estuve conversando con Edward —dijo.

—¿Qué? ¿Dónde? ¿Por qué no vino él? —preguntó Juana asustada.

—Creo que lo mejor es que te vayas de esta casa. Ya voy a ver adónde te puedo ubicar. Juana, voy a respetar a mi amigo y tu decisión, pero yo te amo y sé que nunca voy a amar a nadie como te amo a vos. No quiero interferir. Si alguna vez venís a mí, que sea tu propio deseo y no una imposición. Pero tampoco voy a sufrir viéndote cada día y disfrutando de tu amor con mi amigo. No es saludable para nadie. Esta situación se me hace muy dolorosa. Está cambiando mi carácter y eso no es bueno.

Juana sintió cómo se le aflojaban las piernas, sintió ganas de llorar, sintió nuevamente el vacío de la soledad, de estar en la calle.

Ahora sí, tomó la copa que le había servido Benicio y se la bebió sin respirar.

El joven pudo ver todas esas emociones en el rostro de Juana. Se acercó despacio, le sacó la copa, la dejó sobre su escritorio y luego la abrazó. Estuvieron así por un largo rato, ambos llorando en silencio, tal vez por lo que no había podido ser.

—No puedo, Juana, no puedo levantarme a la mañana y salir corriendo buscando excusas para verte. Sabiendo de tus propios labios que estás enamorada de Edward, como siempre fue. Yo me confundí —decía Benicio, mientras Juana lo escuchaba y lloraba en silencio.

—Por eso tenés que irte. Edward tampoco va a estar tranquilo si estás aquí conmigo, sabiendo cuáles son mis intenciones, mis sentimientos hacia vos, ¿entendés? No es que te quiera echar, Juana, comprendeme, por favor.

—Claro que sí, Benicio, y mi corazón siempre va a estar agradecido por tu hospitalidad. Tu casa queda estampada en mi cabeza para siempre. Y no te preocupes, yo todas las noches voy a rezar por vos, para que la mujer que realmente merecés, llegue a tu corazón. Y perdóname por favor, sin tu perdón no puedo respirar. Todo fue mi culpa y yo lo sé.

—Juana, mi corazón sonrió aunque fuera por un solo día y eso es gracias a vos. Tranquila, lo hicimos juntos, no vos sola… Con tiempo vamos a organizar qué haremos. No quiero que te preocupes por el lugar adónde vayas a ir.

—Gracias, Benicio y perdón.

—Basta de pedirme perdón que yo no soy Dios —dijo tratando de levantar un poco el ánimo de los dos—. Edward me pidió que te diga que te quedes tranquila. Tenemos una reunión muy importante en estos días, así que hasta ese momento no te preocupes.

Juana se sentía un poco desorientada, pero no le gustaba que entre ellos estuvieran decidiendo adonde viviría.

—Gracias por todo, Benicio —dijo conteniendo las lágrimas y con los ojos irritados por el llanto. No esperó respuesta y salió.

Benicio se quedó allí un momento, y luego se retiró a su habitación. Todo había terminado sin tener ni siquiera un comienzo.

Esa noche no pudo dormir. Miles de ideas pasaban al mismo tiempo por su mente.

Cuántas cosas le habían sucedido el último tiempo. Extrañaba la sensación de acostarse a dormir sabiendo lo que pasaría al día siguiente. No quería quedarse un solo minuto más en esa casa. Sabía el dolor que le ocasionaba a Benicio, quien le había abierto las puertas de su casa y ella le había destrozado el corazón. Se sentía una impostora allí.

No se dio cuenta, pero la noche transcurrió casi completa. Faltaban unas pocas horas para que el sol despuntara el día. Lo había mascullado toda la noche. Tenía que irse, pero, ¿adónde?

En la casa, todos dormían. No le fue difícil salir del casco del campo trepada al lomo de Luz. Recordaba muy poco el camino, pero estaba segura de que llegaría. Sin pertenencias, vestida como un hombre y con el pelo recogido en un sombrero, galopó sin darle indicaciones al animal. La yegua sabía adónde tenía que llevarla. Cuando llegaron al poblado, el sol ya les indicaba el camino.

Se detuvo en la plaza y partió directamente a la casa de Edward. ¿Por qué había ido allí? No lo sabía. Pero estaba sentada arriba de su yegua justo al frente de la casa. Ingresó por el sector de servicio. Dejó a Luz y se trepó para saltar el corral donde tenían la entrada de los caballos y carros. En puntas de pie comenzó a caminar. En ese momento pensó: “Otra vez me voy a meter en el cuarto de un hombre, otra vez me voy a meter en líos”, pero ese pensamiento no fue suficiente para detenerla. Entonces vio la cortina corrida de un cuarto;

era el escritorio de Edward. Pegó la vuelta, y por afuera, se colgó de la planta que daba a su ventana. De repente una rama se desprendió y Juana cayó al piso provocando un sonido ahogado. Sintió el dolor en la espalda; cuando quiso sobreponerse, una mano extendida intentaba ayudarla.

Edward la miraba sorprendido y disimulando la risa. Había sido una caída muy graciosa.

—¿Qué hacés acá? Me asustaste. ¿Estás sola? ¿Te golpeaste? —le decía mientras le ayudaba a levantarse.

Otra vez se odió por las decisiones tomadas. En realidad había llegado hasta allí solo por impulso.

—Hoy Benicio me dijo que… no sé, que me tengo que ir de su casa —no sabía qué decir. Estaba avergonzada.

—¿Te dejó en la calle? —preguntó Edward casi a los gritos.

—¡No!, todo lo contrario. ¡Yo me escapé! Dejé a Luz, mi yegua, del otro lado —decía la joven atropelladamente.

—Ya le digo a Manuel que la ingrese al corral —luego de esas palabras, la tomó del brazo suavemente y la guió para entrar a la casa.

Fueron al escritorio donde el aroma del puro, que estaba fumando Edward cuando Juana llegó, inundaba el ambiente. Edward le indicó a Juana que se sentara en el sillón, justo frente a él.

—¿Por qué viniste a esta hora? ¿Qué pasó realmente, Juana? —le preguntó con seriedad.

—¿Qué hablaste con Benicio? Soy todo oídos, para eso vine hasta acá, ¿qué te dijo Benicio? ¿Por qué no fuiste a verme? —Juana contestó con otra pregunta. No sabía qué le había dicho Benicio y eso la inquietaba.

—Nada, solamente me confesó el gran amor que siente por vos. Lo embrujaste igual que a mí —dijo riendo, tratando de distender la tensión que se instalaba en el ambiente.

—No, yo no hice nada —se defendió la joven.

—Tranquila, vos no sos culpable de ser lo que sos, hermosa, inteligente, podría estar toda la noche diciendo bellas cosas de tu persona. Benicio, al igual que yo, no pudo, se enamoró. Pero vino aquí y me lo confesó. Puso nuestra amistad primero y eso es de caballeros, de amigos de verdad. ¿No te parece?

—Benicio es un buen hombre, ojalá encuentre una mujer que lo ame como se lo merece.

—Seguro que sí. Pero cuando vi que se besaban, yo creí que me moría, Juana.

—¿Nos viste? —preguntó la joven mientras sus cachetes se ruborizaban.

—Sí, ese día fui a verte, y justo los vi. Me volví loco. Si me quedaba, algo malo iba a pasar. Me puse muy mal.

—Pobre, mi amor —dijo Juana.

—Ya está, Benicio me contó todo. Él tenía un viaje programado a Italia para más adelante para visitar a su familia. Como tenemos otros asuntos de negocios que nos unen, y su viaje a Italia también lo compromete con trabajo, decidió adelantarlo. Por eso quería ubicarte en otro lugar antes de irse. Y la verdad es que conociendo sus sentimientos hacia vos, yo tampoco quiero que estés allí un minuto más —dijo, abrazándola.

Juana se sintió como un baúl de viaje, no le gustó la sensación de ser "acomodada". Pero qué lindo se sentía el abrazo.

—Yo me acomodo sola, no necesito de nadie. Así que no te preocupes —dijo ofuscada, y se levantó para irse.

Enseguida sintió el brazo de Edward que la detenía rodeando su cintura, lo sintió cerca. Lo amaba. "Menos mal que me frenó", pensó.

—No te vas a ningún lado —le dijo al oído.

Juana sonrió.

—Ya mismo le avisamos a Benicio que estás aquí, que se quede tranquilo, y ya le digo a Tomasa que te prepare el cuarto de huéspedes.

No esperó respuesta, la besó despacio, húmedo y largo. Al final, estaba en la casa de Edward.

Tomasa tuvo que golpear la puerta varias veces para despertarla. "¿Cómo puede dormir tanto?", pensó.

Juana se levantó de un salto, pidiendo disculpas. Pasó a la cocina derecho detrás de Tomasa que insistía en servirle algo de comer en la sala. El aroma de la fritura se disfrutaba desde el fondo de la casa.

—¿Y Edward? —preguntó tímidamente.

—Salió temprano, y tranquila, niña, que ya le avisamos al niño

Benicio que *usté* está con nosotros. Dijo el señor Edward que no se mueva de acá, y yo estoy encargada de cuidarla, así que no me haga *renegá*, y me va contando todo, todo…

Esas últimas palabras la tranquilizaron, no tenía que salir corriendo, incluso, tal vez no tendría que volver a la casa de Benicio, tenía que pensar qué podía hacer ahora. Pero no quería quedarse ahí. Bueno, sí quería, pero estaba claro que no podía. En cualquier momento venía Rosaura y se armaba flor de lío.

No tenía muchas ganas de ser criada de alguna familia desconocida. Había pasado tiempo suficiente para entender cómo era "ser criada" y ella "no era criada", pensaba. ¿Pero, qué otra cosa podía hacer? ¿Dónde podía vivir sin ser "una criada" de alguien y estar limpiando sus pestes?

Pensaba y pensaba, ¿dónde podía esconderse hasta que pudiese viajar a Londres como le había dicho Edward?

Mientras reflexionaba se fue a la cocina. Allí con la sola compañía de sus pensamientos empezó a poner ingredientes sobre la mesa. Harina de maíz, huevos, leche de cabra, azúcar blanca, azúcar negra. Empezó a mezclar y mezclar, a combinar, y allí estuvo horas. Las criadas no se animaban a entrar y fueron a buscarla a Tomasa.

—¡Juana! ¿Qué está haciendo, mi niña?

Recién en ese momento Juana pudo ver todo lo que había hecho con sus manos, ella había estado ocupada en su mente.

Había panes, tortas. La casa estaba perfumada de aromas, la vainilla, el ahumado de la leña. Tomasa sacó las manos de su cabeza para empezar a probar.

—¡Qué rico! —eran las palabras que repetía la negra con la boca llena.

Juana sonreía, la verdad es que no se había dado cuenta en qué momento había hecho tanta, pero tanta comida. Y allí se le ocurrió una idea brillante.

—Tomasa, querida Tomasa. Me tenés que ayudar. Conseguime un pregonero para que venda mi comida en la plaza. Si mis tortas y panes te parecen ricos, yo podría venderlos, ¿no?

Tomasa la miraba y seguía comiendo.

En ese momento entró Edward con una sonrisa.

—¿Qué hace en la cocina mi hechicera? —se lo veía distendido, feliz de tenerla allí, solo para él.

—Llegaste justo —dijo Juana, entusiasmada, mirando a Edward con total desborde de energía.

—Ay, ay, ¿una idea tuya? Esta es mi Juana, intrépida, llena de luz —le decía mientras la tomaba por la cintura y, entre palabras, la besaba. Tomasa lo miraba y lo desconocía. Jamás lo había visto demostrar tanto cariño a una persona. Pero qué feliz lo veía y eso la ponía feliz a ella también.

—Quiero cocinar, y luego vender mis panes y tortas. Juntar dinero y poner una tienda de cosas bien ricas. No se me ocurre el nombre, pero ya va a salir —decía eufórica. Estaba contenta, había encontrado una salida a su desgraciada vida. ¿Cómo no se había dado cuenta antes?

—¿Qué? —preguntó Edward. Era demasiada información junta.

—Eso, cocinar panes, pastelitos, venderlos y luego ahorrar dinero para poner mi propio almacén.

Edward la miraba.

—No necesitás hacer eso para juntar dinero, soy dueño de una fortuna y te voy a dar todo lo que necesites.

—No, señorito, ese dinero es suyo. Yo quiero el mío —dijo orgullosa.

—Bueno, te quedás acá, y hacés eso. Pero no te vas de aquí.

—¿Y Rosaura?

—Yo me encargo. Lo que tenemos que hacer es que no sepa por ningún medio que estás aquí. Ya veremos cómo nos acomodamos hasta que yo pueda organizar todo. Nos vamos a casar en Inglaterra, ¿te gustaría? Me están por confirmar la fecha del próximo embarque, para que puedas viajar.

Juana lo separó de su cuerpo, lo miró a los ojos y no pudo contener el llanto.

—¿Casarnos?

—Sí, mi amor, casarnos.

—¿Voy a ser la señora Roy Cajal?

Esos arranques de Juana le causaban tanto amor y diversión.

—Sí, señora Juana Roy Cajal.

Juana, entre llantos y risas y saltos, se colgaba de su cuello, lo

besaba. No lo podía creer. Estaba tan feliz, tan feliz.

—En Londres, nos vamos a casar en Londres, pero a vos te tengo que mandar ya mismo, en el próximo barco. Luego yo arreglo todo y me voy, detrás tuyo a casarme con vos. Voy a hacer todos los arreglos para que te esperen allí. Te va a gustar. Bueno, eso espero.

—¡Bueno, bueno! A ver, mis niños, dejen los arrumacos *pa* después del casorio, y a ver si *usté* me arregla todo este lío con la *siñorita* Rosaura. Flor de *espamento va asé* la mocosa esa cuando se entere —dijo la negra Tomasa. Estaba feliz, pero un poco celosa.

—Tomasa, vamos a proteger a Juana, por ahora la vamos a esconder en la casa, mientras arreglo el viaje, para que ella se pueda ir tranquila. Pero nadie, nadie tiene que saber de esto. Imagínate si Rosaura se entera de que está acá. ¿Te vas a encargar?

—Tranquilo, mi niño, la niña Juana tiene mucho *pa* contarme, ¿no? —dijo, mirándola—. Yo me encargo de tenerla aquí escondida.

Esa noche cenaron en la sala los tres. Pasaron de a uno a lavarse las manos en el aguamanil que estaba en la puerta detrás de la sala. Juana se sentía una reina. Luego, Edward corrió la silla de Tomasa y después la de la niña. Por supuesto que Juana no dejó que nadie más que ella cocinara para la cena de esa noche. Tiras de carne fresca condimentada y enrollada con fiambre, pimientos, cebollas y ajo; todo acompañado con puré de calabaza. La negra Tomasa la miraba feliz pero con un poco de desconfianza; su Edward nunca había elogiado la comida de nadie más que la de ella. Pero cuando probó un bocado, pensó: “Esta niña sí que sabe del asunto” y sonrió. Tanto había rezado por la felicidad de Edward, y ahora que estaba feliz, estaba apenada porque sentía en sus vísceras que algo raro pasaría… Y a pesar de que no quería ponerle atención a ese presagio, llegaba y llegaba para ahogarle la garganta de angustia.

Luego del postre, Juana se retiró al cuarto que habían dispuesto para ella, y se sentó en la cama, expectante. No pasaron cinco minutos, que ya Edward estaba allí, buscándola.

La tomó de la mano y la llevó a su cuarto, a su cama. La recostó con suavidad. Apagó los candiles de la pared; solo dejó una lámpara de aceite que estaba sobre la mesita de luz, tenue y suave como las manos de Edward sobre Juana.

Le sacó la ropa en silencio y con absoluta delicadeza y la fue dejando sobre la silla. Se sacó toda su ropa y la dejó sobre la de Juana. Se metió bajo las sábanas blancas, almidonadas y perfumadas y allí sus cuerpos se pegaron. La saya que había dejado Tomasa para Juana quedó a un costado. Edward empezó a tocarla, su mano frotó el pezón, detalle que estremeció a Juana. Siguió. Se inclinó sobre sus senos y los mordisqueó apenas. Juana respondió con sus gemidos, arqueándose, tomó su cabeza con las manos y lo atrajo hacia ella, mientras lo abrazaba con las piernas. Edward la penetró con desenfreno, quería extender el goce dentro de ella, para siempre. Cuánto la amaba… detenía sus embates cuando estaba a punto de estallar, dolía, pero quería seguir gozando a esa mujer que había cambiado su vida por completo. Juana sentía los dientes en sus pezones, en su cuello. Edward salió del cuerpo de la joven, y su cabeza comenzó a bajar lentamente, besando cada rincón, sin olvidar ni un milímetro de su piel, hasta que llegó a su monte, allí se deleitó con sus jugos. Juana gemía de placer y seguía experimentando sensaciones maravillosas en su cuerpo. Él se levantó, tiró la sábana y quedaron los dos cuerpos convertidos en sombras a la luz de la lámpara. La dio vuelta suavemente y se estiró sobre ella. Juana sintió su miembro caliente, grande y duro entre los muslos. Edward volvió a bajar su cabeza despacio y jugueteó con la lengua en los muslos de Juana, los mordisqueó y con sus manos tomaba sus pechos como dos tazas. Luego, le levantó un poquito las caderas y arrodillado detrás de ella, con el pene en su mano, siguió el juego. Lo apoyaba en su cola, sin introducirlo, y luego se lo metía en la vagina. Y así repetía, hasta que no pudo más, y la penetró profundamente. Sus embestidas se volvían cada vez más rápidas. No pudo más, allí estaba entregando todo su ser a su amada, a esa mujer, que con solo mirarlo, le producía una erección. La dio vuelta, quería sentir sus pechos, su aliento, imaginar su mirada en la penumbra mientras la penetraba y la disfrutaba.

—Te amo, Juana —le dijo con voz ronca y entrecortada, mientras le descargaba su amor en la vagina—, quiero que seas mía, para siempre, mi amor.

—Yo también, mi amor, no me dejes, nunca me dejes, por favor.

—Nunca te voy a dejar, Juana, mi amor, nunca, nunca te voy a

dejar.

Quedaron abrazados y amándose toda la noche, los primeros despuntes del sol los encontró despiertos, conversando, haciendo planes, siendo felices.

Esa noche, Tomasa no permitió interrupciones, se había convertido en la guardiana de la puerta del amor.

El paraíso

Días maravillosos de idilio amoroso transcurrieron a partir del encuentro. Juana no salía ni a la puerta y Edward seguía con el plan que, si bien no era complicado, el tiempo de espera lo hacía engorroso.

Era fundamental que Edward consiguiera un lugar para Juana en el próximo barco que fuera a Inglaterra, luego de acomodar todos sus negocios, se iría él y todo solucionado.

Los Leguizamo nunca se enterarían de que estaba Juana detrás de todo esto. Les diría a todos que una hermana de su padre había enfermado; eso justificaría el viaje urgente de Edward y el aplazamiento del casamiento. Cuánto engaño por un rato de felicidad. Eso no lo ponía muy feliz, sentía la mirada de sus padres recriminándolo. Pero en el fondo de su corazón sabía que terminarían aprobando el amor. Es que él realmente amaba a Juana, con toda su alma.

Juana se pasaba el día en la cocina. Tomasa se ocupaba de llevarle todos los ingredientes que necesitaba. Salía temprano con la lista y la cara arrugada de incógnitas sobre lo que le habría encargado la niña.

Los panecillos que hacía eran sencillamente exquisitos. Cuando Edward llegaba, lo estaba esperando en la punta de la gruesa mesada de la cocina, con los panecillos, que no solo tenían sabores diferentes, también colores. Edward los probaba y, mientras se deshacían en su boca, la miraba a los ojos y la abrazaba.

Juana había estado todo el día esperando por ese momento, se derretía de amor allí mismo.

—Este es nuevo, a ver, ¿qué ingredientes tiene? —lo desafió la muchacha.

—Tu objetivo, mi bella dama, es ponerme gordo y feo con estos

panes tan ricos —le dijo, mientras probaba un bocado.

Juana se reía tapándose la boca con las manos, le encantaba escucharlo. Le divertía, le daba ganas de amarlo.

—Tiene vainilla, huevos —adivinaba, mientras la miraba con el pan en la mano y la boca llena.

—Sí, eso tienen todos los panes, ahora, ¿qué más?

—Pimienta, azúcar, y me falta un ingrediente particular, que lo reconozco pero no se cuál es —decía Edward, feliz.

—Si se rinde no hay premio —lo provocaba Juana, juguetona.

—¿Canela?

—¡Sí! —exclamó la joven y dando un saltito, quedó colgada de su cuello llenándolo de besos.

Todos los días se repetía una escena parecida, es que la imaginación de Juana para crear recetas nuevas era infinita.

—Edward, no te enojes ni digas nada. Tomasa va a buscar un pregonero para que los venda en la plaza. Nadie sabe que yo los hago, creen que los hace ella —dijo seriamente la joven.

—¡Pero, Juana! No corramos riesgos. Estoy jugando con fuego y no quiero que nadie salga lastimado. Por favor, cuando estemos en Inglaterra vamos a poner una casa de té muy hermosa. Allí vas a poder hacer y vender todo lo que quieras. Pero aquí… no me gusta.

Edward sabía que Juana lo haría igual, ojalá no ocasionara problemas. Ese tema lo preocupaba.

Finalmente Tomasa se encargó de conseguir el pregonero. Era hijo de uno de los criados que vendía labores que hacían ellos mismos. Juana decidió compartir las ganancias con él y se formó todo un negocio. Así fue como los panes de Juana empezaron a venderse cada vez más.

Edward visitaba religiosamente a Rosaura y conversaba con doña Emilia. Accedía a todos sus caprichos y trataba de tenerla contenta. Mientras tanto, con su abogado, ponía a tono todos sus negocios y seguía al pie de la letra todas las reuniones para avanzar con el "Grupo de los ocho".

Juana preguntaba todo el tiempo por Rosaura, lo volvía loco cada vez que iba a visitarla indagándolo acerca de qué le hacía, qué decía, si la besaba. Edward le mentía, para que no sufriera y para que no lo torturara a preguntas todo el tiempo.

Juana disfrutaba de esa casa, de la comodidad, del amor familiar y del amor de su hombre que cada noche la hacía feliz. Se amaban hasta el amanecer. Había valido la pena todo lo sufrido para disfrutar del goce de estar allí, siendo amada por Edward y sin limpiar bacinillas, ni trastos. Estaba muy feliz. “Ojalá la felicidad no se convierta en cenizas en mi boca”, pensaba.

A pesar de que se dormían bien avanzada la noche, Juana se despertaba temprano, eufórica con su negocio. Pero Edward la detenía, le hacía el amor cada mañana, la recorría con besos desde los dedos de los pies hasta su boca jugosa, luego la penetraba y se quedaba dentro de ella. No quería salir nunca. A veces, la sentaba en cuclillas sobre su pene y jugueteaba con su vagina. Todas las mañanas le entregaba su amor. Así comenzaba su día. Juana, con su vagina temblando de placer, el cuerpo vencido de amor y el espíritu en alto.

Ella misma preparaba todo en la cocina. El dormitorio y la cocina eras sus lugares en la casa, su nido de amor.

Feliz, feliz, feliz. Mientras cocinaba, Juana pensaba: “Nadie puede romper este amor”. Se sentía segura, estaba tan enamorada de Edward, como él de ella. Eso era suficiente.

Fin del cuento

Doña Emilia seguía ocupada con sus asuntos de negocios, mientras que Rosaura no le perdía el rastro a Edward. Es que había notado la falta de entusiasmo del joven hacia ella. Rosaura sabía que los hombres se desesperaban por tener a las mujeres; o al menos besarlas, acariciarlas cerca de sus partes más íntimas. Pero Edward, nada. Pero, tal vez, si lo hablara con él, tal vez era que como se conocían de tan pequeños, no quería molestarla. O quizás le daba pudor. Si bien comprendía que había que esperar hasta el casamiento, también sabía, por sus amigas, que los novios se tocaban y que eso era muy lindo. Pero ella no lo había experimentado nunca con Edward. Era tan frío. Eso no le gustaba nada.

Mientras seguía con los planes de su casamiento, elaborando su ajuar, eligiendo telas para la gran noche, pensaba en Edward. Al principio del compromiso había experimentado un gran entusiasmo pero, a medida que pasaba el tiempo, sentía que iba en baja… ¿Serían así las relaciones? Nunca lo conversó con nadie, incluso a sus amigas les mentía:

—Me vuelve loca, me persigue por todos lados. Además, me toca tan lindo, tan suave.

Y las amigas se ponían eufóricas de la envidia y le pedían por favor que les contara con más detalles. Entonces Rosaura inventaba unas historias de amor tremendas, disfrutaba ver el brillo en los ojos de sus amigas, cómo enrollaban las piernas, cómo inventaban posiciones nuevas para frotar su pubis y disfrutar del placer que los relatos de Rosaura les ocasionaba. Luego, en su intimidad, con mucha tristeza reconocía lo lejanas que estaban esas fantasías de su realidad.

El frío molestaba sin piedad, pero Rosaura ya lo había decidido: iría a conversar con Edward y le preguntaría por qué la esquivaba cuando llegaba la hora de la intimidad. Lo buscaría en su casa, para que no se sintiera intimidado y porque así no corría el riesgo de que su madre interrumpiera la conversación con sus preocupaciones sobre el tasajo, o sobre el contrabando de tabaco. Así que se puso uno de sus mejores vestidos, iría a interpelar a su futuro marido.

Le dijo a Eva que salía, que se iba hasta la iglesia; había sonado la campana invitando a la misa. Esa excusa le caía justo para salir con disimulo de la casa. Buscó su capa, se envolvió en ella y salió sin esperar autorización de nadie.

Solucionaría ese problema con Edward, se conocían de toda la vida, tenían que conversarlo. Estaba ansiosa por intimar con él, quería que la besara, que la tocara. Caminando y muy imbuida en sus pensamientos, llegó hasta la casa de su prometido. Antes de entrar, una leve cosquilla en su estómago terminó en sonrisa en su rostro.

Cuando llegó a la casa, la puerta estaba entreabierta, así que con un poco de esfuerzo, la empujó hasta abrirla e ingresó. Estaba nerviosa, caminó por el pasillo, pasó por la sala, y le llamó la atención que la casa estuviera desolada. Se imaginó viviendo allí con Edward, sonrió nuevamente. En un tiempo más sería su esposa y ama de esa hermosa casa.

Entonces, escuchó risas, se detuvo y se dirigió a la cocina, que era el lugar de donde venían.

La escena que vio la dejó atónita. Tuvo que tomarse del marco de la puerta para no caerse. Desconcertada, enfocó la vista nuevamente, no era posible. Allí estaba Edward. Su Edward metido entre las piernas de Juana. ¿Abrazados?, ¿riendo felices? ¿Qué hacía su criada en la casa de Edward? Sintió que una nube gris muy espesa invadía su mente, pero con un esfuerzo, volvió a enfocarse. Qué broma tan fea. Un temblor incontrolable estremeció todo su cuerpo. A punto de desplomarse, un brazo la sostuvo por detrás. Era Tomasa que la invitaba a salir de la escena.

Trató de arrastrarla para que volviera sobre sus pasos, pero Rosaura estaba prendida al piso como tigre presto para el ataque de su presa. Cuando Edward la vio quedó paralizado y Juana corrió a meterse

debajo de la mesa. Tomasa se agarraba la cabeza: se les había metido, no la vieron, por eso no habían podido frenar. ¿Cómo pudo pasar? Se miraban entre ellos. ¿Cómo pudo pasar? ¿Cómo había llegado Rosaura hasta allí sin que ellos se dieran cuenta? Pero ya era tarde, allí estaba, observando la situación y enfureciéndose cada vez más con cada segundo que pasaba.

—¡Acá estás! —le gritó—. ¿Qué hace esta criada acá?, ¿en tus brazos? ¡Edward! —increpó a su prometido.

Lloraba desconsolada, y gritaba más. Edward quería abrazarla para tranquilizarla, pero Rosaura lo rechazó violentamente, quería agarrarla a Juana. El joven intentaba detenerla con los brazos.

—Calmate, Rosaura, vamos a conversar —decía Edward tomándola de los brazos para evitar que llegara a Juana. Pero la joven estaba totalmente fuera de sí, con la cara colorada, despeinada y los ojos inyectados de ira. No escuchaba nada, solo quería llegar a Juana y golpearla, hacerle sentir todo el dolor y la humillación que ella sentía en ese momento. Juana seguía arrodillada debajo de la mesa, presenciando cómo su sueño se estrellaba contra el piso y se destruía en mil pedazos.

—Rosaura, acaba de llegar. Benicio se va de viaje a Italia y entonces la dejó aquí hasta que la familia que la compró venga a buscarla. Y me estaba dando un poco de placer, nada más. Como agradecimiento. No te pongas así, mi amor… —le decía Edward, al tiempo que cada palabra entraba como un puñal en el corazón de Juana. Aunque ella sabía que Edward lo decía para calmar los ánimos, le dolía y mucho. Lamentablemente no dejaba de ser una realidad.

Con esas palabras, Rosaura se tranquilizó un poco, pero no le sacaba los ojos de encima a Juana.

Se limpió las lágrimas y con la nariz enrojecida y los ojos inyectados de rabia miró a Edward y le dijo:

—Bueno, si es como decís, esta criada se viene conmigo. Que espere en mi casa, que la busquen allá.

Juana salió de debajo de la mesa y se puso detrás de Edward.

—No, Rosaura, se tiene que quedar, mañana vienen a buscarla, Benicio se comprometió con esa gente. Mañana a primera hora se va —trataba de arreglar la situación, Edward.

—Mi querido futuro marido, si vos querés que las cosas sigan como hasta ahora, esta criada se viene conmigo. Quédate tranquilo que te voy a cuidar a tu putita.

Luego la miró a Juana que se escondía detrás de Edward:

—Y vos, ¡desagradecida!, ¡desgraciada!, que estás cortando en mil pedazos el corazón de las personas que te dieron amparo. Si mi madre no te hubiera recibido, estarías tirada en el rancherío. ¡Desgraciada! ¡Puta de burdel!

Bebió el agua que le alcanzó Tomasa, se sentó en una silla y aparentando un poco de tranquilidad les dijo:

—Por el bien de todos, vos te venís conmigo. Edward, mañana, cuando lleguen las personas a buscarla, las acompañás hasta mi casa para que se busquen, espero que se la lleven, esta vez para siempre —se detuvo un momento y luego continuó— si no me dejan llevarla, llamo a mi madre y le pido que a esta puta la lleven al cepo directamente. Que la castiguen por improperio como se merece. Y Edward, olvídate de nuestro matrimonio y pensá en tu reputación después de que todos se enteren de cómo humillaste a mi familia revolcándote con una de mis criadas.

Luego de terminar su pequeño discurso, se levantó, sacudió sus prendas, acomodó su cabello y volvió a clavar los ojos en Juana. La joven estaba parada al lado de Edward. Rosaura caminó decidida hasta ella, la tomó del brazo y la arrastró hasta la puerta. Juana no se resistía, iba tironeada mirando a Edward que se había quedado parado, como congelado. No hacía nada. No la detenía. No hablaba. Tomasa tampoco hacía nada más que agarrarse la cabeza con las manos y llorar.

Juana sintió que su cuerpo moría. Edward, quien hacía un momento le confesaba que era el amor de su vida, estaba allí, parado, sin hacer nada, mirando mientras Rosaura se la llevaba arrastrada. ¿Por qué no salía corriendo detrás de ella? ¿Y la promesa de casamiento en Inglaterra? ¿Qué debía hacer ella, esperar, ir con Rosaura, salir corriendo? No tuvo fuerzas, la angustia le secó hasta la respiración. Tal vez Rosaura tenía razón, solo era una desgraciada que le usurpaba la felicidad a los otros.

—¡Rosaura, esperá! No te la podes llevar —reaccionó Edward

corriendo a detener a su prometida.

—¿A sí que no me la puedo llevar? —le contestó desafiante Rosaura.

—No, ya te dije, mañana la vienen a buscar —Edward no sabía cómo detener a Rosaura, estaba como poseída. Sabía que si la detenía, Juana terminaría en el cepo.

—Búscala en mi casa, esta puta desagradecida se viene conmigo, si no… Olvídate de nuestro casamiento y por supuesto vas a tener que responder ante todos. ¿Sigo, o me hacés lugar y me voy? Te espero mañana en mi casa, prometido —terminó Rosaura, con tono burlón, y se marchó de la casa arrastrando a Juana de los pelos.

Para Juana había sido todo tan sorpresivo que no había logrado reaccionar. Cuando vio a Edward parado en la puerta observando pasivamente cómo Rosaura la arrastraba, toda la ilusión de su vida se desmoronó. Pero ¿Edward no tenía poder para frenar y solucionar ese altercado? ¿Por qué no lo hacía? Aún con el cuerpo caliente y emocionado por el contacto con su amado, se dejaba arrastrar por Rosaura. Si Edward no la sacaba de allí, ella no podía hacer nada. Era su criada y sabía bien cuáles serían las consecuencias de resistirse.

Juana siguió el paso de Rosaura para no alterarla más. Miraba el piso, callada y sus lágrimas iban dejando el camino marcado.

Llegaron enseguida a la casa. Otra vez desde el principio, la tiró en la puerta de servicio, gracias a Dios allí estaba Eva que no entendía nada: Rosaura había salido para ir a misa y había regresado trayendo a rastras a Juana.

Rosaura, a los gritos, le contó a Eva lo que había pasado mientras la negra escuchaba y miraba de reojo a Juana que estaba parada junto a ella con la vista hacia abajo, humillada, triste. Desarmada.

La muchacha la llevó hasta el patio y obligando a otros criados a ayudarla, la ataron a un árbol, con los brazo por detrás. Rosaura, con su propia mano, le pegaba cachetadas mientras la insultaba. Doña Emilia, gélida, espiaba por la ventana, sin intervenir. Eva que mientras lloraba rezaba y le pedía por favor a Rosaura que dejara de pegarle a Juana, se ligó un cachetazo de la niña que estaba poseída por la furia, el odio y los deseos desenfrenados de venganza.

Juana sentía cada golpe, pero le dolía más el corazón, el orgullo, la esperanza destrozada, no lloró ni gritó. Cuando Rosaura calmó una

parte de su ira, ingresó a la casa, pero a los pocos minutos regresó.

Fue entonces cuando Juana sintió en su ser el significado de la palabra humillación. Rosaura agarró con toda su fuerza un mechón de su cabello y luego de escupir su cara comenzó a cortarlo con el cuchillo que había buscado en la cocina. Se lo cortaba por mechones, al ras de su cuero cabelludo. Juana sentía el aliento tibio de Rosaura encima de ella y la miraba a los ojos, tan erguida como podía. El dolor físico ya estaba venciendo su cuerpo.

—¡No me mires! —le gritaba cuando se encontraba con la mirada fija de Juana.

Cuando Rosaura consideró que había sido suficiente, ya había dejado la cabeza de la niña sin pelos, solo mechones y sangre, se dio vuelta y quedó parada con las piernas abiertas. Despeinada, con el cuchillo en la mano con la punta hacia arriba, observaba a los criados, eligiendo. Enseguida todos unieron sus manos y bajaron la mirada al piso.

—¡Vos, vení! —ordenó a uno de ellos.

El criado quedó parado en silencio sin saber qué hacer. Fue la misma Rosaura quien dio los pasos que la separaban del hombre, lo tomó del brazo y lo paró al frente de Juana.

—Mostrale cómo se siente a esta puta. ¡Fornicala, ahora!

El hombre no se movía y meneaba la cabeza diciendo no.

—¡Hacelo!, o te va peor… ¡Vamos! —y levantó la mirada hacia el resto de los criados.

Eva se fue, no podía seguir viendo. Nada podía hacer. Salió corriendo tapándose la cara con las manos, llorando. Le costaba creer cómo el odio había convertido a Rosaura en ese monstruo.

El criado se acercó. Conocía a Rosaura desde siempre, sabía que no iba a cambiar de opinión y que por las buenas o por las malas, él tendría que hacerlo. Juana estaba de frente, le levantó lo que quedaba del lienzo que la cubría. Apoyó su cabeza cerca de ella y le dijo:

—Perdón, Juana —y luego metió la mano en sus pantalones y sacó su pene, con la misma mano lo guió hasta la entrepierna de Juana y con la otra ayudó a subir un poco la cadera a su altura.

Rosaura miraba parada detrás del criado, lo apremiaba, le hincaba el cuchillo entre las costillas. Ese juego perverso le gustaba.

El hombre la frotó un poco para que su pene se pusiera erecto y cuando lo logró, la penetró. Con las dos manos tomó la cadera de Juana y la atrajo hacia él. Teniendo cuidado de no lastimar los brazos de Juana, que estaban atados alrededor del árbol, la embistió rápido y violentamente. Y enseguida sintió el espasmo de placer… Se retiró, dejando a la mujer que caía al pie del árbol.

Ahora sí, las lágrimas de Juana empezaron a correr sin límites por sus mejillas convirtiéndose en agua rosa, por la sangre que arrastraba a su paso. Su mente se iba acallando, al igual que su cuerpo dolorido. Con gran esfuerzo levantó los parpados para dedicarle una última mirada a Rosaura.

—Listo, sucia, ¡¿qué mirás?! —le dijo y con la última patada terminó de desmayarla—. Ahora ya no tenés que ir más a buscar a mi Edward. Cuando tenés ganas, me avisas y yo te hago el favor.

Al ver que Juana estaba desmayada, la ira de Rosaura se calmó un poco y comenzó a caminar para la galería. Allí estaba Eva, llorando. Cuando la vio venir hacia ella se corrió enseguida dejándole el paso.

—¡Ni se te ocurra llevarle nada a esa puta, o corres la misma suerte! —soltó Rosaura. Siguió caminando y se cruzó con su madre—. Esa, no molesta más —le dijo y luego encaró hacia la cocina.

Doña Emilia, ni se inmutó y siguió con lo suyo.

Juana quedó casi sentada, con los brazos amarrados hacia atrás, alrededor del tronco del árbol. La cara llena de sangre, que ya comenzaba a chorrear por su cuerpo, la cabeza pelada y lastimada, caída hacia delante. El último pensamiento que tuvo fue: “Ojalá estuviera muerta”.

Eva no podía soportar el dolor de verla allí. Apenas Rosaura se metió en la tina de agua caliente, corrió a la cocina a buscar trapos y agua fresca. Rápido se dirigió hacia el lugar donde estaba atada Juana y le mojó los labios, le limpió los ojos y se volvió antes de que la viera nadie. Se quedó mirándola a escondidas, no sabía qué hacer.

Luego de varias horas, corrida la noche aparecieron dos hombres de mal aspecto y malolientes, caminando detrás de doña Emilia. Con un gesto les indicó donde estaba Juana y regresó sobre sus pasos.

Los desconocidos, bajo la mirada incrédula de los criados, la desataron y la cargaron. La llevaron hasta la calle, la tiraron en la

parte trasera de un carro maltratado y se la llevaron.

La situación había sido tan violenta, y considerando el aval de doña Emilia desde el silencio, los criados se quedaron estupefactos. No conocían esa faceta de sus amas… Pero estaba claro que allí no se andaban con vueltas.

Edward estaba pegado a la ventana. Ya era tarde y los faroleros comenzaban a encender los candiles de la calle. Desde el incidente, las horas dejaron de transcurrir para él. Seguía allí esperando el milagro de verla regresar corriendo, treparse por el balcón y caer en sus brazos. ¿Cómo estaría? ¿Por qué no se escapaba y regresaba? Pegó el quinto puñetazo en la pared. Tenía los nudillos llenos de sangre. ¿Por qué se había quedado parado como un pavo? ¿Por qué no la defendió allí mismo? Porque no podía. Era la familia Leguizamo, los compromisos eran de toda una vida, no podía ponerlos en riesgo por una criada. Tenía que tener paciencia. A primera hora de la mañana iría a buscarla y todo acabaría. La escondería en un buen lugar hasta poder sacarla para Inglaterra.

Prendió otro puro. El humo ya no dejaba ver los muebles. “Aguanta, mi amor, mañana te busco, es solo esta noche. Pobre, mi amor, por qué tiene que pasar por esto, seguro es culpa mía. Mañana se arregla todo”, pensaba una y otra vez mientras caminaba, y fumaba, y pegaba puñetazos a las paredes.

Apenas cantara el gallo la iría a buscar, había sido un error dejarla ir. Se había dejado dominar por Rosaura. La buscaría y la traería de regreso, pasara lo que pasara. No podía ir a la medianoche, doña Emilia no lo permitiría. Y no tenía que alentar la furia de Rosaura, ya había demostrado que era muy brava. La noche pasaba rápido. Esa noche para Edward fue eterna.

En el otro extremo de la casa, encerrada en su cuarto, Tomasa seguía llorando y rezando. Se culpaba porque nadie había visto ingresar a Rosaura, y el amo les había pedido especial atención en el asunto. Específicamente les había dicho que nadie, pero nadie, podía enterarse de que Juana estaba allí. Y justo había sido la Leguizamo. Ya le había ofrecido de todo a Edward, comidas, dulces. Pero él no quería nada, solo adelantar el tiempo para ir a recuperarla.

Apenas salió el sol y sin haber pegado un ojo, Edward buscó a Manuel y se fueron derecho a la casa de Rosaura.

Mientras Edward ingresaba por la puerta principal, Manuel se fue por la de atrás, para averiguar qué había pasado.

En la mesa principal estaban desayunando, como si nada hubiese pasado, Rosaura y doña Emilia, quienes mostraron una exagerada felicidad al verlo, y lo invitaron a compartir la mesa.

Edward se excusó diciendo que tenía al nuevo amo de Juana esperando en su casa a que le llevara la criada.

—No puedo creer que sigas apañando a esa india de mala muerte. No entiendo, Edward, a veces me confundís —dijo enseguida Rosaura llenando sus ojos de falsas lágrimas, y mirando a su madre en busca de compasión.

—Es tu pensamiento errado, querida Rosaura. Como habrás visto en mi hogar yo les doy cobijo a todos los desamparados, y a esa pobre chica. Vos solita pensaste que yo podría fijarme en una criada —le respondió Edward, cuidando mucho sus palabras, mientras que su corazón latía con fuerza—. A ver, Rosaura, mirame bien. Solo una cosa, que vos no me podés dar todavía, me puede interesar de esa criada. No arruines lo nuestro por una torpeza mía. Dame a la criada que la entrego y seguimos con lo nuestro. Los De Luca ya recibieron el pago y ahora los nuevos dueños la reclaman.

Rosaura se quedó pensativa mirando fijo a Edward con su dedo índice postrado sobre su mejilla derecha. Enseguida Edward se acercó, la tomó por la cintura, y le dijo al oído.

—Querida, ¿vos te viste al espejo? ¿Cómo se te ocurre que puedo cambiarte, y por una criada…? —luego la besó, suave y apasionadamente, sin importarle que estuviera la madre adelante.

Doña Emilia, tapó su boca con una servilleta blanca y miró para otro lado.

Rosaura volvió a sonreír y le dijo:

—Edward, mi madre la mandó al campo, a la casa de unos primos nuestros, les hacía falta cocinera, así que allí va a estar bien. Y lejos.

—Pero yo tengo a estas personas esperando en mi casa por ella. ¿Y ahora? Decime dónde está y la busco. Y terminamos con esto. Me están esperando en el cabildo por otros negocios —Edward volvió a

ponerse nervioso. El joven no esperaba esa repuesta.

Doña Emilia, que hasta ese momento había permanecido callada, intervino en la conversación.

—Querido, confío en tus habilidades para deshacerte de esa gente como yo de la criada que nos estaba ocasionando algunos inconvenientes.

Edward comprendió que no podía hacer nada más.

—Mis respetos, doña Emilia —y con una leve inclinación salió del lugar, desorientado, furioso. Enojado con sí mismo. ¿Dónde estaba Juana…? ¿Qué habían hecho con Juana?

Durante el camino, Manuel le contó todo lo sucedido, Eva lo había puesto al tanto. Edward no podía creer lo que escuchaba. Desesperado, entró a su casa, se encerró en el escritorio, se desplomó sobre su sillón, puso su cabeza entre las rodillas y lloró como un niño. ¿Cómo había podido dejar que le hicieran todo eso a su amada?

Tomasa entró sigilosamente al estudio, se arrodilló junto a él, le acarició el pelo y lo acompañó mientras sacaba todo su dolor. Ella sabía que Manuel le había contado casi todo. No había mencionado la violación. “Eso lo mataría al amo”, pensó. Y no lo apartaría de hacer cualquier locura. Al final le dijo que, según Eva, a Juana se la habían llevado muerta o al borde de la muerte.

Junto a Manuel, comenzaron a organizar una gran red de búsqueda. Los criados preguntaban a otros criados para averiguar si Juana había ido a parar a alguna casa del poblado.

Otros, orillaban el río en el bajo. Algunos preguntaban en las pulperías, en las casas fuleras, tal vez, como venganza, la habían llevado allí. Pero nada, se la había tragado la tierra. Edward empezó a pensar lo peor. Se sentía morir. Todo se había acabado. Fin del cuento.

SEGUNDA PARTE

Tu dios nunca te abandona

El dolor. El dolor de la carne en el cuerpo. El dolor de los pensamientos. El dolor del alma. El dolor de saber que todo era real, que había pasado por su cuerpo y por su alma.

Ya no estaba oscuro, podía percibir la luz. No había olores, no sentía nada. Tenía miedo de abrir los ojos. ¿Estaba muerta? Igual, daba lo mismo, ya no le interesaba estar viva.

Intentó abrir los ojos y le dolió mucho, sus pestañas estaban pegoteadas. Quiso llevar su mano a su rostro pero no la sintió, entonces se dio cuenta de que no sentía nada más que dolor. No podía moverse, su cuerpo no le respondía, solo su mente funcionaba. “Tengo que tranquilizarme”, pensó. Por un momento tuvo la sensación de que no estaba sola, a pesar del silencio. Quiso hablar, sentía sus movimientos, pero no escuchaba su voz. ¿Es que estaba muerta?

La prisión del cuerpo fue la sensación más horrible que ella pudiera experimentar. Encerrada, allí.

Los recuerdos eran tristes y dolorosos. Podía sentir la cercanía de un ser, pero no lo podía ver, ni tocar. Temió que se tratara de un animal a punto de atacarla, ¿sería Rosaura?

—Hola, ¡te despertaste! —una voz infantil la tranquilizó.

Quiso responder pero no pudo.

—Quedate tranquila, que yo te estoy cuidando. ¿Escuchás?

Juana quería decirle que sí, pero no sabía cómo. Un niño, ¿de dónde había salido un niño? ¿Dónde estaba?

Juana trató de abrir los ojos para que se diera cuenta de que lo escuchaba.

Silencio.

—Te estoy poniendo una compresa con té para que se despeguen los

pelos de los ojos y puedas abrirlos. No te asustes.

Juana sentía la fricción en sus ojos pero seguía sin poder mover su cuerpo ni ver nada, solo que ahora podía escuchar al niño.

—Me llamo Johari. No sé cómo te llamás vos, espero que no te mueras así podemos charlar, y me contás qué te pasó —le decía el niño sin saber si Juana lo podía escuchar o no.

—Te voy a dar un poco de toronjil triturado puro. Bueno, lo mezclé con un poco de agua para que lo puedas tragar. Así no sentís tanto el dolor cuando te termine de sacar los bichos del cuerpo.

Juana sintió unas gotas amargas que pasaron por su garganta y otra vez el sueño… y otra vez la nada.

Una cosquilla en el brazo la despertó. En ese momento, con los ojos cerrados, tomó plena conciencia de su cuerpo: el dolor comenzaba con puntadas en la cabeza y se extendía vibrando por todo el cuerpo. Otra vez percibió que no estaba sola, podía sentir su respiración.

Lentamente, y con mucho esfuerzo, pudo abrir los ojos y lo primero que vio fue una sombra sobre ella. Allí estaba el niño que la miraba fijo.

—Hola, te despertaste, ¡qué bien! ¡Yo sabía que te ibas a curar!

Juana trataba de comprender la carita redonda de ojos abiertos que la miraba, y le hablaba.

—Soy Johari, y vos ¿cómo te llamás? ¿Qué te pasó? ¿Quién te hizo tanto daño? Yo creí que estabas muerta, varias veces lo creí —el niño no paraba de hablar y de preguntar. Tenía la tez blanca como la leche y el pelo motoso y negro como la noche sin luna. Sus ojos eran especiales, se veían de un color marrón muy clarito, así como la miel oscura, y rasgados hacia los extremos. Negro no era, pero blanco tampoco.

Juana quiso hablar pero solo le salió un murmullo. El último recuerdo que vino a su mente fue el hedor del desconocido que la violaba arriba del carro y que le pegaba cuando ella intentaba sacárselo de encima. Cerró los ojos. No quería recordar más.

Estaba acostada en una cuja de pieles sobre el piso. El niño, sentado a su lado con las piernas cruzadas, la miraba atentamente. Su rostro era lindo, diferente y gracioso. Parecía una mezcla de muchos continentes.

Juana hizo un esfuerzo por moverse pero el dolor se lo impidió. Pudo ver de refilón que estaba tapada de hojas que parecían pegadas a su cuerpo.

El niño volvió a preguntarle por su nombre.

—Juana —dijo, por fin, con un hilo de voz.

—Juana, qué lindo nombre. No hables, ahora seguro te vas a curar. Estuviste dormida muchos días, como más de veinte… después te los cuento con las piedritas, las tengo separadas. Pero fueron muchos.

Juana quería preguntarle de todo, pero su voz todavía no estaba preparada para salir. Solo podía ver a ese angelito hermoso que estaba cuidándola. ¿Y si era una creación de su mente? Qué haría un niño solo en un rancho. Una sensación de miedo la invadió y trató de mantener los ojos abiertos y fijos en el niño. Tenía miedo de cerrarlos y que desapareciera y de seguir encerrada en su mente sin poder salir.

Johari había limpiado las heridas de Juana con mucho cuidado. Se veían muy feas, le había sacado los gusanos que ya habían empezado a hacer su trabajo. Luego, fue al poblado y se trajo todo lo necesario para curarla. Ungüentos, hojas, incluso gotas que se robó de la botica, y algunas recetas caseras. Había aprendido muy bien los consejos de su madre.

Se agachó y tomó del piso unas hojas verdes y viscosas, las partió al medio con una navaja y con paciencia las colocó como compresas sobre todas las heridas. Juana quedó tapada de hojas y sintió una oleada de frescura en todo el cuerpo.

—Yo soy Johari y vivo acá, llegué unos días antes que vos. Este lugar estaba abandonado, así que me quedé.

Un día estaba recorriendo los alrededores de por aquí para ver qué animales había y conseguir alguno para comer y entonces los vi. Dos hombres te tiraron de la carreta. Esperé muchas horas después de que se fueron, por las dudas de que volvieran. En ese momento pensé que estabas muerta. Los hombres no volvieron y vos no te movías.

Juana escuchaba el relato, ahora con los ojos cerrados.

—Y te arrastré hasta acá. ¡Bien pesada que sos! —dijo con una sonrisa y continuó—. Te saqué la ropa toda sucia y te limpié. Todo porque probé y te latía el corazón. Yo siempre supe que te ibas a poner bien.

Silencio. Juana seguía sin decir una palabra.

—Voy a traer algo para que comas —le dijo y salió.

Al rato regresó con un jarro de lata, lo agarraba con un trapo para no quemarse, y con la otra mano, la cuchara. Cuidadosamente se la puso cerca de la boca.

Juana no podía distinguir los sabores, solo sentía el líquido pasar por su garganta dejando una sensación de alivio general. Johari seguía hablando. Aunque no lo viera, su voz era todo para Juana. Establecía un contacto con la realidad fuera de su mente.

Con el paso del tiempo y con la ayuda de Johari, que no se despegaba un solo segundo de Juana, poco a poco pudo comenzar a mover los brazos, las piernas, pero sobre todo a hablar. Con mucho esfuerzo logró esbozar su primera pregunta:

—¿Cuántos… años… tenés…?

—Soy mayorcito —dijo y sacó de su cuello un tiento de cuero con pequeños nuditos. Aquí los tengo contados, tengo diez y cumplo once en la tercera luna llena después de navidad.

Juana esbozó una sonrisa que le ganó un gesto de dolor.

—Contame tu vida —le dijo tratando de no agregar más palabras que las necesarias ya que el dolor en su garganta aún era insoportable.

—Yo me vine acá un poco antes que vos. Me escapé de la casa de los amos cuando murió mi mamá. Los amos eran buenos con ella, pero la doña a mí no me quería. Nunca me quiso. Y el señor, cuando se murió mi mamá, me dijo que era mejor que yo me fuera. Y me fui. Anduve por muchos lugares, y llegué acá. Yo vivía con mi mamá que era muy hermosa. Mi mamá me enseñó las palabras… algunas. Ella sabía las palabras. Era esclava, pero sabía todo, nunca me dijo dónde aprendió. Cuando se murió, me di cuenta de que no le había preguntado muchas cosas y ahora no me va a poder responder.

—¿De qué se murió? —preguntó Juana.

—De mala suerte.

—¿Cómo es morir de mala suerte?

—La atropelló un caballo. Y yo no soy esclavo, mi mamá me lo dijo siempre, ella pagó por mi libertad. Pero el Tulio me dijo que yo en realidad no soy esclavo porque soy hijo del amo. Por eso soy tan raro. Pero cuando se murió… Bueno, ya sabés —Johari se calló, no quería

seguir hablando del tema.

—Está bien —dijo Juana tratando, con mucho esfuerzo, de extender una mano para agarrar la del niño.

Durante la noche Johari dormía al lado de Juana, acurrucado como un perrito al lado de su amo. Se levantaba apenas el sol se dejaba ver, se iba a la otra pieza del precario rancho de paredes de adobe y techos de paja, vieja y gastada. Allí había construido un hermoso fogón. La noche anterior dejaba la leña lista para encenderlo. También, había encontrado un palo viejo, y le había atado en cada extremo un balde. Se lo apoyaba sobre los hombros y se iba caminando hasta el río. Ese trajín le llevaba su tiempo. Luego, regresaba con los baldes, tratando de que llegaran lo más llenos posible. Preparaba los ungüentos para Juana, y alguna infusión, la despertaba y así comenzaba el día.

Una o dos veces por semana se iba al poblado, se las rebuscaba para traer todos los remedios necesarios para las curaciones de Juana y también traía ingredientes para preparar la comida. Hasta se había traído una gallina; la tenía adentro del rancho para que no se le escapara, el animal les proveía huevo fresco a diario.

Juana decidió contarle a Johari parte de su historia, eludiendo los detalles y la información sobre las violaciones. No quería llenar de odio a ese niño maravilloso que la providencia había puesto en su camino. Pero él insistía en saber qué había pasado; sobre todo, le hacía preguntas cuando curaba las heridas de su cabeza. Allí estaba escrito, en el corte de cada mechón de cabello, en cada tajo, el odio de alguien hacia ella.

Había sucedido todo tan rápido, que le costaba comprender y aceptar lo ocurrido. Había pasado de estar con Edward en su soñado nido de amor, a estar al borde de la muerte, vejada, maltratada y condenada a la muerte por Rosaura.

Ambos pagarían por el daño que le habían hecho, es lo único que no dudaba. ¿Cómo había podido Edward, cobarde, dejarla en manos de la asesina de Rosaura?

Su cariño por ese niño crecía día a día. Apenas Juana pudo pararse, comenzó a acompañarlo al otro cuarto. Le enseñó a hacer la sopa. Definitivamente, Johari era un niño muy habilidoso. No solamente había construido con sus propias manos una repisa en la pared, sino

que además era prolijo y muy hábil con los números y las cuentas.

Cuando Johari se iba al poblado, Juana se quedaba intranquila; sabía que iba a robar. Temía que lo descubrieran. Juana no veía la hora de reponerse y sentirse fuerte para poder ayudarlo.

De a poco, Juana fue colaborando cada vez más con Johari en lo que podía. Mantenía el lugar limpio, mientras el niño volvía cada vez más cargado de cada viaje. Traía de todo. Incluso, una vez, hasta le trajo una bacinilla de regalo para ella. Lentamente le iban poniendo color al rancho.

Apenas Juana pudo moverse con más facilidad, le pidió a Johari que le trajera semillas para sembrar la tierra y los ingredientes necesarios para hacer comidas y venderlas. Eso les daría algo de dinero. No le gustaba que Johari siguiera robando.

Y así fue. La primera vez que se llevó pastelitos para vender, regresó eufórico, sin aire y agotado. Es que había corrido casi todo el camino. Traía el dinero con él. Ese dinero era legalmente de ellos por derecho propio.

Juntos, recomenzaron sus vidas. Una vez a la semana, Johari se iba al poblado y vendía todo lo que Juana cocinaba. Al principio eran solo pastelitos, luego se fueron agregando algunas tortillas asadas con grasa. También comenzaron a sumar algunas manualidades que hacía Johari, era muy bueno y habilidoso con el barro y mejor con la madera.

Johari era un niño maravilloso. Llevaba la cuenta de los días de la semana con siete piedritas muy lindas y parejas de diferentes tonalidades. Los domingos, las ponía a todas juntas en la latita, y a medida que pasaban los días, sacaba una. Entonces, los lunes sacaba la primera, los martes la segunda, y así se sabía todos los días. Le hizo a Juana un collar de cuero con nudos igual que el suyo. Así llevarían la cuenta de la edad de cada uno. Juana tenía quince nudos y como no sabía qué día exactamente había nacido, pusieron la misma luna llena para festejar juntos los cumpleaños de los dos.

Cuando Juana agregara el nudo dieciséis a su collar, Johari agregaría el número once.

Con mucho sacrificio y los beneficios de la primavera, fueron

construyendo su nueva vida, precaria, pero libre. El rancho iba tomando color y calor. Las semillas sembradas comenzaban a surgir de la tierra, verdes, frescas.

Eran dos niños, dos sobrevivientes a los embates de la vida. Ella se había hecho cargo de ese niño, era un ángel en su vida. Tenía especial cuidado de no demostrar todo el odio que tenía arraigado a su corazón.

Juana le enseñó a rezar a Johari y todas las noches, antes de dormir, juntos, agradecían el día y pedían para el día siguiente.

La primera compra importante que hicieron fue la burra. Un gran acontecimiento. Le pusieron de nombre Morena. Johari le contó a Juana que había varias burras, que todas tenían casi el mismo color, menos ésta, que como se la veía más oscura y ajetreada, se la habían dejado a un precio inferior. Ambos estaban felices con Morena, que no solo les serviría de transporte, sino que también les proveería leche.

Apenas llegó la burra, Juana comenzó a juntar los palos para hacer un corral. Ahora tenían a Morena y a Lolita, la gallina. Y así fue que cercaron la casa con palos a pique. Aunque eran irregulares y se veían desprolijos, cumplían con el objetivo.

Los niños estaban felices, trabajaban todo el día y descansaban por la noche. Era así, la oscuridad mandaba.

Una mañana, mientras vigilaban la cocción del pan en el fuego que crepitaba sobre unas chapas que hacían las veces de fogón, Johari se puso de pie y le dijo a Juana con voz firme y segura:

—Voy a fabricar un horno de barro.

Tuvieron muchas discusiones al respecto, ambos decían saber la receta. Pero el primer horno que hicieron se desplomó antes de poder poner el pan adentro.

Al final ganó la fórmula de Johari y el siguiente lo hicieron cavando un hueco en el piso. A la mezcla de barro con agua y sal gruesa, la dejaron descansar un día para obtener la textura. Luego, le agregaron un poco de paja vizcachera, dejaron orear la tierra del pozo, y lo revistieron con tela y luego con barro. Lo dejaron secar cubriéndolo bien. El niño se encargó de moldear un pedazo de chapa para que

oficiara de tapa, y se dispusieron a probarlo. Juana se había esmerado mucho en amasar el pan, lo había hecho con esperanza. Le puso semillas y harina de trigo.

Entonces, encendieron el fuego adentro del horno y esperaron. Luego sacaron el resto de brasas y cenizas como pudieron y pusieron el pan. Taparon el horno con la chapa y contaron hasta que supuestamente estaba listo. Con mucho cuidado, lo sacaron. Se veía perfecto, calentito, inflado y colorido. Lo probaron, se miraron: pan y horno aún con vida. Sonrieron, se abrazaron y comenzaron a saltar como si hubieran ganado el premio mayor.

En ese mismo instante, y sin darse cuenta, comenzaban a escribir su futuro.

El rancho, de a poco, se fue convirtiendo en un puesto productivo.

Juana perfeccionó sus panes, ahora los hacía con leche de burra. Johari estaba feliz porque los vendía cada vez más.

Armaron una hermosa huerta, trajeron más gallinas. Johari se había comprado un gallo de riña con la idea de hacerlo pelear. A Juana no le gustaba la idea, pero Johari, diariamente, se iba a entrenar su gallo. Era feo y flaco y malo. Y peleaba muy bien.

Una vez a la semana, por lo general los miércoles, Johari partía al lomo de Morena con las alforjas llenas de panes, tortas y pastelitos y luego regresaba caminando al lado de la burra, que siempre venía cargada hasta los dientes. Juana siempre se reía de la capacidad que tenían para caminar con tantas bolsas encima y les salía al encuentro corriendo.

Era mágico el momento en que Johari llegaba y empezaban a ver juntos todas las cosas que traía. Siempre había algo extra. Esa vez era un hermoso sombrero para Juana. A Johari le dolía ver cabeza lastimada y el cabello de la joven que parecía un carpincho. También, a pedido de Juana, había traído algunos libros. Así que, desde ese momento, empezó a enseñarle a leer al niño.

Eran un equipo perfecto. Ambos luchaban día a día para mejorar sus vidas y se cuidaban mutuamente. Johari llevaba la contabilidad a la perfección, con palitos y piedritas resolvía todas las cuentas. Sabía cuántos huevos ponían las gallinas por mes, cuántos panes debían vender para comprar más animales y cuánto costaba cada cosa.

Juana sentía cómo su vida mutaba rápidamente.

Lo que no podía controlar era el dolor, el dolor que no se puede tocar. Ese dolor que encalla y enferma el alma. El deseo de venganza ocupaba su mente. Pedía diariamente a Dios que la ayudara a sentirse diferente. Se concentraba en los quehaceres para no pensar, pero rara vez lo lograba. Las fantasías de escenas en las que Rosaura sufría, eran las preferidas. Luego, Edward, algunas veces deseaba que sufriera y mucho, otras veces lo perdonaba.

Todos esos sentimientos los guardaba en su intimidad, jamás los compartía con Johari. Ella sabía que no eran buenos, pero no podía controlarlos.

Los días pasaban, se habían organizado para cenar muy temprano y seguían con la costumbre de no iluminar la casa de noche para no llamar la atención. Por suerte, no estaban muy lejos del río y tampoco del poblado.

Una noche, mientras Juana leía en voz alta un libro que Johari había robado de la biblioteca de una casa, el niño la interrumpió de golpe:

—¿Por qué no nos mudamos al poblado?

—¿Qué? —preguntó Juana, mirándolo por encima del libro.

—Sí, se me ocurrió una idea. Tenemos que volver, pero no como nosotros, sino con otros nombres, ¿entendés?

Juana dejó de leer y se quedó pensando. Nunca había planeado seguir toda su vida en ese rancho, pero tampoco había aventurado la idea de regresar. Todo estaba muy caliente en su corazón. Y ahora Johari había puesto esa idea en su cabeza.

Tal vez… ¿era tiempo de regresar? Esa posibilidad le sacó el sueño de los días siguientes.

El regreso

La idea de mudarse al poblado, como le decían a Buenos Aires, los tenía por momentos silenciosos y pensativos, y también progresistas y entusiastas. El proyecto de irse había roto la serenidad de la vida en el rancho. Juana podía ver el brillo en los ojos de Johari, listo para cualquier aventura.

—Nos ponemos nombres nuevos y vos te hacés pasar por mi mamá. Tenemos que juntar mucha plata, compramos una casa y ponemos una pulpería. ¡No!, mejor un lugar para comer, ¡sí! Pero, no, mejor una panadería, la gente me espera para comprar tus panes, así los podrían comprar en la panadería nuestra…

—También podría ser una casa de té o café o chocolate caliente —insinuó Juana, ilusionada.

—“Los chocolates de la Juana” —decía Johari, muerto de risa, haciendo señas con las manos como si indicara un cartel.

—“Panes al horno de Johari” —agregaba Juana, siguiendo el juego del niño.

Si lo pensaba bien, la idea no era descabellada. Incluso la imagen de una casa de té con todas sus exquisiteces exhibidas en una hermosa mesa le robó una sonrisa que enseguida se esfumó. La casa de té era la ilusión que tenía con Edward. Suspiró y miró al niño.

—Bueno, Johari, pensemos. ¿Vos serías mi hijo?

Juana tenía mucho miedo de volver y que Rosaura la descubriera. Trataba de disimular ante el niño que estaba tan entusiasmado con la idea.—Me gusta, y yo te tendría que decir mamá —continuaba Johari, enardecido, soñando con los ojos abiertos.

—Bueno —le decía Juana—, pero, no soy tu mamá, ¿eh?

Cuando terminó de decir esas palabras, recordó en su más íntimo

pensamiento lo que había sido crecer sin una mamá, así que, sin dar tiempo a otro comentario, abrazó al niño tan fuerte que lo dejó casi asfixiado entre sus pechos…

—Yo voy a ser tu mamá, ¡siempre!, mi chiquito querido —le repetía besándole la cabeza.

Johari también la abrazó y las lágrimas salieron sin sonido. Juana sentía cómo retraía sus mocos respirando para adentro. Era el primer abrazo que se daban. Quedaron allí, pegaditos, un montón de tiempo.

Juana lo separó de su cuerpo, le limpió las lágrimas gordas que rodaban por la mejilla y le besó los ojos rojos e irritados por retener el llano.

—Llorá, Johari, llorá, amorcito. Ahora estamos juntos y nunca nadie, ni nada, nos va a separar, jamás. Nunca te voy a abandonar y voy a ser tu mamá, siempre.

Y esa fue la noche de las lágrimas. Cada situación los emocionaba sin cesar.

Establecieron un año como plazo para recaudar todo el dinero necesario sin robar nada. Johari estaba demasiado mano floja, así que Juana, ejerciendo su flamante maternidad, le pidió que no cometiera más robos…

Esa tarde, llegó corriendo delante de la burra, siempre lo hacía, era tan ansioso que no podía esperarla. Llegaba él y al rato Morena con la carga por detrás.

—¡Juana!, Juana! —no podía respirar…

—Tranquilo, Johari, ¿qué pasa? —Juana se preocupó al ver al niño así.

—¡Mirá lo que encontré! ¡Te lo juro que lo encontré! No me lo robé, lo en-con-tré —silabeaba.

Se volvió corriendo hasta la burra, sacó una bolsa de lienzo y regresó hasta donde estaba Juana.

—Estaba tirado al lado del río, como si se le hubiera caído a alguien, yo no busqué “al alguien” porque seguro que tenía que devolvérselo, entonces me lo traje… Con esto más lo ahorrado, en menos de un año, podemos mudarnos. ¡Es un regalo de Dios! ¡Lo puso en mi camino para que yo lo encontrara! ¡Él es bueno!

Para el asombro de Juana, el niño puso sobre el piso un lingote de

oro y un montón de monedas de oro y plata con sellos reales.

—¡Vamos! ¿No te siguió nadie, seguro? —nunca en su vida había visto algo semejante.

—No, no, vos sabés que a mí nadie me ve, nunca —contestó Johari.

Ambos niños tocaban y miraban el tesoro en silencio. No se animaban a recibir semejante regalo de la providencia.

—Vamos a enterrar esto con el resto del dinero. ¡Dale, trae la pala! —dijo Juana, restándole importancia al origen del botín. Les solucionaba un montón de problemas y estaba allí. Seguro Dios se los había mandado, pensó y dio por cerrado el asunto.

Felices, los dos, salieron a resguardar su tesoro, la llave de su futuro.

Durante el día, los planes y la ilusión la tenían ocupada, pero por la noche los recuerdos la invadían y se enojaba tanto que se desvelaba hasta el amanecer. Tenía tanto odio acumulado en su corazón. En varias oportunidades tuvo que recurrir a las infusiones de valeriana y toronjil para poder dormir.

La ilusión de volver a Buenos Aires estaba teñida de venganza por todos lados, solamente la imagen de Johari la relajaba y tranquilizaba un poco. Además, no podía hacer nada incorrecto, ahora tenía la responsabilidad del niño. No iba a permitir que nadie le hiciera daño. Eso también frenaba su sed de revancha.

—¿Y, cuándo nos vamos a ir? ¿Vamos a poner esa casa de té que dijiste? ¿Cómo va a ser? Y nosotros, ¿adónde vamos a vivir?, ¿en la casa de té? —Johari preguntaba y hablaba y hablaba.

—Johari, una pregunta por vez —le pedía Juana. Los ataques de ansiedad del niño eran tremendos—. Poco a poco, todo en su tiempo. Primero tenemos que ver cómo vamos a hacer para conseguir identidades. Ahora somos Juana sin apellido y el Johari sin apellido, que cumplen años juntos la tercera luna llena después de navidad, y nada más… —le decía mientras le acariciaba la cabeza.

—Nos ponemos nombres nuevos, y listo. Apellidos y todo.

Juana sonrió, cerró los ojos, abrazó a Johari y fantaseó:

—Mesas pequeñas, manteles bordados que ya vamos a empezar a seleccionar, una gran vitrina transparente donde podamos poner nuestras ricuras y un cartel afuera que diga… ¿Qué nombre le vamos a poner? Johari, tenés que practicar porque vos te vas a encargar de las

mesas, las vas a servir.

—Sí, ya me estoy imaginando, y necesito ropa nueva.

—Claro que sí, ropa nueva, corte de pelo y… nombre nuevo.

—Yo quiero llamarme como mi abuelo.

—No, Johari, el nombre de tu abuelo se lo pondrás a tu hijo, ahora necesitamos pasar desapercibidos, y nos vamos a poner nombres de santos, para que nos protejan, por ejemplo nuestro apellido puede ser Aquino, y vos te podes llamar Agustín, como San Agustín. Y yo… yo me puedo llamar María, como la virgen, María.

Se quedaron los dos pensativos, hasta que Juana fue adonde tenía todos sus libros, tomó la Biblia y comenzó a leer. Como la Biblia estaba escrita en latín, ella leía y traducía al castellano para que Johari comprendiera:

—"Mira que te mando que te esfuerces y seas valiente, no temas ni desmayes, porque Jehová tu Dios estará contigo en donde quieras que vayas. Josué". ¿Te gusta Josué?

Johari se quedó pensativo.

—No, no me gusta.

Siguió leyendo, abriendo la Biblia al azar:

—"El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido, mas ni sabes de dónde viene, ni adónde va, así es todo aquel que es nacido del espíritu. Juan". ¿Te gusta Juan?

—Sí me gusta Juan, pero también me gusta que sigas leyendo.

—"Y la oración de fe salvará al enfermo, y el Señor lo levantará, y si ha cometido pecados, le serán perdonados. Confesaos vuestras ofensas unos a otros y orad unos por otros, para que seáis sanados. La oración eficaz del justo, puede mucho. Santiago".

—Me gusta Santiago, me voy a llamar Juan Santiago Agustín Aquino.

—Bueno, no leo más, porque si no vas a seguir agregando nombres —dijo Juana, divertida.

Juana estaba feliz por Johari, lo llamaría Juan, no, Santi…

—Yo me voy a llamar María Guadalupe del Carmen Aquino.

—Vamos a tener que rezarlos para no olvidarlos —dijo Johari, pensativo.

—Vamos a tener que ir juntos al poblado para empezar a ver qué

lugar podemos comprar y cómo vamos a hacer para poder mudarnos.

Johari sonrió, se quedó pensativo un momento y luego agregó:

—Juana, yo tengo un amigo que es cura, y que nos puede ayudar. Pero tendríamos que ir los dos a hablar con él. Porque si no no me va a creer y va a pensar que estoy dando los malos pasos. Siempre me dice eso.

—¿De dónde lo conoces?

—Desde que mi mamá me llevaba a misa. Él sabe que ella se murió. Entonces cada vez que yo voy al poblado, paso por la iglesia y él me ayuda con algo.

Juana recordó con ternura al padre Bartolomé y al padre Andrés, dos pilares en su vida, que siempre estaban en su corazón.

—Yo también tuve mis amigos curas.

—Sí, ya me contaste —dijo Johari, tratando de que Juana no empezara a recordar nuevamente y lo tuviera una hora escuchando lo que ya sabía de memoria.

—Bueno, vamos a ir a hablar con tu amigo, ese es el primer paso que vamos a dar —y volviendo a fantasear—, ay, ya me imagino nuestra casa de té, solo nos falta conseguirle un nombre.

No pudo evitar que el recuerdo de Edward, de sus besos, del proyecto de la casa de té que iban a poner juntos en Inglaterra, la invadiera. También recordaba la cobardía de ese hombre que permitió que Rosaura le hiciera todo lo que le había hecho. Una lágrima rodó en su mejilla. Johari se dio cuenta y enseguida fue a abrazarla. Se sentó en su falda y se quedó a la espera de respuestas, con su brazo colgado del cuello de Juana. Ese niño no solo la llenaba de amor sino que también le apaciguaba el odio.

—¿Pensás que la gente va a ir a tomar el té? —preguntó Johari con el fin de borrar los pensamientos que llenaban de tristeza a Juana.

—Pero no seas carancho mal pensado, claro que van a ir, y más cuando se enteren de las exquisiteces que vamos a vender, imaginate, ¡qué lindo! ¡El nombre!, no nos desconcentremos, necesitamos un nombre para nuestro negocio —dijo Juana secándose la cara.

—Ya nos va a salir, son muchas emociones, ya va a venir a nosotros el nombre… ahora vamos a cocinar que tengo hambre.

—Claro, mi hijito, yo cocino para usted. ¿Te apetece algo en

especial?

—¿Qué es apetece?

—¡Ay, este hijo mío!, es más bruto que la burra que lo lleva, hoy mismo empezamos a aprender… todo. Y te voy a preparar carne de vaca con muchas papas dulces.

—¡Qué rico y con azúcar! —festejó el niño.

Y así fue, continuaron con las clases que le daba Juana para que Johari aprendiera a leer y escribir. Además, siguieron con la organización del nuevo negocio. Johari estaba fascinado y aprendió muy pronto a leer de corrido, a hacer cuentas con pluma y papel, y ahora con los números de verdad (como él mismo decía); lo que más le gustaba era leer.

—Este me parece que se me va para cura —decía en broma Juana cuando veía el interés que tenía Johari por aprender latín, quería leer la Biblia. Conocer la historia de los santos.

Los días seguían pasando. El verano ayudaba. El calor favorecía el trabajo en el campo. Aunque a veces acentuaba los dolores musculares de Juana, ambos lo preferían comparado con el frío.

Ese día se había armado un gran revuelo en el corral. El gallo de Johari se había cruzado con las gallinas. Fue la primera vez que Juana se enojó en serio con el niño. Ese gallo de pelea, ¡solo quería pelea!

—¡Si no controlás a tu gallo, el domingo te lo pongo en la mesa con papas dulces! —le dejó bien clarito Juana con los brazos en jarra y el ceño fruncido.

Todas las noches, en la oscuridad y luego de rezar, organizaban el viaje al poblado para conversar con el cura amigo de Johari. Pero cuando llegaba el día, a Juana algo le pasaba: o le dolía la panza, o la cabeza. Nunca había logrado que sus piernas la apoyaran para salir del lugar. El miedo se vestía con trajes distintos cada vez. Juana estaba muy triste por no lograr vencer ese miedo.

El tiempo pasaba y todas las veces se repetía la misma escena. Juana lloraba en silencio mientras Johari salía, solo, arriba de Morena.

Al niño se le había ocurrido que, tal vez, si el padre amigo de él accediera a visitarlos, podría ayudar a que Juana se animara a ir al poblado. Si no, se pondrían viejitos allí en el rancho. Juana no estaba

muy convencida de ese viaje. Todavía no se sentía fuerte, así que cedió a la propuesta de Johari de persuadir al cura para que los visitara. En el viaje siguiente, Johari fue a la iglesia y lo convenció.

Llegó el día acordado, el religioso llegaría al mediodía. Estaban muy nerviosos e impacientes. Juana llevaba un vestido gris que ella misma había confeccionado y el sombrero que le había regalado Johari.

—Quedate quieto que me mareás —le dijo, un poco alterada.

—Y vos dejá de acomodar la mesa que me mareás también, ya sacaste y pusiste veinte veces las tazas. Es un cura joven, es muy bueno. Ayuda a todos siempre. Yo lo conocí en el mercado. Nos va ayudar. Cuando lo veas te va a gustar. Quedate tranquila.

—Tenés razón, pequeño. Vení, vamos a leer la Biblia hasta que llegue, eso nos tranquilizará a los dos.

Efectivamente, cada vez que estaban inquietos por algo, tomaban infusiones y leían la Biblia. Algunas veces desmenuzaban los salmos, sus preferidos, y Juana aprovechaba para que Johari aprendiera algo de latín. El pequeño era muy inteligente, no hacía falta repetirle nada, todo le quedaba pegado en la cabeza. Eso la tenía maravillada.

Apenas sintieron un ruido, los dos se chocaron en la pequeña ventana.

—¡Ay, mi cabeza! —dijo Johari tomándosela con las manos

—Bien dura que es… me sacaste el hombre, bruto —le contestó Juana.

—Es que salí a mi madre Juana, con la cabeza bien dura —dijo mientras le sonreía.

Rieron y se asomaron nuevamente por la ventana, ahora uno arriba y otro abajo, y lo vieron. Tardaría un rato más en llegar a la casa, pero al instante ya estaban los dos parados al frente de la puerta principal esperándolo, chocándose los codos.

La figura del cura se iba agrandando, al igual que la ansiedad de ambos que ya no daban más.

Al fin, bajó de la mula. Descargó varias bolsas y se acercó despacio, para ingresar por la pequeña entrada que habían dejado cuando cercaron todo el terreno. Ingresó él tironeando su mula por detrás. Se quedó parado a unos metros de la entrada del rancho donde estaban los dos paraditos, esperando. Cuando los miró detenidamente, las

bolsas cayeron al piso.

—¿Juana? —exclamó el cura mirando a la joven y frunciendo el ceño.

—¿Andrés? —preguntó Juana, confundida—. ¿Qué haces acá?

Johari observaba la situación, estaba preocupado, por un momento temió que Andrés fuera uno de los que le había hecho tanto daño a Juana. “Pero no tiene cara de malo”, pensaba. Cuando vio que Juana saltaba y quedaba colgada del cuello del cura y lo abrazaba tan fuerte que casi le cortaba la respiración, respiró tranquilo.

—Juana, ¿cómo es que estás acá… con Johari?

Juana lo rodeaba a los saltos y gritaba:

—¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés! —y le seguía dando vueltas alrededor.

Johari miraba callado, “se volvió loca”, pensó.

—Una larga historia, amigo mío. Y vos, ¿qué haces acá? ¡Qué feliz estoy de verte! No lo puedo creer. Nunca me imaginé que el cura amigo de Johari podías ser vos. ¡Andrés! ¡Andrés!

No soportó más y lo volvió a abrazar y, ahora sí, lloró. Lloró tanto que todos quedaron en silencio y solo se escuchaba el llanto de Juana abrazada a Andrés.

El cura, luego de dejarla descargar toda su angustia, la ayudó a sentarse. En ese momento a Juana se le cayó el sombrero y pudo ver la cabeza de la joven. Contuvo las lágrimas. “¿Qué le habían hecho?, pobrecita”, pensó.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó Juana nuevamente.

—Una larga historia, amiga mía, pero qué alegría verte, pensé que nunca más te volvería a ver. Fui a buscarte al convento y me dijeron que nunca habías llegado, qué alegría verte, Juana querida… pensé lo peor.

Mientras Johari se hacía cargo de la mula y de vaciar las bolsas que gentilmente les había traído el cura, los amigos se ponían al día con sus historias.

Compartieron té, los panes y pastelitos de Juana, recuerdos y muchas lágrimas. No se dieron cuenta y se les había pasado el día. Ya siendo la tardecita, lo invitaron a quedarse, Andrés accedió complacido. No era común que un cura se quedara en otro lado que no

fuera su iglesia, pero siendo Juana y Johari, allí se quedó.

Esa noche sí iluminaron la casa y se comieron el gallo de Johari, ya estaba viejo y desgreñado y, además, se la pasaba picoteando a las gallinas ponedoras. Ya no servía para pelear así que, sin estar convencido del todo, Johari lo había cedido para el festín.

Mientras Juana lo preparaba sobre la mesa, macerando su carne con licor, pasta de semillas de mostaza y miel, conversaban animadamente. Luego lo clavó en un hierro y lo puso al costado de las llamas, junto con las papas dulces, las cebollas y los ajos.

Tomaron vino y conversaron sobre el plan que tenían Juana y Johari. Se comieron el gallo dorado y sabroso con puré de papas y ajo. Se quedaron hasta pasada la medianoche.

Andrés escuchaba atentamente la historia de ambos. Juana le contó casi todo, aunque algunas cosas prefirió borrarlas de su narración. Andrés estaba muy contento de haberla encontrado, pero le dolía mucho escuchar por todo lo que había pasado.

En un determinado momento, Juana y Johari se miraron a los ojos con la complicidad que habían construido y ambos asintieron al mismo tiempo, entonces, también le contaron del tesoro que tenían enterrado en el patio.

Andrés decidió que los iba a ayudar, él tenía influencias, así que les pidió que dejaran todo en sus manos. Lo primero que iba a hacer era conseguirles documentos para que pudieran comprar una propiedad a nombre de ellos, para que nadie se las reclamara el día de mañana. Les pidió que decidieran los nombres y las fechas de nacimiento que usarían así él podía encargarse de los papeles. Y ahí empezó de nuevo la discusión: Johari tenía cinco nombres y luego el apellido y a medida que conocía más nombres, sacaba alguno o agregaba otro.

El cura los ayudó con la elección, teniendo en cuenta el deseo de ellos de que los santos los protegieran. Ambos tenían mucho miedo de volver, de que algo saliera mal y volver a estar presos en manos de otros humanos.

Andrés los miró un momento mientras rezaba en silencio. Luego se acercó a ambos y les dijo:

—Johari, vos te vas a llamar Francisco, por San Francisco de Asís. Yo te voy a conseguir una medallita para que te acompañe. Él te va a

proteger siempre de todo, inclusive de tus malos pensamientos. Francisco José, José como el papá de Jesús. Y vos, Juana, te vas a llamar María. Cuando te fuiste en el carro, yo le pedí a la virgen María que te protegiera y te mantuviera con vida y que me diera la gracia de volver a verte. María de los Milagros. Es un milagro que estés viva. Ahora falta el apellido —Andrés quedó en silencio unos instantes, pensando—, Asís, como San Francisco de Asís —agregó bajo la mirada expectante de Juana y Johari.

—Entonces, señor Francisco José Asís, le presento a su madre, María de los Milagros Asís —dijo Juana, feliz, pero con la cosquilla de la incertidumbre dando vueltas en su panza.

—María, vos sos viuda, tu esposo murió cuando regresaban de viaje. No les van a preguntar mucho porque estos papeles los hago con un amigo mío que es abogado. Él siempre me ayuda a darles identidad a algunas personas. Así que se me quedan tranquilos. Practican los nombres a partir de ahora. Y seguimos con el plan. ¿Están de acuerdo?

Brindaron por sus nombres nuevos, se comieron el gallo, se tomaron el vino y allí mismo se quedaron dormidos. Apenas salió el sol, estaban arriba. Johari se fue a buscar agua mientras Juana ayudaba a Andrés con sus petates para emprender el regreso.

—Juana, querida. Tu corazón está inundado de miedo y odio y eso no es bueno, pero es la consecuencia de todo lo que pasó. A partir de ahora vos podés elegir: seguir alimentando tu odio y tu sed de venganza o pensar en un futuro con Johari. Poner amor y seguir adelante.

Juana lo miraba con los ojos llorosos.

—No tengas miedo, yo te voy a proteger. Y rezá, rezá mucho. Apenas llegue, me ocuparé de todos los trámites para ustedes. Los espero, Juana, te espero. No me falles, recordá siempre que no estás sola. Dios está con vos, siempre.

Se pusieron de acuerdo y el próximo encuentro ya sería en la iglesia donde estaba Andrés, en el poblado, para poner en marcha los documentos. Y mientras tanto el cura buscaría un lugar para que ellos pudieran vivir tranquilos, con su nueva identidad. Comenzar una nueva vida.

Los dos, tomados de la mano en la puerta del rancho y sin palabras,

se quedaron hasta que la figura del cura arriba de su mula se convirtió en un punto negro. Lo que era un sueño, ahora estaba a punto de transformarse en realidad.

Juana se puso muy nerviosa cuando se dio cuenta de que era la hora de volver. Muchas veces le costaba dormir de noche. Se quedaba pensando qué pasaría si se encontrara con Edward. Temía que Rosaura, o alguien de la familia, la encontrara y la privara nuevamente de su libertad. Por eso, y para que se tranquilizara, el padre Andrés había insistido en que era fundamental, antes que nada, hacer los documentos y ponerlo a Johari como su hijo.

Todo seguía en marcha. Johari iba comprando y le llevaba todo lo que Juana le encargaba. Desde guantes de cabritilla o un parasol de encaje, hasta telas para empezar a bordar los manteles para el negocio. Organizaban, discutían. Acordaban. Soñaban despiertos con su nueva vida en el poblado y la casa de té. Johari insistía en llamarla la casa de chocolate o licores.

En dos días debían estar en la iglesia donde se encontrarían con el padre Andrés. Desde allí, él los guiaría. Para ambos, fueron los días más largos de su estadía en el rancho. Calmaban las cosquillas en la panza leyendo la Biblia y rezando.

Allí estaban, los dos, era el día, había llegado la hora. Juana, preciosa en su vestido color salmón claro, con su cabello cortito. Johari le había traído del poblado un delicioso sombrero al tono con cintas que acariciaban su espalda y disimulaba su cabeza aún lastimada. Llevaba chapines y un parasol de encaje para cubrirse el rostro. Johari estaba a su lado, con el pelo aceitado para atrás, la camisa blanca, un poco grande, y los pantalones debajo de la rodilla, medias finas y zapatos. Parecía un corsario disfrazado de fiesta. Su rostro limpio y feliz.

Ambos, arriba de la burra, comenzaron el recorrido. Era la primera vez que Juana regresaba después de tanto tiempo. Morena hacía el camino de memoria.

Incómodos, apretados y con el sol como testigo, marchaban en silencio. Cuando llegaron al poblado, se bajaron de la burra y siguieron caminando tironeándola. Juana no podía evitar taparse la cara con el parasol, a pesar de llevar su hermoso sombrero casi hasta las cejas. Ella, que siempre andaba descalza, había decidido ponerse

los chapines para desorientar.

Fueron hasta la capilla de Andrés, era pequeña pero muy linda. Allí dejaron a Morena.

Cuando el cura los vio, suspiró.

—Virgen santa, qué lindos están, y qué suerte que ya llegaron. Hace rato que los estoy esperando.

Entraron, se sentaron alrededor de una mesa en la sacristía. Estaban muy cansados. El viaje se había hecho largo. Juana estaba muerta de miedo, le costaba respirar y le dolía la panza.

—Entonces, ¿ponemos los nombres que dijimos? —dijo el padre Andrés, para romper el hielo. Se los veía tan exaltados a los dos.

Los chicos se miraron… y se largaron a reír, nerviosos.

—No me acuerdo —dijo Juana, temblando.

—Yo tampoco —agregó Johari.

—Esperen aquí —dijo Andrés decidido a ayudar a esos niños y resolver la cuestión.

A los pocos minutos regresó vestido de cura y los invitó a seguirlo. Fueron hasta el altar, allí Andrés dejó sobre el altar un recipiente con agua bendita y los hizo arrodillar a ambos frente a él y a la cruz.

Ambos niños obedecieron sin decir palabra. El padre Andrés comenzó a rezar:

—Oremos a Dios todopoderoso para que por medio del agua y del Espíritu Santo, les conceda una vida nueva. Señor, escucha y santifica este agua creada por ti, para que los bautizados en ella sean purificados del pecado y renazcan a la vida como hijos adoptivos de Dios. En aquellos tiempos, Jesús, acercándose a los once discípulos, les dijo: “Yo he recibido todo el poder en el cielo y en la tierra, id y haced que todos los pueblos sean mis discípulos, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, y yo estaré con vosotros hasta el fin del mundo”.

Puso la mano sobre la cabeza de Johari, que estaba arrodillado ante él, y siguió diciendo:

—Yo te bautizo con el nombre de Francisco, para que San Francisco sea tu protector a partir de hoy, y con el nombre de José para que, como padre de Jesús, también te proteja y te ayude a tener una vida llena de amor y esperanzas y de felicidad. Amén.

Untó en sus dedos el óleo crisma y le hizo una cruz en la frente. Luego, dejó el recipiente en el altar y buscó otro con agua bendita y volcó en la frente de Johari que lo miraba con los ojitos llenos de lágrimas y una sonrisa.

Luego siguió con Juana que también estaba muy emocionada por la situación.

—Juana, yo te bautizo con el nombre de María, a quien siempre encomiendo tu vida, tu felicidad y tu capacidad de poder perdonar, para poder continuar adelante. Y el nombre de Milagros, agradeciendo a Dios el milagro de que estés viva y empezando una nueva vida a partir de hoy.

Le hizo la cruz en la frente con el óleo crisma, y luego repitió el ritual con el agua bendita. Juana se quedó sentada tapando su rostro con ambas manos y llorando, llorando, dejando todo ahí, en cada lágrima, para poder empezar de nuevo.

Johari la abrazó desde atrás y se retiraron a la sacristía con el padre Andrés. La dejaron sola para que pudiera reencontrarse con Dios, para que pudiera perdonarse y perdonar antes de seguir adelante.

María dejaba allí a Juana con todos los dolores, las angustias, los enojos.

Luego de terminado el improvisado y casero bautismo, Andrés se sacó el atuendo de cura y los tres salieron para el cabildo.

No eran muchas cuadras, pero para Juana fue eterno.

No miraba al frente, se aprendió de memoria la forma de la acera. Johari, en cambio, iba con el copete bien para arriba, mirando todo, y tironeando la mano de Juana; adelante, el padre Andrés, también estaba serio.

Ingresaron al cabildo, luego de un par de vueltas, Andrés les indicó que esperaran en un rincón.

Él se fue a conversar con su amigo abogado que era el secretario del Alcalde, que ya estaba al tanto de todo. Luego de una media hora, apareció Andrés y los llamó a ambos.

Mientras el funcionario salía, ellos ingresaban. Juana siempre con su cabeza para abajo. Detrás de ellos, ingresó el secretario para terminar los detalles. Ya estaba todo listo, y firmado por el Alcalde, solo faltaba completar los datos.

Terminada la ceremonia salieron. Andrés llevaba los papeles, los tres temblaban de emoción.

Juana todavía no podía creer que ese mismo día tenía un nombre y un apellido y a partir de ahora sí podía construir un futuro como una mujer libre. Sí, era libre, ya no era más una criada, ahora tenía nombre, apellido y un documento, una fecha de nacimiento y hasta un marido muerto.

Recién en ese momento comenzó a tomar conciencia de lo que significaban esos papeles que traía el padre Andrés en sus manos. Al fin una sonrisa se escapó de su rostro.

Andrés los miraba mientras regresaban a la capilla, ahora iban ellos dos adelante y el cura por detrás. Recordaba esa niña tan atrevida, libre, limpia y segura, que se había convertido en una mujercita llena de dudas, golpeada por la vida, con su mirada pegada al piso. Se sentía muy orgulloso de haber infringido la ley para ayudarla, seguramente el padre Bartolomé hubiera aprobado lo que había hecho, y Dios también entendería los motivos. Llegaron a la iglesia y brindaron los tres con el vino de la misa. Luego, Juana propuso que se fueran, enseguida. Quería regresar al rancho.

Antes de salir los dos apretados en su Morena querida, Andrés los miró a los ojos y les dijo:

—A partir de ahora, no más Juana, no más Johari. Están enterrados en la memoria, ustedes ahora son María y Francisco.

Luego de abrazos apretados y acuerdos futuros, ahora venía la segunda parte del plan. La casa.

Andrés se quedó parado en la puerta, mirando a esas dos almas nuevas salir arriba de la burra, juntos. “Que Dios los bendiga ahora y siempre, amén”, dijo el padre Andrés para sus adentros dejando, en libertad, rodar una lágrima por su mejilla.

Juana se acomodó sobre Morena y abrazó a Johari que iba delante de ella. A paso lento y caprichoso, salieron. Esta vez no caminaron hasta la salida del poblado. Entre tanta gente, pregones, mulas y jinetes, nadie se percató de esa jovencita vestida como señora arriba de la burra, que iba apretando a su niño vestido con su camisa blanca impecable, medias y zapatos.

Cuando divisaron el rancho, salieron corriendo dejando a la pobre

burra sola, ella siempre llegaba un rato después con la carga… Así era Morena, hasta parecía que les sonreía.

Llegaron, se cambiaron de ropa y luego se juntaron en la cocina. Miraron los papeles que los acreditaban como personas, se miraron entre sí y comenzaron a reír y a bailar alrededor de la mesa.

—Señor Francisco José Asís, ¿le gustaría bailar conmigo? —le decía Juana a Johari con una reverencia.

—Sí, señora María de los Milagros Asís, un placer —y haciendo reverencias, la tomaba de la mano y bailaban.

No se cansaban de ver los documentos, no podían creerlo. Pero, bueno, el plan ya estaba en marcha, ahora había que trabajar para continuarlo.

—La primera parte ya está —le dijo el niño—, ahora sigue la segunda parte que es mudarnos al poblado, y la tercera es la casa de té… y, bueno, la cuarta parte es ser felices para siempre.

—Sí, mi amorcito —le contestó Juana abrazándolo y llenándolo de besos en los cachetes, la frente y la nariz—, y como dijo el padre Andrés, a partir de ahora nos vamos a llamar con los nombres nuevos para dar comienzo a la vida nueva.

No paraban de sonreír y mientras Johari planeaba todo, Juana cocinaba para ambos. Estaban felices.

EDWARD

El compromiso con Rosaura seguía normalmente, pero no podía conseguir ni una sola noticia de Juana. Eso lo estaba matando de a poco. Había revisado todas las familias que vivían en el campo, pero nada.

Por medio de Manuel habían confirmado que no estaba en la casa de campo de los parientes de Rosaura, ni siquiera la conocían. Le habían preguntado a Eva, por las buenas, con un poco de presión, pero nada, siempre repetía lo mismo: "La castigaron y luego se la llevaron los dos desconocidos". De lo que sí estaba seguro era de que Rosaura no la había mandado dulcemente al campo a cocinar. Tal vez la había matado. ¿Qué había hecho con Juana?

Pero no podía decirle nada ni preguntarle sin que quedara expuesto su amor por Juana, y eso, definitivamente, sería una hecatombe.

Trataba de evitar pasar tiempo con Rosaura, no solo porque no la aguantaba más, sino porque prefería ocuparlo en buscar a Juana. Incluso había descuidado sus propios negocios por estar persiguiendo las huellas de la criada a quien, literalmente, se la había tragado la tierra.

Tenía que parar. Olvidarse de Juana. Seguro estaba muerta. Había pasado tanto tiempo y nada. Si ella estuviera viva, lo habría buscado, aunque fuese para castigarlo, lo habría buscado. Así era ella y él la conocía muy bien. ¿Olvidarse de Juana? Pero, qué locura.

No pasaba un minuto de su vida en que no se arrepintiera de haberle permitido a Rosaura llevarse a Juana. Si se lo hubiese impedido, las cosas serían diferentes hoy.

Desde la desaparición de Juana, todo se había derrumbado. Nada

era igual. Benicio ya se había ido de viaje, cumpliendo con su parte del trabajo en el "Grupo de los ocho". Edward, en cambio, había decidido quedarse. No se iría hasta no tener noticias de la joven.

Esa información no cayó muy bien entre los integrantes del grupo y, probablemente, esa decisión le estaría costando su participación en el mismo, pero para Edward eso no tenía la menor importancia.

Los días pasaban y nada.

Añoraba tener a su inseparable Benicio a su lado. Pensaba en cómo había cambiado todo en tan poco tiempo; la aparición de Juana en su vida, el viaje de su amigo y el broche de oro… Rosaura.

Tomasa estaba francamente preocupada, Edward no comía, no dormía y se lo veía cada vez más demacrado. La desaparición de Juana lo estaba volviendo loco. La negra, por su lado, también había averiguado y no había conseguido ninguna información.

Edward no quería aceptar que era muy probable que Juana estuviera muerta. ¿Cómo podía seguir la vida sin ella? No pasaba un minuto de su vida que no se reprochara ese día. El día que Rosaura se la llevó delante de sus narices. "¡Cobarde! Eso soy, ¡un señor cobarde!", se repetía una y otra vez.

Doña Emilia, mujer sabia, enseguida se dio cuenta de que algo raro pasaba con su futuro yerno. Había llegado a sus oídos información sobre la creación del "Grupo de los ocho", frente a lo cual se mantuvo neutral. Por más que ella simpatizara y estuviera establecida como comerciante exclusiva de la corona española, poner huevos en varias canastas le aseguraba vigencia.

Cuando se enteró de que Edward había sido desplazado de la agrupación secreta, comprendió que algo grave estaba pasando con su futuro yerno y que no podía ser otra cosa que mal de amores. Estaba segura de que tenía que ver con la criada. Pero decidió quedarse calladita y a partir de ese momento, doña Emilia tomó las riendas del asunto. Se hizo cargo del noviazgo de su hija, asegurando el pronto casamiento.

Mientras tanto, intentaba comprometerlo a Edward en los negocios y ella de involucrarse en la familia Roy Cajal. Esa situación no fue bien vista por Manuel y Tomasa, que enseguida se dieron cuenta de las intenciones de doña Emilia, pero lamentablemente Edward no

respondía a nada.

Había decidido irse al campo de Benicio en Luján unos días. Con la excusa de ver algunos animales, se había despedido de doña Emilia y de Rosaura.

Necesitaba estar solo, descansar y meditar. ¿Cómo escribiría su destino a partir de ahora? Estaba obligado a casarse con la persona que había asegurado que la felicidad jamás regresara a su vida.

Bajo la mirada sospechosa de Rosaura, se fue al campo de la familia De Luca. Tenía que reflexionar y tomar algunas decisiones. Si Juana estaba muerta, ¿qué haría él con su vida? Ya nada tenía sentido.

María y Francisco vuelven a nacer

Con la ayuda del padre Andrés, habían logrado conseguir una casa en el poblado. Estaba en las afueras, en la zona baja, casi orillando el río. Se trataba de un rancho con paredes de adobe blanqueadas y techo de paja. Los dueños eran inmigrantes que habían conseguido una mejor propuesta en el interior, se iban a trabajar y a vivir a un campo en la zona de Santa Fe y les vendían la propiedad a ellos.

La casa tenía tres cuartos y, a lo largo, una galería pequeña. Para María y Francisco era como habitar un castillo de Europa.

Andrés, con la ayuda de su amigo abogado, hizo los papeles en la más absoluta discreción, y cuando estuvo todo listo, María y Francisco ya podían mudarse.

En silencio, acomodaron las cosas que podían llevarse. Estaban tan asustados que ni siquiera hablaban entre ellos. Cada uno estaba cerrando una etapa en sus vidas, que terminaba allí mismo.

Cuando partieron, la carreta que manejaba Andrés iba tironeada por Morena, y ellos dos iban sentados, con los pies colgando, mirando el rancho que se iba achicando a medida que se alejaban. Era la última vez que lo verían. Ese rancho que los había unido desde la desesperanza y los había lanzado a una nueva vida, juntos, se quedaba allí, guardando todos sus secretos, sus vivencias, sus miedos y sus esperanzas. Ahora se tenían el uno al otro. Francisco le tomó la mano a María y le dijo al oído:

—Mirá, en la puerta nos saludan Juana y Johari.

Ambos, abrazados y meneando los pies en el aire al compás de los saltos de la carreta, lloraron en silencio todo el viaje. Por su lado, Andrés rezaba por ellos, mientras guiaba el carro cargado hasta los

dientes.

Esa modesta casa ahora era de ellos. Lo que tenía de atractivo era un gran espacio para la huerta y algunos animales. Se habían traído a Morena, las gallinas, el gallo nuevo, al que Francisco llamó Quiri, y el carpincho. Si bien tenían pocas pertenencias, al momento de cargar todo en la carreta que había conseguido el padre Andrés, parecía un montón.

Se mudaban juntos para mirar hacia adelante y seguir viviendo. Ahora sí se podía decir que eran una pequeña familia que empezaba una nueva vida. Tenían papeles con nombre y apellido y tenían su casa.

Cuando llegaron al nuevo hogar, lo primero que hicieron fue buscar un lugar para enterrar el tesoro que tenían. Ese dinero les serviría para concretar la tercera parte del plan, que era establecer la casa de té, de ese negocio vivirían.

Apenas entraron en la casa, dejaron todo apilado en un rincón, y entre los dos y con una sonrisa, la limpiaron bien, la barrieron y luego la blanquearon por dentro nuevamente.

Y antes de comenzar a acomodar todo, María le dijo a Francisco:

—Tenemos que bendecir y proteger este lugar.

—Sí, mi mamá lo hacía siempre en el cuarto donde dormíamos —agregó Francisco buscando una taza de loza.

—¿Te acordás cómo era?

—Necesitamos hacer un fuego, sacar una brasa, sal y un poco de incienso que se usa en la misa. Ya voy a pedirle al padre Andrés.

Cuando tuvieron todos los ingredientes, Francisco tomó la taza con un trapo, adentro ya tenía las brasas al rojo vivo, puso la sal y luego el incienso. El aroma que salió era tan fuerte que les hizo arrugar las narices.

Comenzó a rezar en voz baja y a esparcir el humo por los rincones de la casa. María lo perseguía con las manos juntas y tratando de contener la respiración para no inspirar ese olor tan feo.

Terminado el ritual, se fueron a sentar al patio a respirar aire libre. Luego, a continuar, había que amoblar el hogar.

Acomodaron todo lo que tenían y luego acordaron que irían a comprar las cosas que les faltaban.

Juana sentía una cosquilla en la panza que tenía que ver justamente con eso, con empezar… y con tener una identidad. Pero también tener que dar los primeros pasos en ese lugar. ¿Y si se encontraba con alguien conocido? ¿Y si la reconocían y le decían a Rosaura que estaba allí? Le costaba mucho, pero tenía que salir, alguna vez tenía que salir.

En la primera salida compró varios sombreros y parasoles y una peluca rubia confeccionada con cabellos de verdad que le serviría para cubrir su rostro ante la posibilidad de cruzarse con algunos de sus enemigos. Eso era, solo enemigos tenía allí.

Luego de esa excursión de compras, regresaron con Morena tapada de bultos. La pobre burra los miraba pidiendo piedad.

María se fue al cuarto que usarían para dormir, llevándose todos los petates de mujer que se había comprado. Justo en ese momento llegaba Andrés con su mula, también cargada de regalos para los Asís en su nueva vida: sillas, candelabros de hojalata, bacinillas de loza, una lámpara de aceite con fanal de vidrio de boca ancha, algunos platos nuevos y jarros. Hasta un mueble de madera para apoyar en la pared y guardar cosas. También les trajo misales nuevos, con la esperanza de que fueran a rezar a su capilla.

Luego de acomodar todo, el niño y el padre Andrés se sentaron en los bancos recién comprados, alrededor de una mesa que habían conseguido usada, pero que según el experto de Francisco, era de madera buena, y tomaban chocolate mientras conversaban de los planes futuros.

Entonces apareció María con su peluca rubia, carmín en los labios, un vestido color marfil con un cinturón ancho de raso que destacaba su pequeña cintura, y chapines haciendo juego. Andrés y Francisco se miraron en silencio y luego se empezaron a reír.

Parecía una señora. María hizo caso omiso a las risas, irguió su cabeza, la cual nunca más volvió a bajar, y comenzó a caminar elegantemente por el lugar.

—Hermosa, María. Es increíble el cambio, no parecés vos —le dijo Andrés.

Francisco se tapaba el rostro, estaba nervioso y tentado de la risa. Se la veía tan hermosa y tan diferente…

—Sí, qué linda mamá que me conseguí —agregó Francisco.

—¿Por qué se reían, gansos despeinados?

—Es raro verte así, parecés una señora vieja —dijo Francisco.

—Juana, perdón, María, nadie se va a imaginar que debajo de todo eso estás vos. Es impresionante la mutación. En buena hora.

María se paseó por toda la casa con el atuendo, ella se sentía una gran señora de la sociedad. Más allá de las risas, le gustaba sentirse así, elegante, arreglada como un señorita de la sociedad. Hasta tenía nombre y apellido. “Y una familia”, pensó mirándolos con una amplia sonrisa. Comenzaba a recuperar su seguridad de a poco. Francisco y Andrés la seguían con la mirada para todos lados, no podían creer que esa mujer era María.

Muy de a poco, María, con su nueva identidad, comenzó a salir. Se dirigía a los suburbios. Los conocía bien, había sido el primer lugar en el que había vivido apenas llegó al poblado. Era un ambiente pesado, pero la rubia, en poco tiempo, se hizo su espacio. Primero solo paseaba y luego comenzó a comprar lo que necesitaban para la casa.

Al mismo tiempo, en el patio de la vivienda, comenzaron a verse los frutos de las semillas y el duro trabajo de Francisco que ya había armado los corrales para los animales, haciendo uno especial para su amigo, el gallo.

Lo primero que armaron fue la cocina para que María pudiera hacer los pasteles y panecillos y el flamante pregonero Francisco pudiera saliera a vender. Estaban contentos, ahora todo quedaba más cerca. De esa manera, todos los días podrían salir a comprar y a vender.

Había pasado un mes, y ya habían establecido su rutina: el día comenzaba tempranito. Apenas Quiri lanzaba sus primeros cantos, enseguida Francisco se iba a buscar agua y María prendía el fogón. La fiesta empezaba antes de que el sol despertara.

El clima era húmedo y feo, pero ellos estaban felices. La casa estaba modestamente arreglada, los cuartos tenían las puertas que daban a la galería. En uno de ellos dormían los dos, el otro oficiaba de cocina, y el tercero era el depósito y lugar de trabajo. Allí, Francisco confeccionaba cacharos de barro y adornos de madera. En la cocina, sobre una pared cercana al fogón, habían empotrado varias maderas para apoyar cosas; la única mesa estaba allí, al medio, con los bancos de madera a los costados; la mayor parte del tiempo la pasaban allí.

Habían colgado de la pared adornos confeccionados por Francisco con sus manos, entre ellos, un crucifijo grande. También pendían de ella dos candelabros de hojalata.

En la habitación destinada a dormitorio, había un catre en cada rincón, y un cajón al medio, con un candelabro encima. Cada uno tenía su bacinilla al pie del catre, y cada uno la retiraba a la mañana temprano.

Luego se iban cada uno por su lado, nunca se mostraron juntos. Al mediodía María ya lo esperaba con una comida rica, y luego de descansar, Francisco salía de nuevo y María se dedicaba a controlar la producción que tenían en la casa.

El padre Andrés todavía bregaba para que fueran a rezar a la iglesia, pero María no quería exponerse tanto, aún tenía miedo de ser reconocida y obligada a regresar a su condición de criada. Solo andaba por el mercado y por el bajo, siempre con su peluca rubia, sus chapines, un sombrero y parasol.

La joven pasaba la mayor parte del tiempo en la cocina. Bien temprano, horneaba lo que había dejado la noche anterior y luego comenzaba de nuevo. Los panes salían cada vez más exquisitos. Siempre antes de cocinarlos les ponía algún ingrediente extra que lo hacía especial. Almendras aplastadas con la piedra, semillas de mostaza, pasas de uvas, cascaritas de naranja o limones asados. También hacía dibujos con la masa, desde corazones cuando llevaban chocolate, hasta espadas cuando llevaban picantes.

En su nuevo hogar, y con un poco más de comodidades, había comenzado a cocinar dulces de frutas. Por la tardes, luego de revisar la huerta y los animales, seguía experimentando con el fin de preparar cremas para los dolores y perfumes. Pero eso estaba en producción, todavía. Había combinado y agitado la primera mezcla de la grasa con las flores de lavanda, estacionadas en agua por un determinado tiempo, y culminó el proceso con el agregado del alcohol. Le había quedado un perfume excelente. Esa era la muestra que María conservó luego de rogarle a Francisco que no la vendiera.

Antes de volver a contar las piedras de Francisco, o sea una vez por semana, se juntaban a cenar con el padre Andrés. El cura, cada vez que se los cruzaba o los veía, le preguntaba a María: “¿Qué vamos a

comer?”, es que sus comidas lo enloquecían; él era uno de los mejores y más grandes compradores de panes y mermeladas de Francisco.

Un día, caminando muy nerviosa, se animó a llegar hasta la esquina de la plaza. Jugando con el parasol, espiaba todas las caras, de las mujeres, de los hombres, de los criados. Siempre tenía miedo de encontrar algún conocido. Sentía la adrenalina recorrer sus brazos cada vez que salía. Por más que Francisco le jurara que no la reconocerían, ella se sentía completamente vulnerable.

De a poco, cuando se lo preguntaban, comenzó a presentarse con su nuevo nombre aunque mantenía un perfil muy bajo.

Por medio de Francisco, que estaba metido en todo, habían logrado conseguir un lugar donde estaban todos los comerciantes. A cambio de unos panes y pastelitos diarios, un pescador le había permitido poner su mercadería con él. Le había cedido escaso medio metro de su mesada, pero la diferencia es que así, y en ese sitio, se vendía mucho más.

La gente pasaba como en un desfile, se detenía, compraba y encargaba para el otro día. Así que María tuvo que aumentar sus tiempos de producción. Francisco presionaba. Había agregado pastelitos y tortas fritas y también los primeros caramelos con toronjil para relajarse. Todo realizado por sus propias manos. Cuando se las miraba, podía ver los callos, las durezas y las lastimaduras. Todas las noches antes de dormir se pasaba un ungüento que ella misma había hecho; puso a hervir las hojas de menta, romero y orégano. Luego mezclaba esa esencia con grasa animal y alcohol. Lo filtraba con un trapo.

A los Asís les iba muy bien. Francisco había comprado cinco gallinas más y una cabra. El gallo Quiri había terminado haciéndose amigo de las gallinas y Francisco no tuvo más tiempo de ir a las riñas, trabajaba todo el día. Así lograron que hubiera huevos frescos a disposición, aparte de la sonrisa de Quiri que le encantaba pisar a las gallinas.

Francisco y Morena eran uno, andaban por todos lados, la burra era como su perro. La cargaba hasta los dientes y juntos salían a vender. Regresaban con todo vendido y hasta parecía que Morena sonreía. María cuidaba y cepillaba su peluca con aceite de almendras, para mantener el pelo bien real. Luego, con el hierro caliente, le armaba los

bucles, e incluso a veces le ataba alguna cinta de raso de colores claros. Ella seguía temiendo que la descubrieran. Cuando se quedaba a solas consigo misma la invadía una sensación de gran ambivalencia entre el deseo de encontrarse con su amado Edward, y la idea de venganza que daba vueltas por su cabeza.

Ese día había acordado con Francisco en ir a visitarlo a su puesto. Él estaba orgulloso y quería que lo viera trabajando. Andrés prometió acompañarla. Iban a hacer una visita social al pequeño, que en realidad era todo un gran comerciante.

Habían convenido encontrarse en la esquina de la plaza, no era bueno ver a un cura caminar con una mujer sola.

El mercado era un hervidero de gente, por supuesto que nadie la veía, pero ella sentía que sus tripas estaban tan entrelazadas que le cortaban la respiración. Hasta que lo vio, ese pequeño que le tocaba el corazón con su sola existencia. Allí estaba Francisco, con los rulos negros almidonados con grasa, la camisa blanca y su sonrisa. Ofreciendo y vendiendo la mercadería. No dejó de mirarlo mientras se acercaba. Cómo lo quería. Cuando el niño la vio, dejó todo y corrió a su encuentro.

Caminaron juntos entre la gente y los hedores. Pero ellos sentían que estaban paseando por el jardín más hermoso.

—Le presento a mi mamá —le dijo al pescador que le alquilaba el lugar—, y mi tío, el cura —agregó.

Se detuvieron un momento en el puesto, admirando sus destrezas comerciales, y luego se fueron. Francisco se quedó tan feliz que no cabía en sí mismo.

—Ahora pasemos por la iglesia, aunque sea a rezar un poco —le dijo Andrés a María queriendo aprovechar para que caminara por el poblado y que se sacara todos los miedos. Estaba irreconocible, pero ella no lo creía.

—¿A misa, a esta hora?

—A la iglesia, por lo menos.

Justo antes de ingresar a la capilla, y como mandato del mismo diablo, María la vio a Rosaura, caminando y ¡embarazada!

Ella lo sabía, sintió como si un puñal ingresara en el fondo de su pecho y luego se removiera en el lugar. No podía respirar.

—¿Qué pasó? —preguntó Andrés al ver el rostro pálido de María.

—Acabo de ver a Rosaura, ¿te acordás, la que te conté?

—Cómo olvidar… —le dijo el cura sosteniéndola de sus hombros.

—Y está encinta.

No hablaron más, Andrés la tomó del brazo y, en silencio, la acompañó hasta el rancho.

María entró, y como estaba, se tiró en su catre. El cura la miró desde el quicio de la puerta y con mucha angustia en su corazón, decidió respetar ese dolor, esa intimidad. Se fue.

Al día siguiente, María no se levantó de la cama en todo el día. Francisco se quedó con ella, le llevaba todo tipo de infusiones, pero nada. El niño sabía que había visto a alguien que seguro era uno de los autores del daño que le habían hecho, pero si María no le contaba, él lo iba a respetar.

—María, estamos viviendo nuestra nueva vida. Lo que te haya entristecido ayer tiene que ver con Juana, que no está más aquí. Además ahora María tiene un hijo que está muy triste y preocupado por verla así —le dijo con lágrimas en los ojos y tomando su mano, que posaba colgada casi llegando al piso.

Esas palabras resonaron como campanas en el corazón de María. Se dio vuelta y lo vio allí, sentado apenas a su costado, apabullado, con los ojitos irritados por contener el llanto durante tanto tiempo.

La madurez del mensaje del pequeño hizo que María sacara fuerzas y se sentara en la cama. Lo abrazó y lloró todo su dolor, acurrucada en los brazos de ese niño que sollozaba en silencio y acariciaba su cabeza.

—Tenés razón, Francisco querido. Basta de equivocaciones. ¡Vamos a salir adelante! Ahora somos otros, y tenemos que construir nuestra propia vida feliz —le dijo María entre sollozos.

—Seguro que el daño que te hicieron, el Diosito se los va a mandar de vuelta, ¿no?

María otra vez se contuvo. No quería generar sentimientos de odio o venganza en el niño.

—Ya está, no te preocupes. Tampoco es nada muy importante, lo que pasa es que soy una llorona.

El pequeño Francisco se dio cuenta de que María quería protegerlo de toda la maldad que ella había sufrido y la miraba con ternura y

agradecimiento.

Apenas terminada la conversación, escucharon los golpes en la puerta. No tenían amigos, así que, o se trataba del padre Andrés, o de algún fantasma. Era el padre Andrés y estaba eufórico.

—María, tengo la solución para vos y para Francisco y para la casa de té. Y para que se cumpla el sueño de ambos. No les quería decir nada porque no era seguro, pero ahora ya está —dijo, atolondrado.

Con esas palabras ingresó al cuarto de los niños. Cuando vio que los dos tenían los ojos rojos y los mocos pegados en los antebrazos, se detuvo de golpe y los miró preocupado.

María y Francisco se quedaron callados, observando al cura. Se sostenía del marco de la puerta con una mano, y con la otra sacaba el sudor de su rostro.

María se levantó de la cama, tomó a su querido Francisco de la mano y, juntos, salieron del cuarto del dolor. Los tres en fila india marcharon al cuarto que oficiaba de cocina.

Se sentaron alrededor de la mesa.

—Les cuento. Por favor, dame algo para beber, María. Tengo una noticia que los va a dejar con la boca abierta, que les va a encantar —decía el padre Andrés.

—¡Dale, hable, tío! —le dijo casi a los gritos Francisco que iba armando su familia… y al cura le había puesto el título de tío. Ya era su tío y así le decía, y además, a Andrés, lo llenaba de orgullo.

—Conozco una señora que ha quedado viuda, y su único hijo está en Europa. No regresa, no le escribe, no tiene una sola noticia de él. Ya no tiene más recursos para vivir. Ahora está mandando a pregonar a sus criados. Ella vive en una casa muy linda en la calle Santísima Trinidad y La Merced. Ubicación de privilegio. Ya hablé con ella para que nos alquile la parte de adelante de la casa para poner "la casa de té" o lo que sea, y le dije que ella se puede quedar a vivir atrás y ya no tiene que mandar a sus criados a la calle a vender. Que ustedes le pagan un dinero a cambio del lugar. ¿Qué les parece?

Ambos se quedaron duros, no sabían si animarse a festejar o largarse a llorar de la emoción y del miedo. Siempre había sido un sueño, pero ninguno de los dos pensó que pudiera ser realidad en algún momento. Y ahora la propuesta era hacerlo realidad...

—¿Para nosotros? —preguntó Francisco, con timidez.

—Sí, es más, ya arreglé todo con ella. Las formas de pago, y los montos, todo. Le dije que era para mi prima viuda y mi sobrino, ¿Qué tal?

—¡A trabajar! —dijo María abrazando a Andrés que siempre les traía una nueva y buena noticia, a pesar de la confusión que tenía en su cabeza, sintió que esa noticia era un regalo del cielo.

Francisco ya no pudo contener más las lágrimas y estalló en un llanto liberador. Andrés y María se chocaron para abrazarlo y contenerlo.

Al final, las noticias buenas superaban a las malas. Eso era bueno, muy bueno.

Enseguida María se puso a cocinar. Había que darle un premio al padre Andrés y obvio que era para su panza, que dicho sea de paso, últimamente venía creciendo.

Para ese día tan especial, regalo del cielo: gallina frita.

Estuvieron como media hora en el corral decidiendo a quién le tocaba partir a mejor vida.

—Tina, comamos a Tina, es gruñona, picotea y se saltea algunos huevos. No pone todos los días como las otras —decía Francisco, que contabilizaba hasta la conducta de las gallinas.

—¿Tina?, ¿te parece?, hace tanto que está con nosotros.

Luego de algunas idas y vueltas, el sacrificio corría para Tina. Fue Francisco quien le partió el pescuezo. Luego de meterla en el agua hirviendo, la pelaron y luego la limpiaron. Los huevitos amarillos que tenía en su panza, por supuesto, eran para Francisco bajo la preparación especial de María que los untaba en pan y los freía.

Luego María trozó la gallina sobre la mesa de la cocina, bajo la mirada atenta del padre Andrés. Puso todos los condimentos sobre la mesa y comenzó: picó cebolla, ajo, perejil. Luego batió huevos. Iba dejando todos los ingredientes preparados al costado de la gallina trozada. Molió semillas de mostaza y pimienta. Puso un poco de harina en una cazuela de barro y, luego de servirle un licor a Andrés, se dispuso a comenzar el ritual.

Tomó la cebolla, el perejil y el ajo y los mezcló con las semillas de mostaza y pimienta. Los humedeció con un poquito de miel, y luego

los agregó a los huevos batidos. Comenzó a pasar las presas de la gallina por la mezcla, luego por la harina, nuevamente por la mezcla y finalmente por la harina. El objetivo era que quedara una costra bien gruesa y crocante. Luego, a la olla de hierro que ya bramaba con la grasa caliente.

Mientras los trozos de la gallina bailaban en la grasa hirviendo, que hacía burbujas y escupía calor, María comenzó a limpiar las manzanas. Las cortó en rodajas manteniendo su tamaño original y las dejó listas a un costado. Luego tomó zapallo e hizo lo mismo. Y por último, papas: enteras, limpias, cortadas en rebanadas. Mientras que con la cuchara de madera movía las presas de la gallina, en el mismo fogón, al costado, había puesto otra olla de hierro con grasa que ya estaba a punto para seguir la fiesta de la fritanga. Condimentó las verduras con sal, pimienta y mostaza molida, luego las humedeció con una mezcla de huevos batidos y miel y a la olla.

Las gotas de transpiración resbalaban por los rostros de los comensales. Una vez que María terminó de cocinar, Francisco le ayudó a juntar los trastos sucios para lavar al otro día y pusieron un hermoso mantel nuevo sobre la mesa. Buscaron tres platos que fueran iguales, y se sentaron. María puso la fuente humeante con la gallina frita y al costado la bandeja con las verduras. El padre Andrés estaba en la gloria.

Comieron y tomaron vino. Conversaron, planearon, soñaron. Es que el destino les estaba dando una oportunidad.

El almacén de María

Esa mañana hacían tiempo para que el sol se desperezara. Ya habían buscado el agua, habían prendido el fogón, tomado mate y el sol todavía no salía.

Estaban tan ansiosos. Era el día. María no podía controlar sus nervios. Fue hacia la habitación, que hacía las veces de depósito, y tomó uno de los caramelos de toronjil que ella misma preparaba. Era lo mejor, realmente estaba muy ansiosa.

No imaginó que fuera a suceder todo tan rápido.

Su sueño al frente, ahora. Sentía una mezcla de sentimientos y emociones. Por un lado estaba triste, la casa de té había sido su proyecto con Edward. Y por el otro, contenta, feliz de que fuera con Francisco, ese niño precioso, adorado, que le había enseñado a amarlo con todo su corazón. Y con Andrés, que era como un hermano mayor para ella. Su ángel de la guarda, siempre velando por ellos.

Cuando llegó la hora, salieron los dos trepados a Morena. María con su peluca rubia y su sombrero.

Cuidadosamente siguieron las instrucciones que les había dejado Andrés para llegar. El cura los estaba esperando en la puerta. El lugar era lindo, estaba bien ubicado, justo en la esquina; todo el mundo pasaba por ahí.

María y Francisco estaban expectantes y algo temerosos. Luego de los saludos, ingresaron detrás del padre Andrés. El lugar estaba vacío, listo para llenar de sueños.

Los niños lo recorrían en silencio. Cada uno lo dibujaba en su mente como quería. Sonreían.

—Bueno, señores Asís, ya está todo dispuesto. Después les acerco los papeles así puedo comer algo rico que preparará María para festejar.

La joven corrió hacia Andrés y se colgó de su cuello. Andrés revoloteaba la mirada para todos lados. Es que las costumbres que ellos tenían de quererse y acompañarse no comulgaba con las costumbres de la sociedad.

—¡Gracias, Andrés! Voy a cocinar para vos todo lo que me queda de vida —decía María a medida que iba tomando conciencia de lo que ese lugar significaba para su vida.

Más de una hora estuvieron conversando entre las cuatro paredes vacías, compartiendo ideas, discutiendo nombres, la disposición de los muebles. Había tanto que hacer para poner en marcha el lugar. Se preguntaban y debatían: ¿qué sería, una pulpería como decía Francisco, un almacén de ramos generales como proponía el padre Andrés? ¿O una casa de té como soñaba María?

Por supuesto, ganó la casa de té. A pesar de la opinión de Andrés y Francisco que pensaban que no era negocio una casa de té, que allí la gente no iba a tomar el té, María tenía claro lo que quería y sabía que iba a funcionar y muy bien. Lo sentía en su estómago cada vez que lo imaginaba.

Pusieron manos a la obra, había mucho trabajo para hacer.

María había cosido los bordes de los manteles y luego los había bordado. Francisco había logrado hacer con unos herreros las bases para las mesas, arriba iba el mármol. Y Andrés había conseguido las sillas de un convento.

Francisco estaba trabajando con el herrero y el carpintero en el mostrador, y estanterías. Estaban felices, era una casa de té, tortas y panes. Venderían todo pero también lo servirían allí, a los que quisieran, no había un solo lugar como ese en todo Buenos Aires. Todavía no se habían puesto de acuerdo con el nombre. En realidad, era lo que le habían dicho a María, porque Francisco, en complicidad con el padre Andrés, ya había encargado el letrero que decía: “El almacén de María”, le darían una linda sorpresa.

Dormían pocas horas por día, estaban flacos y cansados, pero la sonrisa los acompañaba a todos lados. Herrero, carpintero, las manos de María llenas de cortes por la cocina y punteada por las agujas. Pero el dolor no se sentía, la emoción de lo que venía era mayor.

Trabajaron y trabajaron…

Cualquiera que entrara al negocio, se topaba de frente con las estanterías marrones lustradas.

De un lado, los canastos de mimbre con los variados panecillos, y del otro, los envases de vidrio prolijos; algunos rellenos de infusiones, y otros ofrecían diferentes dulces. El mostrador también estaba hecho en madera. Francisco ya les había avisado a las criadas que le compraban en el mercado que les avisaran a sus amos para que fueran al lugar. Había un pequeño fogón revestido en madera para dar luz y calor al lugar, pensado también para cuando llegaran los fríos.

Llegó el gran día, María estaba exhausta, había preparado de todo: panecillos con diferentes gustos, picantes, con pimienta, con hierbas, con leche de cabra. Pastelitos con dulce y canela, panecillos dulces rellenos de mermelada de calabaza. Tortitas individuales decoradas con azúcar negra. Calabacitas y zapallos en almíbar, mermelada de tomate, de calabaza y de diferentes frutos.

Gracias a los contactos infinitos de Francisco, habían encargado a unos contrabandistas toda la vajilla de porcelana china. El lugar se veía bellísimo y muy refinado. Los manteles impecables colgaban de las mesas cuyos centros también ofrecían iluminación. Se trataba de fanales que habían realizado ellos mismos, con una vela adentro y una cinta de raso, del color acorde con los bordados del mantel, que los rodeaba. Era como un lugar salido de un cuento. No parecía real.

El aroma que se percibía era exquisito, exótico… María, en la parte de atrás del local, había puesto una vela con unas hierbas encima para ahumar el lugar con los buenos augurios y la buena suerte. Prevalecía el aroma de lavanda y vainilla.

Estaban los tres, el cura brillaba. Lo primero que hizo el padre Andrés fue bendecir el lugar.

María parecía una madama de categoría con su peluca rubia y Francisco un corsario confundido por la mezcla de atuendos que tenía. Se había puesto todo en una sola vuelta. Estaban orgullosos, esbeltos, el cansancio no les opacaba el momento.

Francisco se ocuparía de las mesas, Andrés haría del primer cliente y detrás del mostrador, María.

Apenas empezó el bullicio en la calle, los curiosos ya estaban alrededor de la puerta, Francisco los invitaba a ingresar, las criadas

con sus canastas empezaron a entrar, y entrar y comprar y comprar.

María empezó a vender de una forma que no estaba preparada. Entraban mujeres que iban a la misa, atraídas por el estilo del nuevo lugar. Jovencitas que paseaban, algunas solas, otras con su chaperonas. Se paraban en la puerta, se asomaban y husmeaban.

De a poco, y en esa misma mañana, María comenzó a darse cuenta de la cantidad de cosas que aún le faltaban al almacén.

Francisco ayudaba y Andrés le agradecía a Dios. La gente entraba, miraba compraba y se iba. Otros, se sentaban en las mesitas, felices, a esperar que Francisco les trajera su chocolate caliente, o su té. Muchas veces tuvo que decir que no vendían alcohol y sacar algunos personajes con la guitarra colgando pretendiendo alguna botella.

Fue un día intenso y terminaron todos exhaustos. Habían vendido casi todo lo que ofrecían, en un solo día. Cerraron y se miraron los tres, Andrés aún estaba vestido de cura. Se rieron felices. Había que hacer cosas para el otro día, había que reponer de todo. Había que trabajar más, ¡urgente!

Ya en el rancho, mientras comían una carne que había sobrado de la noche anterior, conversaban felices.

—¡No, una casa de té no va a funcionar! —decía María en tono burlón.

Andrés lo miraba a Francisco y sin llevarle el apunte a María le decía:

—La verdad es que la doñita, a veces, muy cada tanto, tiene razón.

Antes de ponerse a trabajar para organizar el día siguiente, rieron felices, brindaron y todo.

Apenas pudieron dormir un par de horas, pero la sonrisa seguía puesta en el rostro de ambos niños.

Francisco se fue a buscar el agua para llevar al negocio, luego, con la carreta cargada y antes que despuntara el sol, partieron hacia el almacén. Ambos se emocionaron cuando al llegar vieron el cartel de chapa que los saludaba flameando al compás del viento, con la inscripción “El almacén de María”.

Felices y con el cansancio pesando en sus cuerpos, comenzaron el día.

Dos niñas muy jovencitas fueron las primeras clientas, María las

atendió personalmente. Estaban emocionadas de estar en un lugar así, solas, le confesaron a la joven que sus padres no sabían que estaban allí. María hizo oído sordo a ese comentario y les preguntó sobre sus vidas sentimentales; las niñas se rieron y le contaron historias muy animadas. Les preparó una infusión de frutos y menta, con dos pastelitos de calabaza, y luego les dijo que se trataba de una invitación de la casa. Se fueron pipudas y contentas.

"El almacén de María" ya estaba en funcionamiento. Cocinaban, trasladaban en el carro que habían comprado, y vendían, y así pasaban los días. Terminaban a la noche rendidos, pero el negocio iba viento en popa.

Esa mañana, María, luego de hacer unas diligencias por el bajo, se había puesto a limpiar los frascos, se llenaban de polvo enseguida. Era muy temprano, apenas habían abierto, cuando escuchó que Francisco atendía a alguien. Instantáneamente reconoció la voz. Nunca había podido olvidar ese sonido que retumbó directo en su corazón. Sus piernas comenzaron a temblar, su corazón a latir a toda velocidad. El trapo que tenía en sus manos cayó al piso.

Se quedó adonde estaba, giró el cuello y lo vio. Sí, claro, no podía ser otro, era él, era Edward.

—Mamá, el señor desea elegir sus pasteles —dijo Francisco para llamar la atención de María que seguía de espaldas.

Se dio vuelta, y allí estaba, parado al frente de ella, mirando los pastelitos. Cuando él levantó la vista, ella la bajó.

—Felicitaciones, señora, este local está en boca de todos —le dijo tratando de iniciar una conversación.

—Gracias —contestó, no le salía una sola palabra más. Allí, frente a ella, estaba el amor de su vida, su Edward. Todas las emociones juntas se apoderaron del cuerpo y alma de María, hasta su voz temblaba al salir. Tenía que controlarse.

—Mi nombre es Edward Roy Cajal, ¿cuál es su gracia? —dijo extendiendo la mano para saludarla.

—Soy María de los Milagros Asís y, Francisco José es mi hijo —contestó esquiva la joven sin responder al saludo de manos, no podría soportar el contacto físico con él.

—Por favor, vaya a su mesa, ya le mando algo especial para que

pruebe —le dijo, rogando que se fuera. Francisco le llevó la bandeja con algunos panecillos, que había elegido María guiándose por los gustos de Edward, que tan bien conocía. Lo miró mientras comía. Muchas veces tuvo que correr la vista, ya que él también la miraba sin disimulo.

Cuando terminó, y después de quedarse un rato, se acercó nuevamente a la joven y le dijo:

—Voy a volver mañana, este lugar es hermoso y usted me recuerda a una persona que quise mucho. Le deseo mucha suerte.

—¿Y esa persona, ahora… dónde está? —preguntó María guiada por el impulso.

—Murió, hace tiempo, pero la extraño cada día de mi vida. Sus panes me recuerdan a ella. ¡Gracias, señora, bueno… María! —le dijo, giró sobre sí mismo, puso varias monedas en la mano de Francisco y se fue.

Bajo la mirada absorta del niño, María cargó una taza con café, y le puso un buen chorro de brandy. Luego se sentó en la misma silla que había estado Edward y se lo bebió sin explicar nada a nadie.

Francisco enseguida se ocupó de todo y le regaló ese momento de intimidad. No preguntó nada, pero sabía que algo importante había pasado ahí.

Al finalizar el día María, disimulando su estado de nervios, realizó sus tareas y se fue a descansar. Allí, acurrucada en su catre, las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas. Su cuerpo comenzó a temblar nuevamente. Ella sabía que existía la posibilidad de encontrarse con Edward, pero nunca se había imaginado verlo y tener que conversar con él.

Estaba claro que no la había reconocido. Había prometido volver al almacén y eso la desvelaba. No quería verlo. Su mundo, que al fin se había acomodado, y ahora pasaba esto. ¿Qué haría?

Las imágenes comenzaron a dibujarse en su cabeza: Rosaura embarazada, Edward en el almacén. Estaba todo mal, muy mal.

Por un lado, la seducía la idea de volver a verlo, de conversar con él, pero por el otro, le daba mucho miedo que apareciera Rosaura. Esa noche no pudo pegar un ojo. Las siguientes, tampoco.

A partir de ese evento, Edward no faltó un solo día al almacén de

María. Siempre en la misma mesa, callado. La joven le enviaba bocadillos distintos cada día. Se estaba convirtiendo en un ritual.

Por lo general, no venían hombres a la casa de té, solo algunos acompañando a sus mujeres. Pero él, cada día estaba allí. María se estaba acostumbrando a eso, a verlo, a amarlo a la distancia, a contener sus ganas de salir corriendo, contarle quién era y amarlo, amarlo con todo su corazón. Ya no tenía sed de venganza. Se moría por preguntarle por Rosaura y su embarazo. ¿Cómo había podido casarse con esa asesina? Cuántas preguntas rondaban su mente mientras lo observaba disfrutar sus panes y beber sus infusiones.

Hasta que un día no aguantó más. Se acercó a la mesa y se paró al costado de Edward:

—¿Cómo está todo, caballero? Quería agradecerle que se haya convertido en cliente de nuestro almacén —le dijo para iniciar una conversación. Quería sentarse, las piernas le comenzaron a temblar tanto que agradeció tener un vestido largo hasta el piso que no dejaba ver nada.

Enseguida, Edward se puso de pie y corrió la silla para que se sentara justo al frente.

—Por favor, comparta la mesa unos minutos conmigo —le dijo muy atento.

María se sentó. No aguantaba más el tembleque que ahora se había trasladado a todo el cuerpo.

—Está todo perfecto y delicioso. Como le dije, María, sus panes me recuerdan mucho a esa persona tan querida…

—Debe haberla querido mucho, para perderse todos los días un rato en este lugar —le dijo tratando de que su voz no temblara.

—La quise y la quiero, no hay un día que no la recuerde.

—¿Se puede saber qué le ocurrió? —preguntó María, sabiendo que ella era esa mujer.

—Malas decisiones, María. Solo eso. Muchas veces uno no piensa en las consecuencias de las decisiones que toma y eso, lamentablemente, puede cambiar el curso del destino.

María no pudo sostener la mirada. Era mucho, le costaba contener las ganas de abrazarlo, o de decirle quién era ella. También, por momentos, sentía el impulso de pegarle… Pero se cruzaba por su

mente la imagen de Rosaura esperando un bebé. Entonces, con una inclinación, se levantó y se fue temblando de emoción a la parte de atrás del almacén. A pesar de que se sentía protegida disfrazada con esos vestidos y su peluca rubia, también se sentía mal por estar escondida, por no poder ser ella, a pleno.

Todas las mañanas, cuando Edward entraba al almacén, Francisco se ocupaba de atender a todo el resto de los clientes, ya que María, personalmente se encargaba del joven. A pesar de que el niño suponía quién era, no preguntaba nada y mantenía el silencio.

—Su té de hoy, mezcla de hierbas, le traje unos panecillos salados, con un ingrediente especial para el olvido… Así esa mujer lo deja en paz con su nueva vida —dijo expectante.

—Muchas gracias. ¿Y usted, María? Siempre hablamos de mí.

—Mire, Edward, yo soy una mujer viuda y muy enamorada de mi esposo fallecido, solo me quedó mi hijo Francisco.

Al mismo tiempo, ambos posaron su mirada en la mota negra del niño y enseguida María agregó:

—Lo adopté apenas nació. ¿Y, usted? ¿Está casado, tiene hijos? ¿Quién es esa mujer que le desvió la vida? —le preguntó temblando, nerviosa por lo que le contestaría.

Edward la miró, divertido.

—Hace tiempo, bastante ya, pero me parece que fue ayer cuando la conocí. Yo no me di cuenta enseguida, pero cuando realmente la conocí, supe que la iba a amar para siempre. Tengo la sensación de que puso algo en mi sangre, que no me lo puedo sacar, inclusive hoy.

María escuchaba y se pellizcaba la pierna para poder contener sus emociones.

—No es ella con quien está casado, ¿no? —preguntó con cierta picardía.

—No, era su criada, pero un día desapareció.

—¿La criada de su esposa?, qué atrevido —dijo, simulando cara de asombro.

—Sí, creo que ese fue mi error, jamás me tendría que haber involucrado con ella.

—Sí, con una criada… —dijo María.

—No, con mi esposa. Yo no sentía amor, estaba buscando la mejor

opción para formar mi familia, como se hace siempre. Pero no conté con la aparición de Juana. Así se llamaba —bajó la mirada e hizo una pausa—. Es como si la hubiera matado con mis propias manos —agregó.

María no soportó más, se puso de pie y le dijo:

—Hoy invita la casa —se dio media vuelta y salió del almacén. Las lágrimas estaban a punto de delatarla. Edward realmente la amaba.

Ahora sí que estaba confundida. La certeza de que Edward todavía la amaba le producía un sabor dulce que ya había olvidado cómo se sentía.

La familia se agranda

María, luego de esa reveladora conversación, y de pasarse otra noche sin dormir, se dio cuenta de que toda su energía estaba puesta en Edward y eso no estaba bien. Estaba descuidando el almacén y a su querido niño.

Esa noche, mientras Francisco regaba la huerta y alimentaba los animales, María ya estaba poniendo harina sobre la mesa de madera para preparar las masas y dejarlas macerar. Controlaba la olla de hierro que bramaba sobre el fuego. Se estaba quedando sin leña, era de noche. Estaba muy cansada. Y cuándo lo vio al pequeño quedarse dormido sobre la mesa, esperando algo para comer, se dijo a sí misma: “Necesitamos alguien que nos ayude. Si es hombre, mejor”.

Se sentía muy mal y se recriminaba por haberlo descuidado. Dejó lo que estaba haciendo, lo tomó en sus brazos, como pudo, y lo llevó a su cama. Se quedó a su lado observándolo dormir. Sonreía, era tan hermoso. Cuánto lo quería, sabía que ese era el amor que ella iba a cuidar con todo su corazón.

Al día siguiente, antes de que saliera el sol, dormidos y doloridos, partieron con Morena en busca de agua. Una parte la dejaron en la casa, y la otra se la llevaron al almacén, con ellos y todos los bártulos que llevaban a diario arriba de la carreta arrastrada por la burra.

Esa mañana, luego de que María ayudara a Francisco a descargar la mercadería, limpiar, prender el fuego y acondicionar todo para abrir las puertas, la vio ingresar: una negrita de mota marrón cortita, alta y más bien menuda, tendría unos quince años. Se acercó al pequeño y preguntó por la dueña. El niño la acompañó hasta donde estaba la joven acomodando los pasteles. La gente ya empezaba a ingresar al almacén.

María la miró y sonrió.

—Hola, mi señorita, me manda Eva Leguizamo, dice que *usté* seguro tiene un trabajo para mí.

—¿Eva? —preguntó frunciendo el ceño y sintiendo cómo su corazón se aceleraba.

—Sí, ella *mi* mandó, dice que *usté* tiene trabajo *pa* mí.

—Vení —le dijo, mientras la guiaba hacia la mesa más apartada del lugar—, sentate y contame. ¿Cómo te llamás?

—Paquita —dijo la niña.

—¿Y por qué buscás trabajo? ¿De dónde la conocés a Eva? Te escucho, Paquita.

—Yo *mi* fui de la casa de mi amo, *mi* andaba *manosiando* por todos lados hasta que me empezó a… eso… Y no *mi* gustó *pa* nada, y *mi* fui —la niña otra vez bajó la mirada con los ojos abarrotados de lágrimas—. *Mi* encontró la ama y en *ve* de castigarlo al amo, me castigó a mí —continuó—. *Mi* hacía cosas muy feas. Por eso *mi* fui, no lo pude *aguantá*, *mi* fui a la casa de Eva en los Leguizamo y ella me mando *pa acá.* Dijo que este almacén era nuevo y que la dueña era una señora. Es bien linda *usté*, y es muy joven —dijo y enseguida bajó la mirada.

—¿Tenés dónde vivir? —le preguntó María, conmovida, sintiendo en carne propia lo que contaba la niña.

—Es que yo vivía en la casa de mi amo.

María estaba emocionada y sorprendida.

—Te quedás acá, vas a vivir con nosotros, no tenemos mucho, pero vas a estar bien, quedate tranquila. Eso sí, vas a tener que trabajar mucho, Paquita. Justamente estábamos buscando alguien para que nos ayude. Aunque yo pensaba en un hombre, y justo apareciste vos…

—Soy de la mejorcita *pal* trabajo. *Usté* manda, yo miro *pa* abajo y hago —la negrita no podía disimular su felicidad.

—Vas a tener que estar un poco escondida al principio, no quiero problemas con tus patrones, que seguro son tus dueños. Ahora te llamás Paquita Asís y sos criada nuestra desde pequeña, ¿entendido?

—¡Sí! *Mi* gusta —dijo la niña mostrando los dientes blancos por primera vez.

Y así quedó Paquita, bajo la mirada curiosa de Francisco, comenzando a integrarse a la vida de los Asís y al almacén de María.

Las campanas de la iglesia cantaban la tardecita, así que los tres, luego de limpiar bien el lugar, se subieron a la carreta y salieron para el rancho.

Cuando llegaron, María la miró a Paquita; el lugar no debía ser ni parecido del que ella venía, pero la niña lucía feliz.

En el camino, Francisco ya le había adelantado que le iba a enseñar a leer y a pronunciar bien las palabras

—Da lástima como hablás —le dijo el niño mientras Paquita sonreía.

Soltaron a Morena en el corral, se organizaron para revisar la huerta, atender a los animales y encargarse de la producción. María siempre dejaba macerando los dulces o las masas, y a la noche, los terminaba. Ahora sí tenían un hermoso horno de barro en el patio; esta vez Francisco, con la ayuda de unos mulatos amigos, lo había logrado perfecto. Para ellos era un gran lujo. También tenían una tahona, era simple y la molienda se hacía a mano. De todas maneras, con la gran producción de panes que tenían, les convenía comprar la harina. Gracias a las habilidades de Francisco cada vez conseguían mejores precios en el mercado.

Cuando recién empezaba la noche, la olla de hierro crujía con vegetales y carne danzando en la grasa. Los tres, al tiempo, cayeron sobre sus bancos; estaban cansados, pero se sonreían en silencio. María les extendió un jarro con agua menta y limón azucarado, se lo bebieron casi sin respirar.

—*Usté* es muy *güena* en las comidas —dijo Paquita mirando con amor y agradecimiento a María.

La joven se levantó, fue a su cuarto, y de un baúl que tenía y oficiaba de ropero, sacó una botella de vino Carlón, y la llevó con una sonrisa a la mesa.

—Ojo, ustedes dos con esto, solo hoy que festejamos —les dijo.

—¿Cuántos años tiene *usté* mi ama?

—Soy más grande que los dos. Listo —concluyó María.

Paquita y Francisco la miraron felices.

Se comieron todo lo que estaba en la olla y se tomaron toda la botella de vino. Los tres borrachos se reían sin parar. Compartieron historias y se quedaron dormidos.

A la mañana siguiente, al amanecer, aparecieron pateándose las

caras, totalmente demacrados y doloridos. Así que antes de encargarse de sus tareas, María los llamó a la cocina y les preparó una infusión que los llevó a la parte trasera del rancho a vomitar hasta los malos pensamientos. Pero luego de un rato estaban como nuevos. Lo único que no pudieron combatir fue el sueño.

Francisco se fue a buscar el agua y leña y Paquita comenzó a acompañar a María atendiendo sus indicaciones: tenía que controlar la huerta, sacar los yuyitos invasores, cosechar lo que estuviera listo, limpiarlo sin mojarlo y dejarlo sobre la tabla de la mesa. Luego, sacudir todo el rancho y comenzar a preparar los ingredientes para lo que María determinara que se hacía ese día. También tenía que buscar el agua y la leña, prender el fogón y tener el horno listo, así cuando ellos llegaban de trabajar, las tareas ya estaban organizadas y podían descansar. Por un tiempo, Paquita se quedaría en la casa y no iría al almacén.

Francisco tenía un nuevo entretenimiento: molestar a Paquita en todo. Se comportaba como un verdadero hermano menor. No solo la corregía cuando hablaba, sino que además, descubrió que la niña le tenía pánico a las ratas. Cada tanto, pasaba Paquita a los gritos, y atrás, Francisco, muerto de risa, persiguiéndola con un roedor muerto colgando de la cola.

A pesar de eso, Paquita jamás se quejaba, pero cuando Francisco estaba casi dormido en su cama, ella se acercaba despacito y lo despertaba haciéndole cosquillas hasta que el niño le suplicaba que lo soltara.

A la tardecita, cuando el trabajo mermaba, Francisco se sentaba con Paquita y le enseñaba las letras, pero sobre todo, las pronunciaciones. Estaba enloquecido con el rol de maestro, corrigiendo cada palabra que la pobre niña emitía. Pero ella respondía feliz y dispuesta a aprender todo. María los miraba y agradecía a Dios. La llegada de Paquita había sido de lo más oportuna.

Por su lado, Edward no había aparecido más por el almacén. María pensaba que, tal vez, eso era lo mejor, de esa manera quedaba preservada la vida de los Asís que había alcanzado una cierta normalidad. De todas maneras, cada vez que ingresaba un caballero al almacén, su respiración se paralizaba, hasta que comprobaba que no se

trataba de Edward.

Cuando se permitía pensar en él, María se preguntaba por qué no habría ido más. Tal vez porque ella le recordaba mucho a Juana. Qué ironía, Edward jamás se iba a imaginar que ella era Juana, su Juana.

Se consolaba con ese pensamiento y agradecía que las cosas fueran así, era lo mejor para todos. Pero siempre, siempre en un rinconcito de su corazón, lo seguía esperando. En silencio.

Los días pasaban muy rápido, los tres trabajaban mucho, sin descanso. Estaban ganando dinero, cada vez hacían más diferencia entre lo que compraban como materia prima y lo que vendían. Estaban tan felices y seguían haciendo planes para hacer crecer el almacén.

María había empezado a cansarse de usar la peluca, pero no le quedaba otra opción. Todavía se sentía mirada, observada y con miedo a que la obligaran a volver a ser una criada. Sabía que los Leguizamo tenían fuertes influencias en el lugar y también sabía que si Edward estaba casado y esperando un hijo, no iba a hacer nada por ella. Solo se iba a repetir la historia.

Cada vez iban menos a misa y eso al padre Andrés lo fastidiaba bastante, así que todos los días, cuando él llegaba al almacén, los obligaba a rezar, por lo menos, durante media hora.

Cuando se enteró de la llegada de Paquita a la familia Asís, se alegró mucho y aprobó su permanencia, él conocía al amo de la niña y sabía que se trataba de un gran sinvergüenza.

Ahora que estaba Paquita, María tenía más tiempo para cocinar y el padre Andrés aprovechó para visitarlos cada vez más seguido. Los domingos, después de la misa, era el gran banquete en el ranchito de los Asís.

Ese domingo, cuando Andrés estaba dando la última misa, los vio entrar despacito a los tres. Su rostro y su alma sonrieron.

María, vestida de negro con su peluca rubia y una mantilla sobre su cabeza, Paquita con un vestido gris de María y una mantilla negra sobre su mota, y el caballerito, con los rulos estirados para atrás, llevaba sus pantalones castaños y su camisa blanca. Parecían personajes de circo. Cuando los vio sentarse atrás de todo, para que nadie los viera, el padre Andrés sintió cuánto los amaba. Al terminar, salieron y lo esperaron para volver al rancho.

María había dejado todo preparado para su curita hambriento. Primero, una gran entrada de queso y una sorpresa especial para Andrés. Por primera vez, la muchacha había preparado un fiambre. Hacía un mes que traficaba a escondidas la carne de cerdo que había comprado. Luego de lavarla bien, la untó con pimienta negra, pimentón, orégano, y un curry especial, que le había conseguido un hindú:

—La mejor mezcla está en este curry, es una receta familiar —le prometió a María cuando se lo vendió.

Luego puso la carne en sal gruesa durante tres días. La sacó de la sal, la lavó bien y la volvió a untar en las especies. La guardó quince días más en un lugar fresco y envuelta en un lienzo. Se cuidó bien de que no estuviera a la vista.

Cuando estuvieron todos en la mesa, cortó el fiambre bien fino, y se los dio a probar. Los comensales enloquecieron de placer.

—¿De dónde sacaste esta receta, María? —preguntó Andrés con la boca llena.

—Curita, ¿te acordás del padre Julio? Él lo preparaba…

—Sí, me acuerdo del padre Julio, en el asentamiento, él se iba cuando yo llegaba. María, esto es un manjar, tendrías que preparar varios —le dijo serio mientras Francisco y Paquita rompían en risas.

Luego del fiambre llegó el locro y luego la ambrosía.

Quedaron pipudos, medios borrachos y muy felices.

El rostro del amor

Tiempo atrás, cuando parecía que a Juana se la había tragado la tierra, la vida de Edward había tomado el rumbo que todos, a excepción de él, deseaban. Al regresar de su viaje al campo de Benicio, ya tenía la decisión tomada. No estaba seguro de que fuera la correcta, pero se sentía muy acorralado. La presión de los Leguizamo era fuerte. Doña Emilia no le daba respiro y él no tenía fuerzas para nada.

Nunca, pero nunca en su vida, desde la muerte de sus padres, había sentido tanto dolor. ¿Acaso eso era el amor? Saber que Juana estaba muerta lo aterraba. No quería creerlo. Se acababa el mundo. En ese estado se encontraba Edward, mientras en lo más profundo de su corazón lloraba sin consuelo la muerte de Juana, doña Emilia le colgaba a su hija del brazo para llevarlos al altar.

Se casaron. Fue la celebración del año. Estuvo en boca de todos. Edward estaba y se sentía muy solo ya que Benicio había avisado que no llegaría a tiempo, vendría, pero luego.

A la familia Leguizamo, en cambio, se la veía feliz y disfrutando de la boda de Rosaura con Edward. Todos estaban tan ensimismados en sus propios deseos que nadie notó la distancia que le ponía a todo Edward. Hacía lo que tenía que hacer, lo que se esperaba de él, pero sin sentirlo, sin compromiso ni afecto. Tomasa, su criada, había estado desde el principio en desacuerdo con ese casamiento, y más aún, luego de los últimos acontecimientos. Mil veces le preguntó a Edward por qué lo hacía, por qué se casaba con Rosaura. Pero nunca obtuvo de él una respuesta decente. Se daba cuenta de que el muchacho le contestaba cualquier cosa.

Ese casamiento fue para Edward como un mal sueño.

Rosaura se había instalado en la casa Roy Cajal. Luego de la

desaparición de Juana, volvió a ser la de siempre, dedicada a sus amigas y protestando por los vanos intentos de su madre de que se involucrara en los negocios de su marido. El matrimonio ya estaba consumado y todos los ánimos familiares más calmados. El tiempo pasaba y la vida de Edward se había transformado en una rutina triste y tranquila.

Cuando llegó la noticia del embarazo de Rosaura, los puso felices a todos.

El tiempo siempre ordena las cosas. Bajo la insistencia de Tomasa y sobre todo de Manuel, comenzó, poco a poco, a involucrarse nuevamente en sus negocios, que ya estaban prácticamente al mando de doña Emilia. Retomó sus contactos y comenzó a organizar él mismo los embarques. Manuel estaba muy complacido de volver a verlo en acción y lo acompañaba para todos lados.

Edward también se había propuesto reanudar sus compromisos con el "Grupo de los ocho". Estaba esperando que Benicio regresara de su viaje para comentarle acerca de su decisión. Tener a Rosaura todo el día en su casa y a su suegra husmeando en sus papeles lo había hecho reaccionar.

Con el corazón muerto, reemprendía su vida.

Manuel ya había hecho las negociaciones para que Edward cerrara el embarque de cueros. Tenían que ir hasta el bajo a concretarlo. Cuando llegaron, dejaron sus caballos apostados en un pescante y se mezclaron en el alboroto del lugar.

Mientras ambos hombres caminaban, una figura femenina en la multitud, llamó la atención de Edward. Era raro ver a una mujer así en ese lugar de criados y mercaderes de mala vida. Pero algo le resultaba conocido en su andar, su forma. Dejó a Manuel arreglando los negocios y se fue detrás de ella. Esa graciosa mujercita de cabello rubio captó de inmediato su interés.

En un momento, la mujer se detuvo y dio vuelta la cabeza. Entonces pudo ver ese rostro que estaba intacto en su mente. Era Juana. Por un instante pensó que se trataba de una ilusión producto del gran amor que aún sentía por ella, pero, no. Era ella. ¿Qué hacía allí, y con esa peluca rubia? Definitivamente se estaba escondiendo. La siguió a

hurtadillas durante un rato, hasta que la vio entrar en el almacén. Allí Edward se detuvo, la certeza de haber encontrado a su Juana le hacía latir el corazón tan rápido que tuvo que apoyarse contra una pared y esperar a que se normalizara su ritmo cardíaco. Esperó unos minutos y, con un ímpetu que creía haber perdido, entró.

A partir de esa primera visita, no dejó de acudir un solo día al almacén. Quería verla, hablar con ella, tenerla cerca, cuidarla.

Esa tarde, al regresar a su casa solo tenía cabeza para pensar en Juana. Haberla encontrado había renovado todas sus emociones. Además le gustaba mucho en su versión rubia.

Rosaura estaba tan concentrada en contarle y refregarles a sus amigas su nueva vida de casada y su embarazo, que no se daba cuenta del ausentismo de su esposo. Solo lo quería en la noche para que cumpliera sus deberes de esposo.

Ella, con su lengua larga, se encargaba de que sus amistades conocieran toda la intimidad de la pareja. Cuando las muchachas lo veían a Edward, se tapaban la boca y se ponían coloradas.

Esa noche ingresó a su cuarto y Rosaura ya lo estaba esperando con una sonrisa y completamente desnuda.

Con parsimonia, Edward se metió en la cama y Rosaura prácticamente lo atacó. Es que la preñez la había puesto insaciable. Comenzó a besarlo en el pecho. Edward cerró los ojos y la imagen de Juana con el cabello rubio invadió su mente, dibujando una sonrisa en su rostro, y poniendo, al instante, su miembro erecto. Cuando lo vio, Rosaura se entusiasmó y Edward se dispuso a disfrutar la situación.

Con la mano sobre la cabeza de Rosaura, la bajó hasta la altura de su pene erguido como nunca, su mujer obedeció sin problemas y comenzó a chuparlo y con la lengua a lamerlo. Luego de unos minutos, Edward sentado con la cabeza de Rosaura en la entrepierna, la incitó a subirse a horcajadas. La sujetó con fuerza por las nalgas y la atrajo hacia él. Con los ojos cerrados hacía el amor con Juana. Cada vez con más fuerza la balanceaba sobre su pene. Rosaura gemía de placer, cada vez que el miembro hinchado de su esposo frotaba las paredes de su vagina.

En una maniobra iracunda, la dejó debajo de él y comenzó a embestirla. Sacaba su pene por completo, rozaba su clítoris, y luego la

penetraba con acometidas fuertes y profundas.

—Qué bruto animalito, mi amor —le decía mientras su marido se sacudía sobre ella. Ahora Rosaura gemía de placer y también de dolor.

—Shhh —la invitó a permanecer en silencio. Es que no quería escuchar su voz.

Eso le recordaba que estaba con Rosaura y la agresividad tomaba vigor en su miembro. Comenzó a penetrarla con estampidas tan rápidas, furiosas y urgentes que hicieron que Rosaura lo detuviera.

Edward salió del cuerpo de su esposa y se concentró en sus senos. Recordaba los pechos suaves de Juana, los pezones erectos esperando que sus labios los rodearan completamente. Eso hizo, tanteó los de Rosaura y comenzó a lamerlos, con pasión, con la lengua jugueteaba con uno y con otro. Luego hundió su mano en su monte de venus y se empapó del líquido pegajoso de Rosaura.

La joven estaba enloqueciendo de placer, ya había tenido tantos orgasmos como nunca en su vida, con un sonido gutural le suplicó:

—Penetrame, Edward, por favor.

La tomó de las nalgas y con la dureza del mismo pene, que ya estaba por explotar, entró fácil, friccionando las paredes, llegando hasta el fondo. Comenzó a moverse dentro de su mujer con un movimiento lento, constante, profundo y así, hasta que no pudo más, con la imagen de Juana en su mente, tuvo el orgasmo más caliente y abundante de los últimos tiempos.

Cuando terminó, y abrió los ojos, se encontró con una Rosaura exhausta, feliz y deseosa de abrazarlo y besarlo. Le dio un beso en la frente y salió un momento del cuarto, cuando regresó ya estaba dormida. Se acurrucó en un rincón de la cama y se durmió pensando en su Juana, su querida Juana.

Esa mañana se había levantado muy cansado, había sido una noche brava.

Desde que confirmó que Juana estaba viva, ya no quería estar allí. Si no fuera por el hijo que esperaba Rosaura, esta vez tomaría decisiones diferentes. Y rápidas. Pero siempre algo se interponía entre Juana y él.

Tomasa ingresó a su escritorio y con una sonrisa le informó:

—Mi niño, lo esperan en la sala.

Edward la miró con descontento, Tomasa sabía que no le gustaban

las sorpresas, y menos de esa forma, él quería saber quién era y si quería atender o no.

—¿Por qué no me preguntás si quiero atender a alguien? —le reclamó con el ceño fruncido.

—Es importante, mi niño —contestó la negra, misteriosa.

Caminó con desgano, y cuando llegó al frente de la puerta y la abrió, una amplia sonrisa, al fin, se instaló en su cara. No podía creer quién estaba allí, justo al frente de él.

—Benicio, amigo querido. ¡Qué alegría!, ¡qué gran alegría! —dijo mientras corría a abrazarlo. No se había dado cuenta de que su amigo no estaba solo.

—¡Amigo mío, qué felicidad!

—Benicio, ¿y tus hermanas y tu madre? ¿Volvieron todos? Cómo te extrañé.

—Están bien. Te mandan muchos cariños. No creo que ellas regresen, están muy bien allí. Bueno —dijo volviéndose hacia la hermosa mujer que lo acompañaba—, te presento a mi esposa, Salvatora Carduccio de De Luca —sonrió y se quedó en silencio esperando la reacción de su amigo.

—Encantado, Salvatora —miró a Benicio con gestos de complicidad —, definitivamente esta belleza no se encuentra en este territorio. Un placer y un honor, la esposa de mi amigo es mi hermana —concluyó.

Salvatora le extendió la mano con timidez y lo saludó con una sonrisa.

Edward reconoció que se trataba de una mujer muy hermosa, una italiana de pura cepa. Un pensamiento oscuro cruzó su cabeza: qué distinta que era Salvatora de Rosaura. La primera era luminosa y fresca, en cambio su esposa estaba teñida de oscuridad.

Conversaron los tres, Benicio le contó que tenían todas las intenciones de instalarse en La Fontana con Salvatora, ya que la familia Carduccio tenía plantaciones de olivo y vid en esa zona. A Benicio se lo veía muy contento y animado. Le describió con detalles los paisajes bellísimos del lugar adonde vivirían. También le confirmó que, desde allí, colaboraba con sus socios del “Grupo de los ocho”, para determinar la ayuda necesaria y apoyar a las fuerzas revolucionarias con el fin de lograr la futura independencia de su país.

Le contó todos los detalles de las últimas acciones y lo comprometió a su amigo a trabajar con ellos.

Si bien Edward estaba muy feliz por el encuentro con su amigo, en su interior y luego de todo lo sucedido, le urgía conversar a solas con él. Luego de la amena charla, los amigos quedaron de acuerdo en almorzar juntos al día siguiente.

Esa mañana, Tomasa había mandado a comprar pan y dulces al nuevo almacén; ya le habían corrido el chisme, quería quedar bien con el niño Benicio, y esos panes eran los más ricos del lugar.

Les preparó una rica carne de pavo adobada con papas, cebollas y tomates asados. De postre, las tortitas individuales del almacén de María. Estaban todas rellenas con diferentes dulces.

Los amigos se sentaron y lo primero que hicieron, sin perder tiempo, fue volcar el fino líquido oscuro en las copas de cristal y proponer un brindis por el encuentro.

Mientras esperaban la comida, pellizcaban el pan y conversaban.

—Es hermosa Salvatora, ¿estás enamorado de ella? —preguntó Edward con la confianza que caracterizaba su relación de amistad con Benicio. —Hay muchas formas de amar, y yo la amo de una de esas formas. Es hermosa, es muy cariñosa, buena mujer, y sobre todo muy buena compañera. Me divierto con ella. Por eso he decidido dejar la soledad de este lugar y unirme a mi familia, y tal vez, quién te dice, agrandarla.

—¡No! —exclamó Edward, asombrado.

—¡No!, todavía no, más adelante. Ahora tengo que arreglar mis asuntos aquí, por eso quería hablar con vos. ¿Y vos? ¿Y Rosaura? Te casaste con Rosaura. ¿Y Juana?

—Ay, Benicio —metió un bocado de pan en la boca— creo que Juana es un castigo divino para mí. Este pan que estás comiendo lo hizo ella.

Benicio casi se atraganta.

—¿Cómo que lo hizo ella? ¿Acaso vive acá con ustedes, con Rosaura y con vos? —preguntó desorientado y un poco compungido. Rosaura estaba embarazada y Juana…

—¡No, no! Dejame que te cuento —dijo, y luego tomó un buen sorbo de vino.

—¿Te acordás cuando pasó aquello entre vos, Juana y yo? —dijo con pocas palabras, cuidadosamente, no quería traer esos feos recuerdos a la mesa—. Juana vino a buscarme acá y se quedó en mi casa. Fueron los días más felices de mi vida. Estaba muy contenta. Los dos éramos felices, hasta que un día, el diablo nos hizo una visita, nos vio Rosaura, juntos. Imaginate…

—Me imagino. ¿Y, qué pasó?

—Se la llevó a su casa, al fin y al cabo ella era su criada.

—¿Y no hiciste nada? –lo increpó Benicio.

—Soy un cobarde, sí, fui al otro día a ver qué pasaba y ella ya no estaba. Según Rosaura, la habían llevado al campo de unos hacendados que necesitaban cocinera, con la promesa de que ella iba a estar bien.

—¿Y no la fuiste a buscar? —lo increpó de nuevo Benicio.

—Sí, la busqué por cielo y tierra. Rosaura nunca me dijo exactamente adónde la había llevado. Después de un tiempo me dijo que la habían llevado al campo a trabajar a la casa de unos familiares. Por supuesto que eran todas mentiras. Pero nunca la pude encontrar, hasta ahora.

—¿Hasta ahora, qué?

—La encontré. Ella no tiene idea de que la descubrí. Pero yo la encontré —terminó con una sonrisa.

—Y, ¿dónde está?

—Puso un almacén de panes y dulces a la vuelta de la plaza mayor, está muy bien. Anda disfrazada con una peluca rubia y con un chiquito que dice que es su hijo. Por supuesto, se ha cambiado el nombre. Pero no la culpo, si la descubre Rosaura, no va a parar hasta que desaparezca de nuevo.

—Y te vas a quedar de brazos cruzados, amigo… —dijo Benicio con una mirada impregnada de tristeza.

—Rosaura está embarazada, y ¿qué puedo ofrecerle yo ahora?, solo puedo protegerla, velar por ella y que las cosas le salgan bien. Cumplió su sueño poniendo el almacén. No sé qué pasó. No fui más a verla. Ella sabe que soy yo, pero yo me hago el que no la reconozco. Me hace preguntas, y yo le contesto. Está tan hermosa. No puedo más, qué justo llegaste, mi amigo. Tengo que dejarla ir. Si sigo yendo a visitarla, en

algún momento, va a saltar la verdad. No quiero que sufra más, ya sufrió mucho gracias a mí. Ahora yo la protejo a ella, a la distancia.

Ambos quedaron en silencio.

—Tal vez tengas razón. ¡Uf!, qué difícil decisión, pero cuanto la valoro, mi amigo.

Los dos se miraron y levantaron las copas.

—Por Juana.

—Por Juana.

—Ahora se llama María…

Bebieron, en silencio. Cada uno la tenía en sus pensamientos. Pero ninguno la podía tener a ella. Ambos le dedicaron, para sus adentros, una bendición.

—No sé qué decirte. Si Rosaura la descubre, esta vez, no sé, mi amigo. ¿Qué vas a hacer? ¿Por qué te casaste con Rosaura? —Lo que voy a hacer es mirarla y amarla de lejos. Cuidarla todo lo que no supe cuidarla antes, cuando ella lo necesitaba. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Voy a velar por su bienestar y ya no volveré a visitarla. No le hace bien verme… y a mí tampoco. Y respondiendo a tu pregunta, me casé con Rosaura para no enojarla más en contra de Juana. Siempre tuve la esperanza de que regresara algún día. Imaginate si después de lo ocurrido, la dejaba a Rosaura; si Juana estaba viva, la mataba.

Los amigos siguieron un largo rato conversando, se pusieron al día con todas las noticias y luego sellaron el reencuentro con un fuerte abrazo.

Antes de partir al campo, Benicio pasó por el almacén. Escondido bajo el ala del sombrero, la espió. Sí, era ella. Rubia. Esbozó una sonrisa, la miró un rato y luego se fue. Sabía que esa sería la última vez que la vería. Esa era la imagen que quedaría incrustada en su mente para siempre. “Adiós, Juana, te deseo que seas feliz”, pensó, mientras montaba en su potro y se iba despacio por las calles polvorosas. Deseaba lo mejor para esa mujer que se había cruzado en su camino y había dejado una marca en su corazón. Pensó en su esposa, que lo esperaba, y en su nueva vida en Italia. Sintió una brisa de frescura que le cruzó el cuerpo y el alma. Tomó el camino del llano, y al galope se fue, dejando que el viento le limpiara todo recuerdo de Juana y lo dejara listo para su nueva vida con Salvatora, su mujer.

Los mismos errores

Hacía mucho que no la veía, le costaba mantener su promesa de no volver a verla, de no ir al almacén de María. Edward había salido caminando de su casa, ya sabía cuál era su objetivo ese día. Luego de terminar la reunión en el cabildo, iba a ir al almacén. Solo un momento, nada más, luego no volvería. No soportaba más, quería verla un ratito más y luego se apartaría. Esa era su promesa. ¡La última vez!

Cuando iba en camino al almacén, no se percató de que su esposa, que caminaba por allí, lo vio y lo llamaba. Estaba tan concentrado en los instantes que faltaban para ver a Juana que nunca la escuchó.

Entró al almacén y la vio. Estaba detrás del mostrador y desde allí le regaló una sonrisa. Luego quedó dura y se puso pálida. Entonces, Edward se dio cuenta del detalle y se volvió a mirar a la puerta, justo antes de sentarse. Allí venía Rosaura, corriendo, tomándose la panza, agitada.

—Mi amor, te vengo gritando desde la esquina —le dijo Rosaura.

—Querida —dijo Edward confundido, tomó a su esposa con ambos brazos para evitar que cayera desfallecida del cansancio.

—Vamos —agregó, tomando su brazo y llevándola hacia la puerta.

—No, mi amor, no tengo más aliento, tomemos un té y seguimos, todo el mundo habla de este lugar y nunca había venido —replicó Rosaura, sentándose en una silla.

—Sí, claro —dijo Edward sin posibilidad de negarse ante el gesto decidido de su esposa.

Enseguida María le pidió a Francisco que se ocupara de atenderlos ya que ella tenía que hacer una encomienda. Edward la seguía con la mirada. Tomó sus cosas y salió apresurada, pasando al lado de ambos,

cubriendo su rostro con un hermoso parasol. Rosaura estaba tan entretenida observando y criticando el lugar que no prestó mayor atención.

Francisco los atendió, y apenas terminaron de tomar la infusión con varios pastelitos, se fueron con las manos llenas de panes y tortas. Rosaura se había comprado la mitad del almacén. “Exagerada como siempre”, pensó Edward que solo quería sacarla de ese lugar. Tenía que irse de allí, otra vez había cometido un error, otra vez había dañado a Juana. Lo sintió cuando la vio irse. Se sentía terrible. ¡¿Es que no aprendía más?!

Cuando estuvieron afuera, Edward miró para ambos lados, pero, como siempre, Juana era especialista para desaparecer.

María salió como pudo y se fue a su rancho. Se sentía morir, de repente, todo el pasado estaba frente a sus ojos otra vez. ¡No, esta vez no!

Cuando Paquita la vio entrar enseguida se dio cuenta de que algo le pasaba. María se arrancó la peluca, la tiró al piso y se fue a la cocina. Paquita iba detrás de ella.

—Señora ama, yo puedo ayudarla.

Por un instante María sonrió. Francisco le había dicho que cambiara los “mi” por “yo” y la negrita resaltaba la palabra.

—Tengo caldo de gallina *calientito* con orégano, ya le traigo —siguió la niña tratando de animar a María, que lucía terrible.

—No, Paquita, gracias, no tengo hambre. La verdad es que tengo el corazón destrozado y el orgullo aplastado. Qué te voy a contar… si me pudiera subir a un barco y aparecer en alguna isla, sería la solución para no querer morirme en este mismo instante.

Se hizo un largo silencio.

Paquita la miraba con tristeza. Decidió dejarla sola un momento y siguió con sus tareas.

Luego de un rato, María se fue hasta la cocina, no quería volver a quedarse tirada, llorando por días, y menos frente a Paquita que ya andaba lagrimeando detrás de ella. Mientras se preparaba una infusión, la niña la miraba mientras se refregaba las manos.

—¿Qué pasa, Paquita?

—Nada, mi ama. *Yo* no *mi* pasa nada.

Esas palabras fueron suficientes para que María confirmara que la negrita le estaba ocultando algo.

—Vamos Paquita, desembuchá, niña.

—Es que *usté* es tan *güena* conmigo que yo no sé cómo *decirlo* lo que tengo que decirle.

—No me asustes, ¿qué pasa? ¿Le pasó algo a Francisco?

—No, no, es que… yo justo le iba a hablar, mi amita, porque yo tengo un amigo, el Pijuí que él se está yendo *pa* los piratas. Les pagan mucho y los dejan ser libres. Él mi invito *pa* que me vaya. Me dijo que es lo mejor *pa* nosotros los negros. Es la única salida *pa* ser un poco más libres. Acá, la cosa no cambia *pa* nosotros, mi amita. Y yo, no sé qué hacer, pero *mi* quiero ir con el Pijuí. Acá siempre va a *sé* lo mismo, mi amita, yo quiero ser libre, pero también los quiero a ustedes…

—¿Piratas…? Estás loca.

—No, no, el ya *jue*, el viaje es con los piratas, luego la isla de la felicidad. Y ahora vino a buscar a su hermano, tienen que viajar no se adónde y de ahí se van a esa isla. El ya *jue*, dice que es linda, que el agua es transparente y hay por todos lados, no como acá… y que la gente es libre y el clima también. Me contaron que allá los negros podemos tener casa, hasta un almacén como el suyo. Acá eso nunca va *a pasá*, ¿entiende, mi amita?

—Paquita, entiendo más de lo que te imaginas, pero, ¿con los piratas, a un lugar que no conocemos?

—Sí, el Pijuí es amigo del capitán y también le paga.

—No sé, Paquita, pero si estás decidida…

—Sí, yo *mi* quiero ir. Prométame que todavía no le *va* a decir nada al Francisco.

—No le voy a decir nada —le aseguró María.

Luego de beberse el té, se fue a recorrer su huerta. Sentía la cabeza a punto de estallar. Haber visto a Rosaura había movilizado cada célula de su cuerpo, y la noticia de que Paquita se iba la había dejado sin fuerzas.

Se sentó en el gallinero, apretó sus rodillas dentro de sus brazos, y comenzaron a caer las lágrimas que levantaban polvo y plumas sobre la tierra movida. Estuvo llorando allí, bajo la mirada de las gallinas que se habían quedado quietas y en silencio. Hasta el gallo la miraba.

Cuando los ojos quedaron secos de lágrimas, se levantó lentamente y se dispuso a entrar en el rancho, no tenía ganas de nada, ni de vivir. Tenía la sensación de empezar de nuevo cada vez y siempre llegar al mismo lugar, y regresar para volver a empezar. Estaba cansada. No quería más… nada.

Esa noche cenaron los tres sumidos cada uno en sus pensamientos.

—Me quiero comprar un caballo, un potro... ya tengo edad —soltó de repente Francisco.

Ese comentario les robó una sonrisa.

—Ya veremos —contestó María.

Terminaron de comer el guiso y Francisco, protestando, se fue a dormir.

María sabía muy bien lo que quería Paquita y entendía que la única forma era arriesgándose a ese viaje. Pero no quería que la niña se fuera. La quería, la había adoptado, ya era parte de su familia.

Esa noche ninguna de las dos muchachas pudo pegar un ojo. De todo pasó por sus cabezas mientras las horas terminaban la noche y comenzaban el día.

Esa mañana, la mandó a Paquita al almacén con Francisco, ella se quedó en el rancho, pensando. La opción de morirse no era viable porque no podía dejar solo a Francisco, pero no encontraba otra solución a su amarga vida.

El recuerdo de la escena de Edward y Rosaura en el almacén le empañaba los ojos y le carcomía el estómago. Pensó, lloró, pidió a su Dios una luz, una esperanza…

Cuando a la nochecita Paquita y Francisco llegaron del almacén, felices, riéndose y haciendo chistes, algo pasó por la cabeza de María que, al fin, le dibujó una sonrisa.

Luego de la cena, cuando el pequeño ya dormía, le dijo a la niña:

—Paquita, traeme a tu amigo.

—Bien, amita, ¿*usté mi* aprueba *pa* que me vaya?

—No, Paquita. Nos vamos todos. Traé a tu amigo que quiero hablar con él. Y ahora dejame sola.

María seguía pensando. El fantasma que la acechaba siempre había vuelto a rondar por su vida. ¿Cuánto tiempo demoraría Rosaura en

darse cuenta de que ella era Juana? Doña Emilia, con sus influencias, en un minuto dejaría sin valor los documentos de ella y otra vez sería criada.

No podía arriesgarse solo por un amor, que al fin y al cabo se había casado con Rosaura y esperaban un hijo. Otra vez se había hecho ilusiones de una vida con Edward. Pero no. Se tenía que ir a otro sitio, una vida nueva pero en otro lugar lejos de los fantasmas que la velaban a diario. Paquita le había aclarado en un minuto la situación: tarde o temprano, aquí ellos siempre serían criados.

Se sentía tan triste. Volver a ver a los dos, un matrimonio y un bebé en camino. Ella sabía que Edward la amaba, lo sentía en lo más profundo de su corazón. Pero ya basta. Tenía que abrirse, retirarse. Ese hombre no era para ella. La vida ya se lo había mostrado en varias oportunidades.

Tenía que hablarlo con el padre Andrés, él la ayudaría a tomar la mejor decisión.

Tal vez, la única opción fuera empezar de nuevo, lejos, en un lugar donde Edward solo existiera en sus pensamientos.

Se durmió llorando, acurrucada en el catre, en posición fetal.

MUERTA ANTES QUE VENCIDA

Luego de varias horas de charla con el padre Andrés, María le contó que ya había decidido contactar al amigo de Paquita. Se irían. Luego de escuchar toda la historia, completa esta vez, estuvo de acuerdo con ella. El cura comprendió que la única posibilidad de liberación total era que se fueran. Y como siempre se puso a disposición para ayudar en todos los preparativos, a pesar de la tristeza que le oprimía su corazón de no volver a ver a su querida amiga.

El negro Pijuí, el amigo de Paquita, conocía a José Rodríguez. A su vez, José tenía a cargo todas las embarcaciones que ingresaban y salían del lugar. Todo el contrabando del Virreinato pasaba por sus manos, ese era su trabajo. No así los negocios y embarques legales, eso se realizaba en otro lugar, en manos de otras personas.

El negro Pijuí se enojó mucho con Paquita. Esos temas eran muy privados, ya que si eran descubiertos, la iban a pasar muy mal. Por lo tanto, no quiso ir a hablar con María, temía que fuera una trampa para descubrir cómo ellos se iban del lugar para escaparse. Cuando María se enteró de la negativa, sin dudarlo, le pidió a la niña que le consiguiera una reunión a solas con el tal Pijuí. Paquita obedeció y luego de rogarle y suplicarle, el negro le concedió la discutida reunión con su ama.

La negociación fue dura, pero al final María lo convenció ofreciéndole una paga tan grande que ni Pijuí se había imaginado. Realmente esta mujer quería irse de allí.

Luego de una larga conversación se fue con un trato cerrado. Solo había que pagarlo. Y finalmente hablar con Francisco. Que hasta ahora lo habían mantenido al margen.

Después de haberlos cruzado a Edward y Rosaura, María no había

vuelto más al almacén. El negocio ahora estaba atendido por Paquita y Francisco, y ella era la que se quedaba en el rancho, el miedo se había apoderado otra vez de su cuerpo y de su mente. Lo único que la mantenía en pie era Francisco, ella le había prometido que nunca lo iba a dejar solo. Ese niño era el aliento de cada día para abrir los ojos. Todavía no le había contado nada, seguía esperando noticias del Negro Pijuí quien trataba, por todos los medios, de agregarlos a su viaje, no quería perder semejante paga. Si le confirmaban que los podían llevar a esa famosa isla de la libertad, hablaría con Francisco.

Cuando María ya estaba dando todo por perdido, Paquita no traía novedades y parecía que al Negro Pijuí se lo había tragado la tierra, sucedió.

La convocaron a una charla muy privada con José. Esa tarde, María se puso su peluca, su sombrero y allá fue. Sola.

El asunto era así: el barco del capitán Morgan, *La Esmeralda*, pasaría por el Atlántico en una fecha determinada, que ya estaba acordada de manera aproximada con José. Se acercaba con el fin de abastecerse de agua potable y algunos otros menesteres que necesitaban para pasar más tiempo en el mar.

Este barco no ingresaba ni cerca de la ensenada, tenían que ir en un bergantín en la dirección que se iba a establecer en su momento.

La Esmeralda estaba tras un barco mercante de la corona española que llevaba oro del Perú. José haría todo lo posible para que el capitán, amigo personal de sus épocas de piratería, los llevara, mediante un interesante pago, hasta la isla Nassau.

María tenía conciencia de que se estaba yendo, en un barco de piratas, a una isla de la cual no sabía ni dónde estaba ubicada. Lo que más le atraía de ese viaje era que Edward jamás llegaría a ese lugar.

Luego de la conversación con José y el Negro, María se quedó pensando. Tenía que meditarlo y tomar una decisión; el precio que les cobraban era alto, José debía proveer barriles de agua al barco del capitán Morgan, y en ese momento agregaría a los cuatro pasajeros: el Negro Pijuí, María, Francisco y Paquita. José no podía asegurarle que *La Esmeralda* los llevara, pero les cobraba por adelantado. El primer pago se lo harían a él y el segundo se lo tenían que hacer al capitán Morgan. Si el capitán no los quería subir al barco, José les devolvería

lo que habían pagado hasta el momento.

Mientras en el fogón del rancho preparaba hígado, morcilla y verduras, asaba unas batatas con azúcar para Francisco y pinchaba al costado una gallina adobada con romero y miel, apareció el padre Andrés. Cuando vio lo que estaba cocinando, se aseguró un lugar en la mesa antes de comenzar a hablar.

—María, lo estuve pensando un poco más y conversando con Dios, es una locura que te vayas así. Ni siquiera sabemos si existe esa isla, o si es un cuento para quitarles la plata.

—No puedo más, Andrés. Esto es un círculo vicioso para mí. En cualquier momento me encuentra Rosaura de nuevo, y esa ladina taimada es capaz de hacer cualquier cosa. Quiero salir de aquí, necesito irme a otro lado. Tener una vida real. Me equivoqué cuando puse mis ojos en Edward, pero bueno. No puedo volver para atrás el tiempo.

—¿Por qué no te vas al norte, a Córdoba? Son lugares más seguros, conocidos. Yo los acompaño, conozco gente que nos puede ayudar.

—No hay lugar seguro para mí —respondió María—. Es lo mismo, Andrés. Si voy a irme, que sea bien lejos, donde nadie me encuentre nunca más. Así yo también dejo de buscarlos.

—¿Por qué no te vas en un barco de pasajeros, como todo el mundo?

—Porque a esos lugares siempre viaja Edward, y ahora con su esposa. Ayudame a irme en vez de ponerme tantas molestias por el camino. Es más, venite con nosotros…

—¿Yo? —dijo el padre Andrés, considerando por primera vez la opción de irse, nunca lo había pensado.

—No, la gallina que estoy cocinando, pavo. Claro, en todos lados hacen falta curas —bromeó María.

Esa fue una de las pocas veces, desde que se habían reencontrado, que María volvió a ver el brillo en los ojos de Andrés, como cuando estaban en el campo.

—No, no puedo. Estamos esperando que ordenen el nuevo obispo, no me puedo ir.

—Pero ¿querés? Nos vamos en ese barco adonde sea y empezamos una nueva vida.

Andrés, mientras que con su cabeza decía no, se había quedado pensando. Pero no, su corazón estaba comprometido con Dios.

En ese momento llegaron Francisco y Paquita. Era la situación ideal para que María conversara del asunto. Después de todo, el niño era el único que no sabía nada del viaje.

Como siempre, a los gritos, Francisco abrazó primero a María y luego se colgó de los hombros del padre Andrés que ya estaba dispuesto en la mesa.

—Francisco, sentate al lado de Andrés que tenemos que conversar.

El niño se puso serio. Esa orden traía algo pesado detrás. La miraba a María con el ceño fruncido, mientras Paquita, sin poder controlar la ansiedad, saltaba detrás de él, con las manos unidas a la altura de la boca y repetía:

—Dale sentate, dale, dale.

—¿Qué pasa? —preguntó Francisco, sin rodeos.

—Tranquilo, mi amor. Quiero contarte una idea nueva, a ver qué opinas.

—¿Qué es? —interrumpió Francisco, cortando a María.

—Dejame hablar así te enterás. Resulta que hay una posibilidad de hacer un viaje largo, muy largo en un barco de piratas hasta llegar a una isla que la llaman la "Isla de la libertad" donde podríamos recomenzar una vida nueva. Es un viaje con muchos riesgos. Inseguro. Es más, no nos dan la certeza de que el capitán nos suba al barco por más que paguemos.

—Este viaje tiene que ver con lo que te pasó a vos y también con el señor del almacén, ¿no?

—Algo así, mi amor. Pero si vos no querés, nos quedamos y…

—¡No, no! ¡Es lo mejor que escuché en mi vida! ¡Nos vamos! ¡Nos vamos! — Francisco gritaba y saltaba con los ojos brillosos de felicidad.

Andrés, sin emitir palabra, sacó una botella de vino de los frailes y Paquita completó lo que faltaba. Mientras esperaban que la gallina terminara de cocinarse, empezaron con el vino, la morcilla y las deliberaciones.

—Yo *mi queiro* ir, dice el José que ese lugar donde vamos es lindo y todo el mundo vive feliz —decía Paquita entusiasmada.

—También dijo que si no nos gusta, podemos esperar y de allí, con nuestros papeles, podemos irnos en un barco a otro lugar —agregó María.

—Yo quiero ser pirata —determinó Francisco.

Y Andrés estaba callado, pensaba y pensaba. Sería maravilloso emprender una aventura de ese tipo, pero él tenía un compromiso muy grande. No podía irse así nomás, como lo hacían ellos, pero le hubiera encantado.

Al fin terminó de cocinarse la gallina. El padre Andrés, a pesar de su compromiso con Dios, y bajo los efectos del alcohol, prometió ir a visitarlos.

Ya no había dudas. El gran entusiasmo de Francisco y Paquita terminaron de convencer a María de que el viaje era lo mejor.

Esa noche terminaron tarde, todos un poco borrachitos. Al padre Andrés tuvieron que acomodarlo en el rancho. Era un papelón si alguien del poblado lo veía en ese estado.

A pesar del vino que había tomado, María no podía conciliar el sueño… José le había dicho que el capitán Morgan los podía llevar hasta la Nassau. Se trataba de una isla habitada por piratas, negros y colonos, que peleaba por su independencia. También le había contado que tenía muy lindo clima y un mar transparente. María sentía que era un lugar para ser feliz.

Verlo a Edward con Rosaura le había oscurecido el panorama. Por más documento que tuviera, ella, allí, en esa sociedad donde mandaban los Leguizamo y los Roy Cajal, siempre, siempre iba a ser una criada. Perseguida, insegura, maltratada.

Se irían.

Al día siguiente les costó comenzar, a todos. Hasta el padre Andrés andaba pidiendo infusiones para el dolor de cabeza. Luego se fueron todos, menos María, que se quedó en el rancho. Por un lado no quería ver a Edward, que con seguridad iría a verla para calmar su sucia conciencia con ella, y por el otro porque necesitaba tiempo para pensar y organizar todo.

Les pidió a Francisco y a Paquita que, ni ante amenaza, ni bajo ninguna circunstancia, le dijeran adónde vivían. Partieron los tres en el carro.

Sacó una pluma vieja y papel, se fue a la mesa de la cocina. Preparó mate y se sentó. Se levantó nuevamente y se fue a buscar todos los papeles del almacén. Hizo anotaciones. Tenían que cerrarlo justo antes de irse o venderlo. No se le pasaba por la cabeza que alguien pudiera comprarlo, aunque sería una buena opción. El asunto era la proveeduría de los panecillos. ¡Uf…! Empezó a hacer números. Tenía que pagarle a José y luego al capitán Morgan para que los llevara hasta Nassau y no los tirara al mar en la mitad del camino.

Tomó todas las anotaciones de sus recetas, las infusiones, las tortas. Las acomodó junto con los papeles y documentos. Se lo llevaría.

Tenía que hablar con Andrés, Paquita no tenía documentos. Cuántas cosas.

Durante todo el día repasó la idea de irse y de no volver a ver nunca más a Edward. Para siempre. Hasta nunca. Un desagarro habitó su corazón. ¿Acaso se estaba rindiendo?

Andrés se encargó de desparramar en la misa de la mañana la venta del almacén. Enseguida se regó por todos lados. La información que darían era que lo vendían porque se iban a vivir a Santa Fe. El padre Andrés ya se había ocupado también de los papeles de Paquita, estaban en curso.

Los días pasaban. Ellos se iban. María había tenido que ir al almacén para dejarlo todo en orden y atender a quien viniera interesado en comprarlo.

Al día siguiente, pasada la siesta, la calle todavía estaba empolvada y vacía cuando ingresó Edward.

María disfrutó de verlo caminar hasta la mesita que siempre ocupaba. Sería una de las últimas veces que lo vería.

Dejó a Francisco a cargo del mostrador y se acercó despacio, llevando dos pastelitos en un plato.

—Vengo a averiguar por qué vende el almacén —le dijo yendo directamente al grano, tomando por sorpresa a María.

—Qué rápido corren las noticias. Sí, lo vendo —le contestó depositando el plato sobre la mesa y luego sentándose justo al frente.

—¿Por qué?

—Cuestiones personales. Si usted sabe de algún comprador.

—Yo lo compro si usted lo sigue manejando.

—No voy a poder… me voy.

El rostro de Edward palideció de golpe.

—¿Cómo que se va? Si esto cada vez marcha mejor. ¿No era lo que usted quería? Bueno, eso me dijo, María —decía, tratando de disimular su desconcierto y su angustia.

—No, quiero una vida digna… y creo que aquí no lo voy a lograr —dijo sin tapujos—. Nos vamos a vivir a Santa Fe con mi hijo —mintió.

Edward entendió perfectamente la intención de sus palabras. “Pobrecita mía”, pensó.

—No creo, me parece que usted se está escapando de algo —dijo como para no quedarse callado. Tenía ganas de abrazarla y llevársela con él, o irse con ella, lejos. Pero no podía. Otra vez la estaba perdiendo, y otra vez no podía hacer nada. Entendió que si realmente la amaba, el gesto más grande de amor que él podía hacer por ella era dejarla ir y comprarle el negocio.

—Sí, me voy. Está decidido. Si le interesa el almacén, tendría que venir a ver los papeles con nuestro contador.

—María, yo lo voy a comprar, y quiero que sepa que este lugar la va a estar esperando siempre —“Igual que yo”, pensó.

Una sensación de angustia la invadió, tuvo ganas de abrazarlo, de decirle que era ella, pero no podía, en cambio, preguntó:

—Bueno, está bien. ¿Lo compraría para su esposa? La señora embarazada que lo acompañaba los otros días es su esposa, ¿verdad?

—Sí —dijo con desgano, no le iba a contar detalles que sabía destrozarían su corazón.

—¿Y el embarazo, marcha bien? Es muy lindo tener un hijo.

—Bien —dijo a secas—. Pero no hablemos de eso, hablemos de su viaje. Me da pena que se vaya —cortó Edward.

—Usted compra este lugar porque le recuerda a esa mujer, a la criada… —decía María con la voz entrecortada.

—Sí, es como si en este lugar estuviera su espíritu. No se olvide de dejármelo cuando se vaya, si no, no tiene sentido que lo compre —dijo sonriendo.

—No se preocupe, voy a dejar las recetas para la persona que lo maneje —respondió María.

Sin más palabras, caminó hacia la parte de atrás del mostrador y se

puso a trabajar. En cambio, Edward pidió más pastelitos y se deleitaba mirándola trabajar. Y ella, dejándose mirar. Con los ojos llenos de lágrimas, disfrutó los ojos de Edward recorriendo todo su ser, su cuerpo. María podía sentir como si las manos de su amado la abrazaran, la acariciaran. Volvió a mirarlo… él también lloraba en silencio, mientras le hacía el amor por última vez.

Se disfrutaron en silencio, y a la distancia, se despidieron. Se habían amado y ahora se tenían que dejar.

Edward finalmente adquirió el almacén y puso empleados de confianza a trabajar.

Le compró la casa a la dueña, y a cambio, le dio una más chiquita para que ella pueda vivir cómoda. Su idea era realizar la producción allí mismo. Iba a mandar a construir hornos, y todo lo que hiciera falta. Pagó mucho más del precio solicitado por María, con la condición de que lo dejara funcionando. Esa fue la excusa que usó Edward para darle todo lo que necesitaban para instalarse en otro lugar.

Como María necesitaba el dinero, aceptó sin protestas y se encargó de que todo quedara funcionando. Edward puso el almacén a nombre de Tomasa, era su legado. Por supuesto, todo el proceso lo había hecho a espaldas de Rosaura y con un perfil bajo para que nadie más que los interesados estuvieran al tanto. Ya estaba todo listo. El traspaso se había completado con éxito y todos estaban contentos, menos Edward y María que sabían que no volverían a verse. Nunca más.

En la última reunión de Edward con el contador, que se llevó a cabo en el almacén, María estaba en el mostrador con los criados que se iban a hacer cargo de cocinar, mientras el joven no la perdía de vista. Justo antes de levantarse y saludar al contador, Edward la miró y sin despegar los ojos de los de María, dejó algo en el centro de la mesa, se puso de pie y se marchó. María caminó despacio hacia la mesa donde había sido la reunión y vio lo que le había dejado. Era una preciosa cadena de oro con la imagen de una virgencita que pendía de esta. Emocionada, entendió que se la había dejado para ella, se lo había

dicho con sus ojos. No se preguntó por qué, ni nada, solo la tomó, la besó y, entre lágrimas, se la colgó del cuello.

Cuando José les avisó que al día siguiente tenían que partir, ya que habían avistado el barco del capitán Morgan, en el más absoluto silencio, recogieron todas sus cosas y le avisaron a Andrés, quien andaba con los ojos irritados de llorar a escondidas y los dedos rojos de repasar el rosario para que los ayudara en la locura que estaban emprendiendo.

Cargaron la carreta con baúles. Se llevaban todo lo que podían, un gallo y dos gallinas vivas, el resto ya lo había preparado María en conservas: carnes saladas, galletas marineras, tortas secas, vinos. También ungüentos medicinales y hierbas secas de todo tipo. Se llevaban un carro. ¿Los cargaría el capitán Morgan con todos esos petates?

Mientras Edward la esperaba a las dos de la tarde en el almacén para ultimar detalles, María, Paquita y Francisco, escoltados por Andrés, ya estaban en camino a la ensenada, para luego salir al encuentro de *La Esmeralda*.

Arriba del carro, con todos los bártulos, listos para una nueva vida. Mientras Paquita y Francisco estaban eufóricos y felices, María pensaba en Edward, en que otra vez se estaba escapando. Enrolló sus piernas con los brazos y metió la cabeza adentro. Dejó que las lágrimas humectaran la madera vieja. No lo volvería a ver. Ahora sí, era verdad. “Hasta nunca, mi amor”, pensó.

Cuando llegaron a la ensenada, José ya los estaba esperando. Ya habían cargado todo lo que hacía falta para *La Esmeralda* y ahora les tocaba a ellos.

Primero trasladaron en otro carro todos los baúles y jaulas con animales, y luego los llevaron a ellos. Allí, parada en la carretilla tirada por un buey, vestida de hombre, con su corta cabellera natural, lo miraba fijo al padre Andrés que lloraba ahora a moco tendido. Sabían que no se verían más, que era la última vez. María sentía cómo su corazón se endurecía con cada despedida. La visitaron las mismas emociones, los mismos dolores de aquella vez, cuando se despidió de Andrés por primera vez. Se repetía la historia, ella siempre se iba y él se quedaba.

Cuando se achicaba la figura de Andrés, levantó ambas manos y comenzó a menearlas a los saltos, llorando.

Subieron al bergantín. El Negro Pijuí los ayudaba con todo. Sentados los cuatro, de dos en dos, en silencio, expectantes, empezaron su viaje.

Luego de un par de horas divisaron *La Esmeralda*. Un escalofrío corrió por la espalda de María. El barco se veía cada vez más grande a medida que se acercaban. Entre maniobras y gritos los barcos quedaron emparentados.

Como monos colgados y trepados con sogas por todos lados, cargaron todo tirando de mano en mano. Francisco estaba feliz. Paquita tenía los ojos muy abiertos y se persignaba ante cada paso que daba, María suspiraba cada vez que veía sus cosas volando por el aire hasta que llegaban a las manos de alguno de esos hombres que ya le producían escalofríos. Luego les tocó a ellos ser los paquetes que se pasaban de mano en mano, hasta que estuvieron en la proa.

El barco se veía grande, los invadió la incertidumbre y el miedo. José les pidió que se quedaran un momento allí parados mientras él hablaba con el capitán. María le rezó a la virgencita pidiéndole que por favor los llevara, ya estaban allí.

No pudo calcular cuánto tiempo había pasado, si diez minutos o dos horas, hasta que lo vio aparecer, José sonreía. Era un buen presagio.

—Bienvenidos a *La Esmeralda*, y que tengan un buen viaje —les dijo. Luego los abrazó y se perdió entre las sogas.

Empezaron a izar las velas. Se iban… María tuvo la sensación de que la tiraban para un lado y ella quería ir para otro. Paquita estaba firme como un soldado con una sonrisa miedosa y Francisco no podía disimular su felicidad, su aventura era real. No podía ser mejor.

Cuando Edward ingresó puntual al almacén, sintió una puntada en el medio del pecho, algo raro estaba pasando.

—Doña María se tuvo que ir, se le adelantó el viaje. Pero no se preocupe, está todo en orden. Y le dejó esto —le dijo un criado mientras le extendía la mano con una carta.

Edward la tomó y sin emitir palabra, se fue a la mesa de siempre. Se sentó y comenzó a leer:

Querido Edward, lamento mucho no haber tenido el valor de

decirte que yo era Juana. Pasaron muchas cosas desde el último día que estuvimos juntos. Cosas que prefiero dejar en el olvido y solo llevarme conmigo los hermosos momentos que compartimos. No la culpes a Rosaura, uno nunca sabe todo el veneno que tiene adentro hasta que necesita sacarlo. Ella solo defendía lo que creía suyo. Soy yo la que me crucé al medio y les torcí el destino a los dos.Cuando te vi entrar por primera vez al almacén, pensé que me moría. Pero cuando la vi a Rosaura embarazada, entendí que tenía que retirarme de una vez y para siempre.
Espero que encuentres la felicidad, y logres formar una familia. Espero que Dios nos bendiga con una nueva vida a ambos. Me voy lejos… Y espero que puedas comprender que Juana, la que vos conociste, murió. Sí, murió. Ahora soy María.

Terminó de leer la carta y dejó caer sus brazos a los costados. Todo se había acabado. Una fea sensación de vacío y desazón lo invadió. Ya nada tenía sentido sin ella. Nada.

Tercera parte

“En un trabajo honrado lo corriente es
trabajar mucho y ganar poco: la vida del
pirata, en cambio, es plenitud y saciedad,
placer y fortuna, libertad y poder.”

Bartholomew Roberts (pirata galés)

Viaje a lo desconocido

Cuando abordaron *La Esmeralda*, María se persignó, abrazó a Francisco que estaba fascinado, y se colgó del brazo de Paquita. Se entregó a las manos de Dios. El crujir de los cordajes sonaba como una música desconocida que los llenaba de adrenalina.

Ya estaban arriba. No había vuelta atrás, no quedaba otra más que ponerse a rezar para que ese barco los llevara al paraíso soñado, a una nueva vida, a la libertad.

El capitán se acercó a recibirlos, con su sombrero de fieltro tricornio que cubría parte de la cabellera oscura y abundante. Se le veía la esmeralda en su oreja. Idéntica a la que decoraba el anillo en su dedo meñique. Llevaba camisa blanca con mangas anchas. Pantalones de lino grueso y botas de cuero negras que llegaban hasta sus rodillas. Tenía una faja de cuero con ribetes y tachas plateadas y doradas que marcaban su esbelta silueta. Mientras que Henry, su ayudante y mano derecha, apostado a su lado, llevaba un pañuelo que tapaba la mayor parte de su cabeza, una camisa de lino de manga ancha y suelta sobre un pescador de lino con botas, sable y un mosquete colgado de su cintura.

María nunca había visto un pirata, menos un barco de piratas. Hasta en algún momento pensó que no existían, que eran pura leyenda. Y ahora, en su presente, allí estaba montada en una embarcación llena de hombres que chorreaban la baba sobre sus mugrientas barbas al verla pasar. Las sonrisas con huecos de los dientes perdidos. Tenebroso.

Morgan se quedó mirándolos.

Enseguida la joven le extendió su mano.

—Capitán Morgan, estamos muy agradecidos de que nos permita

viajar en su barco.

— No era mi intención, pero la paga es buena —contestó en un castellano con fuerte acento inglés, al tiempo que también le extendía su mano y la cruzaba con la de María.

—Nosotros somos tres, Paquita, Francisco y yo —continuaba diciendo, se sentía muy nerviosa, Morgan la ponía nerviosa. Ella sentía que su mirada la penetraba.

—Sí, ya lo sé, señorita.

María enseguida sacó la bolsita con el pago previsto y se la extendió con su mano derecha.

—No, ahora no. Después, ahora los voy a presentar a mi tripulación así enseguida podemos continuar con el viaje.

Henry ya se había encargado de reunir a todos los hombres. Sus caras eran temibles, olían mal y se veían harapientos y sucios.

Cortando los pensamientos de los viajeros, el capitán comenzó a hablar:

—Llegaron nuestros cocineros. Son parte de la tripulación. No quiero problemas —y mirando a un hombre grandote, a quien llamaban el Cuervo, era el encargado de manejar los números y amigo personal del capitán, agregó—, lo que es comida a la bodega, las gallinas con ellos… ¡Acomoden todo enseguida! ¡Nos tenemos que ir de aquí!

—¿Sirven para fornicar? —preguntó una voz anónima que salió disparada del grupo.

—El que toque a estas mujeres va a tener que fornicar con la lengua el resto de su vida. Ahora nos vamos, “La reina del mar” se nos aleja. ¡Vamos, a trabajar!

Seguido de las palabras del capitán, Henry se quedó repitiendo las órdenes y enseguida incorporó al negro Pijuí a la tripulación y a las tareas de mantenimiento del barco. El capitán Morgan, con un gesto, les indicó a María y a sus acompañantes que lo siguieran.

María no aflojó nunca la fuerza con la que sostenía a Paquita de una mano y a Francisco de la otra.

Había muchas sogas por todos lados y los mástiles se veían tan cerca. El piso se sentía bamboleante. El capitán los condujo hacia abajo por una escalera pequeña.

Les mostró la bodega, no sin antes dejar en claro que allí solo entraba el Cuervo. Diariamente sacaba los ingredientes que se necesitarían y luego lo volvía a cerrar bajo siete llaves.

Luego les mostró el resto del barco y los lugares en los cuales podían estar. Terminaron en el recoveco donde estaba instalada la cocina, el lugar en el que se hallaba el fogón, estaba todo revestido de ladrillos.

María observaba la incomodidad con la que tendrían que solucionar la comida para toda esa gente.

Finalizando el recorrido, el capitán los invitó a pasar a su camarote, como acto de cortesía, hasta que el barco se pusiera en movimiento. Definitivamente era el lugar más lindo, lucía como si estuviera en tierra. Un arcón con tapa que servía de escritorio, lleno de papeles, plumas de ganso, un catalejo y un astrolabio que llamó la atención de Francisco:

—¿Qué es esto? —preguntó, curioso.

—No toque, niño, no toque nada. Eso es un astrolabio, sirve para ver la posición de las estrellas y para varias cosas más. ¡No toquen nada hasta que yo regrese! —dijo y salió dejando expectantes a los viajeros.

María comenzó a dudar de la decisión tomada, aunque ya fuera un poco tarde para volver atrás. Mientras su cabeza recorría posibles sucesos, observaba con detenimiento el lugar donde pernoctaba el capitán de ese barco.

Se veían muchas cosas colgadas con cuerdas del techo. Le llamó la atención una caja de madera suspendida a un costado de la cama, al otro, un mueble también de madera lleno de libros, cajas y cofres pequeños. En el camarote solo había tres sillas. María y Paquita se sentaron, mientras Francisco no paraba de recorrer, mirar y tocar todo. Se lo veía medio mareado, pero él seguía. María miraba los libros y se preguntaba qué leería un pirata.

Ya estaban en el barco. Inimaginable lo que sucedería. Ellos tres eran los cocineros. Tenían otras responsabilidades. Ese era el acuerdo. Al cuarto de hora, ingresó al camarote Henry y les indicó que los siguiera hasta la cocina. Los tres subieron detrás de él. El hombre les contó que el cocinero anterior había terminado entre los dientes de un tiburón durante una trifulca. También les dijo que en el barco había un maestre, un contramaestre, un timonero y un entendido en

medicina. A María le llamó mucho la atención que esos hombres de aspecto salvaje y sin temores estuvieran tan organizados.

Como estaban todos dispersos, María no podía imaginar cuántas personas había arriba de *La Esmeralda*. Eran todos hombres, cuando recordó que ella y Paquita eran las únicas dos mujeres, notó una sensación muy fea y amarga en su estómago. Si bien todos vestían diferente, el detalle común era que las cabezas de todos estaban ceñidas con paños escarlata. Algunos eran grandotes y robustos, otros más pequeños y flacuchos. Las caras se sucedían extrañas a la vista de los nuevos viajeros. Se gritaban entre ellos, se reían.

El barco se movía, lo sentían en su estómago. Henry les dijo que luego de un rato ya no lo sentirían más.

María inspeccionó el lugar donde ya tenían que ponerse a cocinar, mientras Paquita, pegada a su espalda, temblaba de miedo.

Enseguida seleccionó papas, cebollas, carne fresca, batatas, todo lo que en pocos días se pondría feo. La puso a Paquita en un rincón con un pedazo de madera sobre sus rodillas a picar cebolla, mientras que en el otro extremo le indicó a Francisco que pelara las papas y batatas. Ella, con mucha habilidad, encendió el fuego, puso a calentar la olla grande y otra más pequeña al costado. Prepararía dos comidas.

Al rato, el aroma de la cebolla y los ajos jugueteando en la grasa caliente, inundó el barco. María, con una sonrisa, comenzó a disfrutar de los aromas. Sabía que por la cocina se ganaría un lugar en ese barco.

Por ser el primer día preparó comida muy especial. Por un lado los trozos de carne dorados con las cebollas y los ajos bien crocantes, y por el otro, las papas y las batatas fritas, sazonadas con sal y curry.

Cuando todo estuvo listo, el Cuervo se acercó a ver qué era lo que olía tan exquisito. Separó el plato para el capitán que comía en su camarote, él mismo se lo llevaría. Y mientras María servía el resto, Paquita y Francisco los repartían entre la tripulación por todas partes del barco.

Cada vez que llevaban los platos llenos, les aplaudían y gritaban. Francisco agradecía levantando las manos y Paquita se tapaba la cara de la vergüenza, se ponía más colorada que el pavo de la chacra. María los escuchaba desde adentro y sonreía.

Cuando terminaron con la comida, la limpieza fue lo más complicado. Pero con paciencia, y entre los tres, dejaron el lugar brilloso, impecable. Parecía una cocina nueva.

María tomó uno de los canastos que había traído del almacén y lo llenó con galletas dulces, tortitas con mermeladas y pastelillos con dulces y lo mandó a Francisco a repartir entre todos.

Separó un plato de lata, con una selecta variedad de pasteles, y lo llevó ella misma al camarote del capitán.

Golpeó la puerta de madera y enseguida se abrió. Le temblaban un poco las manos, ese hombre la ponía nerviosa, pero, tenía que entenderse con él, era nada más y nada menos que el dueño del barco.

—Permiso, capitán, le traje unos pasteles.

Robert la miró. Se trataba de una mujercita muy linda y enseguida se dio cuenta de que se ponía muy nerviosa ante su presencia.

—Gracias, ya escuché el alboroto que se armó con la comida que les preparó… que no se acostumbren, o usted va a tener que ser la cocinera de este barco para siempre —le dijo, al tiempo que apoyaba la mano sobre el quicio de la puerta y su aliento quedaba casi sobre la cabeza de María.

La joven tuvo que retroceder para poder mirarlo a la cara. Con una sonrisa le agradeció y salió disparada de allí.

Estaba cansada y tenía varias quemaduras en las manos, pero, por lo menos, ya no sentía tanto el movimiento del barco en su estómago.

El viaje había comenzado.

Paquita estaba aterrada, no se movía del lugar donde cocinaban, mientras que Francisco, que había hecho buenas migas con Henry, no se le despegaba de al lado hasta que el buen hombre se hartaba de responder preguntas y lo mandaba de regreso con las mujeres.

María los observaba y notaba lo diferentes que eran los hombres entre sí. Henry era rubio, debajo de esa tez oscurecida por el sol, y la barba, sus ojos celestes resaltaban. Era alto, llevaba el pelo muy corto y eso lo hacía ver más limpio que el resto. Por su lado, el Cuervo era un poco más bajo, tenía el cabello oscuro y lo definían sus anteojos redondos. Como casi todos en el barco, llevaba la cabeza envuelta en un paño rojo con la particularidad de que en la nuca asomaba un pequeño plumerito de cabellos, sostenido por el mismo pañuelo.

Particularmente le llamaba la atención Pedro, el contramaestre. Tenía un cabello rojo tan abundante que se mezclaba y confundía con su barba y terminaba en unas gruesas y mugrientas rastas. Cada uno era un personaje en sí mismo.

La mar regía el humor del capitán. Cuando estaba tranquilo, se encerraba en su escritorio con sus pilares que eran el Cuervo y Henry. El resto de la tripulación se distribuía en sus tareas. El contramaestre reparaba los efectos y desgastes del agua sobre la madera del barco, por lo general en la parte más baja. Otros, bajo la orden del maestre, repasaban las armas blancas. Francisco no se perdía ninguna de estas actividades, inclusive terminaban sacándoselo de encima porque preguntaba todo sin dar respiro.

—¿Qué es esto? —preguntaba el niño.

—Un chafarote —contestaba, con desgano, Pedro.

—¿Estos sables son de acero?

—Sí.

—Estas, ya sé… son lanzas y estas, hachas.

—No toques, chico.

—Una pregunta, ¿qué significa abordaje?

—Cuando tomamos un barco.

—Y, estos, ¿cómo se llaman?

—Espolón y chuzo. Niño, bájese de ahí.

—¿Y esto?

—Alabarda, cuidado con el filo.

—¿Con qué se cargan los mosquetes?

Pedro ya no contestó.

—Y, ¿cómo se cargan?

—¡Basta, chico! —le contestó Pedro a los gritos. Lo había saturado—, basta de tocar todo. Se sienta tranquilo y engrasa estas lanzas.

Pedro se puso a frotar una lanza con un cuero blando untado en grasa mostrándole a Francisco cómo hacerlo y con el fin de que el niño dejara de preguntar un rato. Mientras, le explicaba que la pólvora debía mantenerse seca y las armas limpias y en buen estado, preparadas para cualquier ataque inminente.

Mientras que el timonero hacía su trabajo, otro tenía que habitar el carajo en turnos de dos o tres horas: la persona destinada a hacerlo se

incrustaba en ese pequeño balde de cuero con el fin de avistar cualquier cosa que no fuera el amplio mar: un barco, una isla. Eso dependía del lugar donde estaban y las cercanías de sus presas, que eran barcos que trasladaban las riquezas de las Indias al viejo mundo.

La tercera parte de la tripulación descansaba. Luego Henry se encargaba de rotar las posiciones.

Había días tranquilos en los cuales el mar era como una caricia para los viajeros. El atardecer se convertía en el banquete de las miradas.

Pero cuando el mar estaba bravo, era un espectáculo ver cómo los hombres maniobraban con el timón y las velas. Tiraban de la driza y el bulto de seda despeinaba el viento hasta lo más alto del palo mayor. Era impactante la forma en que se trepaban, saltaban de un lado al otro y terminaban ilesos. María los observaba, eran temibles, pero eran valientes. Sus vidas en el barco eran en función del botín perseguido, que luego quedaba enterrado en algún lugar y así seguían con la próxima aventura.

María sentía rechazo hacia esos hombres. Prefería tenerlos lejos, no le gustaba mirarlos a los ojos. Las pocas veces que había cruzado miradas con alguno de ellos, le había ido muy mal. Le hacían gestos burlones, le sacaban la lengua y eso la estremecía de temor; aunque no lo demostrara, por dentro se moría de miedo.

Y el capitán, ¿quién era realmente el capitán Robert Morgan?

Su camarote delataba que era un hombre culto. Pero luego se perdía con toda esa gente horrible y era uno más de ellos. Cuando los comandaba, tenía el porte y la garra de un león, pero su mirada… con su mirada seducía, encantaba. María se preguntaba si habría tenido esposa alguna vez. “Madre tuvo que tener”, pensaba mientras trataba de descifrar ese personaje que tanto le atraía.

La vida en el barco

El día comenzaba temprano. Los tres dormían en sus hamacas de tela colgadas del techo de madera firme.

A Paquita le costó acostumbrarse al bamboleo. De todas maneras, cuando el mar se ponía bravo, Francisco corría por el balde de lata y se lo ponía al lado para que la pobre sacara por su boca la alimentación del último año.

María todavía sentía desconfianza, le daban miedo las caras de algunos piratas que, cuando la miraban, le sonreían con los ojos redondos y la mitad de los dientes.

Al capitán no lo veían mucho pero era notorio que Henry y el Cuervo tenían encomendado cuidarlos, siempre alguno de los dos estaba a la vista.

Poco a poco se fueron acostumbrando a todo, inclusive a coordinar la cocina.

Apenas despertaban prendían el fuego. María y Paquita preparaban infusiones para ellas, Francisco, Henry, el Cuervo y también le llevaban al Capitán. En el plato para Morgan, María le agregaba unas masas secas que había traído. El resto de la tripulación no desayunaba.

Estaba contemplada una comida fuerte al día, pero María, con el consentimiento del capitán, había agregado otra a la tardecita. No entendía cómo sobrevivían con una sola ingesta al día.

El Cuervo se encargaba de revisar y administrar las raciones de alimentos y el alcohol, y María y Paquita se concentraban en poner nutrientes, pero también sabor, en los platos que distribuían y que cada vez eran esperados con más ansias. Entrando por la panza, habían logrado el respeto de todos, estaban felices con las comidas de las nuevas cocineras, ya que Francisco enseguida abandonó la cocina.

Cuando la tripulación comía, los hombres se sentaban dispersos en diferentes lugares de la proa, luego, allí mismo, se dormían una siesta.

Los días que el mar estaba bravo no se prendía el fuego en la cocina, ese día se resolvía la comida de otra manera. Comían algunas galletas con carne salada. Y si empeoraba mucho el tiempo, no se comía nada.

Esa tarde, el mar lucía tranquilo. Francisco había logrado que Paquita subiera a cubierta a disfrutar un rato del sol. Henry los observaba apoyado en un pescante, mientras le daba filo a su cuchillo.

Francisco se descolgaba por los cordeles despellejándose las manos, pero feliz. Luego rodaba por las tablas hasta caer en la proa a los pies de Henry, quien obviamente era su instructor. Lo miraba y asentía con un leve gesto en su rostro, Francisco sonreía y comenzaba de nuevo.

María, aprovechando que hacía unos días que quería conversar con el capitán, se acercó a la puerta de su camarote llevando una infusión y los últimos pastelitos que quedaban de los que ella había traído. Se paró al frente de la diminuta puerta y golpeó suavemente. No estaba segura de lo que hacía, pero quería agradecerle, y sobre todo quería conversar con él, preguntarle sobre el viaje y sobre cuándo llegaría a la isla.

La puerta se abrió bruscamente y allí estaba el capitán Morgan, con el pelo suelto acariciando sus hombros. El color bronce de su rostro producido por la excesiva exposición al sol le resaltaba rasgos de una vida. Sus ojos verdes se unieron magnéticamente con los de ella, María no pudo dejar de observar sus labios carnosos, gruesos y la costura rosada que le cruzaba el extremo bajo de la mejilla. Seguramente esa cicatriz tenía su historia.

Sintió que sus piernas se aflojaban.

—Perdón, le traje esta tisana, pero ya me voy —le dijo extendiendo la mano con el jarro humeante de peltre.

—Pase, estaba leyendo. Mire, María, no estamos acostumbrados a la presencia de mujeres en este barco —agregó como excusándose por él y por todo el resto—. Deje sus cosas allí y gracias.

—Está bien, yo solo quería agradecerle y traerle estos pastelitos que preparé yo misma y que se están acabando.

Robert Morgan solo levantó la vista para mirarla y luego siguió con su lectura.

En ese momento, María se sintió muy tonta e incómoda y se arrepintió de haber ido a exponerse allí ante ese arrogante.

—¿Cómo se llama el lugar adónde vamos? —preguntó, nerviosa, tratando de salir mejor parada de la situación.

Robert tomó uno de los pastelitos y en dos bocados se lo comió, mientras miraba a María, la audacia en la mujercita le atraía. Trepada a un barco lleno de piratas sin saber el rumbo exacto; solo una mujer muy valiente lo haría. Se quedó un rato mirándola en silencio hasta que, divertido, se dio cuenta de la incomodidad que le producía a la joven.

—Vamos a Nassau, allí seguro van a estar bien, pero… antes, tenemos que…

—Saquear un barco —dijo María, ayudándolo.

—Bueno, sí. Cuando estemos cerca, ustedes tres se van a la bodega, y cuando terminemos retomamos el viaje.

Hablaba con una naturalidad tan notable que María estaba admirada. Le estaba diciendo cómo iban a saquear un barco, seguramente matar gente, y luego seguir a casa.

—Como usted diga, capitán —dijo, se sentía extraña.

—Me llamo Robert y usted puede llamarme así.

—Bueno, si usted me llama María —rieron.

Qué linda sonrisa, los dientes perfectos y blancos de María atrajeron la mirada de Robert.

El capitán la observaba en silencio mientras largaba humo de su recién encendida pipa. Había comido todos los pastelitos y la infusión había quedado intacta.

—Cuando José me pidió como favor especial que los llevara en este barco, me pregunté qué delitos habrían cometido como para tener que salir disparando de esa manera.

María quedó con la mirada perdida un momento, luego lo miró fijo. Lo traspasó con sus ojos transparentes y, sin vueltas, le contestó:

—Cometí el error de enamorarme de la persona equivocada. Ese fue el peor delito. Créame.

Esa mirada vulnerable de María le produjo a Robert una puntada en la entrepierna, tuvo que cruzarse disimuladamente de piernas, hacía mucho que no estaba con una mujer y esa, francamente, lo hechizaba.

—Cuestión de amores —dijo el capitán.

—Y, usted —rieron nuevamente— ¿sabe de amores? —En cuanto terminó de agregar las últimas palabras, se sintió definitivamente tonta y bajó la mirada al piso. Ahora sí, quería irse, esfumarse de allí. Otra vez su instinto salvaje, el que no la obedecía, la exponía a una situación comprometida.

Robert la contempló, luego miró su nariz y se detuvo en su boca mientras le decía.

—Aún… no.

María volvió a sentir la incomodidad. Le indicó que bebiera su té. Él la observaba sonriendo, entonces, corrió el jarro de peltre, se paró, metió la mano en la caja de madera que colgaba de las sogas y sacó una botella. Luego abrió un cajón y tomó dos jarros pequeños que apoyó sobre el escritorio. Con la habilidad de un especialista destapó la botella y sirvió en las dos copas sin detenerse en ninguna. Le puso una en mano a María y se bebió de un sorbo la otra.

María quedó, absorta, con el jarrito en la mano, lo miró y, sin pensarlo, se lo bebió igual que él, de un sorbo. Inmediatamente tuvo que pararse para calmar la tos. Robert la miraba risueño. Cuando vio que no se recomponía, se paró, se apostó a su lado y empezó a darle suaves palmaditas en la espalda hasta que la niña se repuso. María, con los ojos irritados y llenos de lágrimas por el esfuerzo, y muerta de risa, subió su rostro y quedó justo debajo de la boca de Robert. Podía sentir el calor de su aliento. Cerró los ojos y lo inspiró un segundo. Una corriente eléctrica invadió su cuerpo hasta su entrepierna que se humedeció al instante.

Robert sintió su aroma y tuvo el instinto de tirarla sobre el arcón, subirle la falda y penetrarla ahí mismo, mirándola a los ojos. Sintió que la erección estaba por salirse de control, pero no podía tomarla, se lo había prohibido a todos. Solamente lo haría si ella se lo suplicara. La imagen de María desnuda caminando delante de él lo volvía loco.

—Vamos, María, debería tomar un poco de aire –le dijo mientras ella lo miraba embobada.

La joven se dio vuelta, lo miró a los ojos durante un momento y luego se fue caminando delante de él. Sonreía mientras pensaba: “Arrogante”.

Cuando por la noche se acostó en la hamaca, no podía parar de pensar en el capitán. ¿Por qué no le había tocado un viejo sin dientes y malhumorado? Cerró los ojos tratando de conciliar el sueño, pero solo podía revivir el momento en el cual había quedado debajo de él y había inspirado su aliento caliente. Acurrucada en la hamaca pasó su mano por un pecho y presionó su pezón. Se le soltó un suspiro. Se contuvo. Respiró hondo, y por más que intentó sacar a Robert de su cabeza, no pudo. Saber que estaba durmiendo cerca de ella la excitaba. Tenía ganas de él. Sí, era la verdad, tenía que reconocerlo. Se le había despertado el deseo. Se imaginó su parte íntima, seguro que era dura, fuerte, suspiró… Fantaseó besándole el cuello, enredada en esa cabellera salvaje. Bajó su mano derecha y acarició su monte de Venus. Presionó un poco y no hizo falta nada más, un espasmo le curvó la columna y el placer la inundó allí, en una hamaca de tela en la oscuridad del barco pirata del capitán Morgan. A su lado, Paquita y Francisco roncaban tranquilamente.

El día amaneció con el sol brillante saludando en el horizonte. María subió a cubierta y vio a Paquita y Francisco conversando con Henry y el Cuervo. Los niños le contaron que finalmente se habían enterado de que el nombre real del Cuervo era Thomas. Se los veía animados. Francisco sostenía en su mano una soga corta amarrada a una patita de la gallina, la había sacado a tomar aire. Se turnaba, una vez sacaba a la gallina, y otra al gallo.

—María —dijo Paquita llamando su atención.

—¿Qué pasa, negrita?

Paquita se alejó un poco del reducido grupo, le pegó a María un codazo entre las costillas y con la mirada señaló al Cuervo.

—Ay, Paquita —dijo, suponiendo lo peor, o lo mejor.

—Sí, me gusta —le dijo al oído y continuó—, cuando vamos a la bodega para sacar la comida del día, mientras anota, me mira… raro.

—Te quiere desgraciar. Pensá que estos hombres no ven mujeres hace mucho, y lo único que quieren es poner su cosa en algún lugar.

—No, yo le pregunté y él me dijo que, bueno, si yo quería, pero que yo le gustaba. ¡Me dijo que le gustaba! —repetía feliz con un brillo tan especial en sus ojos, que le robó otra sonrisa a María.

—Bueno, si a vos te gusta… —le dijo.

—Sí, me gustan esos anteojos que usa. Y cuando me mira por arriba. ¡Uy, se me *estrujen* las tripas!

—¡Paquita! —rieron ambas.

A María le gustó que Paquita se sintiera a gusto con el Cuervo, eso la protegería también, todavía faltaba mucho viaje.

—Bueno, mirá, si le prestás la escondida avísame así hacemos los lavajes y no te quedás sembrada, ¿entendido?

Esa misma tardecita y ya al frente del fogón encendido, María les enseñó a Henry y al Cuervo a tomar mate. Ambos se reían de la costumbre: “es como fumar”, decían. María, cada tanto, desviaba sus pensamientos preguntándose por qué Robert no se sumaría a esos eventos. El capitán le resultaba un hombre enigmático y atractivo.

Mientras tanto los días pasaban en el medio del mar, la inmensidad del universo los acompañaba en ese extraño viaje en busca de la tranquilidad y la felicidad. Las noches estrelladas eran un espectáculo que no se perdían.

Era temprano, Francisco remoloneaba en su hamaca, Paquita estaba en la bodega con el Cuervo determinando las raciones para el día y María salió a tomar aire. Tuvo que saltar los cuerpos de algunos hombres que dormían allí mismo, desparramados en la proa. A otros se los veía todavía presos de la borrachera nocturna. Saludó al que estaba de guardia en la punta del palo mayor y caminó hasta el comienzo del bauprés, quería llegar al mascarón de proa. Sintió cómo la brisa del mar acariciaba su cuerpo, abrió los brazos, cerró los ojos y sintió el gusto de la libertad que se mezclaba con poder.

—¡Hola! ¡*Deo gratias quia hoc*! —agradecía en latín.

En ese momento comenzaba a entender a esos hombres: la libertad mandaba.

—¡*Omnia mihi licent*! ¡*Omnia mihi licent*! —los gritos salían de su cuerpo llevándose parte de ella.

Era tanta la pasión y concentración que un pequeño movimiento de la nave casi la hace caer, cuando logró encontrar el equilibrio, quedó arrodillada mirando para abajo, y entonces lo vio. Allí estaba Robert, suspendido entre los obenques, solo con el mar de fondo. María se asustó porque pensó que se había caído enredado entre las sogas, pero al ver su cara y los brazos debajo del cuello, se tranquilizó. Robert

estaba colgado, como flotando en el aire sobre el mar y era notable cómo lo disfrutaba. María suspiró y lo envidió por unos minutos hasta que él, enseguida, de un salto, quedó a su lado.

El mar estaba quieto, sereno. La vida marina se dejaba adivinar debajo de las aguas profundas y azules. No se podía diferenciar dónde terminaba el mar y comenzaba el cielo. Era un verdadero regalo a la vista.

Se sentaron juntos sobre el bauprés, con los pies colgando sobre el oleaje propio producido por la navegación. María sintió un poco de vértigo pero enseguida la brisa y el paisaje se apoderaron de su atención.

—¿Era latín? Buenos pulmones —dijo, sonriendo, el capitán.

En ese momento María se dio cuenta de que la había visto y escuchado.

—Sí, latín. Me gusta, leo la Biblia para practicarlo, ¿usted?

—¿Yo qué? —preguntó Robert disfrutando de la vulnerabilidad de María.

—Vi que estaba leyendo ¿Qué lee?

—Robinson Crusoe. En realidad el título es más largo, si quiere puede tomarlo y ojearlo, tal vez le guste. También le dedico mucho tiempo a la cartografía.

María lo observaba fascinada. Pensaba cómo había cambiado su vida en tan poco tiempo y esta vez lo estaba disfrutando en toda su plenitud. Sonrió y siguió con las preguntas.

—Robert, cuénteme del lugar a dónde vamos, ¿lo conoce?

—Es una isla que se llama Nassau. Yo lo siento mi lugar en el mundo. Seguramente es muy distinto a lo que usted está acostumbrada, pero estoy seguro de que le va a gustar, de que va a poder disfrutar de la libertad. Bueno, va a tener que acostumbrarse —se corrigió.

—Y, ¿cómo es el abordaje a los barcos? —preguntó María cambiando abruptamente de tema. El asunto del saqueo le producía curiosidad y miedo al mismo tiempo.

Robert sonrió.

—Ahora estamos esperando un barco que viene con un botín importante, oro y joyas que van de las Indias a España. Por eso

estamos en estas aguas. Por lo general nunca venimos por aquí, nuestra ruta es otra. Pero eso no es asunto suyo —la cortó en seco.

—Lo van a robar, ¿verdad?

—Sí —contestó con naturalidad—. Cuando llegue el momento, usted y los dos niños se van a quedar encerrados en la bodega. Si me pasa algo, tiene que decir que usted es esclava nuestra, que no forma parte de la tripulación. Eso la va a poner a salvo. Y si todo va bien, cuando terminamos, sale y seguimos viaje.

María se inquietó, no tenía previsto un ataque antes de llegar a destino. No le gustó para nada. Enseguida pensó en Francisco y Paquita. Se había imaginado diferente un abordaje. Pensó que sería más civilizado. No había pasado por su mente la posibilidad de terminar como prisioneros o esclavos en otro barco.

—¿No podemos llegar primero a Nassau y luego ustedes buscan el barco? —preguntó abrumada.

Robert la miró y largó una carcajada. Cuando no cuidaba sus modales, realmente era un bárbaro. María lo miró con preocupación.

—No les va a pasar nada, esto siempre es así. ¿Acaso José no les dijo que este es un barco pirata?

—Sí, sí —aclaró María—. ¿Y cómo sabe que ese barco está por estos lugares? —continuó indagando.

—Ese es nuestro trabajo, hace tiempo que estamos detrás de esta nave. Cuando logremos nuestro cometido, regresaremos a la isla y prepararemos nuestro próximo viaje. Tenemos que ir a Nassau obligatoriamente, es necesario limpiar la quilla del barco antes de la siguiente expedición. Vamos a estar un tiempo allí.

—¿Limpiar qué? ¿Qué es la quilla?

—Es la parte de abajo del barco, con la quilla limpia ganamos varios nudos de velocidad —explicó el capitán.

—Tengo que pagarle el viaje —María seguía saltando de tema en tema…

—No se lo voy a cobrar.

—Se lo voy a pagar.

—No se lo voy a cobrar, use eso para instalarse en Nassau. Le va a gustar el lugar, el mar es transparente, y el olor a libertad está en el aire. Es nuestra isla a pesar de las invasiones inglesas, españolas; todos

quieren la isla, pero es nuestra. La tierra nos elige. Ya lo va a ver con sus propios ojos.

—¿Y usted, cómo fue que se hizo pirata? —preguntó con dudas.

—Ser pirata se lleva en la sangre. Nací en Gales y no soy filibustero, ni bucanero, ni corsario. Soy pirata.

—¿Un pirata honesto? —lo provocó María mientras sonreía y se tapaba la boca con la mano.

A Robert no le gustó mucho el comentario.

—Podría decirse, nosotros tenemos permiso de corso. Pero, a decir verdad solo lo usamos algunas veces, por ejemplo usted está en este barco gracias a ese permiso.

—¡Qué bien! Y, en el futuro, ¿siempre va a ser pirata, perdón, corsario o lo que sea? —agregó María disfrutando la incomodidad de Robert.

Lo que le gustaba de María, también le molestaba. Le hincaba el orgullo y eso lo ponía nervioso. Se tomó su tiempo para responder, ya no le gustaba tanto la conversación.

—Algún día voy a ser gobernador de Nassau, voy a ordenar el comercio libre y la buena vida de los habitantes de la isla —sentenció. Con ese comentario dio por terminada la conversación.

Se hizo un silencio incómodo, solo el rugido del mar hablaba.

María, con la ayuda de Robert para no caer y terminar en el mar, regresó a proa.

Ese día había comenzado diferente. Todos estaban felices, el mar tranquilo y luminoso. Las mujeres habían hecho desde temprano un rico guiso con carne seca. Lavaron la ropa, sacudieron y ventilaron. Francisco, luego de ayudar a limpiar la proa, ya trepaba por los obenques como un mono. Se había ceñido la cabeza con un paño escarlata que le había regalado Henry, y con sus bermudas de lino debajo de las rodillas, era todo un pirata. Colgado de un solo brazo, saludaba a María. Se sentía y veía tan a sus anchas que hasta le habían permitido un turno en el carajo para vigilar.

Poco a poco, la apariencia de las mujeres también había ido evolucionando. Paquita ya no era la criada sumisa que se había subido a *La Esmeralda*, trenzaba sus cabellos y lucía una vincha que le cubría casi toda la cabeza, le daba un tono importante. Vestía con pantalones

bermudas de lino y una faja en la cintura que destacaba su femineidad. Ella sola ya dominaba la cocina para todos, María solo le indicaba las recetas y le daba los toques finales. Por su lado, el cabello de María ya había llegado a la nuca. Era una mujer diferente, no solo su nombre había cambiado, la piel se había oscurecido y curtido, al igual que su corazón. Los ojos transparentes le daban el toque felino a ese rostro tan particular. También había optado por usar pantalones, camisas y un gran cinturón de cuero apretado en su cintura. No llevaba nada en la cabeza. Leer y conversar con el capitán Morgan eran sus dos grandes debilidades.

Los días de viento y lluvia eran insuperables. Vivían las tempestades climáticas en la propia piel. Los hombres se sostenían de las sogas suspendidas en el techo para no caer, algunos dejando en sus baldes de lata todo lo que tenían en su estómago. El panorama mostraba la cubierta llena de agua y hombres luchando con los obenques y las velas, las goteras eran intensas. Cada tormenta, María pensaba que era el fin. Las olas eran como inmensos tiburones que los devoraban y luego los despedían, ella sentía que era imposible sobrevivir a eso. El barco se bamboleaba de manera tal que no quedaba nada en pie y la lluvia cortaba como cuchillo recién afilado. Luego, la paz. La tranquilidad. La mansedumbre del mar, descansando su furia. Era algo tan temible como mágico.

Los días se sucedían, Francisco ya era oficialmente la mano derecha de Henry. Y como era un niño muy habilidoso, todo el tiempo demostraba sus capacidades. Había fabricado unos collares y cinturones de cuero, y los personalizaba con piedras a todos los que se lo pidieran. Era un verdadero artesano. Además, con las piedritas, contaba los días de la semana y cada mañana, colgado de las sogas, informaba el día que estaba transcurriendo.

Robert y María habían comenzado a pasar mucho tiempo juntos, compartían la lectura de mapas, cartas y libros. Podían pasarse horas entre los papeles. Siempre que uno leía, el otro lo observaba.

María había descubierto el costado vulnerable de Robert, eso lo hacía menos arrogante y le gustaba mucho. Sabía cuándo él la estaba mirando, entonces se humectaba los labios con la lengua, o se recogía el cabello dejando su pequeña oreja a la vista. Cuando percibía que

Robert se acomodaba o se movía, le sonreía y lo miraba a los ojos. Entonces él, algo nervioso, retomaba la lectura.

EL DEBER LLAMA

Luego de la comida del medio día se escuchó el grito que venía del carajo:

—¡Barco a la vista! ¡Barco a la vista!

De un salto, cada uno quedó en sus funciones. El timonero comenzó a girar a babor con todas sus fuerzas. Otro, agarró la soga y se perdió colgado detrás del pescante, con la pequeña barquilla de corredera atada a la cuerda, para medir los nudos de velocidad que llevaban.

Robert tomó el catalejo, solo lo sacaba de sus ojos para gritar órdenes.

—¡Artilleros estén listos! ¡Mosquetes en posición! ¡Los cañones! ¡Que cada culebrina esté en posición! ¡Carguen con metralla! ¡Cuando dé la orden disparen al timonel! ¡Prepararse para abordaje! —decía.

El Cuervo buscó a los tres viajeros, y sin respuestas, los encerró en la bodega. Miró fijo a María y le dijo:

—No salgan por nada, pase lo que pase. Cuando todo termine yo los busco. Cierren por dentro.

—Yo no quiero quedarme acá encerrado, esperando —reclamó Francisco.

—¡Por supuesto que se van a quedar acá! —dijo y luego de cerrar la puerta con candado se fue.

—¡Cierren por dentro! —fue el último grito que escucharon.

En la total oscuridad y con el olor de la mercadería mezclado con la humedad de la bodega, María se quedó sentada en el piso apoyada en unas bolsas abrazando a Paquita, que no paraba de rezar y a Francisco, que estaba muy enojado. Todo el tiempo había estado esperando el abordaje y a último momento lo habían dejado afuera. Sintieron el tronar de un mosquete. María pensó que era el fin. Se imaginó que un

cañonazo impactaba en el medio del barco y que ellos tres terminaban en las mandíbulas de un tiburón hambriento.

En la cubierta de *La Esmeralda* la línea de cañones vomitó una densa bocanada de humo y el estruendo los estremeció hasta las dientes. No sabían qué estaba pasando afuera, solo lo imaginaban. Se escuchaban disturbios, gritos y se sentían fuertes sacudones en el barco. María pensó que los habían embestido. Se escuchaba el refulgir de chafarotes y lanzas. Se oían gritos salvajes y choques de espadas. En ese momento, María se levantó, y a tientas, fue a asegurarse de que la puerta estuviera cerrada desde adentro como les había ordenado Henry. Luego volvió al lugar y quedaron los tres, otra vez, abrazados, rezando.

Le resultaba muy difícil saber cuánto tiempo estuvieron allí, ¿una hora, dos, tres... un día? Solo sabían que el terror los rodeaba. María se preguntaba si lograrían salir con vida de ese momento y se culpaba por no haber considerado adecuadamente que se estaban escapando en un barco de piratas. Si se morían allí los tres, ella sería la única culpable. ¿Por qué seguía siendo tan impulsiva? María rezaba y no paraba de pedirle a Dios que los protegiera.

Hasta que llegó el silencio. El tiempo seguía pasando, el barco parecía detenido, pero nadie venía a buscarlos. Francisco, vencido por el cansancio de querer estar arriba, se había quedado dormido en los brazos de María.

Sintieron un ruido. Al fin.

—Vamos, salgan, ya está —dijo el Cuervo.

—¿Qué pasó? ¿Están bien? ¿Y el capitán?

—Hay muchos heridos. ¡Vamos!, tienen que ayudar.

Cuando María asomó su cabeza a proa, no pudo dar crédito a lo que estaba viendo: si bien el barco estaba intacto en su parte superior, en la cubierta se veían grandes cantidades de baúles encimados, barriles y bolsas. Había sangre regada por todos lados, hombres tirados en el piso eran asistidos por otros. Era un verdadero caos. En vano buscaba a Robert, pero no lo veía.

A lo lejos pudo ver la nave contrincante con la parte media incendiándose, se veían las llamas y el humo. Regresó sobre sus pasos, tomó un pañuelo que colgaba de una madera, se lo ciñó en su cabeza,

despejando su rostro, y ordenó:

—Paquita, agua. Francisco, ya sabés lo que tenés que buscar, ¡ahora! ¡Traé mi cajita!

Se puso manos a la obra, primero asistía a los que estaban más gravemente heridos y luego al resto.

Mientras los atendía, los veía como personas, hombres fuertes tirados sobre su orgullo. Cicatrices nuevas. Ropas ajadas. La soberbia y el poder en sus miradas. Pensaba dónde estarían las mujeres de esos hombres. ¿Habrían conocido el verdadero amor alguna vez? ¿Tuvieron madres? Se preguntaba por qué estaban allí poniendo en juego su vida para conseguir riquezas, para luego dejarlas en algún lugar enterrado y seguir detrás de otro botín.

Más tarde lo entendería.

Cuando encontró al contramaestre descubrió que tenía una herida importante en la espalda. Una vez que lo limpiaron, Henry le pidió a Francisco que orinara encima de la herida. Le explicó que eso le haría bien ya que le desinfectaría la herida. El niño, con la anuencia de María, descargó el líquido tibio sobre la profunda lesión. Luego le dieron una infusión bien fuerte para que se durmiera y dejara de sentir tanto dolor.

Pasaban las horas y las pequeñas mujercitas seguían asistiendo a los heridos y calmando sus dolores. Por su lado, Henry y el Cuervo habían envuelto en sudarios de lona a los muertos y los habían entregado al mar.

Paquita había decidido prender el fuego, si bien estaban navegando a varios nudos, el mar estaba quieto. La niña pensó que una buena tisana, mezclando varias hierbas, les vendría como un regalo del cielo.

Francisco seguía recorriendo la cubierta con Henry mientras el Cuervo hacía las cuentas del botín, calculaba las ganancias y registraba las averías de la embarcación.

María, exhausta, seguía buscando al capitán, no podía encontrarlo.

Cuando lo vio a Henry le preguntó directamente:

—¿Dónde está? Llévame con él.

—En su camarote, la espera.

Tocó la puerta y entró. Allí estaba Morgan, tirado sobre la cama, con machucones, sangre en su cuerpo y la ropa ajada.

—Ya vengo —María salió sin más explicaciones y regresó luego con todos los implementos necesarios para dedicarse al capitán.

Lo acomodó en la cama, luego se paró con determinación y buscó la botella con la que Robert la había invitado días atrás. Caminó hacia el escritorio, abrió el cajón y extrajo los dos jarritos. Los puso sobre la mesa y los llenó hasta el tope. Primero se tomó el de ella de un solo tirón, y luego le alcanzó el otro al capitán que lucía dolorido y a punto de desmayarse. Lo ayudó sosteniendo su cabeza para que se tomara el trago.

—Le va a ayudar —fue todo lo que dijo.

Luego, con manos de seda, le sacó la ropa y lo dejó en calzones. Con una compresa embebida en agua y ungüentos preparados por ella, lo comenzó a limpiar, suave y atenta a los gestos de Robert. El cuerpo del capitán lucía muchos espadazos y la herida de algún tipo de bala, en el hombro izquierdo. Robert la miraba y pensaba que esas heridas se curarían solas, pero si ella quería…

Cuando estuvo listo, lo tapó, se sentó al costado y se quedó mirándolo. Robert estaba con los ojos cerrados. No había emitido una sola palabra.

Se veía la dureza en el rostro, en las asperezas de sus manos, en las cicatrices de heridas mal curadas que marcaban todo su cuerpo. El bronceado dejaba al descubierto su piel sufrida. La cabellera se veía sucia y enredada.

María sonrió motivada por sus pensamientos impropios. Se recostó a su lado, se acurrucó y se quedó dormida.

Cuando se despertó todavía estaba en la cama, Robert se había incorporado, se había sentado a un costado y la observaba. Cuando María se dio cuenta de que estaba en la misma cama que Morgan y que se había quedado mirándolo totalmente embobada, se levantó de un salto y quedó parada al lado de él.

—Ya está mejor, me voy.

—No pensaba comerla ni morderla —le dijo con una amplia sonrisa, seguro de saber lo que estaba provocando en el cuerpo de la joven. Otra vez sentía el instinto de tomarla y ponerla en sus brazos y…

—No le tengo miedo —le cruzó la mirada. Esa mirada que a Robert le hacía perder el equilibrio. Esa mirada poderosa, sexual.

¿Por qué no la tomaba ahí nomás?, se preguntaba Morgan. No, ella era diferente. Le provocaba ternura y otras emociones que hacía mucho tiempo tenía olvidadas. No le haría daño.

María salió por la puerta sintiendo el calor invadir su cuerpo. Tantas cosas le suscitaba ese hombre. ¿Por qué no se entregaba a él? El recuerdo de Edward la asaltó. ¡Por dios!, pero si Edward tenía mujer, un hijo y no lo volvería a ver nunca más. Tenía que pensar en el presente que estaba viviendo y en su futuro. Pero ¿qué futuro tendría al lado de un pirata? Todos esos pensamientos ambivalentes la embargaban mientras daba una vuelta por la cubierta.

El impulso la llevó de regreso al camarote del capitán. Abrió la puerta sin golpear. Robert estaba en la misma posición y en el mismo lugar, como si la estuviera esperando. María se sentó a su lado y comenzó con el interrogatorio.

—¿Qué pasó? ¿Dónde está el otro barco? ¿Y el botín?

Robert la miraba. Suspiró y retomando su postura inicial le dijo:

—Del botín no le voy a decir nada y mucho menos compartir… Era un barco grande, pero pudimos con él. Y ahora debe estar llegando al fondo del mar.

María se horrorizó con el comentario.

—¡Hundieron el barco con toda la tripulación y todos... ¡son unos bárbaros!

—Más respeto, señorita. Esto es un barco de piratas. ¿La acompaño a ver nuestro estandarte? —le replicó, serio y distante.

En ese momento María entendió que no era broma, y que el capitán tenía toda la razón. Lo mejor que podía hacer era agradecer estar viva y sana. Agachó la cabeza y no emitió más palabra.

—No lo hundimos, solo sacamos lo que teníamos que sacar y los dejamos ir. ¿Acaso no lo vio? —Robert se puso de pie y comenzó a caminar hacia ella.

En realidad sí lo había visto, pero se sentía tan nerviosa y tan confundida. No le gustaba lo que hacían los piratas, pero le gustaba estar allí y le gustaba Robert cada vez más.

El capitán Morgan se detuvo al frente de María, la tomó de los hombros, la puso de pie, bruscamente la tomó por la cintura y la abrazó.

No aguantaba más. Había decidido liberar sus instintos, sus ganas. Después de todo, eso era él. Un hombre libre que hacía lo que quería. La llevó hasta el escritorio, con una mano tumbó todo lo que había encima, y con la otra la sostenía. María estaba seria, no decía ni hacía nada… pero tampoco se resistía.

La sentó dejándola frente a él. Allí María pudo ver toda su furia debajo de los calzones. Robert, sin preámbulos, le arrancó la ropa con una mano, saltaron botones y hebillas para todos lados. La penetró con sus ojos un momento, mientras que con sus manos dibujaba el contorno de sus pechos. La besó en la boca, le metió su lengua profundamente. La besó en el cuello y luego le mordisqueó los pechos, con pasión, con fruición.

María estaba exhausta de placer cuando sintió el glande húmedo del pene de Morgan acariciar su monte velludo. Cuando ya estaba por pedirle por favor que la penetrara, sintió la embestida dentro de su vagina. Robert se puso de pie y la sostuvo en sus brazos. La siguió penetrando parado mientras ella estaba enganchada en su cintura. La subía y la bajaba a su gusto. Morgan manipulaba su delicado cuerpo como quería. Cada vez que entraba más profundamente en su vagina, María se estremecía del placer.

Robert se sentó y la acomodó para que lo cabalgara, mirándola a sus ojos, la siguió empujando para atrás y para adelante. La siguió hincando con su miembro henchido adentro de su vagina caliente y jugosa mientras que con sus labios besaba sus pechos, con la lengua lamía sus pezones… El placer era el aroma del lugar. Robert se levantó con María enhebrada en su miembro y se sentó en la cama, estirándose sobre ella y dejándola sobre él para que lo gozara a gusto. No quería hacerle daño, la dejaría hacer. Ella comenzó a frotar su clítoris y a disfrutar el pene de Robert; llena de él, no pudo contener otro orgasmo. Cuando Robert no aguantaba más, la puso de espaldas a él, con los brazos y las piernas sobre el catre, se paró al borde, con ambas manos la atrajo hacia su pene y la penetró con fuerza. Tomó sus glúteos y lanzó un grito ronco de placer cayendo, luego, sobre el cuerpo de la joven.

María sintió cómo ese placer extremo se extendía. Se comenzó a frotar ella sola con sus movimientos, y recostada puso sus pechos en la

boca de Robert. Este enloqueció de placer. Se sentó y la volvió a penetrar con fuerza hasta que sintió cómo invadía con sus fluidos a esa hermosa mujer que, por cierto, gozaba tanto como él.

Cuando ambos calmaron sus respiraciones agitadas, Robert la tomó en sus brazos y la tiró sobre la cama, al costado. Cuando vio el gesto de María, se dio cuenta de que había estado un poco tosco, la tomó enseguida en sus brazos, la besó en los labios y la recostó con suavidad.

“Bruto”, pensó María, “pero delicioso” y sonrió…

Salió del camarote del capitán con ropa de él, la suya había quedado convertida en harapos. Algunos hombres la vieron, pero se hicieron los distraídos. Se cambió enseguida. Aun sentía las secuelas del encuentro en sus pechos, en su vagina. Llegó a la cocina y ahí estaba Paquita, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué te pasó, negrita?

Paquita la miraba y no se animaba o no quería hablar.

—Paquita, te ordeno que me digas qué te pasó.

—Nada —respondió evasiva.

—¿Por qué estás así? Me decís ahora mismo o te tiro al mar.

—Es que, yo…

—¿Qué?

—Estuve con el Cuervo.

—¿Qué? ¿Te lastimó?

—No, no… Bueno. Un poco.

—Paquita, hablá ¡ya!

—Es que fuimos a la bodega a sacar las cosas para hacer una sopa y el Cuervo andaba medio caliente. Ya me había dicho que quería hacerlo conmigo. Pero yo le dije que no. Y hoy me tiró arriba de las bolsas y cuando me di cuenta, bueno, ya sabés, estaba arriba mío dándome con todo. Pero… a mí, yo. Bueno, después, cuando terminó, me pidió disculpas y me dijo que si quería lo hacíamos de nuevo. A mí me gustó el Cuervo. Pero, nunca me lo habían hecho así, el Cuervo me besaba y me decía que yo era muy linda, y no me lo metió por atrás haciéndome doler todo. Estoy confundida, María.

—Ay, Paquita, ya mismo nos vamos a hacer un lavaje porque si no nos vamos a quedar preñadas.

—¿Vamos?

—Sí, yo también. No digas nada. Estuve con el capitán. ¡Uf, estos hombres!

—Somos unas putas para burdel —agregó Paquita contenta de la complicidad con María.

—No se te ocurra repetir eso. ¡Olvidate de lo que pasó, Paquita, está mal! ¡Muy mal! No debemos dejar que esto vuelva a suceder —decía María enojada por haber cedido… otra vez. Ambas mujeres, a escondidas de Francisco, se hicieron lavajes íntimos con hierbas y vinagre.

Luego del abordaje, de a poco, la rutina retornó al barco, los enfermos ya estaban casi plenos en su actividad.

María había evitado por todos los medios al capitán, es que cada vez que lo veía se sentía muy avergonzada de haber disfrutado tanto junto a él, mientras que Francisco, con las hormonas alteradas por su edad, espiaba a Paquita hacerlo todas las mañanas con el Cuervo en la bodega.

Un hermoso día despejado, María estaba como mascarón de proa, dejando que el viento la limpiara y el sol la acariciara. No sintió a Robert que llegaba por detrás.

—¿Por qué me esquiva todo el tiempo? ¿Le hice daño? —preguntó.

—No.

—¿Es por su amor, el que dejó en las Indias?

—No —María no lo miraba.

—¿Y, entonces?

Justo en ese momento se acercó Pedro, el contramaestre, a preguntarle sobre los arreglos que había que hacer luego del ataque y María aprovechó y se fue, no sabía qué decirle. Lo único que sentía era vergüenza.

Transcurría la tardecita, plena, tranquila. La mayoría de los hombres cantaba en cubierta al ritmo de la guitarra de Henry. Francisco había improvisado un bombo, y algunos más divertidos interpretaban pasajes de baile. El capitán les había habilitado un poco de ron, lo suficiente para divertirse un rato pero no para emborracharse. Paquita estaba con el Cuervo, en el camarote detrás del timón, revisando

números. María estaba en la cocina cuando sintió que la tomaban por la cintura, sin aviso, sin permiso. Robert la cargó y se la llevó a su camarote.

La dejó de pie, al costado de la cama, la miró y le dijo:

—Si quiere, puede irse. Si se queda, voy a tener mucho sexo con usted hasta que lleguemos a Nassau.

—¿Y después?

—Lo seguimos haciendo en la arena —le contestó con una sonrisa.

María no estaba conforme con las respuestas. Es que aunque sabiendo que era una locura, ella esperaba una declaración de amor. Pero Robert era un pirata, tendría mucho sexo con ella, luego llegarían a Nassau, limpiaría su barco, arreglaría sus cosas y se iría nuevamente. Aun así, se lanzó a sus brazos. Lo miró a los ojos y le entregó su cuerpo, su alma, su corazón. Mañana pensaría qué hacer.

Tempestades, soles brillantes, atardeceres, noches, lluvia, mar, estelas de estrellas y el tiempo.

Una tarde, Robert anunció que estaban próximos a la isla.

El Cuervo le contó a Paquita que se quedarían en Nassau a limpiar la quilla del barco y a rastrear una información nueva e importante que tenía el gobernador.

María los reunió a Francisco y a Paquita.

—No pensé que llegaríamos —dijo para inaugurar la conversación —. Francisco, mi hijo del corazón y Paquita, mi hermana del corazón. ¡Lo logramos! ¡Lo logramos! Llegamos a la isla de la felicidad. ¡Una vida llena de alegrías, libertad y amor nos espera!

Paquita ya estaba llorando y Francisco se abrazó a María con todas sus fuerzas.

—No vamos a dejar que nada ni nadie nos separe, nos falte el respeto o nos haga daño —seguía diciendo mientras lloraba.

En ningún momento se dio cuenta de que Robert la estaba espiando, disfrutando de la escena. ¿Cuántos años tenía? Seguro no llegaba a veinte, pero parecía el doble. Cuánto vivido. ¡Qué linda era!

—Tenemos todo el dinero, el capitán no me quiso cobrar el viaje. Así que tal vez podamos inaugurar enseguida…

—“El almacén de María” —gritó Francisco sacándole las palabras de la boca.

—Sí, “El almacén de María” —agregó Paquita que ya no podía ni hablar de la congoja.

Y María completó:

—¡“El almacén de María”! ¡Que así sea!

Los tres se quedaron un momento abrazados, en silencio. Agradecidos, felices de poder estar vivos y a la expectativa de esta nueva vida que los estaba esperando. ¿Lo lograrían esta vez?

El capitán, mientras miraba a los niños, también selló esa promesa. María había marcado a fuego su corazón.

La isla de la felicidad

“Sin dudas hay que perderse para hallar destinos inalcanzables o de lo contrario todo el mundo sabría dónde están.”
Capitán Edward Teach (Barbanegra)

El paisaje era realmente extraordinario. El mar era transparente, podían divisarse montañas y las palmeras saludaban al compás del viento. Los tres, colgados en la proa, no podían dejar de admirar su nuevo mundo. Estaban mudos. Cada uno con sus propios pensamientos de libertad, con miedos e incertidumbre. Pero algo en común, la felicidad que los unía, los hermanaba.

El resto de la tripulación ya se había acomodado para el desembarco. Cantaban a viva voz un pedido para el capitán:

—¡Tienda para fornicar! ¡Tienda para fornicar! ¡Tienda para fornicar!

Hasta que el canto, por fin, fue interrumpido por la voz de Henry.

—Dice el capitán que sí, que tendremos tienda para fornicar, buena comida y también ron del bueno, mientras que lavemos la quilla. Vamos a festejar este viaje que ha sido uno de los mejores que hemos tenido.

Todos juntos gritaron y aplaudieron.

Francisco miró a María y le dijo con picardía:

—Yo también voy a fornicar, Henry me invitó.

María casi se cae sentada.

—¿Qué? ¿Henry te invitó? —lo interpeló, enojada.

—Bueno, bueno. Pero seguro que me va a invitar ¿Qué es fornicar?

María se relajó, este niño no se quería perder de nada. Bueno, habría

que explicarle… El barco estaba arribando. Había otras embarcaciones apostadas en el lugar. Las barcazas ya empezaban a bajar a los tripulantes de *La Esmeralda*.

María bajó lentamente de la barcaza hundiendo sus pies descalzos en la arena fina blanca y el agua celeste. Una lágrima de alivio, de incertidumbre y de buenos deseos acarició la mejilla castigada por el sol. Sus ojos transparentes se espejaron con el mar.

Paquita se colgó de su brazo, mientras que Francisco, con su vincha de tela en la cabeza, bajó como colonizador en un mundo nuevo. La sonrisa nunca lo había abandonado desde el primer día que subió al barco.

A lo lejos se divisaba una construcción que parecía un fuerte. A pocos pasos, la muchedumbre. Festejos, bebidas, mujeres, hombres, mercaderes. Muchas construcciones caseras con palos a pique y sobre ellos grandes hojas de palmeras secas, oficiando de techos, algunos rodeados de telas como doseles peinados por el viento que les regalaba el mar.

Quedaron allí, como suspendidos en el tiempo, hasta que el capitán Morgan los despabiló y les indicó que lo siguieran. Comenzaron a caminar detrás de él, admirando su porte y el respeto que producía en la gente del lugar.

Todos vestían de manera diferente, pero se veían iguales, negros, colorados, rubios y morochos.

Comenzaron a ingresar a una especie de poblado. El capitán caminaba adelante y luego lo seguían en orden de jerarquías. Detrás, iban ellos tres. Los recibían con amabilidad, les ofrecían bebidas, comida, los saludaban por su nombre. "Es importante en el lugar", pensó María.

La mayoría de las construcciones que se veían eran de madera y algunas tenían dos pisos, otras tenían techos de pajas.

Por todos lados podía apreciarse mucha y variada vegetación. El clima era perfecto. María inspiraba profundamente en todo momento, quería llenarse de ese aire limpio y libre. Se sentía como la virgen de la procesión con tanta gente amable caminando a su costado.

Hasta que llegaron a una posada. Apenas unos escalones de madera y estaba el ingreso. Adentro era otro mundo. Había hombres apostados

en diferentes mesas, todas decoradas con grande velones y jarras de vino. Las paredes gastadas, con candiles puestos a pocos metros unos de otros. Un gran mostrador y, a lo lejos, una escalera de madera que subía abruptamente con muchas chicas con el torso desnudo apostadas allí.

Francisco estaba enloquecido. María, a los pellizcos, lo mantenía a su lado. No se sentaron en ninguna mesa, el capitán fue derecho al mostrador de madera y pidió por el señor Charles. Al rato, vino un negro y los guió a una trastienda. A María le llamó la atención que no actuaba como un criado.

Allí quedaron solo Morgan y ellos tres, el resto ya estaba disperso. Subieron la diminuta escalera detrás del capitán y llegaron a un lugar pequeño, parecido al camarote del capitán, solo que más grande y sin bamboleo. María y Robert se sentaron y detrás, parados, estaban Paquita y Francisco.

Charles Read era un hombre grandote, un inglés de apariencia ruda, y, por lo que parecía, muy influyente en el lugar. Ni más ni menos, era el gobernador.

—Ya me enteré de que le fue bien. Tengo novedades de lo otro. Ahora tendría que descargar el barco y vemos la mercadería.

—Sí, Henry ya está en el asunto con su gente. Yo necesito papeles para ellos, tienen sus documentos. ¿Podrá encargarse?

—Lo que ordene —dijo el hombre rudo, con una sonrisa—. ¿Son sus parientes?

—Más que eso —contestó el capitán y luego se levantó.

—Bienvenidos a Nassau —les dijo Charles con una sonrisa y una palmadita sobre la cabeza de Francisco.

Luego el capitán les indicó que bajaran y lo esperaran. Los tres salieron expectantes y se sentaron en una mesa. Se sentían extraños en ese lugar. Enseguida llegó una mujer joven, con una sonrisa les ofreció bebidas y lo miró a Francisco.

—También tengo algo para usted —le dijo.

Francisco la miró a María sonriendo:

—Este es el mejor lugar del mundo.

Ella lo miró y le contestó:

—Cuidado vos, que te estoy vigilando. Mantené tu culebra guardada

hasta que aprendas a usarla.

Rieron los tres y se fueron relajando de a poco. Nadie les dio importancia, es más, nadie los miraba, cada uno seguía con lo suyo. Comieron, bebieron y rieron.

Al rato, María vio bajar a Robert por las escaleras y le sonrió. Salieron a la calle y otra vez la multitud. Caminaron un rato entre la gente. Paquita tenía los ojos que parecían dos huevos fritos: observaba todo. Parecía un gran mercado, allí nomás, en el paso de la gente, había de todo: lo que uno quisiera adquirir, lo tenían… Las personas regateaban precios, compraban, vendían.

Llegaron a un establo donde el capitán cambió el timón por un caballo. Morgan trepó a su potro y ayudó a Francisco a subir con él. Luego se divirtió un rato viendo como María y Paquita intentaban acomodarse en el otro caballo que les había asignado.

Partieron. María, por primera vez, no preguntaba nada, solo acompañaba. Cabalgaron por un camino interno, entre palmeras y abundante vegetación. Luego de un rato, ingresaron por un sendero más pequeño y llegaron a una tranquera. Allí pudieron divisar, entre los árboles, una hermosa casa de madera con un balcón sugerente al frente. Allí se detuvieron, bajaron y ataron los caballos en el pescantE.

—Es mi casa. Se van a quedar aquí por un tiempo hasta que conozcan el lugar y se puedan organizar —dijo Robert.

Se miraron los tres, el lugar era precioso, ninguno se había imaginado que el capitán tuviera una casa. Se sonrieron. Qué oportuno.

Antes de que María pudiera emitir palabra, escucharon los ruidos y vieron la vieja carreta con todos los baúles y demás enseres que llegaban misteriosamente detrás de ellos, en manos del Cuervo y otros ayudantes.

María sintió que estaba entrando en el paraíso, el único deseo que tuvo es que no se acabara. Francisco desapareció al instante y Paquita tapaba su sonrisa con ambas manos.

La casa era pequeña: apenas ingresaron, había un fogón casi tan grande como toda la pared, con todos los utensilios de cocina colgados a su alrededor. Una gran mesada de madera al medio, rodeada de sillas. No parecía la casa de un capitán que vivía solo. Las paredes

estaban llenas de espadas, estandartes y recuerdos de sus viajes. En un rincón, una mesita redonda y un único sillón de gobelino que lucía muy cómodo. Una hermosa biblioteca con tomos de todo tipo.

Paquita salió para ayudar al Cuervo con los bultos, mientras que María seguía caminando a paso firme detrás del capitán, que le estaba haciendo una recorrida rápida por toda la casa.

—Es su casa —le dijo Robert—, tranquila, no le voy a cobrar nada… por ahora.

María sonrió, era todo tan nuevo que la ponía un poco nerviosa.

Luego de un rato, cuando se fueron los hombres, quedaron los tres solos. Se miraron, se tomaron de las manos y comenzaron a saltar dando vueltas como niños jugando a la ronda; rieron y lloraron. Cayeron los tres sentados, exhaustos.

—Somos libres —dijo Paquita.

—Lo logramos —agregó María.

—Voy a ser un pirata —completó Francisco.

Rieron nuevamente.

—Vamos, gente, a buscar leña, hay que prender fuego y poner en marcha esta casa. Nuestra casa.

Salieron todos disparados, Paquita se encargó de sacudir los cuartos y de acomodar todo. Ciertamente la casa del capitán era muy linda; aunque no tan grande, tenía tesoros de todo tipo. Por ejemplo, en su cuarto, había una gran cama de madera labrada con dosel y del techo colgaba una lámpara, con forma de araña, con unas diez velitas suspendidas de ella. Cuadros en las paredes, en la sala principal hasta había un pianoforte de cuerdas.

Paquita estaba a pura limpieza. Apenas prendido el fuego, comenzaron a calentar agua para bañarse en la tina de madera. Habían pasado tanto tiempo en el barco, que parecía que se querían cambiar la piel.

Antes de que cayera el sol, llegó el carro con el Cuervo otra vez. Traía provisiones, entre ellas, un chancho pequeño ya cuereado y listo para cocinar.

Enseguida María buscó sus especias y comenzó a untarlo. Luego, con la ayuda del Cuervo y Francisco lo pusieron en el hierro y lo engancharon en los costados del fogón. Solo había que girarlo cada

tanto. En unas cuantas horas estaría listo. María ya había amasado unos panes que estaba macerando.

El aire de felicidad, las sonrisas y los aromas ocuparon el lugar. La casa comenzó a llenarse de vida.

Llegó la noche, y con ella el capitán y su equipo. En total eran diez.

María y Paquita pusieron un mantel que encontraron en uno de los cajones, usaron toda la vajilla nueva, hermosas copas de cristal y cubiertos de plata. Todo en sus envoltorios, sin estrenar.

Cuando Robert vio la mesa puesta, sonrió. Qué linda se veía la casa con mujeres y un niño. Le recordó su infancia, su madre, su Gales…

Cuando estaba todo dispuesto, los hombres comenzaron a robar presas y comer en cualquier parte, de la misma forma que lo hacían en el barco. Sin pensarlo mucho, María se subió a la silla y chasqueó dos cacerolas:

—Amigos, a lavarse las manos afuera, hay un aguamanil con agua limpia, luego se sientan alrededor de la mesa y esperan a que les sirvamos la comida, hay platos para todos.

—¡Sí, Capitana! —contestó Pedro.

Esas palabras robaron otra sonrisa de Robert, que a esa altura, solo pensaba en cómo la iba a amar en su cama, durante toda la noche…

Como niños en penitencia, uno detrás de otro, grandotes con cicatrices, combatientes del mar, allí rendidos a las órdenes de María, fueron a lavarse las manos.

Enseguida pasó Paquita con las papas cortadas, depositándolas en cada plato y pegando en las manos que querían picotear. Detrás, Francisco con la bandeja y el chancho ya trozado, y se les unió el Cuervo, sirviendo vino en las copas de cristal. María observaba con una sonrisa el esfuerzo de todos por comer correctamente y en la mesa. Lejos de las costumbres de su país, disfrutó de esa libertad. Los miró y entonces comprendió: eran piratas, eran personas, eran hombres libres, eran sus amigos, eran su familia. No cuestionó las formas ni pensó en los medios, solo los miró con cariño. Esos hombres fueron su pasaje a esta libertad. Los abrazó simbólicamente con un gran agradecimiento en su corazón, al tiempo que escuchaba:

—¡Por la Capitana! —dijo el Cuervo, levantando su copa.

Todos se pusieron de pie, incluso el capitán, y respondieron al

unísono:

—¡Por la Capitana! —luego cada uno dejó caer la copa al piso…

Bueno, eso, María no lo tenía previsto. Sonrió emocionada, buscó una copa, la llenó hasta el tope, golpeó la base de la misma sobre la mesa y se la tomó casi sin respirar, luego la elevó, los miró y la tiró por el aire. Tenía que hacer honor al brindis. Paquita y Francisco se quedaron con la boca abierta mirando el espectáculo.

—¡Esa es mi mamá! —gritó Francisco, emocionado.

Robert se dio cuenta del efecto que estaba teniendo el alcohol sobre María, entonces fue a su rescate antes de que se cayera al piso. Además, la valentía y la forma de exponerse con su cuerpo, lo volvía loco. La quería solo para él. La amaba. Sí, la amaba con todo su ser.

Pedro tomó la guitarra, Henry se puso al frente del piano a cuerdas y comenzó la música. Todos estaban sorprendidos. Francisco comenzó a arrastrar sus pies, mover las caderas y balancear las manos; detrás Paquita y luego el resto. Se divirtieron como locos y terminaron viendo el amanecer a la orilla del mar, tirados en la arena fina, blanca, felices.

Robert se puso de pie, las estrellas todavía se reflejaban en el mar. Caminó descalzo sobre la arena con María en sus brazos.

Llegaron a su habitación y la apoyó sobre la cama. Era la primera vez que iban a hacer el amor en una cama, con piso firme. Se quedó completamente desnudo y comenzó a desvestirla mientras le besaba todo el cuerpo como si bebiera su savia.

María estaba en un estado de limbo perfecto. Podía sentir a Robert recorrerla y podía disfrutar de las emociones que eso le producía. Lo deseaba, mucho. Podía sentir cómo la penetraba, cómo con sus brazos la levantaba, la acomodaba. Ella volaba de placer con ese ser que la volvía loca con solo tocarla. Solo quería que ese momento se transformara en eterno. Con sus manos recorría el contorno de Robert, acariciaba su rostro, tocaba sus labios gruesos, frotaba suavemente sus cicatrices. Y otra vez sentía cómo ese hombre fuerte y grandote se metía dentro de ella con su pene hasta descomponerla de placer.

Robert le hizo el amor durante toda la noche.

Ya estaban en la isla de la felicidad… ¿Y ahora?

El amor

Estaban instalados en la casa del capitán Robert Morgan, les había cedido su lugar. El Cuervo había llevado a Paquita al lugar donde estaban limpiando la quilla del barco; desde que había llegado, pasaban casi todo el tiempo juntos. Habían levantado una tienda en un paraje algo alejado del muelle. Habían llevado cinco prostitutas que se iban rotando para atender a la tripulación.

Paquita, aunque estaba un poco sorprendida con la situación, terminó haciéndose amiga de las mujeres. Conversaban con ella y les contaban sobre su vida. Hasta que el Cuervo se la llevó de nuevo, no le gustaba que estuviera allí, a ver si la confundían y se la querían fornicar a ella también. Paquita era solo de él. Esa negrita le había cambiado la vida.

Los hombres debían quedarse allí hasta que terminaran la limpieza. Luego, el Cuervo les pagaba y quedaban libres para disfrutar. Regresaban todos a la isla hasta nuevo aviso para un nuevo embarque.

Nassau era diferente a Buenos Aires. No había reglas. Y las pocas que había eran puestas por todos y respetadas por todos. La isla tenía de todo. Era pequeña, el aroma de mar era constante. La vegetación era abundante. El agua cristalina. Era tan diferente al olor húmedo y barroso de la vera del río. María recordó esos días apostada en el bajo. Sonrió, este lugar realmente era un paraíso. No le costaría acostumbrarse.

Caminaba entre las personas. Lo que más le llamaba la atención y le gustaba era que no había esa diferencia entre el negro con harapos y los señores con levita y sombrero. Allí había piratas, comerciante, putas, lo que uno quisiera. Todos vestían iguales, como querían,

excepto los militares. Ellos seguían con las normas. Pero eso no los alejaba de ser personas amables. Al menos así lo sentía María.

Con gusto observaba cómo Paquita y Francisco se integraban a la nueva sociedad. Le gustaba verlos caminar con los brazos abiertos, pechos inflados y miradas altivas.

También disfrutaba de caminar por las callecitas, aprovechaba y se compraba un montón de cosas. Todo le gustaba, adquiría telas para hacer vestidos nuevos, especies desconocidas. Había puestos de todo tipo de mercaderías, desde tabaco, licores, telas y joyas… lo que se buscara, andando un poquito, allí estaba. El contrabando reinaba en el lugar y se sentía perfecto. Todos tenían acceso a todo.

Al caminar por ese lugar tan exótico se animó a idear cómo sería "El almacén de María" allí, en ese lugar. "Con algunos retoques especiales", pensó.

El recuerdo de Edward llegó junto con el almacén a interrumpir sus pensamientos. ¿Qué sería de su vida? Ya habría sido padre…

Tuvo una sensación extraña que empezaba en su estómago. Se detuvo en una callecita, tomó su frente con la mano derecha. Recordar a Edward la descomponía desde las vísceras. Sus emociones se encontraban, odio, amor, compasión, cobardía. Eran las palabras que empezaban a desfilar en su mente. Quería borrarlo de su cabeza. Solo existía allí. Inspiró profundo y retomó la caminata.

Trató de distraerse para sacar a Edward de sus pensamientos hasta que una puerta entreabierta llamó su atención. Se asomó pensando que tal vez vendían algo interesante. Una gran galería asomaba detrás de la misteriosa puerta.

Entonces lo vio. Allí estaba Robert parado de costado, un poco más adelante. María ingresó por la galería y apresuró su paso para encontrarlo y, tal vez, volver juntos.

El recuerdo de Edward se esfumó por el aire. Apuró más el paso. Robert no la veía. Cuando estaba por llegar, salió una mujer de una de las puertas laterales.Era muy linda, no se la veía como las putas del lugar. Lo tomó del cuello y lo besó en la boca. Luego de un tirón, lo llevó para adentro. Desaparecieron ambos ante la mirada absorta de María.

Se quedó parada con los brazos en jarro. No le gustó nada lo que

vio. ¿Quién era esa mujer? No pudo ceder al impulso incontrolable de espiarlos. La mujer, de manera muy sugerente, lo acariciaba mientras él estaba quieto. No podía escuchar lo que hablaban. Robert estaba de espaldas. La mujer se arrodilló delante de él y allí Morgan entregó su cuerpo. María podía ver las manos de la mujer sosteniendo las nalgas de Morgan e imaginarse dónde estaría su boca ocupada. Tragó saliva. Siguió espiando. Morgan, con los pantalones en los tobillos, la levantó, la puso de espaldas sobre la mesa y despejó su ropa. Con las manos en las caderas de la mujer la penetró. El ruido rítmico y parejo de la mesa contra la pared acompañaba los embates del capitán sobre ella.

María salió enseguida de ese lugar sin ser vista, ambos estaban muy entretenidos. Ya no compró nada, ni recorrió lugares nuevos, se fue. Tan ofuscada estaba que se olvidó la carreta que le había prestado el Cuervo para ir y venir. Tuvo que volver a buscarla cuando ya había caminado casi la mitad del recorrido.

Junto con el atardecer, mecía las riendas sobre el animal que arrastraba la carreta. Estaba desilusionada, triste. Otra vez esa sensación horrible en el medio del pecho que siempre se encargaba de regresar y atormentarla.

Llegó a la casa. Se fue derecho a su cuarto, acomodó las compras y se quedó allí. Se recostó mirando el techo con los brazos debajo de la cabeza.

Como ya Paquita había dejado todo listo para la cena le dijo a Francisco que lo acompañara para ver al Cuervo. María estaba sola, la noche ya estaba asomando cuando escuchó sonidos en la entrada. Pensó que se trataba de Francisco y Paquita que estaban regresando. ¿Tanto tiempo había pasado? Le restó importancia y siguió acostada, ahora boca abajo, en la cama.

Cuando lo sintió, ya estaba arriba de ella.

—Me está persiguiendo —le dijo al oído. La erección de Robert punzaba entre sus muslos. El perfume de su piel, tamizado con aromas a tabaco y alcohol, la envolvieron.

María quiso zafarse pero estaba atrapada debajo del robusto cuerpo de Robert que le seguía hablando al oído, mientras que con la otra mano la despojaba a los tirones de su ropa. En un momento sintió el contacto físico directo, entre sus glúteos y su miembro, grande y duro,

listo para la acción.

—Váyase con su puta. Ya no me necesita más a mí.

—¿Seguro? —le decía mientras jugaba con la punta de su pene húmedo y caliente en la entrada de la vagina, salía y con el glande le frotaba el clítoris, luego salía y le metía la puntita por atrás, con sumo cuidado. María ardía de placer y de odio. Cuanto más lo recordaba con la puta, horas antes, su cuerpo tomaba más calor, más se excitaba.

En un movimiento bien brusco, Morgan la dio vuelta y quedó sobre la joven.

Ya solo lo deseaba dentro de ella. Pero estaba muy enojada. No podía hablar, estaba a punto de explotar, cuando sintió que Robert la penetraba y luego salía y se quedaba mirándola. Sabía del disfrute que le causaba verla luchando con sus emociones y con el deseo de que la penetrara una y otra vez. Hasta que no aguanto más, el deseo de María ganó la pulseada, tomó el miembro duro con las manos y lo introdujo en su vagina.

Robert la levantó y quedó sentado en el borde de la cama con ella sobre él, cabalgando, moviéndose al unísono. La hizo gozar hasta que no pudo más y, cuando estaba a punto, gritaron juntos en una intensa explosión de placer.

María quedó allí, llena de vergüenza. ¿Qué diferencia había entre la puta de la tarde y ella?

Salió de encima de él, y sin mirarlo a la cara, enfiló hacia la puerta. Morgan le ganó de mano.

—Tenemos que conversar —le dijo.

—No lo creo —agregó ella, ofendida.

—La mujer de la tarde es la que me provee sexo desde siempre. Tiene que entenderme. Este es el lugar donde vivo. Mi gente. Usted apareció un día y me cambió el rumbo, pero tiene que comprender y saber esperar.

"¿Qué tengo que entender?", pensó María. ¿Acaso lo compartirían…?

Aclarado el tema para Robert, con esas pocas palabras, salió de la habitación no sin antes estamparle un beso en la boca y un pellizco en un pecho.

"¿Eso es todo?", pensó María y se quedó allí tendida, aun temblando

de placer.

Salió corriendo y lo alcanzó en la cocina.

—A partir de hoy, usted duerme aquí, en su cama, conmigo —agregó bien altiva, mirándolo de frente.

Morgan la miró con una sonrisa.

—Sí, Capitana —dijo, divertido, le gustaba mucho cuando esa mujercita se imponía.

“Listo”, pensó María, “asunto terminado, la puta tendrá que buscarse otro barco”.

Los días pasaban fluidamente, Francisco estaba entusiasmadísimo con la limpieza de la quilla del barco. Se pasaba el día entero en el lugar. Mientras que María ya había puesto sus manos en la tierra y la huerta florecía en sus frutos. Paquita se encargaba de que la casa estuviera limpia, barrida y desinfectada. En esa isla había una inmensa variedad de bichos y mosquitos.

Robert admiraba los cambios en su casa, la huerta que ya empezaba a dar sus frutos, casi todas las semillas que habían traído estaban cuajando. Siempre estaba el fuego prendido, las cortinas limpias, los orinales brillantes. Se notaba que había una mujer. “Se siente lindo”, pensó.

Todas las noches, luego de la cena, caminaban hacia la orilla del mar. María se sentía maravillada. Robert le contaba acerca de los misterios de las estrellas y el océano. Le explicaba cómo se convertían en sus guías, indicándoles el camino a seguir, cuando estaban solos, únicamente rodeados de agua. Ella lo escuchaba deslumbrada, le costaba creer que el cielo pudiera hablar tanto como para indicarles el rumbo a seguir cuando estaban en el medio del mar.

María sabía que esa tranquilidad se acabaría cuando el barco zarpara nuevamente. Robert se iría y eso le producía tristeza. Pero se había propuesto vivir el momento, era la única forma de que el pasado no la atormentara y el futuro no la angustiara. Solo vivir, disfrutar de Robert, de su amor, de ese lugar tan hermoso, de la libertad, del mar. De su propio proyecto de vida.

Una nueva ilusión

Había hablado con Charles Read, y con la influencia de Robert, tenía el permiso para poner “El Almacén de María” pero ahora sería una taberna con panadería y pasteles y algunas cosas extras… Ella le daría un toque diferente, algo característico del lugar. Francisco y Paquita estaban muy comprometidos con la idea. Ya sabían cómo era el trabajo y se la pasaban discutiendo ideas nuevas para aplicar en el negocio. Francisco sugirió que debían cambiar el nombre, “El almacén de María” ya existía y luego agregó:

—“El Almacén de María” es parte del pasado y allá tiene que quedar, yo propongo que el nuevo almacén se llame “La Capitana”.

María rió. Nunca había escuchado algo tan ridículo. El resto aplaudió la idea.

El tiempo pasaba. María disfrutaba, por primera vez en su vida, caminar por las calles, libre, tranquila. A pesar del poco tiempo que llevaba en la isla, sentía el respeto de la gente hacia ella. Es que era la mujer del capitán. Todos sabían que ella era la dueña del corazón de Morgan, y eso le daba una ubicación especial en la sociedad del lugar.

Robert también reflexionaba sobre su propia transformación desde que María había subido a *La Esmeralda*. Se pensaba en su bravura, en la razón que lo había llevado a convertirse en un corsario al principio, cuando su padre le heredó el permiso de corso. En la transformación, luego, cuando decidió instalarse en la isla. La entrada de María a su vida le había hecho evocar sus orígenes. Una mezcla de furia y amargura lo invadió. Esta mujer era un recordatorio de su madre, del amor, de la vida en familia. Cosas que había dejado hacía mucho tiempo y ni siquiera pasaba por su mente volver a sentir. Pero ahora…

estaba ocurriendo. Eso lo hacía sentir un poco inseguro. Pero era feliz.

El recuerdo de su madre muerta en los brazos de su padre, el viejo pirata Morgan, lo invadió, lo hizo sentir enojado y vulnerable. Nunca supo bien por qué la habían matado, lo que sí le había quedado claro era que se trataba de un mensaje para su padre, quien no volvió a sonreír hasta el día de su muerte. El recuerdo de su dulce madre lo abrazó, lo entibió. Era una mujer hermosa, acompañaba a su padre donde fuera. La recordaba parada en la proa, linda, fuerte, decidida, pero al mismo tiempo tan dulce. Justo como María. “Ay, María…”, pensaba Robert.

El gobernador Read seguía las normas de su propia doctrina pero no fallaba en mandar regularmente las regalías a Inglaterra. Eso le permitía gobernar cómodamente, era querido y respetado en la isla. Además era muy amigo de Robert, compartían botellas, mapas y algunos tesoros. Morgan lo ayudaba a poner los precios a los barcos que querían pasar por allí. Algunas veces esos valores los cobraban en mercaderías. Dependía mucho del tipo de embarcación y de lo que llevara a bordo.

Gracias a la amistad entre Morgan y Read, pudieron ir armando lo que sería el nuevo almacén.

En la parte principal de la isla, al lado del burdel, había una construcción desocupada, casi en ruinas, con un cuarto arriba y una ventana grande con una vista extraordinaria de la isla y del mar.

—¡Vamos!, tengo una sorpresa para ti —le dijo una tarde Robert con el rostro iluminado.

María salió de la casa contenta, no se imaginaba qué podía ser.

Cuando llegaron y Robert le contó lo que había estado haciendo, a María se le llenaron los ojos de lágrimas. Pero cuando subió por la escalera y vio el paisaje, el mar y los barcos, ya no pudo contener el llanto. Lo abrazó con fuerza, le agradeció muchas veces al oído. Bajó por las escaleras, salió a la calle, miró hacia arriba y lo supo: esta vez sí lo lograría. Sintió el placer de estar acompañada, de ser amada, libre. Era feliz. Había mucho trabajo por hacer. Pero eso era lo de menos.

Mientras todos los hombres del capitán Morgan trabajaban

intensamente en “El almacén de la Capitana”, ella ya pensaba en el próximo viaje de Robert, en el momento en que se subiera a *La Esmeralda* y zarpara a otra aventura.

Fue un tiempo hermoso ver cómo cambiaban las maderas. Pedro, el contramaestre de *La Esmeralda*, tomó el trabajo bajo su propia responsabilidad. Cada día se veía más armado. Al poco tiempo “El almacén de la Capitana” estaba listo.

Cuando María vio el cartel, los nervios le hicieron sentir su estómago. Era todo real, pero temía que terminara en una tragedia. El letrero estaba pintando de verde oscuro y las letras claritas resaltaban: “El almacén de la Capitana”. Colgando de un hierro forjado, se movía al compás del viento que venía del mar. Adentro, mesas y sillas y un gran mostrador y exhibidor de madera. A un costado, la panadería y comestibles, y en otro el lugar para la mercería y telas.

María ya había contratado a algunas prostitutas del burdel de al lado, tres de ellas para que trabajaran en la cocina y otras tres con las telas. Las mujeres estaban contentas de haber sido convocadas para ese trabajo y María, en persona, se había comprometido en enseñarles todos los oficios.

Estaba feliz, todo en “El almacén de la Capitana” estaba en su lugar.

Esa tarde las puertas estaban abiertas por primera vez y enseguida se llenó de gente.

María y Francisco, sentados codo a codo en la escalera, observaban absortos cómo los hombres y las mujeres, todos juntos, allí, disfrutaban de la vida, de la música, de las tortas, del ron, del whisky, del chocolate, del café.

Cuando Robert entró y los vio a los dos sentaditos en los escalones, se quedó disfrutando de verlos ser felices. Se lo tenían merecido. María levantó la vista y le sonrió agradeciéndole con la mirada. Nada hubiera sido sin él: Robert Morgan.

La primera semana del almacén fue fantástica. Tanto así que tuvieron que contratar a más personas. María, Paquita y Francisco eran los maestros de los oficios, se encargaban de enseñarle a la gente a atender, cocinar, amasar y coser.

Francisco, por su lado, cuando tenía tiempo libre, les leía a sus nuevos amigos piratas, y a los que les interesaba, les enseñaba las

letras.

María no dejaba de sorprenderse por la forma en que vivía la gente en el lugar. Eran felices así. Los primeros días le parecía todo un poco descontrolado. Las mujeres andaban, por ahí, sueltas de ropas, cuando se iban del burdel a algún otro sitio, pero a medida que pasaban los días iba comprendiendo cómo era. Eso era vivir en libertad.El almacén ya estaba funcionando. Uno de los mejores clientes que tenía era el gobernador Charles Read, quien se maravillaba de ver cómo María lo llevaba adelante.

Todas las reuniones que organizaba pasaron a hacerse en el almacén. Era muy gracioso ver cómo tomaba ron y lo acompañaba con pastelitos.

Incluso había declarado propio un rincón del local y allí comenzaron a resolverse la mayoría de las cuestiones políticas de la isla, los permisos para los barcos, las tasas de impuestos. Allí se organizaba la distribución comercial de las diferentes mercancías que llegaban y que luego salían con nuevos dueños. Incluso, cuando se producían algunos disturbios por embarcaciones que se negaban a pagar sus impuestos para seguir, allí acudía a buscarlo, a cualquier hora, el jefe militar. Los asuntos más importantes de la isla terminaban resolviéndose en ese rincón de “El almacén de la Capitana”.

Una mañana, mientras María estaba en el mostrador, llegaron dos sargentos en busca del gobernador. La joven les indicó que tomaran asiento en la mesita que tenía reservada para él mientras mandaba a buscarlo. Se sentó un rato a conversar con ellos pensando que sería productivo oficiarle de asistente al gobernador. Después de todo, estaba en deuda con él y se trataba del mejor cliente que tenía.

Los militares, que estaban bastante alterados, le contaron que habían llegado noticias de posibles invasiones. Pero no con el fin de apoderarse de la isla, sino que tenían previsto asaltar el fuerte y llevarse la pólvora y las armas.

María, luego de escuchar atentamente, comenzó a pensar en voz alta y a delinear algunas ideas. Cuando llegó el gobernador y escuchó las sugerencias de María de trasladar toda la pólvora a otra isla, solo agregó que lo óptimo sería convertirla en ladrillos de manera de poder trasladarla con comodidad. Charles, basándose en las ideas de María,

les había dado la solución que habían ido a buscar. Eso lo puso muy contento y le produjo cada vez más confianza en la joven.

Por su lado, Robert ya tenía las coordenadas necesarias y los tiempos listos para salir en busca de su próxima presa. La embarcación que llevaba el siguiente botín, y que debían seguir, ya había zarpado de su lugar de origen. Era solo cuestión de tiempo. Se resistía a hablar con María, la veía tan feliz con su almacén, implementando ideas nuevas al lado del gobernador, pero sabía que en algún momento iba a tener que hacerlo, el tiempo acuciaba.

Ese día María se enteró de la noticia de la peor manera: mientras estaba en el almacén escuchó a Charles comentar que *La Esmeralda* estaba a punto de partir. El barco chino ya había zarpado y estaba en camino. Una nube negra tapó su existencia. A pesar de que ella ya sabía que tarde o temprano iba a suceder, no quería enterarse. Se hizo la noche en su corazón.

Ya todos enterados de la novedad, se quedaron a comer en el almacén. María, Paquita y las muchachas cocinaron allí. Charles, el jefe de armas y otros invitados se unieron a la gran comilona. Invitaba el capitán Morgan.

Conversaron, bebieron y varios, con disimulo, se retiraron al burdel. Claro, luego pasarían mucho tiempo en el mar. Había que aprovechar. Cuando terminaron con todo, partieron en el carro, menos Robert que los acompañaba, al costado, montado en su potro.

Ya en la casa, y recostados en la cama a la sola luz de la vela, María y Robert se quedaron conversando. El capitán le preguntó detalles de su partida de Buenos Aires. Y entonces María creyó que ya era tiempo de contarle todo. Robert se iba al mar. No sabía cuándo lo volvería a ver…

Respiró profundo y comenzó desde el principio, desde que la encontraron siendo aún un bebé. Veía cómo se transformaba Robert a medida que avanzaba en el relato: la abrazaba, pegaba puñetazos en la pared, se pasaba la mano por el cabello. María le contó todo lo que le había hecho Rosaura. Cómo la habían vejado tantas veces, en diferentes momentos. Cómo la había salvado Francisco. Le habló de su amigo entrañable, el padre Andrés.

Robert la admiraba cada vez más. “Está viva de casualidad”, pensó.

En un momento de la noche, se levantó, buscó dos copas y una botella de licor. Le ofreció una a María, antes de que siguiera con el cruento relato.

Las lágrimas contenidas rodaban por las mejillas de María. Robert se las secaba con sus besos.

—¿Qué pasaría si mañana se aparece Edward por aquí? —le preguntó Robert mirándola fijo a los ojos.

—Edward es parte de mi pasado, lo amé y mucho. Y siendo sincera, no sé qué pasaría. Solo su recuerdo me estremece. A veces pienso que es un cobarde que no supo buscarme y luchar por mí. Otras veces creo que yo soy la culpable por meterme en el medio y no entender bien las normas de una sociedad. Tal vez solo quería tener todo lo que tenía Rosaura.

Esa no era la respuesta que esperaba Robert, pero apreció su sinceridad. "¿Acaso tendré que ir hasta Buenos Aires a matarlo?", pensó. Frunció el ceño y rascó su nariz.

—Pero no se preocupe, capitán, Edward es demasiado cobarde para venir hasta aquí.

Luego le pidió a Robert que le contara de su historia, de su origen. Cómo había terminado allí, en Nassau.

Entonces Morgan le contó de su Gales, de sus madre y su padre, de su infancia.

—¿Su madre era pirata? —le preguntó sorprendida.

—Sí, ella iba donde iba mi padre. Se amaban mucho.

María lo miraba con dulzura.

—Esa mirada suya me recuerda a mi madre. Era tan hermosa…

—¿Y su padre? ¿Qué pasó, cómo murieron?

—A mi madre la mataron para darle una lección a mi padre, quien nunca se pudo recuperar, pero sí la vengó hasta el último día que respiró.

—Qué tristeza...

Robert tragó saliva.

—Usted, María, me trae el recuerdo de ellos, de la familia, del amor. Y no sé si me gusta mucho.

A pesar del comentario, María se sintió feliz, muy feliz. Robert la amaba, y eso era suficiente para enfrentar cualquier cosa.

—No quiero que se vaya. O me voy con usted, como hacía su madre.

Robert sonrió y le dio un beso largo y húmedo en los labios.

—No, María. No voy a repetir la historia de mi padre, no estoy dispuesto a exponerla ante nada. Voy solo y usted se queda en custodia de nuestro almacén. Le prometo que este viaje es el último. Ya está acordado y hace tiempo que le venimos siguiendo el rastro a este barco. Cuando vuelva, nos vamos a casar y viviremos en Port Royal, estoy seguro de que es un lugar que le va a gustar mucho.

Ella lo miró con una sonrisa y lo besó en los labios.

—Usted se queda sola, así que ya le encargué a Charles que esté al tanto de lo que necesite. Me aflige dejarla y además me siento un tonto con todos estos sentimientos —le confesó.

—Yo lo amo, Robert, y estoy tan agradecida. Usted hizo mi vida diferente. Me gustaría que se quedara. Pero tenemos una vida que continuar aquí. Yo me voy a quedar, no puedo abandonar el almacén.

Robert sacó su anillo con la esmeralda de su dedo meñique y se lo probó a María en todos los dedos, hasta que encajó en uno. Ambos rieron.

—Le dejo este anillo. Cualquier necesidad, solo tiene que vender la esmeralda. Y si todo sale bien, cuando vuelvo, nos vamos de aquí.

—¿Nos casamos…?

—Si usted quiere…

—Sí, quiero, y quiero una gran fiesta con todos.

—María, ¿alguna vez siente deseos de regresar alguna vez a su mundo?

—No, Robert, nunca me imaginé nada de esto. No me imaginé terminar enamorada del capitán pirata que me trasladaba. Incluso pensé que ni siquiera llegaría con vida. Pero era tan fuerte el deseo de irme, la necesidad de estar tranquila, así, como ahora… Hoy me siento tan agradecida, tan feliz. Disfruto tanto estar en el almacén. Asomarme por la ventana y ver los barcos, imaginarlo allí, con su catilejo…

Robert interrumpió con una carcajada, abrazándola fuerte.

—Catalejo, mi amor.

Ella se quedó mirándolo, le había dicho “mi amor”.

Lo miró a los ojos y le dijo:

—Mi amor.

—No voy a permitir que nadie le haga daño. Nunca, se lo prometo. Y por favor, cuídese para mí. Espéreme.

—Ya empiezo a esperarlo. Lo que me tiene muy preocupada es Francisco y Paquita, ya tenían todo organizado para partir en *La Esmeralda*. Lejos están de quedarse conmigo en el almacén. Me siento desarmada sin todos ustedes.

—Francisco sueña con el viaje, me lo pidió antes de pisar esta tierra. Y Paquita quiere estar con el Cuervo.

—Es por eso que les dije que se fueran, que tienen mi bendición. Pero la verdad es que me duele aquí —le dijo, poniéndose la mano en el pecho, tocándose el corazón—. Por favor, cuídemelo a mi Francisco. Yo sé que nunca más se va a bajar de un barco. Pero aún es un niño, es mi niño. Y a Paquita. Son la única familia que tengo y me pone muy triste que se vayan. Pero están tan ilusionados, tan felices, que no puedo decirles nada. Solo apoyarlos.

—Mi amor, todos vamos a volver por usted. Y para usted. Ahora repasemos: ya sabe qué hacer si hay invasiones. Los ingleses, los españoles, los franceses, todos quieren apoderarse de esta isla. Si pasa algo, se viene a la casa. Todo se resuelve a la vera del mar, aquí va a estar a salvo. Cuídese para mí, por favor, no se haga la heroína y no haga tonterías.

—Usted se olvida que soy una sobreviviente.

—La verdad que sí —le dijo y le acarició el rostro.

María se quedó dormida en los brazos de Robert, estaba cansada. Además de la conversación que habían tenido, durante el día había preparado comida para el almacén y para que se llevaran en el barco, había organizado a las costureras y había estado en una reunión con Charles, quien últimamente siempre le preguntaba su opinión.

Robert acomodó su cabello y despacio comenzó a acariciarla, a disfrutar a su mujer relajada. Ella gemía dormida, sonreía, y él ya despojado de su ropa la seguía acariciando… Le sacaba una prenda y la besaba, siguió así hasta que la dejó desnuda. Se puso encima de su cuerpo, sin tocarla, y comenzó a recorrerla con los labios desde la cabeza hasta los pies. María ya estaba despierta y respondía a las caricias de Morgan.

Mientras la besaba en la boca, la penetraba con urgencia, sin

respiro. La quería para siempre. Quería estar dentro de su cuerpo. Quería llevársela puesta, no dejarla allí, sola. La seguía penetrando. Robert se sentó al costado de la cama dejando caer sus pies y la colocó a ella en su falda, con su pene adentro. La levantaba y la apretaba contra él. Deseaba que lo sintiera en lo más profundo de su interior. Besaba sus pechos con desesperación, mordisqueaba los pezones, los rozaba con los labios. María gozaba como nunca, con Morgan siempre descubría un lugar más de su cuerpo que la hacía estallar de placer.

Luego Robert se levantó, dejando a María sobre la cama. La figura de ese hombre parado, mirándola, erguido, con su pene dispuesto a penetrarla quedó estampada en las pupilas de María. Su cuerpo alto y marcado por las curvas de sus músculos le erizó los vellos. Morgan la tomó de las caderas y la arrastró hasta el borde de la cama, la levantó en sus brazos y María lo abrazó con sus piernas alrededor de la cintura. Allí parado, la penetró. La subía y la bajaba al ritmo de los gemidos de María. Se miraban a los ojos, se sonreían… eran uno. María sentía cómo su placer se extendía como una flor desde lo profundo de su vagina por todo su cuerpo. Sentía cómo Robert, con su virilidad, la llenaba y la hacía estremecer de placer con cada embate.

María, mientras tenía a su hombre adentro de ella, rezó para que no fuera la última vez.

Entonces la dejó sobre la cama, tenía que cambiar de posición para no derramarla por dentro y acabar con el placer. La miró unos instantes diciéndole lo hermosa que era. Se recostó desnudo a su lado mientras la rozaba con su pene tenso. Volvió a besarle los pechos, los pezones estaban en punta, listos para ser succionados. María no pudo más, se trepó sobre Robert, buscó su pene, lo acomodó en la entrada y se sentó sobre él. Morgan la tomó de las caderas y la hacía subir y bajar. Luego la dejó jugar. María comenzó a cabalgarlo, empujando el pubis y frotando su clítoris. El placer la enloquecía. Robert se incorporó ligeramente y quedó con sus pechos en la cara. Allí los atrapó y alternadamente besaba y chupaba uno y otro mientras que con ambas manos sobre las nalgas de María, la ayudaba a hamacarse. Se detenía con su pene adentro de ella, le sonreía y continuaba. Así hasta que ella se encorvó sobre él con un gemido interminable. Entonces Robert se derramó dentro de ella y la hizo suya, para

siempre.

El viaje

Llegó el día más triste. Todos debían embarcar en *La Esmeralda*. Paquita estaba parada, vestida de hombre, tomada de la mano con Francisco. Ambos sonreían. No podían dejar de saborear la libertad que les ofrecía el mar. Eso apaciguaba un poco la tristeza de María, quien se resistía a verlos partir. Temía no volver a verlos.

El último en despedirse fue Morgan. Caminaba hacia ella vestido de pirata: llevaba una chaqueta corta abierta hasta la mitad del pecho, cinturón ancho, pantalones ajustados y botas altas. Había reemplazado su sombrero de tres puntas por un pañuelo atado por detrás. Llevaba una espada y un arma colgando de su cintura. A la luz del sol, sus ojos parecían más claros de los que eran.

Se detuvo frente a ella, la tomó por la cintura, la abrazó y la besó en la boca por un largo tiempo. Los silbidos y aplausos fueron la música de fondo.

Los últimos en subir a la barcaza fueron Robert, Francisco, Paquita y el Cuervo. Morgan iba parado mirando a su amada.

María lloró en el muelle hasta que *La Esmeralda* zarpó. Se quedó con la vista clavada en el barco que llevaba a sus seres más queridos, hasta que desapareció en el horizonte. Le pidió a Dios que se los trajera de regreso, que los cuidara, que los protegiera. Estaba sola, otra vez.

¿Por qué no se había ido con ellos? ¿Es que estaba tomando las decisiones correctas?, todas esas preguntas y más, se hacía mientras caminaba de regreso hacia el almacén. Casi todos ya la conocían, era la mujer del pirata Morgan, era La Capitana.

Cuando llegó al almacén, el lugar atestado de gente, piratas, políticos, prostitutas, mujeres con niños, la animó un poco y enseguida se puso a trabajar.

Siguiendo el proceso que ya había comenzado, María se había convertido en la principal consejera del gobernador de Nassau. Luego de largas charlas y de verla resolver situaciones complejas, el hombre había visto en esa jovencita, además de su belleza, su inteligencia y su audacia. A pesar de su escasa edad, lucía adulta.

María había aprendido a leer mapas, a estudiar los permisos. Sabía qué barcos debían llegar, qué mercadería tenían que dejar, los impuestos que debían cobrar, incluso había descubierto ciertas irregularidades en los números que traía el contador y eso hizo que Charles confiara ciegamente en ella y la considerara su mano derecha.

Cada día terminaba exhausta. Cuando caía la tarde, se iba sola en su carreta hasta la casa. Todas las noches se dormía llorando. Los extrañaba tanto. Rezaba para que regresaran pronto, le pedía a Dios que los protegiera, a San Francisco de Asís que cuidara de su Francisco y de su Paquita. Cerraba los ojos ensayando imágenes del regreso, del encuentro con sus seres amados, de su vida junto a Robert, de una gran familia junto al capitán.

LAS COSAS PUEDEN CAMBIAR

Pasaron los días y las semanas y aún no había novedades. María ocupaba su tiempo trabajando.

El almacén no paraba de crecer, al igual que la imagen de la joven. Era la segunda de Charles, incluso para las cuestiones militares.

Todo seguía su curso, hasta que comenzó a sentirse enferma. Los dolores de cabeza a la tardecita, los vómitos a la mañana, la llenaron de angustia. ¿Acaso estaría enferma?

Fue con la madama del burdel, Leonarda, siempre había sido muy amable con ella y además conocía bien todas las pestes de la isla. Durante la conversación la mujer le hizo muchas preguntas a María. Al final, recogió su falda hasta las rodillas, se sentó bien cómoda, la miró y sonriendo le dijo:

—Tu capitán te dejó un regalito…

María se quedó sorprendida. Ella siempre pensó que no iba a tener hijos, nunca. Estaba segura de que algo andaba mal con ella.

—¿Preñada?

—Sí, ¿cuánto hace que no te sangra?

Y la verdad, es que hacía mucho. No llevaba las cuentas, pero… ¡No podía ser!, ¿embarazada?

Salió corriendo del lugar, luego de agradecer la hermosa noticia. Quería contarle a Robert, ya mismo. ¿Cómo aguantaría hasta su regreso? ¿Qué diría el capitán cuando se enterara de que iba a ser padre? Cuántas preguntas…

Morgan le había dejado un recuerdo, el mejor. Una semilla que maduraba en su vientre. Ella pertenecía solo a Robert y eso había quedado muy en claro.

Poco tiempo después, Charles cayó preso de una enfermedad

venérea. El destino del gobernador ya estaba escrito. Él mismo se daba cuenta de que se moría. A pesar de todos los intentos de los médicos, no pudieron salvarle la vida. María lo acompañó y estuvo hasta el último minuto de vida con él. Fue un golpe duro e inesperado para los habitantes de la isla. En su lecho de muerte, Charles hizo una última reunión con todos los líderes de la isla y dejó en claro que su autoridad y confianza recaía en las espaldas de María. Ella ya se había ganado el respeto de todos.

A raíz de la enfermedad del gobernador, María comenzó a fabricar ungüentos preventivos que les regalaba a las prostitutas. Enseguida se convirtió en referente para Leonarda. Luego de que fuera ella quien le diera la increíble noticia sobre su preñez, terminaron siendo grandes amigas. Después de todo, eran vecinas y ambas regenteaban los lugares más visitados de la isla.

Leonarda estaba muy agradecida con María ya que le proveía de los ungüentos, les hacía precios especiales para los vestidos de sus chicas y porque les ofrecía empleo a las muchachas que, a pesar de los preventivos, quedaban embarazadas, hasta que tuvieran a sus bebés.

Entre llantos y agradecimientos, María se despidió del gobernador, que le dejó varias recomendaciones para seguir adelante, él sabía que se moría.

La primera sugerencia de Charles fue que no notificaran su muerte a Inglaterra. Era una excelente oportunidad para quedarse con la isla, vivir bajo sus propios mandatos e independizarse.

María, con la ayuda de Leonarda y otros líderes del lugar, convocaron a una reunión en el almacén. Todas las personas que asistieron estaban allí por algo en común, buscando su libertad.La convocatoria, de boca en boca, fue un éxito. Allí estaban los capitanes de los barcos que atracaban allí, los corsarios, el jefe militar que estaba a cargo del fuerte, el contador. Las personalidades más influyentes ingresaron al almacén, la gente común se quedó parada cerca de la puerta. Estaban expectantes, tenían esperanzas.

Cuando el almacén estuvo lleno de gente, María se subió a una silla y comenzó a hablar, no había preparado sus palabras, solo fluyeron de su garganta.

—Esta reunión tiene como objetivo confirmarles lo que todos saben,

la muerte del gobernador. Charles fue una persona de bien. Ha brindado mucho a esta isla aun dependiendo de la colonia inglesa. Todos saben que la tranquilidad con la que vivieron hasta ahora, y que yo disfruto desde que llegué a este paraíso, fue gracias a él. También habrán visto que en su último tiempo en vida compartimos muchas charlas. Los más involucrados saben de mi participación en algunas decisiones. Por eso me tomé el atrevimiento de juntarlos aquí, para darles mi parecer, que en realidad, surge de las sugerencias que me dejó Charles antes de su muerte. Vengo de un sitio donde las personas solo tienen derechos de acuerdo al lugar donde nacieron, o del color de su piel. Un lugar donde los españoles están despojando a los indios de sus tierras, su cultura, su dignidad. Donde los esclavos, que son robados de sus casas en África, son llevados para trabajar hasta morir. Donde yo misma fui encontrada al costado de cadáveres sin identificación, y eso me elevó a la condición de criada, sin derechos.

María hizo una pausa y bebió un poco de agua que le alcanzó Leonarda. El silencio fue el dueño del lugar.

—Por eso no puedo dejar de aconsejarlos. Charles, antes de irse, nos dejó el terreno llano y fácil. Este es un buen momento para que ustedes, los lugareños, tomen la isla. Tomemos la isla. Yo también pertenezco a este lugar. Establezcamos nuestras propias leyes. A pesar de que este lugar aún sigue siendo un paraíso colonizado, no podemos dejar que vengan a tomarla de nuevo. Ingleses, franceses y españoles añoran estas tierras. No lo permitan. No lo permitamos. Para eso yo les sugiero que nos organicemos como comunidad. Aquí hay varios capitanes de barcos. Organicémonos como si fuéramos un barco a punto de zarpar, hagamos una lista con nombres de nuestra propia gente, elijamos gobernador, jefe del fuerte, jefe de mercancías, jefe de impuestos. Veamos entre nosotros quiénes se destacan en cada oficio y luego lo seleccionamos para que nos represente. ¿Qué les parece? Armemos nuestra propia doctrina. Los que ya cumplen las funciones y se quieren quedar haciéndolo bajo estas nuevas condiciones, ¡adelante!

—¡La Capitana gobernadora! ¡La Capitana gobernadora! —empezaron algunos a cantar a viva voz, luego otros se fueron sumando, hasta que fue un solo grito.

María se sintió un poco confundida. No esperaba esa reacción de la

gente. Solo quería orientarlos, nada más.

Se bajó de la silla y caminó hacia la mesa donde se reunían siempre con Charles, allí, sentados, estaban los principales. Tomó una copita de ron y la levantó lo más que pudo.

—Brindo por Charles, que descanse en paz. Y por nosotros y por nuestra isla —se tomó de un solo trago la copa entera. Tuvo que contener la tos con todas sus fuerzas.

—¡La Capitana gobernadora! —exclamó Leonarda y enseguida todos empezaron a hablar entre sí sin escucharse. María los interrumpió:

—Mi propuesta es que confeccionemos un listado con posibles nombres y luego elegimos. Tengamos en cuenta que la selección tiene que ser por el compromiso y la sapiencia que tenga cada uno y no solo por la simpatía que nosotros sentimos por esa persona. ¿Entienden? ¿Están de acuerdo? —decía mientras el murmullo de los presentes iba subiendo el volumen y tapaba su voz—. Hagamos la lista y votemos —continuó diciendo.

Luego de horas de dubitación, quedaron en reunirse nuevamente para debatir el listado.

Esa noche, solo ella sabía, cumplía veinte años. No tenía la certeza de haber nacido ese día, ni siquiera sabía quiénes eran sus padres, pero ese era el día que habían elegido con Francisco para festejar sus cumpleaños. Le dio mucha tristeza no tener a su lado a Francisco, a Paquita, a Robert, a sus hombres piratas… a su familia. Pensó en el padre Andrés, pero no quiso poner más nombres en su mente. Tuvo la pesada sensación de que había vivido varias vidas dentro de una sola.

Llegó a la casa que estaba iluminada solo por la luna. Prendió los fanales y las lámparas de aceite. Apenas estuvo adentro, luego de guardar el carro y llevar el caballo al corral, la lluvia llegó poderosa, fuerte, torrencial. Puso las ollas de lata en las goteras y se paró a mirar por la ventana cómo el viento, en complicidad con el agua, azotaba las palmeras y los árboles. Fue hasta la cajita donde guardaba sus objetos más atesorados, sacó de allí el collarcito de cuero con los nudos que le había hecho Francisco y agregó el nudo número veinte. Sintió una puntada en el pecho al recordar a su Francisquito.

No quería ser gobernadora de esa isla que le había traído mucha tranquilidad y felicidad. Tenía claro que su vida sería corta si aceptaba

ese cargo y que, además, Robert no estaría de acuerdo. Su intención solo era ayudar. Y ahora estaba esperando un bebé.

No podía. No debía y no quería.

Pero, como siempre le pasaba, la intensidad de sus emociones la llevaba hasta los estados más impensados.

Prendió el fuego, buscó una botella de vino seleccionado, tomó una copa de cristal y se sentó a ver la tormenta de agua y viento. Dejó la botella a un costado y comenzó a acariciar su vientre con ambas manos. Ese bebé ya había ingerido demasiado alcohol, pensó.

Allí estaba, sola, tan joven y con una isla prácticamente en sus manos. Se preguntaba si eso era lo que ella quería. Bueno, era lo que ella había generado. No había querido ser la Capitana, pero tampoco podía dejar de involucrase con las situaciones si sentía que podía aportar algo. Luchaba con ese sentimiento que siempre la metía en problemas.

No quería hacer un repaso de su vida, pero fue inevitable que los recuerdos la acosaran. Pero no por mucho tiempo, la criatura que estaba engendrado le recordó la vida dentro de la suya. Con la mano apoyada en su diminuta pancita, sonrió… Pensando en Robert, al lado de las llamas que trinaban, y con el fondo del viento que aullaba afuera, junto a la lluvia, se fue quedando dormida.

A la mañana siguiente, la despertaron el sol y el dolor de espalda que tenía.

Se levantó antes de que llegaran las ayudantes, no les quería decir criadas. Ella pagaba, y muy bien, por las mujeres que iban a su casa a ayudar con la limpieza, con la siembra y los animales. No había vacas. ¿Por qué? “Porque a los piratas no les gustan las vacas”, le había contestado Robert.

Hizo un recorrido por afuera, cuando venían esas tormentas, por lo general, hacían desastres. Para su tranquilidad, solo habían desaparecido un par de gallinas y se habían caído algunos frutos.

Llenó la tina con agua y esencias, luego se metió y se quedó allí acariciando su cuerpo un tiempo largo. Salió, acomodó su cabello, se puso un vestido color uva con un grueso cinturón de raso. Ese día tenía ganas de sentirse una señora.

Se daba cuenta, con enojo, cómo su carácter se estaba embruteciendo,

su vocabulario, sus modales, y eso no le gustaba.

Salió en su carro hacia el almacén que la esperaba. El día la esperaba. Eran momentos decisivos para los habitantes de la isla.

Dejó el carro en el establo y siguió caminando. El sol sobre la tierra mojada generaba barro y humedad. Ya la esperaban en la puerta. Abrió el negocio y cada uno tomó su posición de trabajo.

A los pocos minutos, se cruzó Leonarda y le pidió que conversaran en privado. Ambas mujeres se sentaron en una mesita cerca de la ventana, María la invitó con café y pastelitos.

—Anoche el capitán Stuart me dijo que los españoles están organizando un ataque a la isla, pero aparentemente, por otro lado, vienen los franceses. Eso está por ocurrir hoy… Stuart llegó apenas saliste, te buscó por todos lados y entonces vino a mí a contarme. ¿Qué hacemos?

—Comamos pastelitos —dijo María.

La libre invasión

La amenaza era real. Los franceses se habían adelantado a los españoles y llegaban a la isla por doquier. Los lugareños no tuvieron tiempo de organizarse y el caos invadió el lugar.

El jefe del fuerte intentaba cubrir todos los frentes. Habían escondido la pólvora y se habían distribuido con armas en diferentes lugares para repeler el ataque. Pero no tuvieron tiempo, enseguida comenzaron a sonar los estruendos, haciendo temblar hasta el piso.

La vegetación del lugar comenzó a teñirse de gris, desde lejos, los árboles parecían grandes chimeneas humeantes.

Ambas mujeres corrieron al segundo piso y se pararon una junto a la otra en la ventana. Desde allí pudieron presenciar cómo los barcos invadían el lugar. El humo y las llamas señalaban los puntos acertados.

María quedó allí parada, observando. Siempre había sabido que lo que estaba sucediendo era una posibilidad, pero nunca pensó que realmente pasaría. El paraíso, por lo general, siempre es paraíso, pero ahora estaba cubriéndose de llamas. Bajó la mirada y vio el caos, la gente corría, se chocaba, se desconocía.

María tomó del brazo a Leonarda y le indicó:

—Buscá a las chicas que nos vamos de aquí, ¡ahora!

Leonarda desapareció ante la orden. María bajó lo más calmada que pudo, haciendo muecas ante cada cañonazo.

Se llevó a las mujeres del taller y todas las que estaban allí colaborando con ella. Detrás, la seguía Leonarda con sus chicas. Caminaron en hilera cubriéndose la cabeza con los brazos hasta llegar al establo.

Apretadas en el carro, y siguiendo las instrucciones que le había dejado Robert, María las llevaba a su casa, lejos del mar. Al pasar

cerca del fuerte, lo vieron a Pierre, un amigo de Leonarda, que también estaba escapando. Pierre era tan querido como repudiado por su inclinación sexual hacia los hombres. Leonarda la interrogó sin palabras y María aprobó con la mirada. De un salto, Pierre trepó a la carreta y siguieron viaje. Apretados como panes en bolsa, llegaron a la casa. Desde allí solo se veían las humaredas que cada vez sumaban más.

Bajaron del carro y enseguida, antes de ingresar, María impartió órdenes específicas. Pierre se acercó a María y con delicados modales le dijo:

—Le agradezco mucho que me aceptara en su casa. Es un honor que no tengo muy a menudo. Para lo que necesite, soy su esclavo para siempre.

Estas últimas palabras robaron una sonrisa a María que enseguida le contestó:

—Los amigos de Leonarda también son mis amigos. Tranquilo y bienvenido. Apenados y abrumados ante el estallido de los cañonazos, rezaban para que no se trataran del enemigo. Se quedaron todos sentados, o mejor dicho, apilados, en la cocina de María mientras ella horneaba panes para todos.

Pasaron todo el día y toda la noche allí. Los primeros rayos de sol los descubrieron a todos dormidos al pie del fogón de la cocina.

María se despertó primero y salió. Detrás de ella, Leonarda y Pierre. El silencio era temible. Los tres, parados en la galería, esperaban escuchar el sonido de algo.

—Tenemos que ir a ver qué pasó —dijo María decidida.

—¡No! Ya pasé por esto —sentenció Leonarda y continuó—, debemos esperar un poco más. Es muy peligroso ir ahora.

María se salía de sí misma por saber qué estaba pasando y estaba dispuesta a pagar cualquier precio. Decidió que se iba a ir a caballo para ver… Leonarda puso el grito en el cielo y Pierre, sin aceptar ningún tipo de negativa, decidió acompañarla.

Luego de varios preparativos, tomaron algunas armas de Robert y se las colgaron en los cinturones, cruzando su torso. Salieron uno en cada caballo, en silencio, bajo la mirada compasiva de todas las mujeres que quedaban en la casa.

Los jinetes salieron despacio, expectantes. El camino hacia la costa se veía sombrío, estaba vacío. El silencio reinaba y solo era interrumpido por el piafar de los caballos que parecían anunciar lo que presentían.

Al llegar al poblado, al paso de los caballos, iban viendo los desastres. Las casas habían quedado destruidas, quemadas por el fuego. Se veían cadáveres tirados por doquier. María sentía, con cada cuerpo tirado en el piso, un pedacito de su libertad muerta. El despojo era absurdo… En el centro de su pecho sintió cómo todo volvía a la velocidad de la luz a su cuerpo, era como si el tiempo no hubiera pasado. No escuchaba lo que le decía Pierre, entre lágrimas y gritos histéricos. Otra vez la sangre comenzaba a hervir en sus venas. No podía dar crédito a lo que veía.

—Tenemos que regresar a buscar a todos. Tenemos que ayudar a esta gente —fue lo único que salió de su boca al tiempo que doblaba las riendas de su caballo y se regresaba sobre sus pasos, al galope.

Enseguida se organizaron. Abrieron las puertas del almacén con el fin de ayudar a los heridos. Habían juntado las mesas para poner sobre ellas a los que presentaban lesiones más comprometidas. María había sacado todos sus ungüentos e impartía órdenes. Las mujeres obedecían, corrían con agua caliente y trapos limpios.

María encontró al coronel del fuerte. Estaba muy malherido, pero le buscaba con la mirada. El hombre, muy lastimado, le sonrió y antes de desvanecerse en sus brazos le dijo:

—Logré salvar las armas y la pólvora. Los saqué en barco.

Luego de esas palabras, cayó sin vida.

El almacén se había convertido en una tienda de campaña.

EL PARAÍSO MALDECIDO

Estaban desmembrados y aún se rumoreaba del posible ataque de los españoles. En el almacén, María, con la ayuda de las chicas, intentaba curar a la mayor cantidad de personas posible cuando escuchó unos gritos de mando en inglés. Algo no estaba bien. Sintió un frío recorrer su espalda y fue retrocediendo. Cruzó su mirada con Leonarda y le hizo una seña. Ambas mujeres comenzaron a alejarse del lugar.

—¡¿Dónde está la Capitana?! —se escuchó la voz que la buscaba.

Enseguida, todos se dieron cuenta de lo que estaba pasando, y sin haberse puesto de acuerdo, cada uno le respondía indicándole una dirección diferente. Gracias a eso, María tendría tiempo para desaparecer.

Salieron por atrás y se encontraron con Pierre que venía a contarles todo. Escondidos entre los árboles, comenzaron a caminar al costado del pequeño camino. María pensaba y pensaba. Llevaba un bebé en su vientre, ¿qué hacer, qué hacer, adónde ir?

Recordó las palabras de Robert: “todo sucede a la vera del mar”.

—¡Vamos para adentro, al centro de la isla! —le dijo a sus dos compañeros.

Siguieron caminando y cada tanto se escuchaban los estruendos de los cañonazos que no solo retumbaban, sino también espantaban a toda la vida animal que salía disparada para cualquier lado.

Luego de una hora de caminata, María sintió una puntada en el vientre. Se sentó en el piso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Leonarda.

—No lo sé, tengo un dolor muy fuerte aquí —contestó tomando con su mano el bajo vientre—. Ustedes sigan, ya los alcanzo.

—¡No la vamos a dejar aquí solita! —aseguró Pierre y se puso en cuclillas al lado de María.

Cuando sintieron el movimiento que provenía del camino, ya era tarde, estaban rodeados. Un grupo de cinco hombres los apuntaba con variedad de armas.

Se quedaron los tres en silencio. Mientras los levantaron a los golpes, los ataron con sogas y los condujeron en el camino de regreso al poblado.

María les hizo señas a sus compañeros para que no hablaran, como si no entendieran el idioma. Pierre protestaba por lo bajo. Luego de un rato largo ingresaron al infierno nuevamente. Los hombres los llevaron al almacén. El local, de haber sido una especie de hospital de campaña, se había convertido en la guarida de los insurrectos. Habían asaltado el depósito sacando bebidas y comidas sin límites. En el taller, habían atado a los heridos con cadenas y sogas. Fornicaban ahí mismo con las prostitutas y luego las ataban nuevamente. Algunos ni siquiera les soltaban las cuerdas de las manos, las tiraban sobre la mesa y allí mismo las penetraban por todos los orificios disponibles hasta saciar sus deseos. Luego, las tiraban al piso, y como caían así quedaban. María cerraba los ojos para no seguir viendo, podía sentir en su propio cuerpo cada segundo de dolor sufrido por el resto.

La sangre hervía en sus venas al ver cómo destrozaban el almacén.

Solo trataba de concentrarse en pensar cómo salir de esa situación, e intentando no aturdirse con los gritos desesperados e histéricos de Pierre.

Se abrió la puerta y lo vio. Vestido de militar, tendría la misma edad de Robert, ¿quién era este hombre que la buscaba a ella? Un escalofrío raro le recorrió la espalda.

—¿Quién es la mujer del capitán Morgan?

Silencio.

—¿Quién es la mujer del capitán Morgan? O los degüello de a uno —espetó.

—Soy yo —dijo María tratando de levantarse y luego agregó— ¿y quién pregunta?

—Eso no le importa. ¡Levántese! —le ordenó con una patada, que lejos de dejarla parada, terminó por acostarla en el piso.

—¡Cobarde! ¿Por qué se mete con una mujer? ¿Por qué no me golpea a mí? —interrumpió Pierre tratando de sacar a la joven del asunto.

—Silencio, marica —le escupió y volviéndose hacia María—. Vamos, usted, levántese —le gritó propinándole otra patada en las costillas.

—¡Bruto! ¡No ve que la señora está embarazada! —gritó Pierre, al borde de las lágrimas—. ¡Más marica será usted, que se descarga con una mujer! ¡Cobarde, infeliz!

—Pero qué linda noticia me está dando —dijo sarcásticamente el militar.

En ese instante Pierre se dio cuenta de que había metido la pata.

María se levantó como pudo y con los gritos y amenazas de Pierre y los pedidos desesperados de Leonarda de fondo, se la llevaron a los empujones.

La sacaron con las manos atadas en la espalda y escoltada por los hombres a punta de mosquetones. Caminaba erguida detrás del desconocido que la guiaba. Cruzaron la plaza y siguieron hasta el muelle. Allí la subieron en una canoa y se acercaron a uno de los tantos barcos que habían invadido las calmas aguas de la isla. María trató por todos los medios de localizar alguna bandera, algún estandarte que le aclarara de quiénes se trataba. Tenía la sensación de que lo que estaba sucediendo era algo más que solamente una toma de territorio.

La subieron y la instalaron en lo que parecía el camarote del capitán de esa embarcación que tenía todo el aspecto de un barco pirata y no de infantería. Salieron todos y la dejaron sola.

Encerrada en ese camarote, María se preguntaba por qué el hombre que la había secuestrado vestía de infantería si se trataba de un pirata. La sospecha de que se trataba de un asunto personal contra Robert Morgan, cobraba cada vez más sentido. En ese momento, recordó la historia de los padres de Morgan, ¿se estaría repitiendo la historia?

Unos minutos más tarde apareció el mismo hombre, pero ahora vestido con unos pantalones de lienzo, chaqueta ceñida en la cintura y un pañuelo en la cabeza. Otro aspecto. Misma persona.

María lo observaba en silencio. Se sentó delante de ella mirándola de arriba a abajo.

—El destino es hábil, la venganza dulce y las causas justas. Mire lo que tengo aquí, justo delante de mí, y ahora de mi propiedad: la mujercita de Morgan y su herencia.

María levantó los ojos y se los clavó al desconocido.

—Cobarde, ¿quién es usted?

—¿Cobarde?, ¿por qué, mi señora?

—Solo un cobarde puede estar sentado ante una mujer atada. Desáteme las manos, ¿es que acaso me tiene miedo?

La provocación de María estaba comenzando a molestar al desconocido, pero ella no podía controlarla, no se trataba de un movimiento estratégico.

—No le tengo miedo a nada. Pero usted seguirá ahí y no me haga enfadar porque va a saber lo que es pasarla mal. Así que mi amigo Robert se enamoró. ¡Al fin! Ya me estaba agotando la espera.

—Yo no conozco a ningún Morgan, no he subido a un barco de piratas jamás y no sé de qué habla.

—¿Ah, sí? Y si ahora mismo empiezo a patear su vientre hasta que empiece a escupir sangre, ¿qué opina? ¿No se le refresca la memoria?

María entendió que ese no era el camino, si seguía provocando a ese hombre iba a terminar mal.

—¡Está bien! ¿Qué quiere? ¿Por qué me tiene aquí? ¿Qué tiene que ver esto con la invasión a la isla? ¿Cuál es su nombre?

—Cuántas preguntas, jovencita… Y, no, no tengo nada que ver con los españoles que quieren quedarse con tu isla —se quedó mirándola en silencio. Sonrió, se puso de pie, dio media vuelta y se fue.

María no podía determinar cuánto tiempo había pasado, pero sí había estado el suficiente tiempo en *La Esmeralda* como para darse cuenta de que el barco en el que estaba encerrada se estaba poniendo en marcha. ¡Se la estaban llevando! ¿Por qué? ¿Quiénes eran estas personas? Una sensación de impotencia la invadió completamente. Pensó en Robert, en Francisco y en Paquita. El miedo de haber perdido su vida en el paraíso la inundó. Asustada e impotente, relajó los hombros y bajó los brazos. Vencida.

El regreso de *La Esmeralda*

Cuando Francisco, apostado en el balde de cuero, en la punta del palo mayor de *La Esmeralda* enfocó la vista a lo lejos, su corazón se detuvo. La palidez bajó tan rápido como él rodando por los obenques, hasta aterrizar sobre la madera, a un costado de la proa. Se levantó y corrió a buscar a Morgan.

—Algo está pasando en la isla, la están atacando —le dijo, respirando afanosamente.

Morgan lo corrió del hombro tan bruscamente que casi lo tira al piso. Fue en busca de su catalejo y lo enterró en su ojo. Los barcos que estaban en el muelle humeaban como chimeneas. "¡María!", pensó.

Enseguida comenzó a impartir órdenes al timonel y al resto de la tripulación. Habría un cambio de rumbo. Una parte de los hombres escondería el barco y el resto se iría por mar hasta la isla sin ser vistos.

Robert decidió que Paquita, El Cuervo, Henry, Francisco y él serían quienes arribarían a la isla. Esperaron a que llegara la noche y partieron. El viento se hacía sentir fuerte y el rugido del mar completaba el oscuro paisaje. Hasta la luna se había ido.

A medida que se acercaban, el silencio y la incertidumbre de lo que podrían encontrar se apoderaba del alma de cada uno.

Escondidos y agachados, armados hasta los dientes, comenzaron a ver lo que habían dejado los españoles. Era claro que habían empezado la invasión por mar y luego por tierra.

Robert imploró a Dios por María. La había dejado sola. Se culpaba por no haber seguido su corazonada de que algo pasaría.

Llegaron y escondidos fueron al establo. Allí, los lugareños los pusieron a resguardo y al tanto de los sucesos.

Cuando se enteró de que en el almacén estaba funcionando la sede

de los colonizadores, un sabor amargo ahogó su garganta.

Salió del establo y enfiló al almacén por la calle apenas iluminada. Solo quería llegar y abrazarla. En hilera lo siguieron sus secuaces. Metros antes de llegar salió una mujer a su paso, y del brazo, lo guió detrás de una puerta de madera. Era Leonarda.

Detrás de él, y sin permiso, ingresaron Paquita y Francisco. Henry y el Cuervo se quedaron de guardia en la puerta.

—Robert, fue Gillian.

—¿Gillian hizo todo este desastre en la isla? —le preguntó.

—No, Robert, esos fueron los españoles. De todas maneras, Gillian aprovechó la invasión y en la confusión se robó las armas, bastante pólvora y se llevó a María.

Robert se puso de pie.

—Siéntese, Robert, hay más —le dijo y continuó—. Dicen que se la llevó a La Habana. Ahora trabaja para la corona española, el muy traidor. Eso es lo que pude escuchar.

Robert, enfurecido, salió de allí seguido por Francisco y Paquita que no cesaban de preguntarle qué había pasado, de qué se trataba todo eso que hablaban.

Se fueron al campo. En la casa de Robert seguían viviendo las mujeres que trabajaban con María y Leonarda. Ni siquiera las saludó. Entró a la casa y la recorrió tomando algunas cosas y salió. Encargó al Cuervo que repusiera agua y mercancías, ya que seguirían viaje a Cuba. Regresaron a *La Esmeralda*.

Una vez en el barco, se encerró en su camarote con Henry, Paquita y el Cuervo, luego se agregó Francisco. Robert les contó la historia.

—Gillian es un pirata malvado, mala persona. Su abuelo fue mano derecha de Edward Teach, el Barbanegra. Su padre fue un pirata muy reconocido y él un gran estúpido relegado por todos. Eso lo ayudó a crecer con un fuerte resentimiento. Nunca me perdonó ser el elegido de Charles sin tener una trayectoria marina como la de su familia. Nunca aceptó mi mando sobre la marina y se mantuvo a un costado. Siempre supe que alguna vez haría algo como esto. Tendría que haberlo matado —relataba Robert, indignado.

—Ahora nos vamos a Cuba, lo voy a buscar. Le voy a arrancar los testículos y los voy a colgar en la punta del palo mayor de su barco.

—¿Podemos entrar bien, sin problemas a Cuba? —preguntó Paquita que poco a poco iba entendiendo cómo era el asunto.

—No, tengo que pensar. Pero nos vamos esta misma noche.

La Habana

Luego del viaje, que se hizo eterno para los tripulantes, llegaron. Robert había ordenado dejar el barco a varios kilómetros de la isla de manera de no ser vistos. Primero, para que no los descubrieran y, segundo, para una salida más rápida.

Con quince hombres bien armados, más Paquita y Francisco que se negaban a quedarse en el barco, salieron en busca de María. Tenían que apoderarse de ella y salir de allí lo antes posible. Robert tenía muy en claro que no había negociación posible. Si lo atrapaban, tendría que pagar todas sus fechorías ante el gobierno español.

Caminaron horas por el borde marítimo, confundiéndose con la maraña de la vegetación y el lodo, hasta que avistaron las primeras construcciones. Tenían que llegar, traspasar la muralla que contaba con pocas puertas y reducidos horarios de ingreso. Luego, era necesario averiguar adónde la tenían cautiva a María, armar una estrategia para llegar hasta ella, robarla y salir de ese lugar que, por cierto, estaba muy custodiado.

Paquita tuvo la idea de integrarse a la comunidad como una más. La negra tenía el pelo muy cortito y vestía como un hombre. Aunque eso no opacaba la belleza de los rasgos de su rostro.

—Tengo que conseguir un vestido y listo. Yo me mezclo con la gente y averiguo.

Enseguida quiso sumarse Francisco, pero Robert se negaba a aceptar su propuesta.

—Nadie nos conoce a nosotros, no parecemos piratas. Es más, parecemos esclavos y aquí está lleno. Yo voy con Paquita a averiguar. Mientras nosotros averiguamos ustedes organicen el ataque. Tenemos que determinar cómo y dónde nos vamos a comunicar —dijo el

Cuervo.

—Yo también me voy con ustedes. No los voy a dejar solos. Ya la dejé a María una vez y me arrepiento todos los días de mi vida —sentenció Morgan, recordando lo sucedido con su padre y la muerte de su madre. No quería repetir la historia, por nada del mundo.

Luego de una larga hora de charla, llegaron a la conclusión de que se iban Robert, el Cuervo, Paquita y Francisco. Irían disfrazados, a incorporarse con los colonos del lugar y colonizadores para averiguar adónde la tenían a María. Henry se quedaría con el resto, organizados y listos para atacar o huir, lo que fuera necesario.

Se mezclaron con las personas que quedaban afuera de la muralla. Esclavos caídos en desgracia y algunos colonos. Tenían que esperar el cañonazo que avisara el horario de apertura de la puerta de la punta. Por allí ingresarían.

Habían robado unos canastos con mercaderías y con eso entrarían los cuatro, mezclados entre la gente, como colonos del lugar.

A pesar de la áspera vigilancia, tuvieron la suerte de que ese mismo día había atracado una galera con mucha carga y justo en ese momento la estaban ingresando al poblado. Pudieron pasar sin problemas, camuflados en el gentío y el regateo en varios idiomas, en un ambiente en el que todos hablaban a los gritos y nadie escuchaba.

Robert caminaba al lado de Francisco, y Paquita junto al Cuervo. Cuando llegaron a la plaza mayor, Paquita pudo sentir cómo la energía negra le pegaba en el centro del pecho. Allí sí había muchos esclavos. A pesar de las diferencias, el recuerdo de Buenos Aires la inundó con tristeza.

No le gustó nada y caminaba frunciendo el ceño. Podían verse transacciones comerciales de todo tipo en varios idiomas, esclavos corriendo detrás de sus amos. —Tenemos que llegar al fuerte. Seguro está allí. O tal vez en el castillo —dijo Robert.

Siguiendo la estrategia, vestidos como mercaderes, deambulaban por las inmediaciones de la fortaleza, hasta que Robert reconoció a uno de los secuaces de Gillian. Sigilosamente lo siguieron hasta una zona menos atestada de gente. Entonces Morgan se aproximó con disimulo, con su mano izquierda lo agarró por detrás y con la derecha le punzó la punta de un cuchillo entre las costillas. Con voz ronca le preguntó al

oído:

—¿Adónde la tienen a María?

El hombre empalideció al reconocer el rostro de Robert debajo de los harapos.

—Morgan, no sé qué le pasa, ¿de qué me está hablando?

Robert, sin dudarlo, empujó la punta del cuchillo en el torso del intruso, robándole un grito de dolor.

—Está en la casa del Marqués, Gillian se la regaló como esclava. No va a poder entrar, y si entra, no sale —le dijo con tono burlón antes de caer muerto a los pies de Robert, que apenas terminó de escuchar las últimas palabras, enterró hasta el mango la daga en las costillas del hombre.

Allí confirmó que definitivamente Gillian había vendido su bandera a los invasores. Robert estaba furioso. Cómo un hombre de herencia podía pisotear la tumba de sus ancestros paseándose de la mano del enemigo. Hombre sin honor. Sin orgullo.

El Marqués era reconocido en el lugar así que enseguida encontraron su residencia. Los españoles eran más burdos, la elite eran los franceses. El canto jeringozo de los esclavos, una exquisita ensalada cultural. Esperaron a que oscureciera y se escabulleron en la casa del Marqués. Se trataba de una vivienda grande y lujosa, y casualmente esa noche se celebraba una fiesta. Ingresaban los panzones con los trajes ajustados, las pelucas apelmazadas y los zapatos puntiagudos con tacos para adentro, caminaban como patos. También podían verse algunos vestidos con trajes al estilo francés, con puntillas en el cuello. Paradójicamente era un lugar de libre albedrío, con muchos esclavos desahuciados y explotados que trabajaban en las producciones de café, azúcar y cacao.

Esa noche allí estaba la asamblea colonial completa. Robert le ordenó a Francisco y a Paquita que se alejaran y que no se dejaran atrapar, serían vendidos como esclavos en un segundo. Él se quedaba con el Cuervo. Trataba por todos los medios de pensar dónde buscarla a María e inmediatamente se le ocurrió que con seguridad se había refugiado en la cocina. Mientras el Cuervo buscaba en el otro extremo de la residencia, Robert se fue directamente a buscarla allí.

No se había equivocado. Ahí estaba, rodeada de esclavos,

preparando la comida. Se la veía con el pelo recogido, descalza, con una bata de lienzo gris y con las manos enrojecidas de atizonar arriba del fuego. Se quedó observándola unos instantes. Lo despabiló el griterío que venía del otro extremo. Robert enseguida aprovechó el tumulto para coger por la cintura a María y salir corriendo de allí.

Cuando María lo vio venir, como un ave por su presa, abrió sus brazos con felicidad. El brillo de sus ojos pudo iluminar hasta la misma luz.

Cuando estaban ya en la salida de servicio, apareció Paquita corriendo, a los gritos y con lágrimas en los ojos.

—¡Lo agarraron a Francisco! ¡Lo agarraron a Francisco!

María quiso salir corriendo enseguida para regresar a la casa, pero Robert la detuvo en seco.

—Nadie vuelve. Vamos que las llevo y yo regreso. Confíen en Francisco. Ante el primer descuido se escapa y además, el Cuervo también está buscándolo.

—¡No lo vamos a dejar aquí solo! —gritaba María.

Ya estaban en las pequeñas callecitas de tierra.

—No lo vamos a dejar, María. Pero antes quiero ponerla a salvo, además Gillian no lo conoce a Francisco pero si nos descubre ahora, el final puede cambiar. Así que vamos y yo regreso. Busquemos al resto.

Mientras iban al encuentro de los otros, los alcanzó el Cuervo, que había buscado por todos lados y no había podido dar con Francisco.

Se encontraron con Henry y partieron todos al barco, excepto Robert, que regresaría solo por Francisco.

Volvió, como felino, al lugar donde había escuchado el disturbio. Pero ya no había nada. Todo había vuelto a estar en orden. Comenzó a averiguar, preguntaba a uno y a otro. Unas mujeres le contaron que habían atrapado a un niño negro que se estaba escapando hacia las montañas. Se lo habían llevado con una partida de insurrectos que se habían escapado de sus amos. Robert siguió indagando y también se enteró de que los había comprado un francés que cosechaba caña de azúcar en Haití. Se embarcarían en unos días. Las noticias corrían rápido en La Habana.

Robert se fue a la espesura a pensar cómo podía hacer para rescatar a Francisco. Era obvio que ya no se iba a escapar y si lo habían puesto

con los esclavos que se habían querido escapar, seguro lo habían castigado de lo lindo. Ese pensamiento le valió una puntada en el pecho. Se tomaba la cabeza y pensaba. Se imaginaba al niño trabajando en los cañaverales, comiendo una vez al día, recibiendo azotes, durmiendo a disposición de todo tipo de peligro. ¡No!, ¡no iba a permitir que el niño sufriera nada de eso!

Llegaron al barco, allí los esperaban, preparados para partir de inmediato.

María y Paquita se abrazaron en silencio.

—¡Mirate, Paquita! —y se reía de verla.

Paquita estaba flaca, como siempre, y alta. Su cabello trenzado y el color de su tez más oscuro por el sol dejaban sus ojos pardos lucirse. Habían cambiado hasta sus expresiones. La seguridad mandaba en el rostro de la negra, ahora su presencia se notaba. El Cuervo, que espiaba la conversación con los brazos cruzados, estaba muy orgulloso. Cuánto la amaba.

—¡Y usted, mi Capitana!, si no se la llevaban, teníamos gobernadora nueva —agregaba Paquita. Las dos mujeres se abrazaban y lloraban juntas, emocionadas por el encuentro, por lo vivido y también temiendo por Francisco.

María le contó de su embarazo. Le contó también que por ese motivo había apretado los dientes pero no había contradicho ninguna de las órdenes que le habían impartido. Entre charla y charla rezaban un rosario para Robert y para Francisco. A pesar de que a Paquita no le gustaban los santos católicos sufrientes, apoyaba a María y le coreaba las oraciones, se las sabía de memoria. De eso se había encargado el padre Andrés.

Por su lado, Robert, en La Habana, seguía los pasos de Francisco. Luego de mucho andar descubrió el lugar donde tenían cautivos a los esclavos listos para partir al día siguiente. Con mucha desilusión descubrió que allí no estaba el niño. ¿Dónde estaba? Tal vez se había escapado. Lo buscó usando todos los recursos posibles, pero parecía que a Francisco se lo había tragado la tierra.

Decidió regresar al barco con la ilusión de encontrarlo allí, abrazado a María. Pero no, Francisco no estaba. ¿Y ahora qué harían?

Aceptar y perdonarse

Para Edward la vida después de esa despedida, ya no volvió a ser la misma. Desde el momento en que supo que María había partido, ese dolor en el pecho no se fue nunca más.

Andrés estaba por salir a dar misa cuando sintió los pasos. Lo vio, si bien no lo conocía, sabía quién era.

—Padre, ¿puedo conversar unos instantes? En realidad me quiero confesar, y necesito que sea con usted.

A Edward le había costado mucho tomar la decisión. Había dado miles de vueltas, pero, al fin, allí estaba. Necesita hacerlo. No podía seguir con su vida de otra manera.

—Enseguida estoy. Pase.

Edward se arrodilló en el confesionario y esperó. No estaba seguro de exponerse así, pero era tanto el dolor que sentía que no sabía cómo seguir.

Llegó Andrés, se sentó, cerró la puerta y, luego de santiguarse, comenzó.

—Lo escucho.

—Padre, usted sabe quién soy. Y yo sé que María o Juana, como quiera, no se fue a Santa Fe. También sé que no voy a volver a verla. Antes de irse, ella me dejó una carta y me devolvió una cadenita con una medalla que yo le había dejado de regalo. Yo pensé que, como en las novelas, ella se llevaba algo mío y a la vuelta de la vida nos volvíamos a encontrar. Dios está siendo muy duro conmigo, por eso estoy aquí. Me muestra el amor y luego se lo lleva para siempre. Me castiga muy fuerte por no haber tenido el valor o por no haber sabido qué hacer en el momento en que Rosaura la arrancó de mis brazos, se la llevó e hizo que su vida cambiara para siempre.

Silencio.

—Padre, no puedo aceptar que no la voy a volver a ver en mi vida.

Silencio.

—Sé que estuve mal. La amo. La extraño. Me quedé con Rosaura por nuestro hijo. Usted sabe, Padre, que a ese angelito también se lo llevó Dios. Mi matrimonio con Rosaura ya no tiene sentido. Me voy de viaje, me voy a Italia a la casa de mi amigo Benicio. Pero ¿qué puedo hacer para poder dormir en las noches, para poder seguir adelante sin arrepentirme y culparme de haber perdido a Juana, de haberle arruinado su vida, de haberla obligado a irse. —¿Y Rosaura? —preguntó el padre Andrés.

—Ella está muy bien, no le gustaba mucho la idea de ser madre. Ya tiene sus ojos puestos en otro lado.

Silencio.

Al ratito se escuchó un ruido, la puerta se abrió, y en segundos, apareció el padre Andrés extendiéndole una mano.

—Venga, vamos a la sacristía.

Edward lo siguió en silencio.

Cuando estuvieron los dos, Andrés cerró la puerta, y antes de sentarse sacó dos copitas y las llenó con el vino de misa.

—Sé quién es usted. Muchas veces tuve el impulso de golpearlo y castigarlo, pero Dios apaciguó mi puño. Creo que lo que hizo, o mejor dicho, lo que no hizo, no fue con conciencia. Hoy me termina de confirmar su amor por María.

Edward se bebió todo el vino de su copa, sin respirar. Sus ojos estaban irritados de contener el llanto. Andrés continuó.

—María también lo amó, desde el día en que lo conoció. Pero, pobrecita, no entendía muchas cosas. Para ella los límites no existen. Es que ella misma no tiene límites. Nunca pudo entender cómo usted no se casó con ella desde el principio. Pero, bueno. Mire, Edward, no se lastime más, debe pensar que ella también conoció el amor gracias a su existencia. Pero ahora, debe aceptar. Esa es la palabra mágica que le va a cambiar la vida, aceptar.

—¿Aceptar qué?

—Aceptar que ella se fue y que usted debe seguir adelante. Tal vez en Italia conozca a alguien, se enamore y forme una linda familia.

Siempre estará María en su corazón. Tiene que seguir adelante. Algún día ella será un hermoso recuerdo en su vida. Si se queda enmarañado en los recuerdos y pensando en las cosas que debería haber hecho, pero no hizo, su vida va a quedar truncada.

Silencio.

—Tiene que seguir, Edward. Limpie su corazón y siga para adelante. No está solo, Dios siempre lo acompaña. Y si usted le permite, por medio de la oración, él lo va a ayudar a que pueda continuar con su vida.

Edward suspiró varias veces, como si con el aire que salía de su cuerpo, salieran todos sus dolores.

—Padre, ¿me puede dar otra copita?

—Sí, por supuesto.

Enseguida Andrés le sirvió otra copa y dejó la botella sobre la mesa.

—¿Dónde estará? ¿Quién la va a cuidar, a proteger?

—María siempre se cuidó sola, es una mujer muy fuerte.

—¿No me va a decir a dónde está?

—No.

—¿Usted va a volver a verla alguna vez?

—Sí —contestó Andrés seguro de lo que decía.

Ambos bebieron un minuto en silencio y luego Andrés le dijo:

—Me voy a dar la misa. Puede quedarse aquí todo lo que necesite y también puede volver a conversar conmigo todas las veces que quiera.

—Muchas gracias, padre —le dijo Edward extendiéndole la mano—. Acepto su ofrecimiento y me quedaré unos instantes más, en este lugar he encontrado, por fin, algo de paz en mi corazón.

Edward bebió dos copas más, mientras, desde la sacristía, escuchaba la misa. La voz del padre Andrés lo relajaba y la bebida también ayudaba.

Antes de que terminara la misa, se levantó y se dirigió hasta la acera. Cuando estuvo afuera, miró hacia el cielo, sonrió y siguió caminando hacia su casa.

Llegó a su casa. La buscó a Tomasa, y mirándola le dijo:

—Negrita, nos vamos, nomás —luego de esas palabras le tomó la frente con ambas manos y le estampó un beso.

Tomasa sintió un escalofrío recorrer su cuerpo, pero esta vez, de

buenos presagios.

Cuando Andrés terminó de dar la misa, regresó casi volando a la sacristía pero Edward ya se había ido.

Tomó la botella que había quedado arriba de la mesa y se fue hacia el patio. Se sentó en un banco, y mirando las estrellas, pensaba en cómo extrañaba sus escapadas gastronómicas a la casa de María. Cómo los extrañaba. Nunca se imaginó que le costaría tanto seguir adelante sin ellos. Las ganas de irse a buscarlos y estar con ellos eran cada vez más fuertes. “Después de todo un cura siempre hace falta”, pensaba. Esa noche se acostó bien tarde.

A la mañana siguiente lo despertó un capellán.

—¡Padre, padre! Dejaron un paquete para usted, está en la sacristía.

Andrés saltó enseguida de la cama y salió como estaba. No sabía quién podría enviarle un paquete.

Había una carta dirigida a él, una botella de vino y un sobre con dinero.

Abrió la carta y comenzó a leerla.

Padre Andrés,

Anoche, después de la conversación con usted, he podido dormir, ya no me acordaba cómo se sentía. Le agradezco mucho que me haya recibido. Me tomé el atrevimiento de enviarle esta botella de regalo y un poco de dinero para que vaya a visitar a su familia, María, Francisco y Paquita. Ellos están en la Isla Nassau. Al final me lo terminó de confesar José Rodríguez, que también trabaja para mí. Y creo que tanto para usted como para ellos va a ser una felicidad enorme el encuentro. Usted ya tiene una familia, únase. Y yo me voy a quedar tranquilo que la mano de Dios siempre va a estar protegiendo a María. Que Dios me los bendiga y que Dios me bendiga. Hasta siempre, padre Andrés. Le prometo que su palabra “aceptar” la rezo todos los días.

Con afecto, Edward Roy Cajal

El padre Andrés se quedó de una pieza, nunca había imaginado esa situación. Levantó la vista, miró la imagen del Cristo crucificado y le

dijo:

—Creo que en Nassau necesitan un cura, ¿me acompañás?

Francisco

Su cabecita no paraba de imaginar posibles situaciones de escape. No dejaba de lamentar que lo hubieran atrapado por un descuido. En un segundo había terminado preso.

A las horas de estar detenido, lo vino a buscar un desconocido y por unas pocas monedas se lo llevó. Fue a parar a un lugar donde había un montón de esclavos negros. Cuando comenzaron a trasladarlos todos juntos y atados, se dio cuenta de lo que estaba pasando. Sintió el miedo vibrar en sus vísceras.

Llegaron a una plaza y los dispusieron para la venta, los acomodaron y los lustraron con aceite igual que a un mueble. Comenzaron a pronunciarse las ofertas. Allí Francisco vio por primera vez al francés. Tuvo suerte, el hombre lo separó del resto para convertirlo en su esclavo personal. Mientras la subasta seguía, Francisco agradecía por lo bajo. El francés, Augustin Assetou Beaumont, seguía comprando esclavos para que trabajaran sus campos, tenía cañaverales en Haití.

Cuando terminó la venta, caminaba detrás de su nuevo amo. Se lamentaba de no haber aprendido el idioma francés. De todas maneras, Francisco confiaba en que prestando algo de atención, enseguida lo comprendería. Siguió en silencio su nueva suerte, detrás de ese hombre bajito y gordo, con la peluca blanca apelmazada, y zapatos de payaso.

Ingresaron a un lugar que oficiaba de hotel y se dirigieron hacia la habitación del hombre. Con palabras y gestos, le indicó que lo ayudara a desvestirse. Nunca lo había hecho en primera persona. Pero enseguida se actualizaron los recuerdos de su madre cuando ayudaba a desvestir a su ama, mientras él espiaba desde un rinconcito oscuro,

para que no lo descubrieran mientras la esperaba. Inmerso en sus pensamientos, no se había dado cuenta de que en la cama ya había alguien durmiendo. Se trataba de la esposa del francés y roncaba como chancho boca arriba, mientras Francisco acomodaba la peluca, luego prenda por prenda que apoyaba sobre una silla. "¿Cómo pueden llevar tanta ropa?", pensaba el pequeño.

Luego le pidió la bacinilla que estaba debajo de la cama. Francisco, con mucho asco, la extendió dejándola a tiro para que el francés, con su pene medio dormido en la mano, vaciara su vejiga con ese líquido fuerte y tibio que casi lleva a las arcadas al pobre Francisco.

Luego la depositó debajo de la cama y cuando quiso retirarse, su amo le indicó que durmiera cerca de él en el piso, por si lo necesitaba durante la noche. Francisco asintió con la cabeza, y cual lagarto, se escabulló a un rinconcito del cuarto, lejos de los hedores y sonidos de sus nuevos amos. ¿Nuevos amos?, pero si él no era un esclavo.

Al día siguiente trotó detrás del tal Beaumont sin descanso. Estaban ultimando los detalles para viajar a Haití, allí tenía los campos, no solo eran cañaverales del oro dulce, si no también, algo de café.

Ya tenían a todos los esclavos que habían venido a buscar, a último momento había agregado algunos extras que ya nadie quería. La libertad no era una opción, pero al francés eso no le importaba.

Luego de la captación, lo primero que hacían cuando llegaban a sus campos era la práctica de azotes y ayuno hasta llevarlos al borde de la muerte, luego los engordaba y los ponía a trabajar.

Mientras Francisco iba entendiendo cómo funcionaba, no podía dejar de lamentar su origen. Lo estaba quebrando saber que tal vez su abuela y otros parientes habían pasado, o estarían pasando, por todo eso. Una sed de justicia le empalagó la boca. Cerrando fuerte sus puños y conteniendo las lágrimas, seguía enterándose de lo que realmente era la verdadera esclavitud. "¿Qué tiene en la cabeza un hombre, que trata, sin razón, a otro hombre como un animal?", pensaba Francisco.

Estaba tan absorto enterándose de la vida de los pobres esclavos, que olvidó la urgencia y la furia por el escape que lo mantenía activo. Enseguida evocó en su mente la imagen de María, eso le daría fuerzas.

El día se pasaba atendiendo al amo quien lo reclamaba como si

fuera una extensión de su propio cuerpo. Cuando comía, lo quería parado detrás de él, cuando dormía, echado como un perro en la punta de la cama, cuando trabajaba, lo quería convertido en su sombra. El hombre le hablaba en francés, Francisco lograba entender algunas palabras, pero se hacía el que no comprendía nada.

Al final, el día de la partida a Haití había llegado.

Tenían que viajar un tramo por tierra hasta llegar al mar donde estaba el barco listo para zarpar. Francisco comprendió que, sí o sí, tenía que escaparse antes de subir al barco.

En un momento del viaje por tierra, la esposa del francés detuvo toda la comitiva, quería orinar. Era su oportunidad, cuando se distrajeron para satisfacer las necesidades de la señora, Francisco salió corriendo con todas sus fuerzas para donde pudo. El intento de escape duró menos de una hora. Lo trajeron de los pelos. Enseguida, Francisco se disculpó con todos, explicando que había salido corriendo a un hombre que pensó que venía a atacar a la esposa de Beaumont. No le entendieron mucho, y tampoco le dieron importancia al suceso.

Una vez que el barco zarpó, la tristeza invadió el alma del niño. Las lágrimas comenzaron a rodar sobre sus mejillas sucias. Trataba de prestar atención a las coordenadas del timonel, quería saber adónde se dirigían.

Cuando llegaron a la isla, Francisco se sorprendió por la cantidad y la extensión de los campos trabajados por esclavos que había en ese lugar. Agradeció al dios de María que no lo pusieran a cortar esas cañas que casi lo triplicaban en altura. Había entendido cuál era su trabajo y lo hacía a la perfección, tragándose las arcadas cuando tenía que sacar la bacinilla llena de las heces de su amo, quien comía y tomaba como si fuera la última vez en su vida. Sabía que debía rascarle la espalda cuando se lo pidiera, o la cabeza cuando tenía que andar con la peluca. Por suerte en el campo, eso no ocurría.

Francisco vivía con su amo en la casa grande y los otros esclavos dormían en los ranchos, a los costados de la vivienda principal. Solo pasaban allí un rato a la noche, ya que antes que saliera el sol, los llevaban a las plantaciones y los traían pasada la tardecita. Allí comían una mazamorra y alguna taza de café y eso era todo.

Lo más duro para Francisco fue comenzar a presenciar cómo su amo,

cuando estaba en las plantaciones, elegía a las mujeres más jovencitas y con su pubertad floreciendo. Luego, por las noches, el capataz sacaba de su rancho a la que había seleccionado el amo, y se la llevaba a una pieza detrás de la cocina en la zona de servicio de la casa. Allí el gordinflón las esperaba, ya desnudo. Las mujeres sabían que si se oponían, morirían de la peor forma que hubieran imaginado. A la última esclava que le mordió el pene, la dejó estacada al piso en el campo hasta que los animales se la comieron viva. Después de eso nadie le discutía nada al amo.

Esa noche, Francisco se propuso husmear lo que hacía el amo y allí, bajo la mirada escondida del joven, la chica se sacó la bata sucia y haraposa.

Francisco pudo ver cómo la pobre niña, que no tenía muchos años más que él, cerraba los ojos y entregaba su cuerpo, mientras que su mente se elevaba al lugar más lejos posible de ese momento.

El francés se hizo lamer el pene hasta dejarlo bien duro. Cada tanto, le ordenaba que se detuviera, no quería que el placer terminara rápido. Mientras la jovencita arrodillada, le succionaba el miembro enorme, el degenerado le tiraba de los cabellos y le agarraba la cabeza con las dos manos haciéndola ahogarse y atragantarse.

Luego, la empujó y con una sonrisa libidinosa, la sentó en brazos y la penetró con su verga gorda. Como su cabeza quedó a la altura de los florecientes pechos de la negra, se los mordía hasta dejarlos sangrando. Cuando estaba casi listo, se detenía otra vez y luego continuaba. Esperaba un rato y todo comenzaba de nuevo, ahora quería hacérselo por atrás. En ese momento, la negrita trató de impedírselo, pero era tan pequeña al lado del gordo, que no sirvió de nada, cuando la tuvo a tiro, le ensartó el pene provocando el grito desgarrador de la pobre esclava. Con una sonrisa producida por el placer de tener su miembro ajustado allí adentro, y sin preocuparse por el dolor que le ocasionaba a la joven, la fornicó hasta que tuvo ganas. Con un gemido gutural, se desgració violentamente adentro de la muchacha, luego la apartó con brusquedad y ordenó que se la llevaran.

Francisco, horrorizado por lo que había presenciado, se imaginó a toda la tripulación de *La Esmeralda* fornicándose a ese gordo

desgraciado. Solo esa idea le calmó un poco la sed de salir corriendo y ahogarlo en la noche mientras dormía. “No es una mala idea”, pensó.

Cuando Beaumont se acostó en su cama al lado de su abúlica esposa y se durmió, Francisco se levantó silenciosamente, tomó a hurtadillas algo de comida y una botella de ron, y se fue a buscar a la esclava que acababan de vejar. No tuvo que recorrer mucho, donde la había dejado tirada el capataz, allí había quedado.

Estaba en el piso, desnuda, en posición fetal. Francisco se sacó su bata, la envolvió con ella y la llevó hasta el rancho. Allí le ofreció comida que la muchacha rechazó, pero cuando le acercó el ron, le sacó la botella de la mano y se lo bebió todo de un solo golpe. Le agradeció con una mirada triste y se fue.

Francisco, jamás en su vida podría borrar esas horrendas imágenes de su mente. Tenía que irse de ese lugar. Nadie sobrevivía. Hasta el alma los abandonaba.

El rescate

Los tripulantes de *La Esmeralda* tenían una única misión: rescatar a Francisco. El barco había logrado zarpar de La Habana sin ser visto. Era la habilidad de los piratas que llevaba a bordo.

María observaba cómo Paquita manejaba el chafarote, cómo se colgaba de los obenques con la agilidad de un puma. Trabajaba en el barco a la par de toda la tripulación. El brillo de sus ojos le contaba a María cómo podía sentir la libertad en su propio ser. Se había convertido en un hermoso pájaro libre.

Robert había indicado al timonel que tomaran la ruta hacia Haití. Debían buscar al niño. Cuando Henry quedó al mando e informó de la decisión, toda la tripulación estuvo de acuerdo en colaborar con el rescate del niño. Es que Francisco era uno más del grupo.

Henry sentía que le faltaba algo. Ese niño curioso que estaba todo el día detrás de él, preguntando, hablando, tocando todo… Lo extrañaba.

Robert y Henry conversaron sobre las acciones a tomar, debían acelerar el proceso de rescate ya que se acercaba el mes de los huracanes y eso hacía muy peligrosa la navegación. Además tomaron en cuenta que *La Esmeralda* no estaba en perfectas condiciones porque en el último tiempo no se habían realizado las tareas de mantenimiento necesarias. El tiempo apremiaba.

Para María la experiencia de volver a navegar en *La Esmeralda* con Robert, y ahora con un hijo de Morgan en su vientre, le gustaba y la hacía sentir muy especial, pero la ausencia de Francisco y la preocupación por su destino opacaban cualquier sentimiento.

No era el momento para contarle a Morgan de su hijo. Ahora debían recuperar a Francisco.

—¡Tiene que traerme a Francisco de regreso! —soltó saliendo de su

letargo y regresando a la realidad.

—¡Por mi nombre, María! Ese pequeño se ha convertido en parte del oxígeno que respiramos —le respondió Morgan, colgado del pescante, con el catalejo en la mano.

Arribaron a la isla, sin ser vistos, de la forma en que sabían hacerlo. Robert y el Cuervo abandonaron el barco para ir en busca del pequeño. Henry quedó a cargo de *La Esmeralda* con la firme instrucción de que si no regresaban en cinco días, tenían que partir sin ellos. Eventualmente, luego de los huracanes, regresarían a buscarlos. María escuchaba las órdenes que impartía Morgan y se le estrujaba el corazón. ¿Cómo irse sin ellos? El rosario que daba vueltas en sus manos tenía las piezas tan gastadas, como sus dedos ampollados de tanto repasarlos con las oraciones.

Antes de desembarcar, María facilitó a Robert y el Cuervo un ungüento a base de alcanfor para espantar a los mosquitos y otros insectos ya que debían hacer un largo trecho por un camino con abundante vegetación. Avanzaban a tientas y sin más dirección que la que les brindaba la brújula. Debían internarse en la isla, reconocer el lugar y luego ubicar al francés, ya tenían todos los datos, estaban buscando a un poderoso y reconocido agricultor de apellido Beaumont.

Luego de acercarse al muelle, centro neurálgico del contrabando, enseguida consiguieron dos caballos y ropa nueva. También consiguieron un lugar para pernoctar en un hotel burdel. Decidieron ponerse nombres de comerciantes ingleses, ya que el idioma francés no lo dominaban a la perfección y eso los delataría.

No les fue fácil evadir los controles franceses, la mayoría de los comerciantes eran los propios galos que sacrificaban sus vidas para venir a hacer fortunas y luego llevarlas a sus tierras. Eso les complicaba las cosas. No les iba a ser tan fácil como se lo habían imaginado.

Llegaron a ubicar físicamente el lugar. Se trataba de una propiedad muy grande y fuertemente custodiada. Intentaron localizar a algún agente de comercio dedicado a comprar y vender esclavos, con el objetivo de rescatar por esa vía a Francisco, pero tampoco tuvieron suerte.

No les quedaba otra opción más que hacer el abordaje, pero ahora en tierra, como solo ellos sabían hacer.

Dedicaron un día completo a observar y registrar todos los movimientos del lugar, pero no lo habían visto a Francisco aún, eso los tenía un poco inquietos. Se prepararon, lo harían ellos dos sin más ayuda. Se llevarían a Francisco, pero… ¿Dónde estaba Francisco?

Montaron guardia en la casa grande. Cuando Beaumont ingresó a la residencia, lo vieron a Francisco caminar detrás de él. A Robert le vino a su mente la imagen de ese pequeño danzando en las gruesas sogas del barco, y verlo ahí, mirando el piso, cruzando sus manos, le estrujó el corazón.

Tenían que sacarlo de allí, enseguida. Solo les quedaban dos días, estaban muy apretados de tiempo, pero era necesario tomarse ese día para estudiar los movimientos del francés y atacar en el momento en el cual la guardia estuviera más relajada.

Tenían que avisarle a Francisco y la única manera era estar en contacto directo con él. Entonces, se presentaron como vendedores de esclavos a muy buen precio y pidieron una reunión con el francés para hacerle una interesante oferta.

Beaumont, que era un comerciante nato, pensó que no perdería mucho tiempo averiguando que tenían esos dos para ofrecerles y aceptó recibirlos a la tardecita.

Morgan y el Cuervo estaban sentados en una galería, desde allí la vista era esplendorosa. Dos esclavos, apuntalados en la puerta, custodiaban el ingreso a la casa.

Cuando apareció el francés y el pequeño Francisco caminando por detrás, ambos hombres tuvieron que contenerse para no salir corriendo a rescatarlo y arruinar toda la estrategia.

Cuando Francisco levantó la vista y vio quiénes eran los visitantes, no pudo disimular su sonrisa, estaba salvado.

Rápidamente, al ver que no tenían nada interesante para ofrecerle, Beaumont los despachó enseguida. Cuando se retiraban, el Cuervo, intencionalmente y como al descuido, tropezó con Francisco y aprovechó para poner un papel en su mano. Allí le indicaba qué hacer.

Esa noche se lo llevarían, pero debían hacerlo rápido y silenciosamente para que les diera tiempo de escapar. Francisco

rogaba para que esa noche el francés no tuviera ganas de fornicar por la fuerza a una de sus jóvenes esclavas, eso demoraría el proceso hasta pasada la medianoche. Para prevenir ese inconveniente, el niño fue hasta la cocina, y le pidió a una de las esclavas que le regalara un poquito de tintura de láudano para poder dormir.

—El amo me maltrata —le dijo. Él sabía que los esclavos se las ingeniaban para robar algunas cosas. La negra, compasiva, le dio una pequeña cantidad que fue a parar al plato de comida del francés y su esposa.

El matrimonio Beaumont quedó dormido como un tronco. Era la hora de irse. Era la hora de recuperar su libertad. Pero antes de salir, Francisco no pudo evitar cometer un gran error: "La venganza nunca es buena cuando la ejecutas en caliente", le había dicho muchas veces Henry. Pero él no podía irse y dejar a ese mal nacido haciendo lo que hacía con las negras esclavas. Pero la venganza siempre, siempre es un error…

Antes de salir, colocó una cantidad abundante de yuyos espinosos y venenosos dentro del calzón del francés y luego salió en puntillas del cuarto. Enseguida escuchó que Robert lo chistaba y corrió hacia él, apoyando la antorcha prendida en una de las cujas de paja que previamente había preparado. El cielo se iluminó con las llamas. Robert, el Cuervo y el niño salieron corriendo hasta donde tenían atados los caballos. Se armó tal revuelo que los esclavos, confundidos con los capataces, corrían para todos lados. No sabían qué priorizar, si buscar el culpable, apagar el fuego o poner en resguardo al francés.

La cadena de fuego que había armado Francisco enseguida dejó la casa completamente envuelta en llamas. Los esclavos huían, como hormigas, hacia las montañas. Los tres jinetes volaban por los caminos de los cocoteros. Detrás el fuego, la desgracia y también la libertad. Francisco sonreía pensando en la niña que estaría corriendo hacia su libertad. Él le había abierto una puerta y le había envenenado el pene al francés. Ya se podía ir tranquilo y regresar a su hogar con su familia.

Cuando llegaron a la población, el sol ya había despuntado y las nubes pesadas y grises ya lo estaban empezando a tapar. A Robert no le gustaba nada ese cambio climático tan brusco.

—¡Debemos apurarnos! Esto solo puede significar tormenta.

En pocos minutos se hizo de noche, cuando el sol debería estar justo arriba de ellos, el cielo pasó de gris verduzco a negro y comenzó a llover torrencialmente. Comenzaron a chocarse con una multitud que correteaba desordenadamente intentando cubrirse de la tormenta. Era la época de la furia del cielo y azotaba la isla sin piedad.

Dejaron los caballos. Todavía les faltaba un trecho largo caminando por los pantanos y la agitada vegetación hasta llegar al barco.

En sus pensamientos, Robert rogaba que Henry hubiera sacado a *La Esmeralda* de allí como le había ordenado y que no se hubiera quedado a esperarlos. Los remolinos grises empezaron a poblar el cielo. Tenían que resguardarse. El viento era tan fuerte que ya no podían casi moverse. Las gotas de lluvia comenzaron a convertirse en piedrecillas transparentes. Robert comenzó a buscar una depresión en la tierra, debían cubrirse enseguida. Pero no la encontraba. Caminaban los tres, con Morgan a la cabeza. "Ojalá que *La Esmeralda* se haya ido", era el pedido recurrente en la mente del pirata.

Cuando divisaron un rancho, salieron corriendo y se metieron enseguida. Apenas cruzaron la puerta, el cielo quedó a la vista, el techo salió volando hacia arriba. Salieron como pudieron y Robert divisó al frente los destrozos del viento, hacia allí fueron. Morgan pensó que por allí ya habría pasado.

Se recostaron en la hendidura del terreno, se taparon la cabeza con los brazos y a esperar.

¿Diez minutos, media hora o tres horas? No lo sabía. Estaba aturdido.

Robert se levantó despacio y solo vio desgracia a su alrededor.

Se tomó la cabeza con las manos, no veía a el Cuervo ni a Francisco. Revisó rápidamente su cuerpo para asegurarse de que no tenía ninguna herida de gravedad y comenzó a buscarlos. Se frenó de golpe. Lo que vio lo hizo desear volver el tiempo para atrás. Era el Cuervo, abierto de brazos hacia el cielo, ensartado en un palo a pique. Corrió entre los escombros. Era tarde. Estaba muerto. La tormenta se había cobrado la vida de su entrañable amigo. Pirata de mares conquistados, hombre fuerte. Allí estaba, sin poder dominar el tembleque de sus piernas. ¿Y el niño? Gritó el nombre de Francisco con todas sus fuerzas y siguió buscándolo desesperadamente.

Lo encontró acurrucado en el hueco que había dejado una palmera que el viento había arrancado de cuajo. El niño estaba aturdido. Lo levantó despacio y lo revisó. No le dijo nada del Cuervo. Caminaron hacia el otro lado. No quería dejar esa imagen macabra en su mente. Ya la llevaría él el resto de sus días. Su querido amigo, su compañero. El viento aún azotaba. Robert abrazó a Francisco y ambos empezaron a caminar. ¿Adónde? No lo sabían.

El regreso de la capitana

—Quédese tranquila, María, Robert sabe qué hacer. Nosotros nos tenemos que ir de aquí ahora mismo —le decía Henry.

—No podemos dejarlos en esta isla —María no paraba de llorar.

Henry, luego de intentar calmar a la joven, comenzó a dar las órdenes para zarpar urgentemente. Como habían acordado, en poco tiempo *La Esmeralda* estaba en el medio del mar.

Lamentablemente, por el sentido de los vientos, tuvieron que dirigirse hacia otro lado contrario al que pretendían, por lo tanto el viaje sería más extenso. Tanto María como Paquita andaban lloriqueando por los rincones. Sus hombres habían quedado en Haití. ¿Qué sería de ellos?

María se dedicó a rezar y a cuidar su beba, como decía ella. Estaba segura de que en su vientre, acurrucada, tenía una hermosa niña. Rezar y rezar para que los tres hombres regresaran sanos y salvos.

El viaje se comenzó a hacer pesado. La comida comenzó a escasear y Henry dudaba si debían regresar a Haití o seguir y ¿a dónde seguir?

—Henry, volvamos a Nassau, a nuestra casa —ordenó María—. Allí podemos reparar el barco, reponer mercaderías y regresar a buscarlos.

—Sí, Capitana —respondió Henry, las palabras de María representaban su pensamiento.

La Esmeralda ya tenía un rumbo definido, pero sus tripulantes no tenían el brillo especial que les producía usualmente la navegación. Andaban como alma en pena haciendo sus tareas.

Por suerte, y gracias a la habilidad de Henry, pudieron escapar de los posibles huracanes y no se enteraron de lo que había sucedido en Haití poco después de que ellos zarparan. El viaje no se sentía placentero y tampoco tenían la certeza de lo que estaba sucediendo en

Nassau.

Arribaron a la isla con un viejo permiso de corso que Robert tenía guardado en su camarote. Las gaviotas y los albatros le robaron una sonrisa a María. Era la bienvenida. Pudieron desembarcar sin problemas. Cuando María enterró sus pies en la arena, esa capa de fino cristal rosado, sintió que ese era su lugar en el mundo.

Henry organizó a sus hombres para poner a punto *La Esmeralda*; debían limpiar la quilla, arreglar las roturas y dejarlo listo para ir a buscar a su querido capitán, el Cuervo y el niño. Paquita acompañó a María hasta la casa, no sabían con qué se podían encontrar allí así que fueron armadas hasta los dientes.

Cuando llegaron, pudieron ver el total estado de abandono de la casa. Paquita, con la ayuda de María, aún en su estado de gravidez, se esforzaron en limpiar a fondo todo el interior y exterior de la residencia. Haciendo caso omiso de las náuseas producidas por la hediondez de las heces dentro de la casa, la lustraron hasta caer de rodillas del cansancio, pero finalmente lograron dejarla limpia. Después de todo, ese era su hogar, el de su familia. La huerta había sobrevivido, pero no había quedado un solo animal, solo los loros que ponían música y color al lugar.

Ya pasado el día, llegó Henry con noticias. *La Esmeralda* ya estaba en proceso de reconstrucción. Los españoles rondaban por Nassau medio confundidos. Si bien tenían el mando, la evangelización que proponían en la isla no estaba dando resultados.Estaban solo los tres. Henry, María y Paquita se daban ánimo uno a otro. María recuperó su cocina y Paquita hacía todo el trabajo pesado para aliviarla de los esfuerzos. Henry había traído un chungungo que fue a parar directamente al fogón insertado en una espada. Previamente lo habían cuereado y separado el cuero para secarlo. Era carne negra pero no menos sabrosa.

Solo los tres rodeaban la mesa iluminados por las velas y los candiles mientras compartían la comida.

—Mañana voy a hacer compras y a visitar el almacén. ¿Vamos Paquita?

—Seguro, mi amita.

—Yo no soy tu ama y nunca lo fui —le contestó indignada María.

—Cómo me la enoja la panza —rió Paquita. Enseguida se puso seria, estaba preocupada por el Cuervo, no podía dejar de pensar un solo minuto en él.

—Yo las acompaño —agregó Henry haciéndose cargo de ambas mujeres.

Sin el bamboleo del barco, cenaron y bebieron dos botellas de vino, que habían logrado rescatar, hasta quedar pipudos.

El sol despuntó la mañana y se notaba la falta del canto del gallo de Francisco. María decidió que ese mismo día compraría uno nuevo para que, cuando llegara el pequeño, lo tuviera.

El ambiente y la compañía de los animales silvestres le trajeron a la memoria momentos vividos con Robert en ese lugar tan hermoso. Por él y su niña tenía que salir adelante. Cuando sus dos hombres regresaran tenían que encontrar todo en orden.

Salieron los tres montados en el precario carro que había traído Henry la noche anterior. Iban en silencio, custodiados por el rugido del mar y el zumbido que producía el roce de las plantas entre sí meneadas por el viento.

Llegaron. Henry dejó la carreta en el establo y se ocupó de ir a comprar caballos nuevos y una mula. María no sabía bien con qué situación se iba a encontrar en el almacén. Estaba asustada y desconfiada, pero de todas maneras caminaba altanera con su panza bamboleante y su cabellera suelta, sin sombreros ni pelucas. Llevaba una falda larga y una blusa de percal. A su diestra, Paquita, con pantalones de lienzo, camisa y la cintura ceñida en un cinturón de cuero ancho del que pendía un chafarote. Su cabello lucía cortito pero con el largo suficiente para hacer una vuelta de rulos. Cada una en su estilo, hacían una combinación perfecta.

Cuando llegaron al almacén la impresión de lo que veían, fue como un golpe en la cara. Estaba todo destruido, no quedaba mercadería de ningún tipo. Antes de continuar más adentro, las interceptó Leonarda.

Les contó que ya no tenía más el burdel. Allí, ahora, estaban alojados los españoles. Las condujo a su precaria casita e ingresaron. La primera habitación tenía solo los muebles necesarios. El olor dulzón de las frutas maduras en la canasta sobre la mesita le produjo a María una sensación de náuseas que trató de disimular lo mejor posible.

Leonarda no estaba sola, tenía a dos de sus chicas con ella. Su tarea de cortesana era mucho más discreta que antes. En el fondo de la casa, habían acondicionado dos piezas donde daban placer a los hombres.

—Hay mucho tumulto, pero nada para preocuparse tanto, hemos pasado peores momentos —le contaba Leonarda—. Los militares de más alto rango son clientes de Rose, están enloquecidos con ella. Y por lo que Rose pudo investigar, no tienen idea de dónde están parados. Es cuestión de tiempo para que caigan como ratas.

María le contó que estaba yendo a recuperar el almacén, y enseguida las muchachas se pusieron a su orden para ayudarla. Eran un pequeño ejército de mujeres dispuestas a no darse por vencidas.

Tomaron posesión de lo que ya era suyo. Paquita se encargó de contratar algunos esclavos libertos para la limpieza. Por su lado, María y Leonarda fueron al muelle a regatear precios de mercaderías para llenar las estanterías del almacén.

El ambiente del poblado se sentía sombrío. Podían verse guardias por todos lados y había menos barcos en el muelle, pero la vida continuaba. María decidió hacer la vista gorda a los nuevos colonizadores y seguir adelante.

Era la Capitana, había regresado, un poco más panzona, pero había regresado. Algunos la observaban de lejos, otros se acercaban y le ofrecían su ayuda para retomar el almacén. Y así, con su bebé acurrucada en la panza, María se arremangó la camisa y se puso a trabajar.

Otra oportunidad

María había convertido la planta alta del almacén en su escritorio. Ya no más taller. En la planta baja, funcionaba el almacén con todas sus exquisiteces. Café, ron, chocolate, pastelitos, panes, lentamente todo retomaba su rumbo.

Una vez que estuvo lista *La Esmeralda*, Henry partió con toda la tripulación en busca de Robert, el Cuervo y Francisco. Mientras tanto, María, en la isla, daba a luz a su preciosa beba.

En la casa de María, estaba todo preparado, nada había quedado librado al azar.

Leonarda había traído a una curandera que hacía partos. María había preparado los ungüentos que ella creía que podría necesitar. Hasta había dejado tintura de láudano cerca, con todas las instrucciones a Paquita. Pero nada podía salir mal. Ya había roto la fuente y ahora restaba que la niña saliera.

La casa estaba atestada de mujeres, todas muy nerviosas. Eso había incomodado un poco a María, que era muy supersticiosa y temía que se tratara de un mal presagio.

Comenzaron los dolores. María se concentró tanto que la niña salió como escupida con un gran chorro de líquido amarillento y sangre. Enseguida la abrazó, estando aún conectadas por el cordón umbilical. Definitivamente ese fue el día más feliz de su vida. La curandera, junto con Leonarda y Paquita como asistentes, terminaron de limpiarla y la ayudaron a prender a la niña del pecho de su madre. María no podía dejar de sonreír a la vida, a la cantidad de emociones nuevas que ese pedacito de carne humana le estaba brindando. Cuando sintió el pellizco de las mandíbulas de su hija en su pecho, la cosquilla le hizo conocer el amor más profundo que hubiera sentido jamás. Esa

sensación logró opacar los dolores que sentía en su vagina y las puntadas extendidas por el útero.

Luego del nacimiento de Candela, Paquita se ocupó íntegramente del almacén unos días, y María se quedó en compañía de Leonarda, quien había dejado a Rose a cargo para poder instalarse al lado de la reciente madre. Habían contratado más personas para que las ayudaran. Así llegó a la casa una negra, Hipólita, que a María le recordaba cuando conoció a Paquita, y un matrimonio de colonos que ayudaba en la cocina para el almacén, la huerta y los animales que ya estaban acorralados al costado de la casa.

A partir de ese día los valores de María cambiaron para siempre. Esa ratita que tenía prendida de su pecho a toda hora la tenía enloquecida. Absorta, la miraba, la estudiaba, le hablaba todo el tiempo, le prometió amarla y darle una familia, siempre. Su hija no pasaría las penurias que había pasado ella. Ya lo había decidido, Paquita y el Cuervo serían los padrinos. Iba a tener un bautismo cristiano. No sabía cómo en ese lugar, pero ya vería. En ese momento lo echó de menos a su querido amigo el padre Andrés. Se imaginó la cara que pondría al enterarse de que tenía otra sobrina. Cómo lo extrañaba.

Pasó un largo mes. No había noticias de Henry ni de *La Esmeralda*. La pequeña Candela crecía rápidamente, era una niña muy despierta. Su tez, cada vez más blanca, tenía completamente pelada y redonda su cabecita y los ojos verdes vivaces y avispados.

María se preguntaba quién de sus ancestros habría tenido esos ojos. Pero claro, no conocía a nadie de su familia. Ella era toda su herencia.

María había empezado a concurrir al almacén, la pequeña Candela se quedaba al cuidado de Marquita. Candela lloraba media hora cuando María salía de la casa y María lloraba hasta llegar al almacén. Así comenzaba el día.

El dominio de las invasiones españolas estaba un poco más relajado. Habían establecido sus propias leyes, que ellos mismos transgredían, y las amoldaban a las conveniencias personales de cada uno de los líderes.

Leonarda quería pedirle a María que le diera una parte de la planta alta ya que quedaba mucho espacio sin usar. Quería instalarse allí con

sus chicas. Pero no se animaba. A pesar de que ya estaba establecida la amistad entre ambas mujeres, y Leonarda se había constituido como la cortesana mayor y más respetada de la isla, no se decidía.

Los días seguían pasando y las esperanzas de María de ver arribar a *La Esmeralda* se achicaban. Solo se miraban con Paquita, ninguna se animaba a ensayar una sola ilusión.

Una tarde apareció por el almacén un extranjero que acababa de llegar y había pedido una entrevista con María. Era un hombre alto, de mediana edad, que hablaba en un español muy rudimentario con un fuerte acento inglés. Vestía ropa informal, tal vez para pasar desapercibido entre los nobles de la isla, y se presentó como Arthur Brayden. María, antes de mostrarse, mandó a Paquita para que averiguara: era un estadounidense que se había instalado en la isla, pero que no venía solo.

Con precaución, pero bien altanera y segura, decidió que era el momento de atenderlo y, para darse importancia frente a la insistencia de Brayden por reunirse con ella, lo hizo subir a su escritorio.

—Le agradezco mucho que me reciba, señora —le dijo el hombre—. Me urge conversar con usted.

—Adelante —lo animó María y lo invitó a comunicarse en inglés. Para sus adentros agradeció todas las enseñanzas, incluyendo los idiomas, que le había transmitido el padre Bartolomé.

—Supe de toda su historia, lamento lo de su esposo, lo siento mucho.

—Va a regresar de un momento a otro —lo cortó en seco. Le había gustado que considerara a Robert su esposo, pero no que pensara que él había muerto. Enseguida pasó a otro tema—. Usted está instalado en la isla con su gente, según me informaron.

—Sí, señora. Se nos complica mucho el comercio dada la agudeza de los nuevos colonizadores españoles. Esta isla tiene su propia identidad, ¿no lo cree usted? ¿O al menos no lo creyó cuando la eligió como lugar para vivir, igual que yo?

María frunció el ceño.

—¿Qué es lo que usted quiere en realidad?

—Conozco y admiro mucho su historia, señora Capitana. Lo que quiero es su ayuda para derrocar a los españoles, y usted con su

marido pirata pueden seguir como antes, cuando el gobernador era Charles Read, y yo puedo comercializar y entregar lo que necesito a mi país. Estamos próximos a una guerra.

María no esperaba de ninguna manera que algo así sucediera, pero qué oportuno que era.

Brayden continuó:

—Yo estoy aquí, conversando con usted, porque sé que puso de pie a todos los habitantes de esta isla. Con su ayuda, mis hombres, mis armas y los colonos de nuestro lado mandamos a los españoles de regreso. ¿Qué le parece?

María lo escuchaba, pensativa, era muy interesante lo que proponía. Lo único que la preocupaba era el resultado, si fallaban, se acababa todo.

Se paró, fue hasta el borde de la escalera caracol, pegó su dedo pulgar al resto de la mano cerrada y emitió un silbido. A los dos minutos subió uno de los colaboradores del almacén y ella le pidió que le subiera dos copas y una botella de ron.

Con las copas y la botella en sus manos, sin tocar la mesa, sirvió una y se la extendió al caballero, que la doblaba y un poco más en edad, y luego sirvió la otra para ella.

—Por nuestra isla —brindó María, con la copa en la mano.

—Por mujeres como usted, Capitana.

El cumplido le agrandó el alma y le fortaleció el ego.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Brayden.

—La que usted quiera —le contestó María.

Luego acordaron organizar las reuniones a escondidas y fuera de hora y de la vista de los guardias. María ya sabía a quién convocar para reorganizar el fuerte.

Se pusieron manos a la obra. Leonarda se ocupaba, por medio de sus chicas, de obtener información y averiguar todo lo posible sobre los españoles. Todo empezaba a organizarse a espaldas de los invasores.

La rebelión

Leonarda, luego de una rápida y fácil conquista, había tomado en mano propia la atención del gobernador, quien no pudo resistirse a esas piernas largas y perladas. A pesar de su condición de madama, Leonarda tenía modos muy suaves y delicados que volvía locos a los hombres.

Lo esperaba en su humilde morada, con una bata suelta y completamente desnuda debajo de la misma. Apenas él ingresaba, ella le extendía sus manos y lo recibía. Gracias a sus favores, había logrado obtener información que además de servirles a los autores intelectuales de la rebelión, vendría como anillo al dedo en una reunión con chancho asado y vino. El gobernador, con la lengua suelta y medio borracho, le había contado a Leonarda que por las noches soñaba que la isla tomaba vida, que abría sus brazos y se lo tragaba. Además, le confesó que se despertaba muy mal y luego no podía volver a dormirse.

Leonarda, con su mente rápida y despierta, enseguida pensó en tenderle una trampa al gobernador. Aprovechando la situación, Leonarda le comentó de una curandera que preparaba unas infusiones especiales para esos sueños y le aseguró que luego de una semana de ingerirlos, ya no tendría más problemas.

Ya había pensado todo, la curandera iba a ser Rose y lo iban a drogar durante una semana para poder llevar a cabo el plan de recuperar la isla. Lo conversaría con María.

María, por su lado, estaba convencida de que estaban en el camino correcto. Arthur Brayden le inspiraba confianza. Era muy distinto a su querido amigo Charles, pero en el fondo algo en común tenían: el amor por la isla y por la buena vida.

El jefe militar ya había puesto a disposición de los soldados la pólvora y otras armas que habían estado bien protegidas en el escondite. Deberían trasladarlas a la isla. Mientras ellos organizaban el ataque, Brayden y María apresarían al gobernador y sus secuaces y los secuestrarían hasta que se rindieran todos. Luego, los mandarían a casa en un barco.

Esa noche, María durmió con Candela pegada a su pecho, piel con piel. Sentía su corazoncito latir. Era un momento mágico. "La magia de la vida", pensaba.

¿Y si algo salía mal? No podía salir mal. El gobernador era un pavo real y sus secuaces solo estaban interesados en comer, beber y fornicar todo el día. Los soldados estaban totalmente confundidos sobre quiénes eran los buenos y quiénes eran los malos. Quiénes podían ingresar a la isla y quiénes no. El asunto que la tenía más preocupada era la diferencia de tropas. Había, por lo menos, seiscientos o setecientos soldados españoles y Brayden había conseguido doscientos cincuenta soldados, ciento cincuenta mosquetes, a eso había que sumarle lo que conseguiría Richard y la población de colonos que sumaban otro tanto. De todas maneras, los españoles llevaban ventaja.

Luego de intensas reuniones en la oficina de María entre Brayden, el jefe militar y los cinco líderes seleccionados, la planificación estaba en marcha.

Por su lado, Rose había empezado a oficiar de curandera para el gobernador y había comenzado a administrarle los jarabes con opio que había preparado María. También había dejado listas unas gotas para poner en la bebida de los soldados. De eso se encargarían los colonos.

Además debían recopilar toda la información relativa a los horarios, las comidas, los descansos y las guardias. Al cabo de poco tiempo, ya estaba todo planificado. Cada uno tenía que ubicarse en su posición y todos sabían qué tenían que hacer.

Arthur y María, luego de tantas horas compartidas, se habían convertido en buenos amigos. Él podía ver la tristeza en los ojos de la niña esperando por su pirata y le había prometido que si salía todo bien, antes de comenzar con la organización de la isla, personalmente saldría a buscar a *La Esmeralda*. Con eso logró poner un brillo en los

ojos de María. Ella temía que si Henry aún no había regresado, era porque algo malo había sucedido.

Esa mañana se levantó un largo rato antes de que el sol apareciera por el horizonte. Candela había estado nerviosa toda la noche. Tal vez le dolía la panza, igual que a su madre. “Nerviosa la madre, nerviosa la hija”, le decía Paquita.

Era el día. Si bien no se trataba de la independencia de la isla, ya que de salir bien el plan estaría bajo el poder de los Estados Unidos, con Arthur como contacto, las cosas en Nassau podrían volver a ser como antes.

Abrazó y besó tanto a Candela, que cuando María salió, la dejó llorando y estirando los bracitos hacia su mamá que se iba caminando para atrás para no dejar de mirarla.

A la tardecita comenzaría el gran golpe.

María, Paquita y Franco, así le decían al jefe militar, secuestrarían al gobernador, a su segundo y sus esclavos. Mientras tanto, a esa hora, ya deberían haber hecho efecto las gotas administradas por los colonos en las diferentes bebidas y comidas que ingerían los soldados al medio día. Habían logrado dejarlos a todos con las defensas bajas y medio aturdidos.

Detuvieron al gobernador y a su segundo, los llevaron a la oficina de María y liberaron a los esclavos. Resultó una tarea fácil ya que el pobre hombre estaba totalmente intoxicado con la tisana que le había administrado Rose.

Los colonos se sublevaron todos, sin excepción, y gracias a la meticulosa planificación que habían hecho, la contienda no duró mucho. Los españoles no demoraron en rendirse. Sin tanta sangre derramada, bajo las órdenes de Brayden y sus hombres que enseguida se pusieron al mando de la isla, los subieron a todos a un barco y los obligaron a abandonar Nassau.

Ese mismo día, antes de comenzar con los festejos, María la llamó a Leonarda y la invitó a su escritorio.

—Querida amiga, me contó un lorito que te gustaría instalarte con las chicas justo aquí.

Leonarda se puso colorada. ¿Quién había osado traicionar su

confianza y contarle a María sus deseos?

María se dio cuenta de la incomodidad de la amiga así que retomó la palabra.

—A mí me parece una idea brillante. Acá hay espacio de sobra. Además podrías contratar más chicas. Al fin y al cabo es nuestra isla, le tenemos que dar todos los placeres a los visitantes, ¿o no? —le dijo con picardía.

Leonarda se acomodó en la silla, no quería ponerse a llorar como una chiquilla, pero se sintió tan conmovida por la actitud de María, que no pudo más, se levantó y ambas se fundieron en un fuerte abrazo lleno de amor y de negocios.

Una nueva etapa del almacén comenzaba.

Bajaron las escaleras. La gente ya bailaba en las calles, festejando.

María levantó una copa con ron, extendió otra a Arthur y propuso un brindis:

—¡Por nosotros! ¡Bebidas gratis para todos!

Y así fue como durante dos días seguidos la isla se levantó en festejos. Mientras tanto, María no dejaba de espiar por la ventana a ver si veía aparecer a *La Esmeralda*. Pero nada. Nada.

AMY

Luego de varios días del suceso meteorológico que dejó a una parte de Haití bastante complicada, Francisco insistía en buscar al Cuervo, y Robert no encontraba las palabras para decirle que estaba muerto.

Se habían instalado en una pieza que les habían alquilado, a la vuelta de la plaza donde estaban los comerciantes. Desde allí, veían cómo todo se reponía casi naturalmente, al igual que ellos.

—*La Esmeralda* se tuvo que ir porque si no, a esta hora, estaríamos recogiendo los pedacitos de madera —le explicaba Morgan a Francisco que estaba desesperado por irse de allí. Temía que el francés, ensañado por lo que le había hecho, lo estuviera buscando.

Habían encontrado la forma de ganarse la vida, vestidos con ropas de colonos, se iban temprano al muelle, y ambos regateaban con gran habilidad mercancías que luego revendían por la tarde, en la plaza, al doble y a veces hasta el triple de su precio.

Una tardecita, Robert estaba en la puerta esperando que volviera Francisco, a quien cada vez le costaba más salir. Ponía cualquier excusa. Tenía miedo. De repente escuchó el taconeo de caballos, se asomó y enseguida reconoció la cara de uno de los jinetes. Rápidamente volvió a entrar a la pieza y lo esperó a Francisco. Cuando el niño llegó le ordenó sin titubeos:

—¡Se queda aquí y no sale por nada del mundo así yo me demore!

Francisco palideció, no quería quedarse solo. La última experiencia vivida lo había llenado de miedos.

—¿Adónde vas?, ¿por qué no puedo acompañarte?

—Porque acabo de ver a un viejo amigo y debo cobrarme una deuda. Usted se queda aquí, tranquilo. Acá adentro nadie va a venir a buscarlo.

Francisco prometió permanecer allí y Robert, enseguida, salió en la misma dirección que los jinetes.

"La venganza es dulce", pensó. "Este maldito va a pagar todo lo que nos hizo", seguía pensando Robert mientras perseguía a Gillian.

Cuando llegó a la entrada de una taberna, vio los caballos atados en un pescante, se asomó despacio y allí lo vio, bebiendo.

Tenía que sorprenderlo en un lugar donde no hubiera tanta gente, y ese no era. Robert desató la cincha del caballo y aguardó escondido. Lo esperó un largo rato hasta que lo vio aparecer, solo. Gillian subió a su caballo y salió. Despacio, su montura se iba inclinando pero él no se daba cuenta. Robert, por detrás, lo seguía como un felino acechando a su presa.

Apenas Gillian tomó por un sendero pequeño, atestado de vegetación, Robert lo asaltó por sorpresa, lo arrancó de su caballo y se lo llevó al costado del camino, el corcel quedó detenido, esperando.

Cuando Gillian vio de quién se trataba, se sintió muy confundido. ¿Qué hacía Morgan allí? Robert no le dio muchas oportunidades de pensamiento, si algo había aprendido en ese último tiempo era que las cosas había que hacerlas completas. Así que sacó de su cintura un cuchillo pequeño, y antes de que Gillian pudiera emitir alguna palabra, ya había pasado al otro mundo con una rápida incisión en su cuello. Robert salió caminando, palmeó el caballo, ajustó la cincha y regresó a paso lento.

Los días pasaban y ellos seguían allí, varados. Robert se preguntaba qué estaría pasando que *La Esmeralda* no aparecía. Había decidido no compartir esa inquietud con Francisco, por el contrario, intentaba darle tranquilidad a todo momento.

Ahora ya tenían un caballo al que le habían cambiado el aspecto para que no lo reconocieran, y continuaban ganándose la vida y esperando al barco que los llevaría de allí.

Robert había logrado averiguar qué había pasado con el francés luego del incendio. La mitad de los esclavos logró escapar hacia las montañas. Beaumont no dijo nada a nadie sobre sus partes íntimas y el estado en el que habían quedado luego del incidente. Eso se lo guardó en su fuero íntimo, y afirmó siempre que el incendio se había producido por un accidente.

Una tarde estaban los dos en un descampado a la vera del río, pero dentro de la espesura, disfrutando del atardecer, mientras Robert limpiaba y mantenía sus armas. Comprendió que era el momento de contarle al niño sobre la muerte del Cuervo. Eligió cuidadosamente las palabras para decirle al niño lo ocurrido.

Francisco lloró un rato largo, estaba conmocionado. Habían pasado tantas cosas en tan poco tiempo. Primero comenzó a atribuirse la culpa de la muerte del Cuervo, y luego empezó a acusar a los otros. Hasta que sin dejar de chorrear lágrimas, le contó a Morgan lo que había visto en la casa grande cuando era esclavo del francés.

—¿Cómo se llama la niña? —le preguntó Robert, luego de escuchar con horror el relato del niño.

—Le decían Amy.

El sol se enterró en la línea del horizonte y la oscuridad se apoderó del lugar hasta que las estrellas comenzaron a brillar.

Ambos, Robert, en silencio, y el niño prendido detrás, regresaron montados en el caballo.

Al día siguiente, Robert se fue temprano dejando a Francisco en la pieza, abrazado a un libro que habían regateado en el muelle y que, lejos de venderlo, decidieron quedárselo, su título era *Leviatán* y el autor era un tal Thomas Hobbes.

Robert se había ido con un objetivo bien determinado. Había estado averiguando por el muelle y luego por la plaza. Con disimulo, también había estado rondando en la casa grande del francés, pero de la negrita que le había contado Francisco, ni noticias. Quizás, y como era el deseo del niño, ella había escapado. Robert, esperaba que así fuera, estaba afligido por la suerte de esa pobre niña.

Con las manos vacías regresó a buscar al niño para ir a comer alguna cosa. Por lo general compraban en la calle y comían allí mismo. Intentaban mantenerse lejos de los lugares públicos para no ser reconocidos.

La parte de la isla que había sido azotada, de a poco se iba levantando, con pereza y firmeza. Los esclavos trabajaban sin descanso para levantar las paredes que habían volado por los aires, limpiar la vegetación arrancada de cuajo, quemar humanos y animales muertos. Eso sí, ese trabajo estaba absolutamente delegado a los esclavos,

quienes estaban custodiados por fuertes látigos de cueros trenzados.

Francisco le contaba las conclusiones que su mente despierta había sacado acerca del libro que estaba leyendo mientras Robert lo escuchaba maravillado.

Cuando estaban ingresando a su cuartucho de mala muerte, escucharon un silbido. Se dieron vuelta pero no vieron a nadie. Luego el silbido se repitió. Enseguida Robert lo empujó a Francisco adentro del cuarto y apenas se dio vuelta, se la encontró, parado frente a él, la negrita no tenía más edad que la de Francisco.

—Soy Amy, ustedes me buscaban.

Robert miró para todos lados y tomando del brazo a la niña, la metió en la habitación.

Cuando Francisco la vio, saltó de la cama a abrazarla.

—¡Amy, estás bien!

En un creole un poco confuso, Amy lo miraba a Robert y le contaba lo bueno que había sido Francisco con ella.

Robert pensaba en qué haría con estos dos niños, que encima eran buscados, y sin un barco para irse de allí. Ni siquiera podía abordar alguno, no tenía los medios ni la gente para hacerlo. Una sonrisa iluminó su rostro, tranquilamente podía llenar un barco de negros esclavos y trasladarlos a Nassau a gozar una vida que nunca se habrían imaginado.

Mientras los dos niños conversaban, entendiéndose como podían, Robert miraba cómo Francisco estaba apurado por instruir a Amy con todo su conocimiento en menos de diez minutos.

—Tranquilo Francisco, tienes todo el tiempo del mundo para enseñarle lo que ella quiera aprender.

Francisco y Amy se rieron con gusto.

—Amy viene con nosotros —determinó Francisco.

—Eso no está en discusión —contestó Robert, mirando de reojo a la niña, a la que se le habían enrojecido los cachetes.

Robert los miraba, y mientras tanto, sacaba las cuentas; de acuerdo a sus cálculos, ya debería estar de vuelta *La Esmeralda* para buscarlos.

Los tres compartían la habitación, el caballo y la comida. La mayor parte del tiempo estaban escondidos. Francisco y Amy prácticamente no salían de las cuatro paredes de madera.

Cada día, al amanecer, Robert cabalgaba hasta el lugar desde el cual debería ver aparecer a *La Esmeralda*, pero nada, ni noticias del barco.

Esa mañana estaba particularmente desanimado. El tiempo que él pensaba que demoraría Henry en volver a buscarlos, ya había pasado. Así que en su máxima soledad, empezó a pensar las peores cosas. Tal vez no habían sobrevivido a la tormenta y *La Esmeralda* estaría hundida en lo más recóndito del mar. Hasta que, antes de irse, levantó la vista y algo determinó que el paisaje no fuera el mismo. ¡Claro que no, allí estaba *La Esmeralda*! Sin perder el tiempo, regresó, buscó a los niños y sus petates, y con el caballo cargado hasta los dientes, salieron.

Cuando llegaron al pie del barco, Robert liberó al caballo, no sin antes despedirlo con un beso sobre su nariz.

Henry los ayudó con todo, y en menos de lo que canta un gallo, estaban todos arriba.

Morgan, luego de abrazar a su amigo, y contarle la suerte del Cuervo, se elevó en el palo mayor y gritó.

—¡A casa! ¡Nos vamos a casa! —con un paño escarlata ciñó su cabeza y enseguida tomó su catalejo. Estaba en su barco y al mando.

Cuando ya estaban en altamar, bajaron la marcha, izaron la bandera pirata y, todos de pie, le rindieron un largo y sentido homenaje al Cuervo. Francisco lloraba como un niño que era, en los brazos de su nueva amiga Amy.

Una grata sorpresa

El almacén estaba en su pleno funcionamiento. En la planta baja, la música la componía las conversaciones, los gritos y el barullo. Mesas llenas, jarras con ron y bandejas con los más ricos pasteles y tortas. Colgadas de las escaleras, las mujeres de Leonarda, esperaban a los hombres con el torso desnudo y las largas cabelleras sueltas. Mientras, en el escritorio, María miraba por la ventana y Leonarda jugaba con Candela.

Franco estaba a cargo del fuerte bajo el mando de Brayden y todo comenzaba a ordenarse. Los barcos comenzaron nuevamente a decorar el muelle.

María temía que lo peor hubiera pasado, si no, ¿por qué no regresaban?

Observaba los movimientos de cada barco. Se sabía de memoria el paisaje, pero algo llamó su atención. Salió al balcón y asomó la cabeza hacia abajo apretando fuerte la baranda de madera. Entonces, lo vio. Pero ¿era él? ¿Ahí? ¿Cómo había llegado hasta Nassau? No, no podía ser. Su mente le estaría jugando una mala pasada, y solo se trataba de alguien muy parecido. Sin pensarlo, y sin palabras, bajó las escaleras casi volando, dejando a Candela al cuidado de Leonarda. Corriendo, salió a la calle y lo reconoció. Llevaba una prolija camisa por dentro de los pantalones grises, el cuello cerrado hasta el último botón, una bolsa en su mano derecha y el rostro con el ceño fruncido del desconcierto.

María corrió hasta el hombre confundido que parecía una gallina en el aparcadero de los lobos marinos y se colgó de su cuello.

—¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés! ¡Andrés! —repetía abrazando al hombre que aún no podía reaccionar y que tampoco podía creer cómo

había llegado hasta allí. Lo miró con los ojos abarrotados de lágrimas y le dijo:

—Siempre llegás adonde estoy, mi querido ángel de la guarda. ¡Nunca más nos vamos a volver a separar!

Lo llevó del brazo hasta arriba, se lo presentó a Leonarda, y luego con la mirada, le indicó a Candela.

Andrés se agachó al frente de la niña, ésta extendió sus bracitos igual que su madre y quedó colgada del curita quien la levantó prendida de su cuello y recién entonces su ceño se relajó y sonrió.

Se sentaron los tres, Leonarda se puso de pie y bajó, regresando al rato, con una bandeja llena de bebidas y manjares.

Cuando depositó la bandeja sobre la mesa, Andrés le devolvió la niña y se acomodó de frente a la mesa para hacerle honor a la comida.

Luego, con la panza bien llena, conversaron un rato. María le pidió a Leonarda que se encargara de todo, ella se iría en el carro con Andrés para conversar y para que el cura pudiera descansar un momento.

Mientras María conducía el carro tirado por una mula, Andrés llevaba en sus piernas a la inquieta Candela. María sonreía, viendo lo atareado que se lo veía, parecía que le costaba más mantener a la niña quieta sobre su falda que todo el viaje que había hecho hasta allí.

Llegaron a la casa, bajaron, soltaron a la mula y entraron.

Andrés estaba encantado con todo lo que veía. Durante todo el viaje había estado preocupado porque no sabía con qué se podía encontrar, y no sabía siquiera si la iba a encontrar.

Pero, bueno, allí estaban. María lo invitó a sentarse en la mesa de la cocina, y como en los viejos tiempos, encendió el fogón y se puso a cocinar para él. Hasta que escucharon los gritos y el caballo que piafaba en la puerta. Se abrió de un golpe y Paquita ingresó a los gritos.

—¡Andrés!, ¿es verdad que vino Andrés?

Cuando lo vio, al igual que María, quedó prendida de su cuello por un rato largo.

Conversaron animadamente los tres, felices. Andrés todavía no podía creer que había llegado.

Paquita le dio leche tibia a Candela, y cuando la niña estuvo

dormida, se sentaron los tres alrededor de un pescado bien grande adobado con todas las especies, y ensartado en el hierro. Había otro hierro con las verduras enteras bañadas con buena cantidad de grasa de chancho y condimentos.

Andrés les contaba a las mujeres lo que había sido su viaje. Cada dos por tres, las chicas rompían a carcajadas por las desventuras del cura.

—Todavía no puedo creer que estés aquí con nosotras, ¿cómo llegaste hasta aquí?

—Yo nunca estoy solo, viajo con Dios —fue la contestación.

Andrés también les contó de todos los últimos acontecimientos en el Virreinato. “El almacén de María” finalmente lo habían cerrado. Luego de tomarse varias copas de vino, se animó a contarle sobre Edward. Le dijo que había sido él quien había facilitado todo para su viaje. También le contó del hijo que no pudo ser y de su partida de Buenos Aires.

María se levantó de la mesa y se asomó por la puerta que daba al patio. Inspiró profundamente y cuando exhaló sintió una gran sensación de alivio. Sonrió al cielo y pensó: “Ojalá que sea feliz”. Luego, entró y se incorporó a la mesa.

—Es muy distinta la vida aquí, Andrés.

—Ya me di cuenta. Pero quedate tranquila, si yo estoy aquí, seguro por algo es. Verte con tu hija es un regalo para mí.

María, entre lágrimas, le contó todo lo que había ocurrido, y que como consecuencia de eso, ahora Robert, el Cuervo y Francisco estaban perdidos vaya a saber dónde. Enseguida Andrés las puso a rezar a las dos.

María lo miraba. El brillo en los ojos de Andrés, y su sonrisa, eran constantes.

Los días continuaban pasando, ahora con la compañía del padre Andrés que andaba todo el día detrás de María, observando y preguntando todo. Muchas veces también ayudaba en el almacén. La que no estaba muy contenta con la llegada del cura era Leonarda. No la dejaba en paz. La buscaba por todos lados para explicarle que lo que hacían ella y las chicas no era bueno, que tenían que cambiarlo. Leonarda le replicaba que lo hacían con gusto. Eso lo enojaba más y allí se terminaba la conversación. María y Paquita se divertían con esa

situación pero no tomaban cartas en el asunto.

—Estos dos —refiriéndose a Leonarda y Andrés—, van a terminar juntos —vaticinó María.

Cuando Leonarda lo veía ingresar, le dejaba a Candela en brazos y huía. Andrés ocupaba su día persiguiéndola, con la niña a cuestas.

María ya había tomado la decisión, al día siguiente iría a hablar con Brayden para pedirle que cumpliera su promesa y fuera a buscar a Robert. No sabía qué más hacer, ni qué pensar. No quería aceptar lo peor.

Se fue temprano en el caballo, y les dejó el carro a Paquita y al padre Andrés, para que fueran más tarde todos con Candela.

Cabalgó sola a la vera del mar. Se fue lejos, donde solían quedarse horas amándose con Robert. Dejó su caballo y siguió descalza enterrando los pies en la arena cristalizada de color rosa pálido.

Pensaba que si Robert regresara, ella podría cerrar su partida con la vida, estarían a mano. Tendría su familia, la que le habían arrebatado cuando apenas era una bebé.

El veneno desconocido

Francisco, apretado en la bolsa de cuero, en la punta del palo mayor, comenzó a los gritos:

—¡Tierra, tierra!

Saltó, como solía hacerlo, deslizándose entre los obenques.

Enseguida, Robert con su catalejo, comenzó a inspeccionar y a dar órdenes a la tripulación para arribar con cautela a las playas de ese lugar.

Habían sido tres las tempestades que los atacaron sin piedad, dejando a *La Esmeralda* destruida y con pocas posibilidades de llegar a Nassau. Tenían que arreglar el barco o terminarían todos en el fondo del mar.

Amy y Francisco se encargaban de la comida y ambos también hacían guardias. La niña era fuerte y estaba acostumbrada a los trabajos duros. La libertad que finalmente había logrado le había devuelto el deseo por vivir.

Desembarcaron lo más cerca de la costa que pudieron y fueron a revisar esa isla abandonada por los cartógrafos. Al menos avistaron buena madera para poder reparar el barco y seguir adelante.

Estuvieron todo el día inspeccionando el lugar, cuando el sol se ocultó, hicieron un gran fogón y pasaron su primera noche en ese lugar. Definitivamente, la isla no estaba habitada.

Al otro día, más tranquilos, comenzaron a organizarse en ese paraíso rodeado de palmeras, plantas exóticas y el mar azul y cristalino. No era necesario adivinar la vida marina, simplemente se podía ver.

Amy y Francisco se pasaban todo el día juntos. Robert fruncía el ceño cada vez que veía el intercambio de sus miradas, sus brazos rozándose.

Los veinte tripulantes del barco se pusieron en marcha para arreglarlo y seguir el viaje a destino. Mientras que Francisco y Amy se encargaban de buscar leña para prender fuego, y conseguir pescado y frutas para comer.

Las excursiones de los chicos eran de lo más divertidas. Robert los había prevenido de los insectos y otros animales que no conocían y les había indicado que tuvieran cuidado.

Así pasaron los primeros días. Los frutos naturales y desconocidos sabían sabrosos, al igual que los pescados y mariscos de las más variadas especies.

Esa tarde caía el sol, y Robert observaba el atardecer mientras moldeaba un tronco. Henry seguía dando instrucciones sin descanso, ya quería regresar a casa. Este había sido el viaje más accidentado que habían tenido. Francisco ya conocía de memoria toda la historia de Amy. La niña le contó que ella era la hija de una princesa del lugar de dónde venía. El niño la había rebautizado como la "Princesa Amy", y así la llamaba.

Ella miraba el horizonte y Francisco la miraba a ella.

—Es muy lindo el paisaje aquí. Podría vivir para siempre en este lugar —decía Amy mirando cómo el horizonte se comía el sol.

Francisco la rodeó con su brazo. Le tomó la cara y le dio un beso suave en la mejilla, luego en la otra y finalmente terminó posando sus labios sobre los de la niña.

Francisco sintió una puntada entre las piernas. Las cerró. Nunca había podido borrar de su mente lo que había visto cuando el francés abusaba de Amy. Él ahora quería cuidarla y protegerla para siempre. Nunca le haría daño. Con mucha ternura, acarició su rostro y se recostaron sobre la arena, los dos mirando el cielo.

Nada importaba. Solo ellos dos, estuvieran donde estuvieran. Francisco la tomó de la mano.

—Te quiero, Amy, y te voy a cuidar siempre.

—Yo también te quiero, Francisco. Y también te voy a cuidar siempre.

Henry no los encontraba por ningún lado. No respondían a los gritos de toda la tripulación que los buscaba sin cesar.

Fue Robert el que los encontró enrollados y profundamente

dormidos sobre la arena. Los dejó allí mismo. Se retiró con una sonrisa, definitivamente esos niños se amaban.

Las reparaciones ya estaban en su etapa final. Según las estimaciones de Henry, en dos días podrían emprender nuevamente la marcha.

Robert había estudiado durante horas el movimiento de las estrellas con su astrolabio. Tomaba notas y marcaba la ruta por seguir.

Un día antes de la partida, Robert estaba terminando de armar su carta de viaje cuando sintió el pinchazo. Buscó con la mirada, pero no vio nada y no le dio la mayor importancia. Siguió con lo suyo.

Henry estaba trepado al barco con algunos de los tripulantes ultimando los detalles y Francisco recorría la isla junto a Amy. Ahora andaban de la mano y a los besos por todos lados.

Caía el sol, última noche en la isla. Cenaron, rieron, cantaron y luego a dormir.

Cuando Henry lo vio a Robert su corazón se aceleró. Estaba acurrucado en el piso, completamente mojado de transpiración. Volaba de fiebre. Henry, a los gritos, ordenó que debían partir.

Ya arriba de *La Esmeralda*, acostaron a Morgan, totalmente inconsciente, en su cama. Henry le revisó todo el cuerpo para descubrir qué había pasado, de dónde prevenía la fiebre. Definitivamente la comida no era porque el resto de la tripulación estaba bien.

Zarparon bajo las órdenes de Henry, mientras que Francisco y Amy no se movían de al lado del capitán. Cuando Amy notó cómo el pie izquierdo de Morgan comenzaba a hincharse y a ponerse purpúreo, enseguida llamaron a Henry, definitivamente algo lo había envenenado. ¿Un insecto, un reptil, una planta? No sabían qué pero Robert no mejoraba.

Henry, con la ayuda de Francisco, le hizo un corte en la zona más infectada, con el fin de extraer el veneno. Lo presionaron y de la herida brotó mucha sangre y pus. Luego Henry hizo salir a Amy para poder desinfectar la herida con su orina. Robert no despertaba, solo balbuceaba y transpiraba. Francisco, con la asistencia de Amy, le ponía compresas son agua, con alcohol, incluso con las lociones que siempre les ponía en las alforjas María.

Francisco rezaba a su Dios sufriente por lo bajo, mientras que Amy

cantaba a sus santos por el capitán.

Era notorio y muy preocupante cómo la infección iba subiendo y diseminándose por su cuerpo.

Henry no quería ni pensarlo, pero sabía que si quería salvar a su amigo, tendrían que cortarle el pie, con todas las dudas de que sobreviviera.

—Vamos, amigo, ya se nos fue el Cuervo, no se vaya usted también —le decía Henry, desolado. En ese cuerpo grandote, cabezón y de extremidades anchas, había un corazón afligido que no sabía qué hacer.

Amy se levantó, lo miró a Francisco y le dijo:

—¡Vamos!

El niño estaba tan triste, que con los brazos colgados al costado del cuerpo, la siguió.

—¡La alforja! —ordenó la niña con decisión.

Buscó un pequeño mortero de piedra y sacó con cuidado los carboncitos del fogón. Los limpió y le indicó a Francisco que los moliera. Luego los dividió en dos partes, con una hizo un ungüento mezclándolo con agua, y con la otra preparó una infusión con un poquito de ron.

Se sentó frente a la pierna roja, hinchada y caliente de Morgan y comenzó a cantar bajito en un idioma desconocido para Francisco, al tiempo que untaba el pie dejando una bota negra en toda la parte afectada. Luego, como pudo con la ayuda de Henry y Francisco, le hicieron beber la infusión que enseguida le provocó vómitos. Esperaba un rato, limpiaba el carboncito, y le extendía una nueva bota. Así estuvo todo el día. Entre tiempos le pasaba compresas frescas por todo el cuerpo para bajarle la fiebre.

Realmente era un milagro que Robert siguiera vivo.

Henry entraba y salía a cada momento. *La Esmeralda* corría a toda velocidad con su capitán convaleciente. Si a la madrugada no bajaba la fiebre, ya habían decidido que le cortarían la pierna. Robert, de una manera u otra, se moría. Henry no iba a dejar de intentar todo por mantener en este mundo a su amigo.

Con una cucharita, Francisco le introducía en la boca agua, caldos, infusiones. Lo tenía sentenciado a su Dios. Estaba todo perdonado si

salvaba a Robert. “Es un trato”, repetía el niño en su mente.

Fue la noche más larga, más intensa, más triste. Francisco, a la madrugada, lo había vencido el sueño y sentado al lado de su capitán, se había quedado dormido.

El dolor del cuello torcido lo despertó. Amy también estaba dormida. Se acercó como lo hacía a cada rato y puso su cabeza en el pecho del capitán para escuchar su corazón y sentir su respiración. Así controlaba todo el tiempo que estuviera vivo. Estaba tan nervioso, que no sentía nada, apretaba su oreja en el pecho del capitán, pero nada.

Una mano acarició su cabello. Levantó la vista, pensando que se trataba de Amy, pero no, era Robert. Con esa caricia y sin abrir los ojos, le mostró que su corazón estaba bien arraigado a la vida. Luego, su mano cayó sin fuerzas al costado del cuerpo.

Enseguida le avisaron a Henry, y emocionados, siguieron con todas las curaciones. Francisco ya tenía las manos negras de moler carbón. Al mediodía, el pie de Robert lucía unos colores horrendos, rojizo, purpúreo, eso sumado a las manchas del carbón, pero el calor ya no estaba. La fiebre había bajado. Estaban venciendo al veneno desconocido que quería llevarse a su capitán. Francisco sabía que María lo mantenía vivo. El muy orgulloso no se la iba a dejar a otros, María era de él y solo de él.

Al fin, Francisco, que se alternaba entre el carajo y el camarote de Robert, gritó:

—¡Llegamos! ¡Llegamos!

El regreso mata la esperanza

María miraba por la ventana y de fondo la eterna discusión entre Leonarda y Andrés sobre las buenas y malas costumbres. Andrés insistía que el cuerpo de Leonarda estaba tomado por el demonio y la mujer lo desafiaba a las carcajadas. En su fuero interno, Andrés sentía una extraña atracción hacia esa mujer de malos hábitos, y por el contrario de lo que le hubiera gustado, no sentía el más mínimo rechazo. Los grititos de Candela completaban el cuadro.

La mirada de María estaba perdida en ese hermoso mar que se había tragado a sus hombres. Lo observaba implorando que se los devolviera, sanos y salvos a todos. Hasta que el milagro sucedió.

—¡*La Esmeralda, La Esmeralda*! —gritó al ver aparecer el barco ante sus ojos. Su pedido había sido escuchado.

Salió corriendo de su oficina, bajó las escaleras casi en el aire, la buscó a Paquita que estaba abajo y, sin tomar aire, salieron ambas mujeres corriendo desesperadas. Llegaron al muelle pero al barco aún le faltaba un rato para llegar. Con la respiración entrecortada se sentaron ambas mujercitas abrazadas entre sí a esperar. No hablaban. Cada una le rezaba a su Dios por su hombre y por Francisco. Los minutos comenzaron a alargarse y el barco parecía que se alejara, no que regresara.

Luego de algunos minutos, que les parecieron horas, se asomó la barcaza llena de humanos. Pero algo raro estaba pasando, no estaban todos allí, en cubierta, saludando. ¿Qué estaba ocurriendo?

Cuando se fue acercando un poco más, se dieron cuenta de que traían a alguien acostado al medio de la barcaza. Se pararon las dos, se miraron y se agarraron fuerte de la mano. Esperaron. Cuando estuvo a tiro, ambas salieron corriendo mar adentro.

Entre la tintura del carbón, el viaje y las emociones al borde de las lágrimas, se los veía demacrados, tristes y flacos.

Cuando María lo vio a Robert, allí, tan vulnerable, le temblaron las piernas. Y cuando Paquita no lo vio al Cuervo, entendió el silencio. Un manto negro cubrió su corazón. Bajó la mirada al piso y no preguntó nada. Solo sintió el abrazo de Francisco y se entregó a él.

Con gritos, órdenes y contraórdenes, bajaron a Robert y lo trasladaron a la casa, mientras que Paquita corrió a buscar al médico local y a la curandera.

María instaló a Robert en su cama y lo higienizó con todo su amor. Le aplicó sus remedios caseros y se quedó a su lado, nadie la movería de allí.

Paquita estaba llegando con el médico, cuando se escuchó el grito de Francisco.

—¡Andrés, Andrés, Andrés!

Andrés llegaba con la niña y Leonarda a la casa. Los habían dejado allí, sin noticias. Hasta que un vecino les contó lo acontecido y ellos, sin pensarlo, se dirigieron a la casa. Cuando Francisco lo vio, se quedó dubitativo durante unos minutos, claro, el padre Andrés allí era algo inesperado. Pero cuando tuvo la certeza de que era él, se le colgó al cuello y sus lágrimas comenzaron a caer como piedritas cristalinas de sus ojos. Mientras, Amy observaba con una sonrisa ese nuevo mundo que había llegado a su vida.

Estaban todos en la casa de Robert. María los había corrido mientras conversaba con el médico y la curandera.

Con toda la confusión nadie le había dicho nada a Francisco sobre Candela. Cuando se enteró, se convirtió en adulto de golpe. Tomó a la niña en sus brazos y comenzó a hablarle:

—Candela, soy tu hermano mayor, yo te voy a enseñar todo: las letras, a jugar, a comer, a caminar.

Francisco rebosaba de felicidad. Se paseaba por toda la casa presumiendo con su hermanita en brazos. Salió a la galería y se cruzó con Paquita. La negra estaba muy triste. No se había imaginado nunca la posibilidad de que el Cuervo no regresara. Era un cuervo de verdad, duro como la piedra. Pensaba que personas como él no se morían. Andrés la miraba y, en silencio, rezaba por su resignación. Enseguida

Francisco la involucró en su monólogo con la niña:

—Ella es Paquita —le decía a Candela—, y le tiene terror a las ratas y a todo, es muy miedosa, así que nos vamos a divertir bastante con ella.

Puso a Candela en los brazos de la niña, y luego las abrazó a las dos.

No sabía cómo quitar la tristeza del corazón de Paquita.

Pasaron dos días. Cada uno estaba ensimismado en sus problemas. María con Robert, que seguía igual, su pie otra vez estaba inflado y purpúreo como un sapo en mal estado, Paquita llorando a su querido Cuervo por los rincones, y Andrés más contento y desorientado que perro con dos colas.

Henry la seguía a Paquita por todos lados. Se había hecho cargo de su dolor. En su intimidad prometió a su amigo el Cuervo que la cuidaría, siempre.

Andrés y Leonarda seguían peleando todo el tiempo, pero no se separaban un solo segundo, ambos tenían la excusa de querer estar con Candela. La niña era el medio de unión entre ellos.

María no se separaba de Robert, que seguía inconsciente y de a ratitos le ponía la niña cerquita para que pudiera sentirla. Y, entre lágrimas, le decía:

—Esta es Candela, su hija, nuestra hija.

Francisco, a pedido de la curandera, había recorrido la isla buscando una planta carnosa que tenía extraordinarios y mágicos poderes curativos. Cuando finalmente la encontró, se la aplicaron directamente al pie, luego de varios rituales y oraciones.

Después de rosarios, infusiones, compresas, palabras y ritos, al fin Robert reaccionó.

Abrió sus ojos y comenzó a reconocer todos los rostros expectantes que estaban sobre él, esperando su reacción. Con mucho dolor, sonrió. Había regresado.

Y LA VIDA CONTINÚA

Robert ya se sentaba en su cama. Su aspecto, de a poco, se iba normalizando. Se lo veía muy feliz conociendo a los nuevos integrantes de esa familia ensamblada y dispar. No se despegaba de Candela un solo segundo.

Andrés y Leonarda ya no tenían la excusa para estar juntos, es que Candela se la pasaba todo el día con su padre. Se extrañaban como locos y ninguno de los dos se animaba a buscar al otro.

María repartía el tiempo con sus tareas en el almacén, Candela y su querido Robert que ya estaba mejor. María le contó todos los sucesos y la situación actual de la isla. A Robert no le gustó mucho, pero apreció la ventaja que ellos tenían y que les permitía vivir cómodamente.

El tiempo que estuvo al borde de la muerte, la dolorosa pérdida del Cuervo, la existencia de Candela que lo enloquecía de ternura habían cambiado algo en el interior de este bravo pirata que ya no quería ser tan bravo. Ahora solo quería cuidar a los suyos y protegerlos. Se preguntaba si ese sería el lugar para hacerlo, la isla ya tenía nuevos colonizadores y así seguiría. ¿Por qué habría de cambiar la situación? Empezó a considerar seriamente la posibilidad de que, tal vez, fuera hora de tranquilizarse y retirarse a disfrutar de todos sus tesoros.

Candela realmente se había convertido en una luz en su camino. Una luz que quizás él no quería ver, pero que lo encandilaba de amor. Una luz que le decía que era hora de un cambio.

Cuando ya estuvo mejor, comenzó a levantarse, y con la ayuda de un bastón prolijamente tallado y coronado con un mango de marfil africano que había hecho Francisco, se movía para todos lados de a poco.

Andrés sentía cierta ambivalencia respecto de Robert. Por

momentos, el capitán le parecía asombroso, pero en otros, lo sentía arrogante. ¿Sería que estaba celoso de su querida María?

Por las noches, cuando María preparaba sus deliciosas comidas, y como era la costumbre, Andrés se sentaba en la mesa para acompañarla mientras cocinaba y esperaba que la cena estuviera lista una hora antes.

Esa noche había un gran pescado en el hierro dando vueltas y vueltas entre las llamas.

—Mire, le está rezando —le dijo Robert, risueño, a María mientras observaba al padre Andrés esperando por su presa.

Cuando este se dio cuenta, giró su cabeza hacia María, y sin disimulo y con las papilas gustativas generando jugos, le dijo:

—¿Con qué lo acompañamos?

María rió, y le contestó:

—Con tus papas dulces.

De a poco, todo retornaba a la normalidad. Cada uno se iba incorporando a sus tareas cotidianas. Henry, con la ayuda de Paquita y Francisco, se estaba ocupando de poner en condiciones a la pobre Esmeralda que había sido tan baqueteada. Robert ya había comenzado a acompañar a María al almacén.

Allí se instalaba en la oficina, con la pequeña Candela a sus pies, mientras hacía buenas migas con Arthur Brayden. Mantenían largas conversaciones acerca de cómo administrar la isla.

Por su lado, Andrés estaba organizando un lugar para construir una pequeña capilla con el fin de utilizarla, no solo para rezar a Dios, si no también para enseñar a leer y escribir. Se lo veía feliz y contaba con el apoyo de todos.

Mientras tanto Paquita y Henry iban construyendo una hermosa relación de amistad. Todos creían que algún día los tocaría el amor. Francisco y Amy eran uno solo, a pesar de los consejos de Robert y María, ellos veían y vivían uno por el otro. Amy se integró a la familia y Paquita se había convertido en su protectora.

Cuando Robert se recuperó completamente, todos estaban expectantes de lo que vendría. Él no había conversado ni contestado las miles de preguntas de María, principalmente, y tampoco del resto.

María se sentía plena. Era como si ese hilo amargo que siempre

había corrido por su pecho ahora era un río de agua dulce que la acariciaba por dentro. Cada minuto con Candela y con Robert bendecían su vida. Ese hombre maravilloso que la había salvado, que le había regalado una familia, allí estaba, a su lado, mirándola. Aún la ponía nerviosa esa mirada de Robert, la dejaba vulnerable a su amor. La descubría…

Morgan la empezó a besar despacito, por cada minuto que no había estado con ella. Acarició esos pechos deliciosos que alimentaron a su hija y que ahora eran todos para él, solo para él. Acarició su monte, suave, despacio. Se embebió con sus jugos. Quería verla gozar, curvarse de placer, hasta que María le pidió que la amara, mucho, siempre. Y allí Robert, con su pene viril y ansioso de su mujer, la penetró suave, despacio y jugoso.

Era domingo. La capilla del padre Andrés estaba lista. Se trataba de una construcción simple de madera y con un pequeño altar en un extremo. Paquita lo había decorado con un hermoso mantel blanco, bordado por ella misma.

En el primer intento de misa de Andrés se llenó de curiosos.

Estaban todos parados escuchando de qué se trataba. Leonarda, Paquita, Francisco, Robert, Henry, las chicas del burdel… estaban todos. Andrés los había comprometido a no faltar.

Andrés, regocijado, dio su misa cortita y un discurso de esos que le encantaban a María, en el cual ponía a Dios a la mano de todo el mundo. Todos lo miraban con admiración e incluso lo aplaudieron cuando terminó. Esa noche festejaron la primera misa con una gran comilona.

Durante la comida, Leonarda le dijo que ella lo iba a ayudar, que le gustaba mucho su causa, y que ella también creía en Dios. Andrés no podía evitar ponerse colorado como un tomate cuando esa mujer de malos hábitos le hablaba. Tenía que aceptar y reconocer que se pasaba noches enteras en vela evocándola, y cuando los malos pensamientos llegaban, salía a escondidas a correr por el campo.

Robert se dio cuenta del infierno que estaba viviendo el pobre curita, así que decidió que era tiempo de intervenir.

Lo citó en su propia capilla. Andrés no estaba seguro de lo que quería el pirata, pero allí estuvo media hora antes, esperándolo.

—¡Hola, curita! —le dijo cariñosamente, junto con un coscorrón en la cabeza.

Al padre Andrés le gustó escucharlo, lo llamaba igual que María, “curita”.

—¡Hola, pirata! —le contestó con picardía y orgullo.

Ambos hombres, de diferentes mundos, se sentaron en el piso en la entrada de la capilla.

Robert lo miraba a Andrés. Era joven, estaba un poco excedido en peso por la cantidad de comida que se metía por esa boca.

—Andrés, quiero conversar con usted, para ayudarlo a insertarse en este mundo tan diferente del que usted viene, ¿verdad?

—Uf, muy diferente. A veces tengo la sensación de que estos lugares están olvidados… —iba a decir “olvidados por Dios”, pero se contuvo.

—No crea, yo pienso que están en la mano de su Dios, por eso lo mandó para acá. Para que pueda ayudar.

—Sí, yo también pensé lo mismo.

—Andrés, ahora quiero hablar de otra cosa.

—¿Qué cosa? —preguntó Andrés con ánimo.

—De Leonarda.

El cura sintió, con mucha vergüenza, cómo su rostro comenzaba a quemarle. Sentía que la sangre hervía por dentro y el color rojo lo delataba por fuera.

—¿Le pasó algo a Leonarda? —no sabía qué decir.

—Tranquilo, Andrés. Le dije que nos encontráramos aquí porque sé muy claramente lo enamorado que está de ella. Justo de ella, ¡qué ironía!, ¿no? —Robert no pudo con su genio, y se tapó la cara para reírse tranquilo.

—Deje de hablar pavadas, cómo se le ocurre que yo puedo estar en esas condiciones que dice —Andrés no se animaba ni a repetir la palabra “enamorado”. Se sentía tan incómodo—. Acaso no ve que estamos en la casa de Dios —agregó descolocado.

—Justamente, Andrés, su Dios lo trajo hasta este lugar, su obra no va a dejar de ser tan buena y pura porque se permita sentir el amor como hombre.

Andrés lo escuchaba en silencio.

—Es un sacrilegio —le dijo, ya algo más relajado y dispuesto a

conversar sobre el tema.

—No, Andrés, que ame a Leonarda no lo inhabilita para amar a Dios y a todos sus santos.

—Pero no es así en la iglesia, Robert.

—Bueno, entonces renuncie, deje sus hábitos y va a poder estar con Leonarda y también va a poder seguir siendo curita. Pero no vestido con la sábana esa que usan —rieron.

—No estoy preparado para renunciar a Dios.

—Eso es lo que quiero que entienda, piénselo. No estaría renunciando a Dios, solo estaría cambiando el camino.

Andrés se rascaba la cabeza, se tocaba la nariz. Tomaba la cruz que colgaba de su cuello, la besaba, la dejaba, la volvía a tomar.

—Piénselo, curita. Aquí hace falta su labor, y con Leonarda serían una hermosa pareja para formar una familia y ayudar a muchas otras. Sin normas, sin leyes inventadas por algunos hombres, solo con el producto del corazón de ambos. Porque, además, ella también está loca de amor por usted.

Cuando Andrés escuchó esas palabras, parecía que su corazón quería saltar de su pecho, pero su razón lo invadía con la cordura. ¡Qué contradicción!

Ambos hombres se quedaron conversando. Robert miró el cielo y esbozó una sonrisa. “Aquí estoy convenciendo a un curita de que deje sus hábitos, yo, el temible pirata Robert Morgan”, pensaba. Sonrió nuevamente feliz, se sentía muy feliz.

Caía la noche mansa y ventosa. El ambiente estaba un poco tenso, Robert los había convocado a todos, tenía anuncios que hacer.

María estaba en la cocina, desquitaba su angustia preparando los platos más exóticos. La mesa central parecía de la época medieval, atestada de comidas y bebidas.

Leonarda y Paquita venían murmurando, ya sabían lo que todos temían, que Robert se fuera. *La Esmeralda* ya estaba lista y había barcos que abordar. María y Leonarda habían escuchado cuando Brayden y Robert comentaban sobre el barco proveniente de la India que llevaba cargamentos muy interesantes para comercializar. Debían cambiar el rumbo, pero valía la pena.

María no daba más de lo ansiosa que estaba. Paquita llevaba a

Candela colgada de su cintura y abrazada a su cuello, el dedo de la niña investigaba todos los orificios de la cara de la joven que le permitía todo.

—No estés preocupada, María, todo va a estar bien —le decía Paquita mientras se balanceaba con la beba en sus brazos.

María la miró. Dejó que las manzanas, envueltas en grasa de chancho y azúcar, siguieran dorándose en el pinche de hierro y la abrazó.

—Tengo tanto miedo de que se vaya, Paquita. Y no se lo puedo prohibir, su esencia es eso, ser un pirata.

—Como yo, yo soy una pirata y espero que me entiendas. El mar es mi hogar al igual que Francisco.

—Sí, y por eso estoy tan angustiada. Otra vez se van a ir y otra vez van a regresar algunos, no todos. Ya no tengo más capacidad de sufrimiento, mi corazón no va a resistir más golpes, Paquita. ¿Entendés?

—Claro que entiendo, amita.

María le sonrió con la mirada triste.

Llegaban todos, de a uno, de a dos. Francisco llegó con Amy y Leonarda. Henry con Robert y Andrés. María los miró a los tres cuando ingresaron. ¿Qué hacía Andrés con ellos?

Con un silbido los mandó a todos en fila a lavarse las manos al aguamanil que estaba al costado de la puerta, y luego sí, a la mesa.

El mantel blanco, un arreglo de flores en el centro, le daba un toque dulzón al ambiente. Los platos eran de porcelana fina, las copas de cristal y los cubiertos de plata.

En el centro, y a los costados de la mesa, las bandejas con panes de diferentes sabores. Trozos de queso, carne seca humectada en aceite y especies, botellas de vinos especiales y agua dulce para Candela. Estaban todos.

Robert la ayudó a trozar el cerdo, que había estado toda la tarde paseando arriba de las brasas, en el fogón, mientras María, muda, acomodaba las manzanas, que habían quedado achicharradas y endurecidas con el azúcar, con las papas, las cebollas y ajos.

Enseguida comenzaron a servir los platos. Estaban todos sentados: en la punta Henry, a su diestra, Andrés, luego Francisco y Amy, del

otro lado Paquita, Leonarda, María y en la otra punta, Robert.

El bullicio y el sonido de los cubiertos sobre los platos, comenzó. Todos conversaban, mejor dicho, todos hablaban al mismo tiempo, nadie escuchaba a nadie. Estaban todos contentos, comían como si fuera la última vez.

Cuando estuvieron con las pancitas llenas, y relajados por algunas copitas de vino, Robert corrió su silla y quedó parado al frente de todos.

María sintió que se le paraba el corazón, no estaba segura de querer escuchar lo que se venía.

—Tengo muchos anuncios para hacer. ¿Por dónde empezar? —el silencio era rotundo. Robert se divertía viendo los rostros y la ansiedad dibujada en cada uno de ellos—. Bueno, lo primero que quiero decirles es que… *La Esmeralda* sale de viaje nuevamente y eso me pone muy feliz.

Silencio.

—Pero con algunos cambios —continuó—, porque a partir de este preciso momento cedo mi barco, con todo lo que contiene, a Henry y a Francisco. Henry va a ser su nuevo capitán y Francisco su mano derecha.

Los gritos rompieron el silencio, luego los abrazos. Siguieron los brindis, que como siempre, terminaron con las finas copas de cristal estrelladas contra el piso. María respiró profundo y ya no pudo contener las lágrimas. Cruzó la mirada pícara de Robert, quien enseguida se agachó y le estampó un beso en la cabeza.

—Siguiendo con los anuncios, les cuento que yo me voy a quedar como vicegobernador de Brayden y con el almacén de mi amada María. Antes de que sigan los gritos continúo, tengo otro anuncio, no menos importante, que hacerles.

Silencio.

—Nuestro querido curita, Andrés, va a dejar los hábitos.

Bocas abiertas y silencio.

—¿Saben por qué? ¡No, no saben!

A esa altura, Andrés ya estaba bordó de la vergüenza.

—Porque está perdidamente enamorado y quiere formar una familia, y, por supuesto, seguir con su misión, aunque ya no sea

nuestro curita.

María se puso de pie y se largó a reír. Luego todos se entregaron a la risa. Leonarda, como nunca, mujer de muchos hombres, estaba nerviosa, callada y expectante.

Henry se levantó, lo abrazó a Andrés y le dijo algo al oído que lo hizo poner más rojo de lo que estaba.

Andrés se levantó despacio. La lucha interior que tenía era muy superior a la que tuvo cuando decidió viajar a este lugar. Caminó hacia Leonarda. La mujer le llevaba unos años, pero temblaba como una adolescente ante su primer hombre. Su amada salió a su encuentro y se fundieron en un gran abrazo. Todos aplaudieron felices.

El sol despuntó y todavía estaban allí, ya no quedaba comida ni bebida, pero sí una gran familia que quería seguir disfrutándose, hasta siempre.

Nace un nuevo amor

Leonarda le llevaba varios años y había estado con tantos hombres que, por supuesto, ya no recordaba. Andrés era mucho más chico y jamás había visto a una mujer desnuda.

Cuando salió el sol, Leonarda lo tomó del brazo y se lo llevó a su casa. Abrió la puerta, Andrés la seguía, había bebido y comido tanto que apenas podía moverse. El olor dulzón de las frutas maduras, en el centro de mesa, le atascó la nariz. Se la rascó. Leonarda lo guió directamente hacia su dormitorio. Andrés se desplomó sobre la cama, y en menos de diez segundos, comenzaron a escucharse sus ronquidos.

Con todo el amor del mundo lo desvistió y lo acostó como correspondía. Luego, con una sonrisa, lo miraba y volvía a sonreír. Acomodó el recinto, tiró las frutas pasadas y puso flores frescas. Calentó agua para una infusión y se decidió a esperar a que se despertara. Se recostó a su lado.

Cuando Andrés despertó no sabía muy bien dónde estaba. Se inclinó sobre la cama, y cuando vio que estaba sin ropa, tuvo el gesto de taparse enseguida. Entonces la vio. A su lado, dormía sonriendo. Era hermosa. Se acomodó para verla mejor, se quedó mirándola. No pudo con su genio y le pidió a Dios por ella, y por lo que hicieran juntos.

Leonarda abrió los ojos y lo vio despierto. Se puso de pie suavemente y dejó caer su bata, quedando completamente desnuda. Quería que Andrés, al fin, conociera el cuerpo de una mujer antes de disfrutarlo.

Andrés estaba muy nervioso y solo la observaba. Entonces Leonarda tomó las manos de él con las suyas y lo invitó a acariciar su cuerpo. Primero lo guió hacia sus pechos grandes y deseosos. Los suspiros de Andrés le producían mucha ternura. Luego siguió por su cintura, y

muy despacio, bajó a su monte húmedo. Allí Andrés cerró los ojos. Le costaba permitirse semejante placer.Luego, se recostó en la cama boca arriba, y dejó que la acariciara. Andrés se quedó unos minutos más observando ese diseño divino que era el cuerpo de Leonarda, luego se arrodilló sobre ella y la besó torpemente en los labios. La mujer lo miraba divertida, y comenzó a devolverle el beso muy suavemente, despacio le introdujo su lengua y buscó la de él. Automáticamente sintió su miembro empujando entre sus piernas. Leonarda lo tomó suavemente con las manos, y sin dejar de besarlo, introdujo la punta del pene erguido en su vagina, llevándolo de a poco para que no le tirara y lo pudiera disfrutar. Pero fue Andrés el que no aguantó más, y empujó con fuerza hacia adentro, haciendo gemir a la mujer. Fue un encuentro cortito, pero muy intenso.

Andrés, luego de terminar, se quedó mirando el techo en la cama. Leonarda se dio cuenta del torbellino que había adentro de la cabeza de ese hombre así que enseguida le dijo:

—¡Vamos a tomar un té y mientras organizamos cómo vamos a hacer para que la gente venga siempre a la capilla!

Inmediatamente se dibujó una sonrisa en la cara de Andrés y así fue. Allí nació ese amor, entre un hombre y una mujer totalmente diferentes, que los iba a acompañar hasta que la muerte los separara.

Todos disfrutaban con mucha felicidad del paso del tiempo. Robert se había convertido en un vicegobernador muy activo. María lo acompañaba y ayudaba en todo. Mientras tanto, Leonarda había dejado el burdel a cargo de las chicas y se había retirado con Andrés para colaborar con la evangelización y asistencia a las almas perdidas.

Eran frecuentes las largas noches de tertulias en la casa de los Morgan. María insistía en que su hija merecía un futuro y ella un marido que la contuviera y la acompañara. Que le llenara de riquezas el corazón.

La desvelaba el futuro de su niña. La isla era realmente un paraíso, pero cada tanto algún nuevo colonizador la pintaba con sangre y eso era lo que le quitaba el sueño a María. Ella se encargaría de desvelar el sueño de Robert. Así que comenzó a intentar convencer a todos de que ya era tiempo de emigrar a un lugar donde les pudieran dar algo diferente a sus hijos. Ya era hora de tener una vida un poco más

ordenada.

Candela cumplía años. Habían decidido esperar que llegara *La Esmeralda* para el festejo.

La fiesta duró tres días seguidos.

El cumpleaños de la niña llevó a sus padres a profundizar sus preocupaciones. María, más que nada, pensaba todo el tiempo en la vida de su pequeña y en todos los que vendrían detrás de ella. Ella estaba convencida de que para su hija quería lo mejor y eso implicaba que tenían que irse de la isla. De ese lugar donde habían conocido la felicidad y la disfrutaban a diario.

Robert estuvo de acuerdo con ella en seguir aumentando la familia, pensando en Candela y todos los hermanitos que vendrían. Pero le costaba mucho pensar en abandonar la isla y otra vez empezar de nuevo. Aunque esta vez fuera por decisión propia.

Luego de largas charlas con María, Robert los reunió a todos y les notificó sus deseos de irse al viejo mundo e invitó a acompañarlos a quienes quisieran.

Para la grata sorpresa de los Morgan, todos consideraron que se trataba de una idea fabulosa. —Llegó el momento de tener nuestras propias vidas. Basta de estar bajo el mando de los colonizadores. Nos vamos al mundo de ellos —sentenció Robert.

—Me voy a casar con Paquita y vamos a tener muchos hijos, el primero se va a llamar Thomas, en honor al Cuervo que siempre va a vivir con nosotros —agregó Henry, quien había terminado enamorándose de su negrita hermosa.

—Yo me voy a casar con Amy y voy a tener una docena de hijos libres —aceptó Francisco. Es que lo había picado el bichito del amor, y eso le había cambiado la vida, las perspectivas y hasta las prioridades.

—Y yo, yo voy a hacer el amor con Leonarda de día y de noche —completó Andrés.

Todos rieron mucho con el comentario del ex curita.

Luego de que estuvieran todos de acuerdo, Robert se reunió con Henry, Francisco y Andrés y les contó de la fortuna que tenía enterrada, producto de sus años de pirata.

Había llegado el momento de ir por esos cofres escondidos llenos de futuro y esperanzas. Hicieron un viaje corto a una isla deshabitada, de

hermosa agua cristalina y arena clara. Cuando terminaron de cargar todo, Francisco estaba impresionado por la cantidad de baúles y riqueza que había atesorado Morgan. Luego, sentados, descansaron un rato observando el calmo mar.

Robert miró el cielo, buscando una señal de ese Dios que estaba siempre tan presente entre los suyos, sonrió y agradeció.

El viaje estaba organizado. Se iban todos. Dejaron el almacén y el prostíbulo bajo la administración de Arthur Brayden y cedieron la casa de los Morgan a las chicas del burdel. Durante varios meses estuvieron todos aplicados al viaje.

Al futuro. No resultaba fácil ponerse de acuerdo acerca de las ocupaciones y negocios que tendría cada uno. Hasta que algo en común los unió para trabajar todos juntos, el vino. Ahora el asunto era dónde…

Las discusiones por el lugar en el mapa se extendían hasta el amanecer. Terminaron de decidirse cuando Arthur, agradecido por el almacén que quedaba en sus manos, le pasó a Robert el dato de un viñedo que estaba a la venta en el sur de Italia, casi en la frontera con Francia.

Todos estuvieron de acuerdo con ese emplazamiento.

Robert tenía que viajar a concretar la compra. Luego irían todos.

Por las noches, en las diferentes camas matrimoniales de los involucrados, las charlas, el desvelo y las ilusiones eran el factor común.

Todos se calmaron cuando la escucharon a María:

—Muchas veces uno tiene la posibilidad de ir por la vida como la misma vida lo indica. Pero tomando decisiones. Por ejemplo, nosotros ahora podríamos quedarnos aquí y esperar a ver qué pasa. Ver crecer a nuestros hijos bajo el esquema que ya conocemos. O podemos ser valientes y seguir eligiendo. Yo les recuerdo, amigos, que llegué a este lugar poniendo en riesgo mi vida, la de mi Francisco y de mi Paquita. Pero elegimos, no negociamos nuestra libertad, nuestro honor, nuestra dignidad. Elegimos y nos arriesgamos y aquí estamos. Es hora de subir otro escalón, de volver a elegir.

Todos la miraban y la escuchaban con atención, hablaba tan lindo, era tan tranquilizador escucharla.

—El que quiera puede decidir quedarse, eso también es una elección. Lo importante es estar convencido de lo que quiere, y no hacer las cosas porque los demás quieren. Tómense su tiempo, piensen y conversen. Nosotros, con Robert, lo hicimos y decidimos que queremos estacionar nuestras vidas en un lugar sin guerras, en un lindo entorno, en el que podamos ver a nuestra pequeña crecer sana, y para eso vamos a arriesgar este viaje a lo desconocido. A un futuro que estamos soñando ya mismo en nuestros corazones.

Robert la miraba con admiración, mientras sostenía a su pequeña sentada sobre sus piernas.

Robert y Henry prepararon todo lo necesario para el viaje y partieron a concretar el sueño de todos. Cuando zarpó *La Esmeralda*, bajo el saludo y las bendiciones de todos, María tuvo miedo de que las cosas terminaran saliendo mal, pero decidió entregarse a las manos de Dios. Esta vez confiaría en que todo iba a salir bien. Era como el final feliz de un cuento. “¿Podría ser? ¿Por qué no? ¿O acaso en la vida del que sufre, tiene que ser así para siempre? ¡No, señor! El que sufre también puede ser feliz y mucho”, pensaba María mientras veía alejarse el barco.

Andrés la abrazó por los hombros y se la llevó del muelle.

—Vamos, María, vamos. Te acompaño a tu casa y me cocinás algo rico, y de paso le pasás las recetas a Leonarda que en la cocina, bueno… no es tan buena como vos.

Ese comentario animó un poco a la joven y partieron todos juntos.

Para María ese viaje significó la espera más larga, se le estaba haciendo eterna.

Cada vez con más ímpetu, Brayden se hacía cargo del almacén, incluso había trasladado su escritorio allí. Por su lado, Rose, que ya estaba haciendo buena amistad con Arthur, se quedaría en el lugar de Leonarda, administrando el prostíbulo.

Los días pasaron y *La Esmeralda* ya tendría que haber regresado. Inevitablemente comenzaban las preocupaciones.

Esa noche se fue a su casa acompañada por Francisco y Candela en los brazos de Paquita, todos en el carro.

Andrés y Leonarda se quedaron en el almacén, coordinando las acciones con Arthur, quien se había comprometido a solicitar un

sacerdote que se hiciera cargo de la capilla y se radicara en la isla para poder continuar, de esa forma, con la obra que había iniciado Andrés.

El sol empezaba a despuntar cuando María escuchó los gritos de Candela.

—¡Papá! ¡Papá!

María corrió enseguida hasta la niña, “otra pesadilla”, pensó.

Pero no, allí estaba Robert con la niña colgada de su cuello. La miró y le dijo:

—*La Esmeralda*.

—¿Qué? —preguntó María, medio dormida, sin saber si estaba soñando o lo que estaba viviendo era verdad.

—Compramos el viñedo, y el nombre que le pusimos es *La Esmeralda*.

Ya estaba todo listo. Robert le contó que el viñedo era excelente, el campo estaba en un hermoso valle y en el centro había una casona de la antigua villa. Pero era tan vieja, que había que reconstruirla casi en su totalidad.

Robert y Henry comenzaron a reclutar gente para que los asistiera en la travesía y luego se quedaran a trabajar con ellos.

El viaje hacia el viejo mundo para empezar una nueva vida ya estaba en marcha.

La última semana estuvo completa de festejos y de despedidas, promesas de viajes y futuros encuentros.

La Esmeralda se iba. Zarpaba. Parecía que toda la isla estaba en el muelle despidiéndolos.

¿Los piratas lloran? Claro que lloran, todos lloraban. ¿Por qué? Porque habían sido testigos de un pedazo de vida de una mujercita que fue construyendo su destino. Una mujercita que lograba llevarse consigo a sus seres queridos, como fuera, los adoraba, los cuidaba. Todos lloraban, porque las personas que sienten las emociones, también lloran y de felicidad.

La Esmeralda ya estaba en el medio del mar y los viajeros seguían mirando hacia donde había quedado la isla, que ya no se veía…

VARIOS AÑOS DESPUÉS, UN DOMINGO CUALQUIERA

En un hermoso valle que se extendía a los pies del horizonte, entre Italia y Francia, había un viñedo que en la entrada tenía un gran cartel de madera y con forma de barco que decía *La Esmeralda*.

La galería, con grandes arcos, permitía descansar la vista sobre el valle donde las plantaciones de vid ya estaban en su pubertad.

Era una casona con muchas habitaciones, con techos altos y muebles exquisitamente seleccionados. Era una perfecta y elegante muestra de cada uno de los habitantes de esa residencia.

Paquita estaba sentada en un cómodo sillón en la galería, esperando que la mesa, que estaba lista bajo la sombra de un frondoso árbol, fuera habitada por todos los comensales. Se acariciaba la panza abultada de vida dentro de ella, admiraba el paisaje: el viñedo majestuoso, la mesa con su mantel blanco y los niños… de todos colores.

Los hijos de María y Robert eran rubios; luego de Candela, habían nacido dos hermosos varones. Los dos de Andrés y Leonarda eran la niña pelirroja y el varón con el pelo bien oscuro. Los de Paquita y Henry eran tres varones negritos, motosos y con ojos celestes iguales a los de su padre. Amy y Francisco todavía andaban regalándose amor entre ellos.

De a poco, la mesa se iba completando con todos sus comensales. Paquita, haciendo fuerza con una mano sobre el sillón para ayudarse, logró quedar parada y con la paz que había soñado muchas veces, bajó las escaleras que la separaban del jardín y caminó hacia la mesa.

María inspiró hondo, luego exhaló lento. Disfrutando. Los miraba a todos. Era feliz. Justamente eso era la felicidad para ella. La

tranquilidad de estar con su familia toda junta. La felicidad de verlos, amarlos y tocarlos. Sentir el río de agua dulce recorriendo el torrente de sus venas, produciendo nada más que placer. Encontrarse en la mirada de su amor, saber qué piensa, qué siente.

Todo lo pasado había valido la pena para este presente. Esa noche le diría a Morgan que estaba esperando su cuarto hijo. Qué linda es la familia.

Miró el cielo y por primera vez pudo ensayar una imagen de su madre, inspirada en su hija Candela, sonrió y una gota cristalina y salada le acarició la mejilla.

Fin

Palabras de la autora

Con el fin de desarrollar la ficción de esta novela modifiqué las fechas para poder ensamblar la historia de ambos lugares.

La primera y segunda parte transcurren en el Virreinato del Río de la Plata, con su capital en Buenos Aires, en 1790. La tercera parte transcurre en Nassau, capital de la Isla de la Providencia, durante la invasión española, en 1782.

Agradecimientos

Los agradecimientos son parte de mi vida cotidiana, cada día, apenas despierto, agradezco a Dios por mi presente y todo lo que me rodea.

Hoy quiero agradecer especialmente:

A todos mis lectores que son mis socios en este hermoso oficio que me hace muy feliz. Escribo para ustedes. ¡Muchas gracias por leerme!

A Mariela Heinze, lectora que hoy puedo llamar amiga. Por acompañarme, cuidarme y ayudarme en el proceso de escritura. ¡Gracias, Marielita!

A mi querido suegro, Jorge Desiderio Argüello, que se aseguró de que escribiera sobre los piratas antes de partir. ¡Te extraño mucho!

A mi esposo, Gabriel Argüello, por entender esta pasión que me abraza y acompañarme cada día. Por estar siempre pendiente y ser pilar fundamental en mis investigaciones.

A mis queridos hijos, María Candelaria y Augusto, que me perdonan los tiempos que les quito mientras escribo.

A mis amigas, Luciana Rossa y Alicia Esnaola, por entender mi nuevo oficio, contenerme y estar siempre a mi lado, a pesar de las distancias.

A Tamara Sternberg por sus consejos literarios, siempre.

A mi mamá, Leonor Lozano, y a mi suegra, Lina Dalmaso, por tenerme paciencia.

A Lorena Gimenez Italia por poner imagen, voz, palabras y corazón a mis novelas.

A Julieta Obedman por seguir confiando en mis historias. Por ser excelente profesional, por ser tan amorosa conmigo y acompañarme a soñar.

A Carolina Kenigstein por ser buena compañera de trabajo, por tratar con tanto cariño, profesionalismo y dulzura a mis personajes y a

mí. ¡Gracias, Carito!

A Claudia Zurueta por su apoyo incondicional siempre. Por ser buena amiga y por estar en todos los detalles. ¡Gracias, Clau!

A Cecilia Bertone por acompañarme en este hermoso oficio de escribir.

Al Instituto Milenio Villa Allende por contener a toda mi familia y escoltar la realización de cada una de mis novelas.

Ramos, Graciela
La capitana. - 1a ed. - Buenos Aires : Suma de letras, 2015
(Narrativa)
EBook.

ISBN 978-987-739-006-3

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Edición en formato digital: marzo de 2015
Diseño de tapa: Eduardo Ruiz / Imagen de tapa: Getty Images

Humberto I 555, Buenos Aires.

ISBN 978-987-739-006-3

Conversión a formato digital: Libresque

www.megustaleer.com.ar



GRACIELA RAMOS

Nació en Devoto, provincia de Córdoba. Egresada de la Universidad Católica de Córdoba con un título en Gestión Gerencial, ocupó distintos cargos en el área de Marketing y Ventas durante muchos años, hasta que decidió que era hora de darle lugar a su siempre postergado deseo de escribir. Autora del libro para chicos *El juego de la conciencia* y de las novelas histórico-románticas *Lágrimas de la Revolución* (Suma de Letras, 2013) y *Malón de amor y muerte* (Suma de Letras, 2014), Graciela Ramos, con una infancia viajera, ha terminado por establecerse en Villa Allende, en plena sierra cordobesa, donde vive con su marido y sus hijos. Allí, con una huerta suculenta, se dedica a lo que más le gusta: cocinar, leer y escribir maravillosas historias. *La Capitana* es su nueva y esperada novela.

gra_ramos@hotmail.com